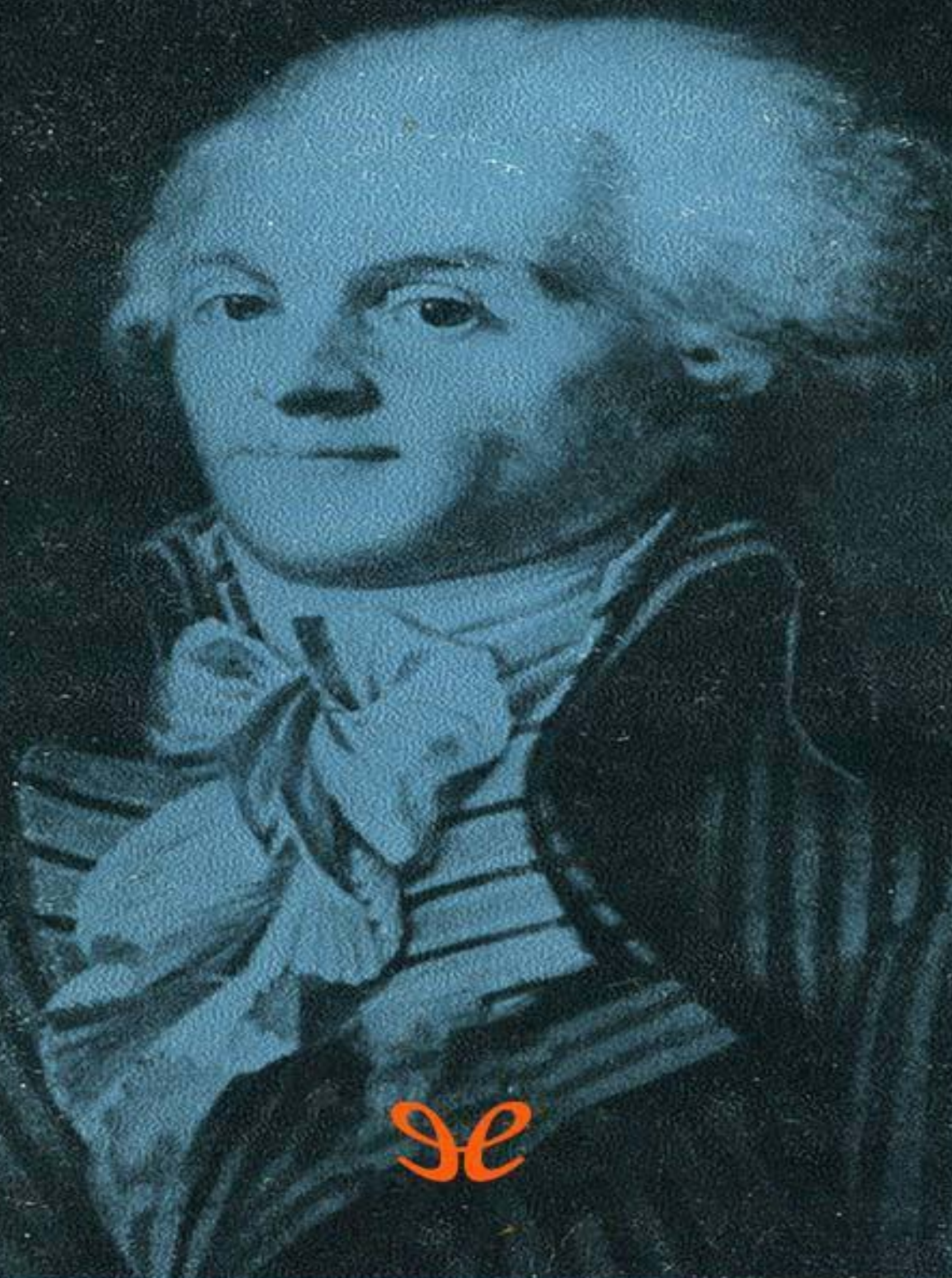


Robespierre

LA REVOLUCIÓN JACOBINA



se

El volumen que hoy presentamos contiene algunos de los más importantes discursos que Robespierre hizo en la Asamblea sobre los principales problemas políticos de Francia en aquellos momentos: desde sus ataques a los girondinos hasta la defensa de la libertad de prensa, pero por encima de todo sus palabras eran siempre una defensa del pueblo y de sus libertades. Después de leerlos, la figura política y humana de Robespierre se delimita y crece: deja de ser el «vampiro bebedor de sangre» conocido a través de la Historia y se transforma en un apasionado utopista, capaz de decir frases como éstas: «¿Hasta cuándo el furor de los déspotas será llamado justicia y la justicia del pueblo, barbarie o rebelión?»



Maximilien Robespierre

La revolución jacobina

ePub r1.0

Titivillus 06.08.18

Maximilien Robespierre, 1973
Traducción: Jaume Fuster
Diseño de cubierta: Jordi Fornas

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



PRÓLOGO

*¿Qué se le puede objetar a un hombre que
tiene razón y que sabe morir por su país?*

Discurso del 8 de termidor

1

El veintiséis de julio de 1794 Maximilien Marie Isidor Robespierre, el «Incorruptible» para algunos, él «vampiro bebedor de sangre» para la *mayoría*, pronunciaba las palabras que encabezan el prólogo ante la Convención Nacional. Dos días más tarde, Robespierre, Saint-Just y Couthon eran guillotinado, después de que la Comuna se levantara para liberarlos, de que la Convención los declarara fuera de la ley, de que un cuerpo armado tomara la municipalidad de París... Al día siguiente, 29 de julio, ochenta miembros insurrectos de la Comuna eran sumariamente ejecutados. Se cerraba una de las épocas más tensas de la Revolución Francesa, el Terror, y comenzaba el reinado de una burguesía moderada que desembocaría, después de un breve y desequilibrado Directorio (1795-1799), en el golpe de Estado del 18 Brumario (7 noviembre 1799), que daría el poder a Napoleón Bonaparte.

Robespierre es el eje central en torno al cual giran los once apretados meses en los que los jacobinos se hicieron cargo del poder, instaurando el terror, acabando con los girondinos y llevando la Revolución a su más alto grado. Pero ¿quién era Robespierre? A lo largo de la historia, de los escasos dos siglos que nos separan de la Revolución Francesa, mucho se ha hablado de él: en casi todos los libros de historia, en casi todas las biografías de

enciclopedias al uso, Robespierre nos es presentado como un personaje funesto, lúgubre, sediento de sangre, un místico de la violencia, como lo presentara Catherine Théot ante la Convención... Mucho se ha hablado de él, ciertamente, y pocas referencias científicas se nos han dado en relación a su obra, artículos y discursos, de donde, en realidad, hubiéramos podido averiguar su auténtica dimensión política y humana. Por ello, a nosotros, deformados por la tremebunda versión apócrifa del «vampiro sediento de sangre», la lectura de los discursos de Robespierre nos ha sorprendido. «Estoy hecho para combatir el crimen, no para gobernarlo», afirma ante la Convención Nacional en su último discurso. Y añade: «Aún no ha llegado la hora en que los hombres honestos podrán servir impunemente a la patria».

¿Hombre honesto? ¿Hombre que tiene razón? ¿Es éste el auténtico Robespierre?

2

Robespierre nació en Arras, en el condado d'Artois el 6 de mayo de 1758, en las postrimerías del reinado de Luis XV, cuando el Iluminismo empezaba a extenderse por Francia. Nació en el seno de una modesta familia de leguleyos y decidió seguir la tradición familiar, estudiando primero en su ciudad natal y más tarde en París, a donde se trasladó en 1769 para completar sus estudios.

Los biógrafos constatan una verosímil —aunque no comprobada— visita del joven estudiante a su maestro espiritual, Jean-Jacques Rousseau. Francia, en aquel tiempo, ardía en una fiebre —todavía intelectual y reducida a cenáculos minoritarios— enciclopedista y revolucionaria.

Finalmente, después de licenciarse en derecho por la Sorbona en 1781, el joven Robespierre regresa a su ciudad natal, donde se instala de pasante en el bufete del abogado Liborel. Su formación humanística le lleva al estudio de los textos de Montesquieu y Plutarco, y de su vocación salen los primeros versos y ensayos sobre ética y humanística.

En el año 1783 es elegido miembro de la Academia de Arras y tres años más tarde, en 1786, alcanza la presidencia de dicha institución.

En 1788, cuando la campaña de elección para los Estados Generales llega a Arras, Robespierre, cuyo prestigio como «pensador» ha ido en aumento, es elegido entre veinticuatro candidatos por el Tercer Estado. Al año siguiente, entre los doce diputados que aspiraban a la candidatura que les enviaría a París como delegados del Tercer Estado de la ciudad de Arras, Robespierre es elegido nuevamente. Teñía entonces treinta y un años.

Su carrera política es rapidísima. Toma parte en el Juramento del Juego de Pelota y se inscribe en el club bretón que más tarde se convertiría en el célebre Club de los Jacobinos.

Su nombre empieza a sonar en el mundo político. Mirabeau dice de él que «llegará lejos porque cree en lo que dice». El 19 de agosto de 1790,

Robespierre recibe una exaltada carta: «Vos no sois el diputado de una provincia: sois el diputado de la humanidad y de la República...», escribía Saint-Just. A partir de este momento sus destinos estarán unidos para siempre, incluso en el cadalso.

El 14 de julio Robespierre está entre la multitud que asedia y toma la Bastilla. En el mes de agosto siguiente participa en la redacción del proyecto de la Declaración de los Derechos del Hombre. El 21 de septiembre de 1789 habla en contra del veto real. El 15 de octubre diserta sobre los derechos de la nación. El 9 de febrero de 1790, cuando en la Asamblea se habla de represión armada contra el pueblo que ataca los restos del feudalismo, Robespierre toma la palabra para defender al «pueblo que ha incendiado los castillos» y cuando un diputado lo interrumpe para precisar «No el pueblo, sino unos bribones», Robespierre replica: «Si queréis diré: unos ciudadanos acusados de haber incendiado castillos».

El 22 de febrero insiste en defender «al pueblo» y proclama que «Francia está dividida en dos partes: el pueblo y la aristocracia».

En el año 1790 los discursos de Robespierre se multiplican. Habla sobre los principales problemas políticos de Francia: el 31 de mayo sobre la Constitución civil del clero, el 25 de junio sobre la inviolabilidad de los diputados, el 18 de noviembre sobre una petición del pueblo de Aviñón, el 5 de diciembre sobre la organización de la Guardia Nacional. En el mes de octubre del mismo año es elegido primer magistrado del tribunal del distrito de Versalles.

El 20 de enero de 1791 interviene en la Asamblea Constituyente con un discurso sobre la organización del tribunal de jurados y el 20 de abril pronuncia el discurso sobre el impuesto de la moneda de plata, primer discurso que reproducimos en esta selección.

El 15 de abril de 1791 Robespierre habla sobre el derecho de herencia, el 27 sobre la Guardia Nacional, el 9 de mayo sobre el derecho de petición en la Constituyente y sobre la libertad de prensa en el Club de los Jacobinos, el 12 sobre la condición de los hombres de color, el 16 y el 18 sobre la reelección de los miembros de la Asamblea Nacional, el 30 de mayo contra la pena de muerte.

El 10 de junio es elegido acusador público en el Tribunal Penal de París. El 21 del mismo mes, con la huida del rey, Robespierre pronuncia un discurso en los Jacobinos. Ésta es la primera etapa de las tres que le conducirán al poder: la primera, como ya hemos dicho, su lucha contra el rey; la segunda, su enfrentamiento a la guerra y por último, la tercera, su lucha decisiva contra los girondinos.

En el mes de agosto habla en la Asamblea Constituyente sobre el proyecto de Constitución. El 11 de agosto es elegido miembro de la Comuna. El 17 Robespierre rehúsa la presidencia de un tribunal extraordinario. El 22 habla en la Asamblea sobre la libertad de imprenta.

En septiembre, con la inauguración de las sesiones de la Convención, Robespierre se opone a la guerra: «... el enemigo no está en Coblenza, está en Francia». El 12 de diciembre, en la Convención, Robespierre asegura que la guerra «será la de todos los enemigos de la Constitución Francesa contra la Revolución».

En febrero de 1792 ataca duramente a La Fayette. En octubre, después de haberse alejado de su antiguo amigo Pétion, Robespierre inicia una dura polémica con los jefes girondinos Brissot y Guadet. En diciembre habla sobre las subsistencias: «¿Cuál es el problema a resolver, en materia de legislación, acerca de las subsistencias? Éste: asegurar a todos los miembros de la sociedad la posesión de aquella parte de frutos de la tierra necesaria para la existencia...» Pero sobre todo, al finalizar el año, el tema de debate que está en la orden del día es el proceso del rey. Los girondinos (165 girondinos, menos de un centenar de jacobinos y el resto *marais*, «pantano») dominan la Convención. Algunos diputados hablan de la falta de leyes para juzgar al rey, otros se refugian en la inviolabilidad real, hay quien propone que se le castigue convirtiéndolo en un simple ciudadano de la República. Pero la firmeza de tres voces, Marat, Saint-Just y Robespierre, hacen rodar la cabeza de Luis XVI el 21 de enero de 1793. «Para salvar a la República hay que condenar a Luis». La República está salvada. Pero no. Robespierre sabe que a la República le acechan todavía grandes peligros y el 10 de abril pronuncia su discurso acusatorio contra Dumouriez y los girondinos. «Todos los ambiciosos que hasta el momento han aparecido en la escena de la República tenían esto en común: han defendido los derechos

del pueblo mientras han creído tener necesidad de hacerlo. Todos lo han considerado como un estúpido rebaño cuyo destino es ser conducido por el más hábil o el más fuerte».

El 24 de abril habla sobre el proyecto de Constitución presentado por Condorcet y sobre el derecho de propiedad. En mayo sobre el gobierno representativo: «El hombre ha nacido para la felicidad y para la libertad: y no obstante en todas partes es esclavo e infeliz».

El 2 de junio de 1793 tiene lugar la insurrección jacobina y la Montaña (así se denominaba a los diputados jacobinos que tenían los asientos más altos) triunfa en la Convención.

En julio, ante las fronteras amenazadas (los austríacos están en Valenciennes, la insurrección interior, la Vandea y seis departamentos «girondinos» declarados en rebeldía) y la escasez que reina en París, Robespierre ingresa en el Comité de Salud Pública. El 13 de julio Marat es asesinado por Charlotte Corday, instrumento de los girondinos de Caen. El 26 de julio se aprueba una ley contra los acaparadores: se decreta la pena de muerte contra éstos y los comerciantes que no declaren los artículos de primera necesidad que tienen en sus almacenes.

El 28 de agosto los realistas, aliados a los girondinos, entregan Tolón a los ingleses. Pero el Comité de Salud Pública, reforzado con dos nuevos miembros, Villard-Varennes y Collot d'Herbois y la renovación del Comité de Seguridad Nacional que pasa a depender del Comité de Salud Pública (y que por lo tanto se convierte en centro del Gobierno) presenta a votación la ley de sospechosos: son sospechosos «los partidarios de la tiranía o del federalismo y los enemigos de la libertad, aquéllos a quienes se ha negado un certificado de civismo, los funcionarios suspendidos o destituidos, los parientes de los emigrados, los emigrados que han regresado». La ley es aprobada el 17 de septiembre y el 29 se aprueba la del *maximum général*, por la que se tasan salarios y artículos. Las nuevas disposiciones se hacen notar rápidamente: la ciudad de Lyon es reconquistada y los ejércitos revolucionarios vencen a los aliados en Wattignies y Mabeuge, mientras que la Vandea es deshecha en Cholet.

Las victorias militares arrastran consigo una nueva división del país. La ley de *maximum général* ha sumido a los comerciantes en el descontento y

al pueblo en el hambre. Surgen dos nuevos grupos, los dantonistas moderados, y los hebertistas. Robespierre ataca, en primer lugar, a Hébert y a sus partidarios. Aprovecha su ateísmo y los acusa de lanzar a la República en manos de la tiranía. En marzo (13 y 14) son detenidos los principales jefes hebertistas: Ronsin, Vincent, Chaumette y el propio Hébert. En abril acusa a Danton y a sus partidarios y el día 5 de este mismo mes son ejecutados.

Robespierre habla en la Convención sobre las relaciones de las ideas religiosas y morales con los principios republicanos y sobre las fiestas nacionales.

A partir del 3 de julio, Robespierre deja de asistir a las reuniones del Comité de Salud Pública. Parece invadido por una gran apatía. A pesar de que la contrarrevolución crece de nuevo, a pesar de que las victorias definitivas del ejército revolucionario sobre los ejércitos europeos fuerzan a las potencias aliadas a pedir la paz, instigan a los miembros de la Convención hacia una moderación cada vez más patente, Robespierre parece dudar. Por fin, el 26 de julio, los moderados asestan el golpe definitivo al Terror. Y Robespierre, en su último discurso, parece no tener apego a la vida. Repite constantemente que no le importa morir por la República: «¡Oh, la vida! ¡Se la entregaría sin pena! ¡Tengo la experiencia del pasado y adivino el porvenir! ¿Qué amigo de la patria puede querer sobrevivir en el momento en que ya no está permitido servirla ni defender la inocencia oprimida? ¿Para qué vivir en un orden de cosas en que triunfa la intriga sobre la verdad...?»

3

En *La sagrada familia*, Marx dice: «La colosal idea de Robespierre y Saint-Just de formar un “pueblo libre” que sólo viviera atendido a las reglas de la *justicia* y la *virtud* (...) sólo pudo sostenerse durante algún tiempo por medio del terror y era una *contradicción contra la cual* reaccionaron del modo más cobarde y más pérfido, como de ellos era de esperar, los elementos viles y egoístas de la *entidad pueblo* (...). Robespierre, Saint-Just y su partido perecieron por haber confundido la antigua *comunidad realista-democrática*, basada en la *real esclavitud*, con el *moderno Estado representativo espiritualista-democrático* que descansa sobre la *esclavitud emancipada*, sobre la *sociedad burguesa*. ¡Qué gigantesca ilusión, tener que reconocer y sancionar en los *derechos humanos* la moderna sociedad burguesa, la sociedad de la industria, de la competencia general, de los intereses privados que persiguen libremente sus propios fines, de la anarquía, de la individualidad natural y espiritual enajenada de sí misma, y al mismo tiempo y a posteriori, anular en algunos individuos concretos las *manifestaciones de vida* de esta sociedad, a la par que se quiere formar la *cabeza política* de ésta a la manera *antigua*!».

«En el cuadro de esta valoración crítica —escribe Umberto Cerroni—, Robespierre no pierde nada de su grandeza histórica: desvelando la leyenda sanguinaria que luego le circundó, encarna a los ojos de los modernos la tragedia del *sprit politique*, del intelecto puramente político que, como diría Marx, es político en cuanto piensa dentro de los límites de la política. Proyectado hacia el ideal de una recreación del mundo con todas sus energías, Robespierre lo concibió como una recreación únicamente política y se encontró con la dureza de sus estructuras económico-sociales. Traduce la política en moral (en moralismo), sin haberla traducido en términos sociales».

Con todo ello, la figura política y humana de Robespierre se nos va delimitando: deja de ser el «vampiro bebedor de sangre», hasta cierto punto, también abandona el papel de «incorruptible» (aunque lo fuera) y se transforma en un apasionado utopista, defensor del pueblo, capaz de decir, en un mundo que todavía no estaba preparado para oírlas, frases como: «¿Hasta cuándo el furor de los déspotas será llamado justicia y la justicia del pueblo, barbarie o rebelión?»

Jaume Fuster

BIBLIOGRAFÍA ESENCIAL

Bouloiseau, M., *Robespierre*, París, 1961.

Cerroni, U., *Robespierre, La rivoluzione Giacobina*, Soma, 1967.

García Tirado, A., *Robespierre, Discursos*, Madrid, 1968.

Hamel, E., *Histoire de Robespierre*, Paris, 1865.

Mathiez, A., *Etudes sur Robespierre*, Paris, 1958.

Robespierre, *Oeuvres*, Pads, 1951, a cargo de G. Lefebvre, M. Bouloiseau y A. Soboul.

Robespierre, *Oeuvres choisies*, Paris, 1956-58, a cargo de J. Poperen.

SOBRE LA NECESIDAD DE REVOCAR EL DECRETO SOBRE LA MONEDA DE PLATA^[1]

¿Por qué nos hemos reunido en el templo de las leyes? Sin duda, para reconocer a la nación francesa el ejercicio de los derechos imprescindibles que pertenecen a todos los hombres. Éste es el objetivo de toda Constitución política. Si se consigue este objetivo, entonces la Constitución es justa y libre; si se le pone obstáculos, entonces no es más que un atentado contra la humanidad.

Vosotros mismos habéis reconocido esta verdad de manera evidente cuando —antes de comenzar vuestra gran obra— decidisteis que se habían de declarar solemnemente estos derechos sagrados, que son la eterna base sobre la que la Constitución debe apoyarse.

«Todos los hombres nacen y permanecen libres e iguales en sus derechos.

»La soberanía reside esencialmente en la nación.

»La ley es la expresión de la voluntad general. Todos los ciudadanos tienen el derecho de contribuir en su formación, ya sea por sí mismos, ya sea a través de sus representantes libremente elegidos.

»Todos los ciudadanos pueden ser admitidos en los oficios públicos, con la sola distinción de su virtud y de sus talentos^[2]».

Éstos son los principios que habéis consagrado: ahora será fácil valorar las disposiciones que me propongo combatir; será suficiente con compararlas a estas reglas invariables de la sociedad humana.

1. ¿Es la ley la expresión de la voluntad general cuando el mayor número de aquéllos, para los cuales se ha hecho, no pueden concurrir de

alguna manera a su formación? No. Además, negar —a todos los que no pagan una contribución equivalente a tres días laborables— el derecho de escoger a los electores que nombrarán los miembros de la Asamblea Legislativa, ¿qué es si no convertir a la mayor parte de los franceses en totalmente extraños a la formación de la ley? Esta disposición es, pues, esencialmente anticonstitucional y antisocial.

2. ¿Acaso son los hombres iguales en sus derechos cuando, mientras unos gozan de manera exclusiva de la facultad de poder ser miembros del cuerpo legislativo o de otras instituciones públicas y otros de la facultad de nombrarlos, unos terceros están privados, al mismo tiempo, de todos estos derechos? No, ciertamente. Éstas son las monstruosas diferencias que establecen entre los hombres los decretos, que hacen a un ciudadano activo o pasivo, mitad activo mitad pasivo, según que los diversos grados de la fortuna le permitan pagar tres jornadas, diez jornadas de trabajo en impuestos directos o bien en dinero plata. Todas estas disposiciones son, esencialmente, anticonstitucionales y antisociales.

3. ¿Acaso pueden los hombres ser admitidos en todos los oficios públicos, sin más distinción que la de la virtud y de los talentos, cuando la imposibilidad de pagar el tributo que se exige les aleja de todos los empleos, sean cuales sean su virtud y sus talentos? No, cierto. Todas estas disposiciones son, pues, esencialmente anticonstitucionales y antisociales.

4. Por último, ¿acaso la nación es soberana cuando el mayor número de los individuos que la componen están privados de los derechos políticos que constituyen la soberanía? Verdaderamente no. Y, sin embargo, habéis visto que estos mismos decretos atañen a la mayoría de los franceses. ¿Qué sería vuestra Declaración de Derechos si estos decretos pudiesen continuar existiendo? Una fórmula vana. ¿Qué sería la nación? Esclava; puesto que la libertad consiste en la obediencia a las leyes que nos han sido dadas, y la esclavitud en verse obligados a someterse a una voluntad extraña. ¿Qué sería vuestra Constitución? Una verdadera aristocracia. Puesto que la aristocracia es el Estado en el que una parte de los ciudadanos es soberana y el resto está constituido por súbditos. Y además, ¡qué aristocracia! La más insoportable de todas: la de los ricos.

Todos los hombres *nacidos y domiciliados* en Francia son miembros de esta sociedad política llamada nación francesa; es decir, son ciudadanos franceses. Lo son por la naturaleza de las cosas y por los primeros principios del derecho de la gente. Los derechos que van unidos a este título no dependen ni de la fortuna que cada uno de ellos posee, ni de la cuota de impuestos a que está sometido, pues no es, evidentemente, el impuesto lo que hace a uno ciudadano; la calidad de ciudadano obliga solamente a contribuir a los gastos comunes del Estado según las posibilidades de cada uno. Podéis dar leyes a vuestros ciudadanos, pero no podéis aniquilarlos.

Los mantenedores del sistema que combato han advertido, ellos mismos, el sentido de esta verdad, puesto que —no atreviéndose a impugnar la calidad de ciudadanos a los que condenaban a la desheredación política— se han afanado en eludir el principio de la igualdad que dicha verdad implica, valiéndose para ello de la distinción entre ciudadanos activos y ciudadanos pasivos. Contando con la facilidad con que se gobiernan los hombres por medio de las palabras han intentado engañarlos formulando, con esta nueva expresión, la más patente violación de los derechos del hombre.

Pero ¿quién puede ser tan estúpido como para no darse cuenta de que esta palabra no puede cambiar los principios ni resolver la dificultad?; puesto que declarar que algunos ciudadanos no son activos de hecho o decir que éstos ya no ejercitan los derechos políticos que van unidos al título de ciudadano, es exactamente lo mismo en el lenguaje de estos refinados políticos.

Ahora bien, no cesaré nunca de preguntarles con qué derecho pueden reducir a la inactividad y a la parálisis a sus conciudadanos y a sus electores: no dejaré nunca de protestar contra esta locución insidiosa y bárbara que manchará, al mismo tiempo, nuestro código y nuestra lengua si no intentamos cancelarla, a fin de que la palabra libertad no se vuelva insignificante e irrisoria.

¿Qué puedo añadir a estas verdades tan evidentes? Nada, para los representantes de la nación, cuya opinión y voto ya se han anticipado a mi demanda: no me queda más que responder a los deplorables sofismas sobre los cuales los prejuicios y la ambición de una cierta clase de hombres se

esfuerzo en apuntalar la desastrosa doctrina que combato. Solamente a ellos me dirigiré.

¡El pueblo! ¡Gente que no tiene nada! ¡Los peligros de la corrupción! ¡El ejemplo de Inglaterra, el de los pueblos que se suponen libres: he aquí cuáles son los argumentos que oponen a la justicia y a la razón!

No debería contestar más que una palabra: el pueblo, esta multitud de hombres cuya causa defiendo, posee irnos derechos que tienen el mismo origen que los vuestros. ¿Quién os ha dado el poder de quitárselos?

¡La utilidad general, decís! ¿Acaso existe algo útil que no sea también justo y honesto? Y esta máxima eterna ¿no se aplica quizás y sobre todo a la organización social? Si la finalidad de la sociedad es la felicidad de todos, la conservación de los derechos del hombre, ¿qué hay que pensar de los que quieren basarla en el poder de unos pocos individuos y en el envilecimiento y la anulación del resto del género humano?

¡Cuáles son, pues, los sublimes políticos que suelen aplaudir su propia astucia cuando, a fuerza de complicadas sutilezas, consiguen por fin sustituir los principios inmutables que el eterno legislador ha grabado en el corazón de todos los hombres por sus vanas fantasías!

¡Inglaterra! ¿Qué nos importa Inglaterra y su viciosa Constitución, que ha podido pareceros libre cuando estabais en el último grado de la esclavitud, pero que ahora hay que cesar de alabar por ignorancia o por costumbre? ¡Los pueblos libres! ¿Y dónde están? Si os enseñase la historia de los que honráis con este nombre, os daríais cuenta de que se trata de reuniones de hombres más o menos extraviados por los caminos de la razón y de la naturaleza, más o menos sometidos por gobiernos que han sido instituidos solamente por la casualidad, por la ambición o por la fuerza. ¿Acaso la providencia os ha llamado —desde el principio del mundo— a restablecer sobre la tierra el imperio de la justicia y de la libertad, bajo las más vivas luces que jamás han alumbrado la razón pública, en medio de circunstancias casi milagrosas que se ha complacido en reunir, a fin de aseguraros el poder de restituir al hombre su felicidad, sus virtudes y su dignidad originaria, para que copiéis servilmente los errores o las injusticias que durante tanto tiempo han degradado y oprimido la especie humana?

Que sientan todo el peso de esta santa misión aquellos que, por toda respuesta a nuestras justas protestas, se contentan con decir fríamente: «Con todos sus vicios, nuestra Constitución es la mejor que ha existido nunca». ¿Acaso es para que conservéis con descuido algunos defectos esenciales que destruyen las bases principales del orden social?, ¿es quizá por esto que veintiséis millones de hombres han puesto en vuestras manos el terrible depósito de sus destinos? ¿Cómo no va a decirse, pues, que la reforma de un gran número de abusos y muchas leyes útiles son gracias concedidas al pueblo, gracias que dispensan de hacer otras cosas en su favor? No, todo el bien que habéis hecho era sólo un riguroso deber. La omisión de lo que podéis hacer sería una prevaricación, el mal que hicierais sería un crimen de lesa nación y de lesa humanidad.

Pero hay más: si no lo hacéis todo por la libertad, no habréis hecho nada. No existen dos maneras de ser libre: hay que serlo totalmente, o bien aceptar volver a ser esclavo. La más mínima iniciativa dejada al despotismo restablecerá muy pronto su poder. ¡Qué digo! Ya desde ahora, el despotismo os rodea con sus seducciones y con su influencia: pronto os oprimirá con su fuerza. ¡Vosotros, que —satisfechos por haber unido vuestro nombre a un gran cambio— no os preocupáis de si esto es suficiente para asegurar la felicidad de los hombres, no os engañéis! El clamor de los elogios que el aturdimiento y la ligereza hacen resonar a vuestro alrededor pronto se diluirá; y la posteridad, al confrontar la grandeza de vuestros deberes y la inmensidad de vuestros recursos con los vicios esenciales de vuestra obra, dirá de vosotros con indignación: «Ellos hubieran podido hacer felices y libres a los hombres; pero no quisieron; no eran dignos de ello».

¡Pero decís, el pueblo! ¡Gentes que no tienen nada que perder! ¡Estas gentes podrán, pues, ejercer como nosotros todos los derechos que corresponden a los ciudadanos!

¡Gentes que no tienen nada que perder! ¡Qué injusto y falso es este lenguaje del orgullo en delirio a los ojos de la verdad!

Estas personas de las que habláis son, sólo en apariencia, hombres que viven y que subsisten en medio de la sociedad, sin ningún medio para vivir y para subsistir. Puesto que, si bien están privados de los medios, todavía tienen, me parece, alguna cosa que perder o que conservar. Sí, los bastos

vestidos que me cubren; el humilde cuarto en el que adquiero el derecho de retirarme y de vivir en paz; el módico salario con el cual alimento a mi mujer y a mis hijos; todo esto, lo confieso, no es ni tierras ni castillos ni armamentos; todo esto es nada, quizá, comparado con el lujo y con la opulencia, pero siempre constituye algo para la humanidad: es una propiedad sagrada, tan sagrada, sin duda, como los demonios de la riqueza.

¿Qué digo? Mi libertad, mi vida, el derecho de obtener seguridad o venganza para mí o para los que me son queridos, el derecho de rechazar la opresión, el de ejercitar libremente todas las facultades de mi espíritu y de mi corazón; todos estos bienes tan queridos, los primeros entre los que la naturaleza ha confiado al hombre, ¿acaso no se han confiado, al igual que los vuestros, al cuidado de las leyes? Y decís que yo no tengo interés por estas leyes; ¡y queréis despojarme de la parte que me corresponde, como a vosotros, de la administración de la cosa pública, por la sola razón de que sois más ricos que yo! Aunque la balanza de la justicia dejara de estar en equilibrio, ¿acaso no debería inclinarse en favor de los ciudadanos menos acomodados?

¿Acaso las leyes y la autoridad pública no han sido instituidas para proteger la debilidad contra la opresión y la injusticia? Dejarla por completo en manos de los ricos es contravenir los más elementales principios sociales.

Pero los ricos, los hombres poderosos, han razonado de otro modo. Por medio de un extraño abuso de las palabras, han reducido la idea general de la propiedad a solamente algunos objetos; y ellos se han autodenominado propietarios; han pretendido que sólo los propietarios fuesen dignos del nombre de ciudadanos; han denominado interés general a su interés particular, y para asegurar el éxito de esta pretensión se han adueñado de todo el poder social. ¡Y nosotros! —¡oh debilidad humana!—, ¡nosotros que pretendemos conducirles de nuevo a los principios de la igualdad y de la justicia, todavía pretendemos, sin darnos cuenta, levantar nuestra constitución sobre estos absurdos y crueles prejuicios!

¿Qué mérito hay, después de todo, en pagar una moneda de plata o un impuesto similar, a los que concedéis prerrogativas tan elevadas? Si dais al tesoro público una contribución más considerable que la mía, ¿acaso no ha

sido la sociedad la que os ha procurado mayores ventajas económicas? Y — si queremos proseguir con esta idea—, ¿cuál ha sido la fuente de esta extrema desigualdad de fortunas que reúne todas las riquezas en un pequeño número de manos? ¿No son quizá las leyes nocivas, los gobiernos ineptos y, en fin, todos los vicios de la sociedad corrompida? Ahora bien, ¿por qué siempre ha de ser necesario que las víctimas de estos abusos sean castigados, además de por su desgracia, con la pérdida de la dignidad de ciudadanos? En realidad no os envidio la parte ventajosa que habéis recibido, puesto que esta desigualdad es un mal necesario e incurable: pero al menos no me despojéis de los bienes imprescriptibles que ninguna ley humana puede quitarme. Permitid, por lo menos, que pueda estar orgulloso de una honrada pobreza, y no intentéis humillarme con la orgullosa pretensión de reservaros la calidad de soberano para dejarme sólo la de súbdito.

Pero ¡el pueblo...! ¡La corrupción!

¡Ah, cesad, cesad de profanar el nombre querido y sagrado del pueblo uniéndolo a la idea de corrupción! ¡Quién es el que, en medio de los hombres iguales en los derechos, osa declarar, para su provecho, indignos a sus semejantes de ejercitarlos! Y, ciertamente, si os permitís basar tal condena sobre presunciones de corruptibilidad, ¡qué terrible poder os arrogáis sobre la humanidad! ¿Cuál será el límite de vuestras proscripciones?

¿Estas proscripciones deben caer sobre los que no pagan la moneda de plata o bien sobre los que pagan mucho más que esto? Sí, a pesar de todas vuestras prevenciones en favor de la virtud que confiere la riqueza, me atrevo a creer que encontraréis tanta en la clase de los ciudadanos menos ricos como en la de los más ricos. ¿Creéis de buena fe que una vida dura y laboriosa engendra más vicios que el ocio, el lujo y la ambición? ¿Tenéis menos fe en la integridad de nuestros artesanos y de nuestros trabajadores, que según vuestra tarifa no serán nunca ciudadanos activos, que en la de los contratistas de rentas públicas, de los cortesanos, de los que llamáis grandes señores que, según la misma tarifa, son seiscientas veces más activos? Quiero vengar de una vez estas sacrílegas calumnias contra lo que vosotros llamáis «el pueblo».

¿Acaso estáis vosotros capacitados para juzgar al pueblo? Vosotros que cuando se desarrolló vuestra razón lo juzgasteis basándoos en las absurdas ideas del despotismo y del orgullo feudal. Vosotros que, acostumbrados a la jerga particular que inventó el feudalismo, no habéis hecho más que intentar degradar a la mayor parte del género humano con palabras como «canalla» y «plebe». Vosotros que habéis revelado al mundo que existían personas sin nacimiento (como si todos los hombres vivos no hubieran nacido de nadie) que fueron hombres de mérito y que existían «gentilhombres, gente de bien» que eran los más viles y corruptos de todos los hombres. Ah, sin duda podemos permitirnos no dar al pueblo toda la justicia que le es debida. Por mi parte, reclamo como testigos a todos aquéllos a quienes el instinto de un alma noble y sensible les ha aproximado al pueblo y les ha hecho dignos de conocer y amar la igualdad, para que atestigüen que, por lo general, nada hay de tan justo y tan bueno como el pueblo, siempre y cuando no esté irritado por el exceso de la opresión; y que ello no es más que un reconocimiento de la mínima estima que le tenemos, del poco bien que le hacemos y, por último, del mal que le causamos; que en el pueblo se encuentran, bajo apariencias que llamamos groseras, almas francas y directas, sentido común y una energía que buscaríamos en vano en la clase que lo desprecia.

El pueblo pide sólo lo necesario, quiere sólo justicia y tranquilidad; los ricos, por el contrario, lo pretenden todo, lo quieren invadir todo, dominarlo todo. Los abusos son la obra y el dominio de los ricos, y son el flagelo de los pueblos: el interés del pueblo es el interés general; el interés de los ricos es el interés particular; ¡y vosotros queréis anular al pueblo y hacer a los ricos omnipotentes!

Se me opondrán una vez más aquellas acusaciones eternas que no se han dejado de formular desde que cesó el dominio de los déspotas hasta ahora; como si el pueblo entero pudiera ser acusado de algunos actos de venganza particular o local, cometidos al inicio de una revolución inesperada, cuando, respirando por fin después de una opresión tan duradera, estaba en estado de guerra contra todos los tiranos, ¿Qué digo? ¿Qué tiempo ha proporcionado pruebas tan evidentes de su bondad natural, cuando —armado de una fuerza irresistible— se ha detenido de repente

para volver a la calma a la llamada de sus representantes? Vosotros, que os mostráis tan inexorables hacia la humanidad subyugada y tan indulgentes para con sus opresores, abrid la Historia, mirad a vuestro alrededor, contad los crímenes de los tiranos y sed jueces entre ellos y el pueblo.

¿Qué digo? Por los mismos esfuerzos que han hecho los enemigos de la revolución para calumniarlo delante de sus representantes, y para calumniaros delante del pueblo, para sugeriros medidas aptas para sofocar su voz y para abatir su energía o para extraviar su patriotismo, para prolongar la ignorancia de sus derechos, ocultando al pueblo vuestros decretos, por la paciencia inalterable con que él pueblo ha soportado todos sus males y conseguido un orden de cosas más feliz, debemos comprender por fin que el pueblo es el único sustento de la libertad. ¿Quién podría, pues, soportar la idea de verlo privado de sus derechos por la misma Revolución debida a su coraje, a la tierna y generosa adhesión con que ha defendido a sus representantes? ¿Acaso debéis a los ricos, a los grandes, la gloriosa insurrección que os ha salvado a vosotros y a Francia? ¿Acaso no eran pueblo los soldados que han depuesto las armas a los pies de la patria alarmada? Y los que les guiaban contra vosotros, ¿a qué clase pertenecían...? ¿Es que el pueblo combatía para ayudaros a defender sus derechos y su dignidad, o bien para daros el poder de aniquilarlo? ¿Acaso el pueblo ha roto, con vosotros, el juego de la aristocracia feudal, para caer de nuevo bajo el juego de la aristocracia de los ricos?

Hasta, aquí he utilizado el lenguaje de los que parecen querer designar con la palabra «pueblo» a una clase separada de hombres, a los cuales asocian una idea de inferioridad y de desprecio. Es hora de expresarse con más precisión; recordando que el sistema que combatimos proscribía las nueve décimas partes de la nación, que cancela por todas partes de la lista de los que llama ciudadanos «activos» a una multitud de personas que incluso los prejuicios del orgullo han respetado, distintas por su educación, por su actividad y su fortuna.

Tal es, en efecto, la naturaleza de esta institución que llega a las más absurdas contradicciones y que, tomando la riqueza como medida de los derechos del ciudadano, se aleja de esta misma regla, vinculando los citados derechos a lo que se viene en llamar impuestos indirectos, aunque sea

evidente que un hombre que paga impuestos indirectos considerables puede gozar de mayor fortuna que los que están obligados a un sólo impuesto directo moderado.

¿Cómo se ha podido llegar a imaginar el poder hacer depender los sagrados derechos del hombre de la movilidad de los sistemas financieros, sobre todo de las variaciones, de las múltiples diferencias que un sistema como el nuestro presenta en las distintas partes del mismo Estado? ¿Qué sistema es aquél en el que un hombre, que sea considerado ciudadano sobre un punto dado del territorio francés, deja de serlo totalmente o en parte cuando se traslada a otro punto determinado; un sistema en el que quien hoy es ciudadano no lo será mañana, si su fortuna soporta un revés!

¿Qué sistema es aquél en el que el gentilhombre, despojado por un injusto opresor, cae en la clase de los «ilotas^[3]», mientras que otro se eleva, por la fuerza de sus propios crímenes, al rango de ciudadano! ¿El sistema en el que un padre ve crecer, con el número de sus hijos, la certeza de que no les dejará su título, sino la pequeña porción de su patrimonio dividido; d sistema en d que todos los hijos de familia, en toda la nación, no podrán encontrar una patria hasta el momento en que ya no tendrán un padre...!

Por último, ¿para qué sirve la extraordinaria ventaja que da d ser miembro del pueblo soberano, si quien es propuesto para la repartición de los impuestos públicos es dueño de robármela disminuyendo mi cuota, y si esta ventaja está sometida a los caprichos de los hombres y a la inconstancia de la fortuna?

SOBRE LAS MEDIDAS A TOMAR DESPUÉS DE LA FUGA DEL REY^[4]

¡No será yo, ciertamente, quien considere como catastrófico el suceso de la fuga del primer funcionario público! Al contrario, este día podría ser el más bello de toda la Revolución. Y puede serlo todavía, y la ganancia de los cuarenta millones de mantenimiento —¡tanto nos cuesta la persona del rey!—^[5] sería el menor entre los beneficios acarreados por este día.

Pero para que esto pueda suceder, convendría tomar medidas muy distintas de las que ha adoptado la Asamblea Nacional. Y aprovecho este instante en que la sesión se ha levantado para hablaros de las medidas que deberían haberse tomado, pero que ni siquiera se me ha concedido proponer^[6].

Para desertar de su puesto, el rey ha elegido el momento en que la apertura de las Asambleas primarias renovaba todas las ambiciones, todas las esperanzas, todos los partidos, y al armar a una parte de la nación contra la otra, por medio de la aplicación del decreto sobre la moneda de plata y de las ridículas distinciones entre «ciudadanos enteros», «medios ciudadanos» y «ciudadanos por un sólo cuarto^[7]». Ha elegido el momento en que la primera Legislatura, ya al final de los trabajos —parte de los cuales han sido desaprobados por la opinión pública—, está mirando (con los ojos con que se mira al propio heredero) la aproximación de la legislatura que la suplantará, borrando parte de sus actos con el «veto» nacional. Ha elegido el momento en que los sacerdotes traidores están —con pastorales y con bulas— revigorizando el fanatismo, lanzando contra la Constitución, en los ochenta y tres departamentos, a todos los idiotas todavía no iluminados por

la filosofía. Ha esperado el momento en que el emperador y el rey de Suecia se reunían en Bruselas para recibirle; un momento en que Francia está cubriéndose de frutos, de manera que —con una banda poco recomendable de bandoleros— sería posible, hacha en mano, sitiar a la nación.

Pero no son éstas realmente las circunstancias que me asustan: aunque toda Europa se aliase contra nosotros, Europa resultaría vencida.

Lo que me asusta, por el contrario, señores, son precisamente las circunstancias que parecen asegurar a todas las otras. Necesito, aquí, que se me escuche hasta el final: lo que me asusta —lo repito— son precisamente las circunstancias que parecen asegurar a todas las otras.

El hecho es que esta mañana todos los enemigos hablan el mismo lenguaje. Todos están de acuerdo. Todos tienen el mismo rostro y, sin embargo, está demasiado claro que un rey que tenía cuarenta millones de rentas, que disponía además de todos los puestos clave, que tenía la más bella corona del mundo, y la más sólida de todas, sobre su cabeza, no ha podido renunciar a tan grandes ventajas sin estar bien seguro antes de recuperarlas.

Ahora bien, evidentemente no puede fundar sus esperanzas sólo en el apoyo de Leopoldo, del rey de Suecia y en el ejército del Alto Rin^[8]: puesto que —lo repito una vez más— aunque todos los bandoleros de Europa se aliasen contra nosotros, serían vencidos.

Es, pues, entre nosotros, en esta misma capital, en donde el rey fugitivo ha dejado los apoyos en los que confiar para su regreso triunfal. Si no fuese así, entonces su fuga sería demasiado insensata.

Sabed bien que tres millones de personas armadas para la libertad serían, verdaderamente, invencibles. Así, pues, entre nosotros existen grandes inteligencias y un partido poderoso. ¡Mirad a vuestro alrededor! y no compartáis mi miedo llegando a la conclusión de que todos tienen la misma máscara de patriotismo.

Lo que estoy exponiendo no son simples conjeturas: son, por el contrario, hechos de los que estoy seguro. Quiero revelarlo todo y desafío a todos los que hablarán después de mí a que me respondan.

Conocéis bien el escrito que Luis XVI ha dejado al partir^[9]. ¿No os habéis tomado la molestia de ver cómo pone de relieve, en la Constitución,

todas las cosas que le hieren y todas las que tienen la suerte de gustarle? Leed bien esta protesta del rey, y en ella podréis captar la clave de todo el complot.

El rey sabría aparecer de nuevo, oportunamente, en las fronteras, ayudado por Leopoldo, por el rey de Suecia, por el conde d'Artois, por todos los fugitivos y por todos los bergantes cuyo ejército habría sido aumentado para la causa común del rey. Y la fuerza de este ejército aumentaría a sus ojos, y aparecería un manifiesto paternalista, similar al del emperador cuando reconquistó Brabante. Y el rey diría, tal como ya ha dicho cien veces: «Mi pueblo puede contar siempre con mi afecto». Y no solamente habría alabado las dulzuras de la paz, sino también las de la libertad. Se propondría una transacción con los emigrantes, y una paz eterna, y la amnistía y la fraternidad.

Al mismo tiempo, en la capital y en los departamentos, los jefes con los que se habría concertado el proyecto, describirían por su parte, los horrores de la guerra civil. ¿Para qué degollarse entre sí los hermanos, cuando todos quieren ser libres? Porque de hecho, Bender y Conde se habrían proclamado más patriotas que nosotros.

Si, aun cuando no teníais mensajeros para preservar del incendio ni ejércitos enemigos en vuestras fronteras, el Comité de la Constitución os ha hecho soportar tantos decretos nacionicidas, podéis imaginar lo que podría ocurrir si cedierais a las insinuaciones de vuestros jefes cuando no se os pida más que ligeros sacrificios al principio, para conducirlos a una reconciliación general. Conozco bien el carácter de la nación.

Y los jefes, que han podido haceros votar como agradecimiento a Bouillé^[10] por la matanza de San Bartolomé, de los patriotas de Nancy, ¿quizá dudarían en conducir a una transacción, a un término medio, a un pueblo fatigado; un pueblo al que hasta ahora han intentado desacostumbrar de las dulzuras de la libertad, mientras le hacían sentir todo el peso y todas las privaciones que supone el conservarla?

Observad cómo todo se ha combinado para conseguir este plan, y cómo la Asamblea Nacional camina hacia este fin con un acuerdo maravilloso.

Luis XVI escribe de su puño y letra a la Asamblea Nacional, y firma, que «se da a la fuga»: pero la Asamblea Nacional, con una vil mentira,

porque habría podido llamar las cosas por su nombre en medio de tres millones de bayonetas; una mentira vulgar, porque el rey había cometido la imprudencia de escribir: «No se me rapta, sino que marchó para volver a someteros»; una mentira páfida porque tendía a conservar al ex rey su calidad y el derecho de venir a dictarnos, con las armas en la mano, los decretos que más le gustaran; la Asamblea Nacional, digo, en veinte decretos, hoy ha pretendido llamar «rapto» a la fuga del rey. Y se puede adivinar el motivo...

¿Queréis más pruebas de que la Asamblea Nacional traiciona los intereses de la Nación?

¿Qué medidas ha tomado esta mañana?

He aquí las principales. El ministro de la guerra continuará ocupándose de los asuntos de su ministerio, bajo la vigilancia del Comité Militar; el ministro de asuntos exteriores lo hará bajo la vigilancia del Comité Diplomático. Análogamente actuarán los demás ministros.

Ahora bien, ¿quién es él ministro de la guerra^[11]? Es un hombre que no ha cesado nunca de denunciaros, que constantemente ha seguido los pasos de sus predecesores, persiguiendo a todos los soldados patriotas y favoreciendo a todos los oficiales aristócratas.

Y, ¿cuál es el Comité Militar encargado de vigilarle? Es un Comité Militar compuesto de coroneles aristócratas disfrazados y de nuestros más peligrosos enemigos. Me basta citar sus obras para desenmascararles. Del Comité Militar, precisamente, han salido durante estos últimos tiempos los decretos más funestos para la libertad...

¿Quién es el ministro de asuntos exteriores? Es un Montmorin que, no hace un mes, ni siquiera quince días, os respondía garantizándoos que el rey «adoraba» la Constitución. ¿A este traidor abandonáis «vuestras» relaciones con el exterior? ¿Y bajo la vigilancia de quién? Bajo la vigilancia del Comité Diplomático, del Comité en el que manda un d'André^[12]. ¡Uno de los miembros del Comité me decía «que un hombre de bien», que un hombre que no fuese traidor a su patria, no pondría los pies en él!

No me extenderé más en este informe. Lessart no goza más de mi confianza que de la que gozaba Necker, quien le ha dejado su puesto.

Ciudadanos, ¿acaso no os he mostrado suficientemente la profundidad del abismo que está a punto de engullir nuestra libertad? ¿Acaso no veis con claridad la coalición de los ministros con el rey? No creeré que por lo menos alguno de ellos —si no todos— no sepa nada de la fuga.

¿No veis con claridad la coalición de vuestros jefes civiles y militares? ¡No podré creer nunca que no hayan favorecido esta evasión, de la cual ellos mismos admiten haber sido advertidos!

¡Considerad la coalición existente con vuestros comités y no la Asamblea Nacional!

Y además —como si esta coalición no fuese lo bastante fuerte—, sé que muy pronto se os propondrá un acercamiento con vuestros enemigos más famosos. En un instante —se dice— todo el 89, el síndico^[13], el general^[14] y los ministros, llegarán a esto. ¿Cómo podremos escaparnos de esta red?

Antonio manda las legiones que quieren vengar al César; pero las legiones de la República han caído en las manos de Octavio.

SOBRE LA INVIOLABILIDAD REAL^[15]

No quiero responder a ciertos reproches de «republicanismo» que se quieren hacer a la causa de la justicia y de la verdad. Tampoco quiero provocar una decisión severa en contra de un individuo; estoy aquí para combatir opiniones duras y crueles y para sustituirlas por algunas medidas suaves y saludables para la causa pública; sobre todo, estoy defendiendo los sagrados principios de la libertad, no ya contra vanas calumnias que se convierten en honor, sino contra una doctrina maquiavélica, cuyos progresos parecen amenazar a la causa pública con una completa subversión.

Así, pues, no examinaré aquí si es cierto que la fuga de Luis XVI ha sido debida al crimen del señor Bouillé o de algunos ayudantes de campo, de algunos guardias del cuerpo o de la aya del hijo del rey; no examinaré si el rey ha huido voluntariamente, o bien si desde fuera de nuestras fronteras un ciudadano lo ha raptado con la fuerza de sus consejos. Tampoco examinaré si los pueblos pueden creer todavía hoy que los reyes pueden raptarse como puede hacerse con las mujeres... (Murmullos).

Ni siquiera examinaré si —como ha pensado el señor informador^[16]— la marcha del rey era de verdad sólo un viajecito sin ninguna finalidad, unas vacaciones sin importancia, o si por el contrario, conviene relacionarla con todos los hechos precedentes; si ésta era la consecuencia y el complemento de las conspiraciones que permanecen sin castigo y que, por eso, siempre vuelven a surgir en contra de la libertad pública.

Tampoco examinaré si la declaración firmada por el mismo rey explica el motivo de la marcha, o bien si este acto es la prueba de su adhesión

sincera a la Revolución, que Luis había profesado muchas veces de una manera enérgica.

Por el contrario, quiero examinar la conducta del rey y hablar de él de la misma manera que hablaría de un rey de la China. Y quiero examinar, ante todo, cuáles son los límites del principio de la inviolabilidad.

El crimen que permanece legalmente impune es una repelente monstruosidad en el orden social, o más bien, es el trastorno absoluto del mismo orden social cuando el crimen ha sido cometido por el primer funcionario público, por el magistrado supremo.

De ahí sólo puedo deducir dos razones: la primera es que el culpable estaba unido a la patria por un deber todavía más santo; la segunda, que —precisamente porque estaba investido de un gran poder— es demasiado peligroso no reprimir sus atentados.

Vosotros habéis decretado la inviolabilidad; pero, señores, ¿habéis tenido alguna duda acerca de las razones que os han dictado tal decreto? ¿Habéis podido disimular nunca que la inviolabilidad del rey estaba íntimamente unida a la responsabilidad de los ministros, y que vosotros decretasteis a la vez la inviolabilidad del rey y de los ministros, porque, en efecto, habíais transferido del rey a los ministros el ejercicio efectivo del poder ejecutivo, y que, siendo los ministros los verdaderos culpables, sobre ellos debían recaer las prevaricaciones que el poder ejecutivo hubiera podido hacer?

De este sistema resulta, por una parte, que el rey no puede cometer ningún mal en la administración, puesto que ningún acto de gobierno puede emanar de él, y los que pudiera ejecutar no tendrían efecto alguno; y por otra, que la ley conserva todo su poder contra él.

Señores, ¿y si se tratase de un acto personal cometido por un individuo investido del título de rey? ¿Si se tratase, por ejemplo, de un asesinato cometido por este individuo? Este acto, ¿acaso sería nulo y sin ningún efecto, o bien encontraríamos un ministro que firmara y se hiciera responsable?

Si el rey cometiese un crimen —ha sido dicho— sería necesario entonces que la ley buscase la mano que ha hecho mover su brazo. Pero si el rey en su calidad de hombre —dado que ha recibido de la naturaleza la

facultad de moverse espontáneamente— hubiese movido el propio brazo sin la intervención de otras personas, ¿quién sería entonces el responsable?

Pero si el rey llevara las cosas hasta un punto determinado, entonces se le nombraría un regente. Y aunque se le hubiese nombrado un regente, continuaría siendo el rey: y todavía estaría investido con el privilegio de la inviolabilidad.

Así, pues, que los comités se expliquen claramente y nos digan si, en tal caso, el rey sería todavía inviolable.

A vosotros os pido, a vosotros que sostenéis con tanto ardor este sistema: si un rey degollase a vuestros hijos delante de vuestros propios ojos (*murmillos*), si ultrajase a vuestra mujer o a vuestra hija, ¿acaso le diríais: «Señor, usad de vuestro derecho: os lo permitimos todo»?

¿O bien os permitiríais la venganza en este caso? Entonces, Substituís la violencia particular, la justicia privada de cada individuo a la justicia tranquila y saludable de la ley; ¿y a esto llamáis establecer el orden público y osáis decir que la inviolabilidad absoluta del rey es el sustento, incluso la base misma del orden social?

Pero, señores, ¿qué son estas hipótesis particulares, qué son todos estos delitos en comparación con los que amenazan la salvación y la felicidad del pueblo?

Pensad: si un rey llamase sobre su patria todos los horrores de la guerra civil y de la guerra con el extranjero; si, a la cabeza de un ejército de rebeldes y de extranjeros viniese a devastar él propio país y a sepultar debajo de sus ruinas la libertad y la felicidad de todo el mundo, ¿sería entonces también inviolable?

¡El rey es inviolable! ¿Acaso no lo sois vosotros, también vosotros? No obstante, ¿acaso tenéis la facultad de cometer crímenes? ¿Acaso os atreveríais a decir que los representantes del soberano tienen derechos menos amplios para su seguridad individual que aquéllos cuyo poder han limitado, que aquéllos cuyo poder deriva sólo de su mandato, hecho en nombre de la nación?

¡El rey es inviolable! ¿Acaso no lo es también el pueblo?

El rey es inviolable gracias a una ficción; mientras que el pueblo lo es por el sagrado derecho de la naturaleza. Al recubrir al rey con la

inviolabilidad, ¿acaso no se inmola la inviolabilidad del pueblo a la del rey?
(*Algunos aplausos al fondo, a ta izquierda*).

Hay que aceptarlo: se piensa así sólo cuando se trata de la causa del rey.

SOBRE LOS DERECHOS POLÍTICOS DE LOS HOMBRES DE COLOR^[17]

Señores:

Al empezar no puedo dejar de responder a cierta propuesta que se me ha presentado para envilecer los intereses de los hombres de color.

Considerad que no se trata aquí de acordar sus derechos; que tampoco se trata de reconocerlos; ¡notad que se trata, más bien, de robárselos, después de haberlos reconocido!

¿Quién puede —con el mínimo sentido de la justicia— decir alegremente a millares de personas: «Es cierto que nosotros habíamos reconocido vuestros derechos; es cierto que os habíamos considerado como ciudadanos a todos los efectos; y no obstante, de ahora en adelante volveremos a lanzaros en la miseria y en el envilecimiento; y os conduciremos de nuevo a los pies de los amos tiranos, cuyo juego os habíamos ayudado a turbar»? (*Aplausos en el fondo, a la izquierda*).

Pero —se os ha dicho— se trata de muy poca cosa: se trata de una cosa de levísima importancia para los hombres de color. Se trata solamente de los derechos políticos, mientras que les dejamos intactos todos sus derechos civiles.

¿Y qué significan —sobre todo en las colonias— los derechos civiles que les dejamos sin los derechos políticos? ¿Qué es en las colonias, bajo la dominación de los blancos, un hombre privado de sus derechos de ciudadano activo? Es sólo un hombre que no puede deliberar de ninguna manera, que no puede influir, ni directa ni indirectamente sobre los intereses más profundos y más sagrados de la sociedad de la que forma parte. Es un

hombre gobernado por magistrados en cuya elección no puede participar de ninguna manera, por leyes, por reglamentos, por actos administrativos que pesan incesantemente sobre él, sin haber usado el derecho que pertenece a cada ciudadano de influir sobre las convenciones sociales, sobre lo que atañe a sus intereses particulares. Es un hombre degradado, cuya suerte está abandonada a los caprichos, a las pasiones, a los intereses de una clase superior.

¡He aquí, pues, los bienes a los cuales se les da una importancia mediocre!

Que se piense de tal manera respecto a la libertad, el bien más sagrado del hombre, el bien supremo de todo hombre todavía no embrutecido; que se piense así y que se considere la libertad como algo superfluo, del cual el pueblo francés puede prescindir, mientras se le deje un poco de tranquilidad y un poco de pan; que se pueda razonar de esta manera respecto a tales principios, no me maravilla en absoluto.

Pero yo, que hago de la libertad un ídolo; yo, que no conozco qué cosa puede ser la felicidad, la prosperidad, la moralidad ni para los hombres ni para las naciones, sin la libertad; ¡yo declaro que aborrezco tales sistemas, y que reclamo vuestra justicia, y la humanidad y la justicia, y el interés de la nación, en favor de los hombres libres de color! (*Aplausos*).

SOBRE LOS DERECHOS DE LA SOCIEDAD Y DE LOS CLUBS^[18]

La Constitución garantiza a los franceses el derecho de reunirse pacíficamente y sin armas. La Constitución garantiza a los franceses la comunicación libre del pensamiento en todos los casos en que no se haga ningún mal a otros.

Si tales son los principios, me pregunto con qué razones se os osa decir que las relaciones entre una asamblea de hombres pacíficos y sin armas y otras asambleas de misma naturaleza pueden ser prohibidas por los principios mismos de la Constitución.

Si las asambleas de personas libres y sin armas son legítimas, si la comunicación de las ideas está consagrada por la Constitución, ¿cómo se osará nunca sostener en mi presencia que se prohíba a las sociedades el tener relaciones entre sí? Es evidente que, precisamente quien ha fijado estos principios los está violando de la manera más descarada y hoy los saca a luz solamente para ocultar todo lo que os es odioso en el atentado que se quiere permitir en contra de la libertad.

¿De qué manera y con qué desfachatez mandaréis a los departamentos una instrucción con la cual pretendéis persuadir a los ciudadanos de que no está permitido a la sociedad de los Amigos de la Constitución tener relaciones, tener afiliaciones? ¿Qué hay de anticonstitucional en una afiliación? La afiliación es solamente la relación de una sociedad legítima con otra sociedad legítima, mediante la cual convienen corresponderse mutuamente en los argumentos de interés público. ¿Qué puede haber aquí

de anticonstitucional? O mejor, que se me pruebe que los principios de la Constitución que he desarrollado no consagran la *verdad*.

... Se han prodigado grandes elogios a las sociedades de los Amigos de la Constitución: parece como si se hubiera hecho para adquirir el derecho de hablar de ella, después, muy mal y de levantar en su contra —de una manera muy vaga— hechos no probados y absolutamente calumniosos.

Pero no importa: al menos se ha dicho de ellas todo lo bueno que no se podía ocultar. Pues bien. Esto no es nada más que el reconocimiento de los servicios que han prestado a la libertad y a la nación desde el principio de la Revolución.

Me parece que esta sola consideración podía bastar para dispensar al Comité de la Constitución de apresurarse en poner obstáculos a unas asociaciones que —por su misma confesión— han sido tan útiles.

Pero —dice el informador— ya no tenemos más necesidad de estas sociedades, puesto que la Revolución ha terminado. ¡Es hora de destruir el instrumento que nos ha servido tan bien! (*Aplausos en la tribuna*).

... La Revolución ha terminado. ¡Oh, de verdad querría pensar lo mismo que vosotros! Ojalá no comprenda bien el sentido que atribuíis a esta afirmación, que he oído repetir con mucha afectación.

Pero aunque esto fuese cierto, ¿acaso sería menos necesario difundir los conocimientos de los principios de la Constitución y de la vida pública, sin la cual la Constitución no podría subsistir? ¿Sería acaso menos útil formar asambleas en las que los ciudadanos pudiesen ocuparse, en comunidad —es decir, de la manera más eficaz, según estos argumentos—, de los intereses más vitales de su patria?

¿Existe acaso una preocupación más legítima que ésta y más digna que la de desear un pueblo libre? Aunque fuese cierto decir que la Revolución ya ha terminado todavía es necesario que la Constitución se reafirme, puesto que la ruina y la caída de la Constitución prolongaría necesariamente la Revolución, es decir, el esfuerzo de la nación para conquistar la libertad.

Ahora bien, ¿cómo se puede proponer anular y hacer ineficaz el instrumento para afirmarla, el mismo que —según admite el propio informador— ha sido generalmente reconocido hasta ahora como necesario?

¿A qué viene, pues, esta extraña premura en remover todos los puntales que sostienen un edificio todavía mal consolidado? ¿Qué sistema es éste de querer lanzar a la nación a una inercia profunda alrededor de los intereses más sagrados, de querer negar a los ciudadanos todo tipo de inquietudes, precisamente cuando todo nos revela que todavía pueden existir dichas inquietudes sin ser insensatas; y de dar de cualquier manera a un delito aquel mínimo de vigilancia que la razón de los pueblos que gozan de siglos de libertad impone por fin?

Por mi parte, cuando veo que, por un lado, la Constitución naciente tiene todavía enemigos internos y externos, cuando veo que sólo han cambiado los discursos y los signos exteriores, que las acciones son siempre las mismas y que los corazones no pueden cambiar si no es por milagro; cuando veo la intriga y la falsedad que, mientras dan la alarma, siembran al mismo tiempo los tumultos y la discordia; cuando veo a los jefes de las facciones opuestas combatir no ya por la causa de la Revolución sino para conquistar el poder de dominar en nombre del monarca; por otra parte, cuando veo el celo exagerado con que prescriben una obediencia ciega, mientras más tarde proscriben por fin la palabra «libertad»; cuando veo los medios extraordinarios que utilizan para apagar el espíritu público, resucitando los prejuicios, la ligereza, la idolatría; yo —más que condenar la embriaguez de todos cuantos me rodean— veo tan sólo el aturdimiento que provoca la esclavitud de las naciones y el despotismo de los tiranos. (*Aplausos en la tribuna*).

Cuando quien comparte las solicitudes de los legisladores está considerado como un hombre peligroso, si no se me convence de que todos los que piensan así son unos insensatos o imbéciles, entonces mi razón me obliga a considerarlos como pérfidos.

Si queréis que reclame contra los proyectos de los enemigos de la patria, si queréis que también aplauda la ruina de mi país, ordenadme lo que queráis, pero hacedme morir antes que perder la libertad. (*Aplausos y murmullos*).

De esta manera, ya no quedarán en Francia hombres lo suficientemente amigos de la libertad y lo suficientemente clarividentes como para advertir

todas las trampas que se tienden en todas partes, y para impedir a los tiranos traidores que gocen del fruto de sus trabajos.

Sé muy bien que, para preparar el éxito de los proyectos que hoy se presentan a vuestra deliberación, se ha procurado prodigar las críticas, los sofismas, las calumnias y todas las mezquindades empleadas por unos hombres que son el oprobio y el azote de las revoluciones. (*Aplausos en las tribunas; alguna carcajada en el centro*).

Sé muy bien que esos hombres han convencido con sus opiniones a todo lo que en Francia hay de mezquino y sucio. (*Risas*).

Sé muy bien que este tipo de proyectos gustan mucho a todos los hombres interesados en prevaricar impunemente: puesto que toda persona corruptible teme la vigilancia de los ciudadanos instruidos, así como los bandoleros temen la luz que descubre sus fechorías.

Sólo la virtud puede descubrir esta clase de conspiraciones contra las sociedades patrióticas. Destruid la virtud y habréis quitado a la corrupción el freno más poderoso, habréis volcado hasta el último obstáculo que se oponía a estos siniestros proyectos. Puesto que los conspiradores, los intrigantes, los ambiciosos sabrán reunirse, sabrán eludir la ley que han hecho emanar; sabrán acogerse bajo los auspicios del despotismo para reinar bajo su nombre. Y sabrán liberarse del estorbo de las sociedades de los hombres libres que se reúnen pacíficamente y en público bajo títulos comunes, puesto que estiman necesario oponer la vigilancia de las personas honestas a la fuerza de los intrigantes ambiciosos y corrompidos.

Entonces podrán mancillar la patria impunemente, a fin de elevar sus ambiciones personales sobre las ruinas de la nación.

Señores, si vuestro espíritu se fija en los hechos del pasado, recordaréis que las sociedades estaban compuestas de los hombres más recomendables por su talento, por su celo frente a las libertades que ellos mismos habían conquistado. Y que se reunían ante todo para prepararse a combatir en esta misma Asamblea la liga de los enemigos de la Revolución, para aprender a distinguir las trampas que los intrigantes no han cesado de tendernos.

Si todos recordaseis estos hechos, os daríais cuenta con sorpresa y dolor de que este decreto ha sido propuesto porque hemos injuriado

personalmente a ciertas personas que habían adquirido una influencia demasiado grande sobre la opinión pública que ahora les repele.

¿Y acaso es un mal tan grande que, en las circunstancias en que nos encontramos, la opinión y el espíritu público se desarrollen a expensas de la reputación de algunas personas que, después de haber servido aparentemente a la causa de la patria, la han traicionado con mayor audacia todavía? (*Aplausos en las tribunas; murmullos*).

Sé perfectamente que mi franqueza es muy dura; pero el único consuelo que puede quedar a los buenos ciudadanos, frente al peligro en que estos hombres han puesto la cosa pública, es el de juzgarles severamente.

Se os ha hecho creer que las sociedades patrióticas han usurpado el poder público cuando, por el contrario, no han tenido nunca la ridícula pretensión de tratar lo que está dentro de la competencia de las autoridades constituidas, cuando nunca han tenido más finalidad que la de instruir e iluminar a sus conciudadanos acerca de los verdaderos principios de la Constitución y de difundir las doctrinas sin las cuales dicha Constitución no podría subsistir.

Si alguna vez ciertas sociedades se han alejado de las reglas prescritas por la ley, entonces las leyes han reprimido las desviaciones particulares. Pero ¿se quiere, de algunos hechos aislados de los cuales no ha habido pruebas, se quiere quizá deducir que hay que destruir, paralizar, anular totalmente una institución útil y necesaria para el mantenimiento de la Constitución y que, al recibir a sus mismos enemigos, ha rendido servicios esenciales a la libertad?

Si existe un espectáculo desagradable, éste es el que la Asamblea representativa sacrifique la seguridad de la Constitución a los intereses de algunos individuos ambiciosos y devorados por las pasiones.

CONTRA LA GUERRA^[19]

¡Señores!:

¡La guerra!, gritan la corte y el ministerio y sus innumerables partidarios. ¡La guerra!, repite un gran número de bravos ciudadanos impulsados por un sentimiento generoso, capaces de elevarse al entusiasmo del patriotismo, pero no tan capaces de meditar sobre los móviles de las revoluciones y sobre las intrigas de la corte.

¿Quién se atreverá a impedir este grito imponente? Nadie, excepto quien esté convencido de que hay que deliberar con ponderación antes de tomar una resolución decisiva para la salvación del Estado y para la suerte de la Constitución. Nadie, excepto quien haya observado que en general han sido precisamente la precipitación y el entusiasmo del momento los que nos han llevado a las medidas más funestas que han comprometido nuestra libertad, favoreciendo los proyectos de los enemigos y aumentando su poder. Nadie, excepto quien sabe que el verdadero papel de quien quiere servir a su patria es el de sembrar en un tiempo determinado y recolectar en otro distinto, y de esperar de la experiencia el triunfo de la verdad.

No secundaré la opinión del momento, ni adularé al poder dominante; ni tampoco predicaré una doctrina pusilánime, ni aconsejaré un vil sistema de debilidad y de inercia; sino que desarrollaré una trama profunda, que creo que conozco bastante bien.

Incluso estoy dispuesto a querer la guerra, pero sólo como la desea el interés de la nación; primeramente intentaremos domar a los enemigos internos, y solamente después marcharemos contra nuestros enemigos extranjeros, si es que todavía existen.

La corte y el gobierno quieren la guerra y la ejecución del plan que proponen. La nación no rechaza, de hecho, la guerra si se hace necesaria para conquistar la libertad: pero en primer lugar quiere la libertad y la paz, mientras sea posible; y rechaza cualquier proyecto de guerra que fuera propuesto para aniquilar la libertad y la Constitución, aunque fuera bajo el pretexto de defenderlas.

Discutiré la cuestión desde este punto de vista. Después de haber demostrado la necesidad de rechazar la propuesta del ministerio, propondré los distintos medios para el mantenimiento de la Constitución y la seguridad del Estado.

¿Cuál es, pues, la guerra que podemos prever?

¿Es quizá la guerra de una nación contra otras naciones, o la guerra de un rey contra otro rey? No, evidentemente. Es solamente la guerra de los enemigos de la Revolución Francesa contra la Revolución Francesa.

Y los más numerosos entre estos enemigos, los más peligrosos, ¿están quizá en Coblenza reunidos? Ciertamente no: están entre nosotros. ¿Y no podemos creer razonablemente encontrarlos en la corte y en el gobierno?

No quiero resolver tales cuestiones; pero puesto que la guerra hará obtener la dirección suprema de las fuerzas del Estado y permitirá a la corte y al gobierno tener en las manos el destino de la libertad, hay que convenir que la sola posibilidad de tal desgracia debería ser sagazmente pesada en las deliberaciones de nuestros representantes.

Cuando consigamos claramente descubrir todas las tramas funestas urdidas contra la Constitución, desde el momento en que fueron puestos sus primeros fundamentos hasta hoy, entonces habrá llegado el momento de salir de un letargo tan largo y tan estúpido, de echar una ojeada al pasado, de unirlo al presente y de hacer una valoración de nuestra situación real.

La guerra siempre es el principal deseo de un gobierno poderoso que quiere ser todavía más poderoso. En realidad, no tengo necesidad de decir que es precisamente durante la guerra cuando el gobierno debilita completamente al pueblo disipando sus finanzas, y es precisamente durante la guerra cuando corre un velo impenetrable ante sus latrocinios y sus errores. Os hablaré, por el contrario, de lo que atañe todavía más directamente al más profundo de nuestros intereses.

Es precisamente durante la guerra cuando el poder ejecutivo despliega su más temible energía y cuando ejerce una especie de dictadura, que aterroriza la naciente libertad. Es durante la guerra cuando el pueblo olvida las deliberaciones que conciernen esencialmente a sus derechos civiles y políticos, para no ocuparse de nada más que de los acontecimientos externos; cuando descuida la atención sobre sus legisladores y magistrados para dedicar todo su interés y todas sus esperanzas a sus generales y a sus ministros, o más bien a los generales y a los ministros del poder ejecutivo.

A causa de la guerra se han urdido, por obra de nobles y de funcionarios militares, las disposiciones —demasiado poco conocidas— de este nuevo código^[20] que, desde el momento en que Francia se declare en estado de guerra, consigna la policía de nuestras ciudades más avanzadas a los comandos militares, y delante de ellos, suprimen las leyes que protegen los derechos de los ciudadanos.

Durante la guerra, la misma ley les otorga el poder de castigar *arbitrariamente* a los soldados. Durante la guerra la costumbre a una obediencia pasiva y el entusiasmo tan natural hacia los jefes afortunados, hacen de los soldados de la patria los soldados del monarca o de sus generales.

En tiempos de tumultos y de facciones, los jefes de los ejércitos se convierten en los árbitros de la suerte de su país y hacen pender la balanza en favor del partido que han abrazado.

Si son Césares o Cromwells, se apoderan personalmente de la autoridad. Si son cortesanos sin ningún carácter, incapaces de hacer el bien pero peligrosos cuando quieren el mal, van a deponer su poder a los pies de sus amos, y le ayudan a tomar un poder arbitrario, con la condición de ser sus primeros lacayos.

En Roma, cuando el pueblo —cansado de la tiranía y de la soberbia de los patricios— reclamaba sus derechos a través de la voz de sus tribunos, el senado declaraba la guerra; y el pueblo, de esta manera, olvidaba sus derechos y los ultrajes recibidos para acudir bajo los estandartes de los patricios y preparar pompas triunfales a sus tiranos.

En tiempos sucesivos, César y Pompeyo hacían declarar la guerra para ponerse a la cabeza de las legiones, y regresaban para dominar la patria con

los soldados que habían armado.

«Ahora sois solamente los soldados de Pompeyo y no los de Roma», decía Catón a los romanos que habían combatido a las órdenes de Pompeyo por la causa de la República.

La guerra hizo perder la libertad a Esparta, desde el momento en que ésta llevó las propias armas más allá de sus fronteras.

La guerra, hábilmente provocada y dirigida por un gobierno pérfido, fue el escollo donde encallaron todos los pueblos libres.

En realidad no razonan así los que, impacientes por emprender la guerra, parecen considerarla como la fuente de todo el bien; puesto que es mucho más fácil abandonarse al entusiasmo que consultar a la razón.

Así, ya se cree ver la bandera tricolor plantada en los palacios de los emperadores, de los sultanes, de los papas y de los reyes: éstas son, precisamente, las expresiones textuales de un escritor patriota seguidor del sistema que yo combato.

Otros aseguran que en el momento de declarar la guerra, ya veremos borrarse de un solo golpe todos los tronos.

En cuanto a mí, que no puedo dejar de notar la lentitud de los progresos de la libertad en Francia, confieso que todavía no creo en la libertad de los pueblos embrutecidos y encadenados por el despotismo. Tengo más confianza que nadie en los prodigios que puede obrar el valor de un gran pueblo que se lanza a la conquista de la libertad del mundo; pero cuando fijo la mirada en las circunstancias reales en que nos encontramos; cuando en lugar de este pueblo veo la corte y a los servidores de la corte; cuando no veo más que un plan ideado, preparado y conducido por cortesanos; cuando veo lanzar con énfasis todas esas declamaciones sobre la libertad universal por hombres corrompidos en el fango de las cortes, que no cesan de calumniarla y de perseguirla en sus países; entonces pido que, por lo menos, queráis reflexionar largamente sobre una cuestión de tal importancia.

Si la corte y el gobierno tienen interés por la guerra, veréis como éstos no omitirán nada para regalársela.

¿Cuál sería, por el contrario, el primer deber del poder ejecutivo? ¿No sería quizás el de empezar a hacer todo lo que estuviese en sus manos para prevenirla? ¿Y, quién podría dudar de que, si su fidelidad a la Constitución

fuera claramente manifiesta a sus amigos, a sus mantenedores, a los parientes del rey, ninguno de ellos había concebido nunca el proyecto de hacer la guerra a la nación francesa, y ningún príncipe de Germania ni ninguna potencia extranjera hubiera tenido la tentación de protegerlos?

¿Qué se ha hecho para frenarla? Durante dos años se han favorecido las emigraciones y la insolencia de los rebeldes. ¿Qué han hecho los ministros si no llevar amargos lamentos a la Asamblea, relativos a todas las precauciones que la justa desconfianza de la municipalidad y de los cuerpos administrativos había tomado para poner un dique al torrente de las emigraciones y de las exportaciones de nuestras armas y de nuestro dinero? ¿Qué han hecho sus partidarios en la Asamblea Constituyente, si no oponerse con todas sus fuerzas a cualquier medida propuesta para detenerlos? ¿Acaso no fue el poder ejecutivo el que, al declinar la Asamblea, provocó, con su expresa recomendación, y obtuvo con el crédito de sus fieles, la ley^[21] que los ha alentado y llevado al exceso, acordándoles la más ilimitada libertad y la más empalagosa protección?

¿Y qué ha hecho cuando la opinión pública, despertada por el exceso del mal, lo ha obligado a romper el silencio sin conseguir, no obstante, sacarlo de su inacción? Ha escrito vanas cartas en las que inspira el más tierno afecto y el más vivo reconocimiento, pero en las que las facciones son reprochadas con tonos alentadores. Ha hecho proclamas ambiguas, en las que los conspiradores armados contra la patria y los jefes militares tráfugos son tratados con una indulgencia y un interés que —si bien contrastan singularmente con los signos de resentimiento y de cólera prodigados a los ciudadanos y a los diputados populares más celosos de la causa pública que los ministros— responden perfectamente al celo con que los rebeldes se declaran los campeones de la nobleza y de la corte.

¿Acaso se ha podido conseguir que los ministros sustituyesen a los oficiales desertores y que la patria cesase de pagar a los traidores que meditan para destruir su seno?

En lo concerniente a las potencias extranjeras, ¿qué significa el secreto impenetrable que el ministro Montmorin^[22] conserva respecto a la Asamblea Nacional?

¿Y la marcha del rey, y la ridícula comedia, en la que se nos consigna a todos los principios de las respuestas equívocas y del todo contrarias a los derechos de la soberanía nacional, tan groseramente concertados con la corte de las Tullerías?

Todavía más: ¿qué significa esta certidumbre casi completa de las intenciones pacíficas, de los principios que el ministro nos garantiza, precisamente en el momento en que se trata de dar un libre curso a las emigraciones?

Y las declaraciones de sus proyectos hostiles, y las proclamas amenazadoras, y las públicas confidencias que se hacen las cortes imperiales entre sí y los príncipes alemanes alrededor de sus proyectos sobre Francia; y la marcha equívoca y misteriosa del ministro que se retira sin dar ninguna explicación, precisamente en el momento en que la desconfianza de la nación entera acerca de su conducta parece que se ha despertado finalmente.

En fin, la nueva Legislatura, cediendo al grito de toda la nación, toma sensatas y necesarias medidas para apagar el fuego de rebelión y de guerra, para desconcertar y castigar a los rebeldes^[23]. Pero estas medidas son anuladas por el «veto» real. Y la voluntad general es sustituida por ciertas benévolas y anticonstitucionales proclamas que, ciertamente, no pueden causar ningún temor a aquellos que se declaran los defensores de la autoridad real.

Y después se propone declarar la guerra. Una ley que quite estipendios y funciones públicas de las manos de traidores armados contra su patria; una ley que enseñe a los jefes de la conspiración un castigo tardío en el caso de que éstos no volviesen a cumplir con su deber: una tal ley, que indulta los crímenes ya cometidos, todavía parece demasiado dura y cruel; y para ahorrarles esta desgracia, se prefiere lanzar sobre la nación todas las calamidades de la guerra.

¡Qué clemencia, santo cielo! ¡Qué humanidad! ¿Cómo haremos para creer, después de todo esto, que la guerra será dirigida precisamente contra ellos?

Antes de proponerla, no sólo debería de hacerse todo lo posible para prevenirla, sino que también se debería utilizar todo el poder para mantener

la paz en el interior. Y, por el contrario, los tumultos surgen de todas partes; y la corte, el gobierno, los fomenta.

¿Acaso los sacerdotes sediciosos son los auxiliares y los aliados de los desertores rebeldes? La impunidad de que gozan, los alientos que reciben, la perversidad que abandonaba o perseguía a los sacerdotes constitucionales^[24] empezaba a encender la llama de la discordia y del fanatismo. Un decreto propuesto en nombre de la salud pública habría debido reprimir a los que, en nombre del cielo, turbaban el orden público; vosotros, por el contrario, les cubrís con vuestra égida y presentáis con una mano la declaración de guerra y con la otra el «veto» que hace vana esa ley necesaria; y así os preparáis para la guerra con el extranjero, para la guerra civil y para la guerra de religión.

¿Qué signos más evidentes podríamos encontrar nunca para reconocer una trama urdida por los enemigos de nuestra libertad? Hay que destruirla, identificando con más precisión su finalidad efectiva.

¿Acaso se quiere ensangrentar a Francia para restablecer el *ancien régime* con toda su monstruosidad? Ciertamente no; saben muy bien que esta empresa sería demasiado difícil; y los jefes de la facción dominante no tienen ningún interés en hacer revivir los abusos del *ancien régime*, que podrían perjudicarles. Quieren, en el actual estado de cosas, solamente los cambios que su interés personal y su ambición exigen.

Este proyecto ya no es un misterio para aquellos que han observado con cierta atención la conducta y los discursos de los autores de esta intriga, para aquellos que los han oído insinuar desde hace tiempo, que para obtener la paz y unir a todos los partidos, sería suficiente con transigir un poco... como por ejemplo, restablecer la nobleza e instituir una Cámara alta, compuesta de nobles y por personas comunes a las que el rey confiriese la nobleza.

¿Por qué, en efecto, el pueblo mostraría tanta repugnancia hacia las modificaciones del acto constitucional? ¿Qué le importa que la autoridad suprema se divida entre el monarca y la nobleza? Es cierto que los principios de igualdad quedarían destruidos; es cierto que con el despotismo y la aristocracia, resucitados bajo otras formas, resurgirían todas las injusticias y todos los abusos que oprimen a un pueblo humillado; es cierto

que en los lugares en que las principales bases de la Constitución fuesen atropellados y el patriotismo fuese abatido, se perdería necesariamente el espíritu público y la libertad. Pero, al ser presentado al pueblo solamente algunos artículos que, de hecho, no parecen comprometer directamente su existencia, mientras dichos artículos aparecen con el fin de garantizar algunas ventajas particulares, tales como, por ejemplo, la supresión de ciertas monstruosidades feudales y las de las décimas, se espera que el pueblo se prestará todavía más a esta infame conjura que se dedicará a arruinarlo, a desmoralizarlo, a sitiario de hambre con el acaparamiento del dinero, de las subsistencias, y con todos los medios que la aristocracia no ha dejado de prodigar desde el principio de esta Revolución.

Sin embargo, para conseguir esta meta desde el punto en que estaba, se tenía que superar un gran intervalo; en el exterior había amenazas de guerra y un ejército de contrarrevolucionarios, a punto para unirse con los de aquí; en el interior, había un partido poderoso dispuesto a dar a los rebeldes una importancia que no han tenido nunca, dividiendo la nación y preparando el éxito de sus pérfidos proyectos.

De ahí deriva la protección acordada por el gobierno a los contrarrevolucionarios y su turbia conducta concertada con las potencias extranjeras; de ahí resulta, por otra parte, el sistema seguido que consiste en dar una lentitud mortífera a la ejecución de los decretos, en mostrar en todas las cosas una culpable predilección por los enemigos hipócritas o declarados de la Constitución, que les alentaban a luchar contra la libertad. De ahí deriva esta afectación de tomar bajo propia salvaguardia los intereses de los curas facciosos, en un principio débiles e impotentes; de ahí deriva el decreto de dividir París, apoyado y convertido en ley por el partido ministerial de la Asamblea Constituyente que, ofreciendo iglesias a los sacerdotes refractarios, invitándoles a reemprender sus funciones, dividió al pueblo entre los viejos y los nuevos pastores^[25]; de ahí surge aquel otro decreto de los miembros del mismo directorio, conocido por su complacencia hacia la corte, decreto que defiende abiertamente la causa de los sacerdotes sediciosos en contra de la misma Asamblea Nacional y en contra del deseo de todos los patriotas. De esto deriva la conducta de muchos cuerpos administrativos que ya han ensangrentado su patria y ya

han hecho triunfar el fanatismo y la aristocracia en muchas regiones, con su parcialidad declarada en favor de estos curas. De esto deriva aquella páfida carta escrita por el ministro Lessart a todos los departamentos, para atizar el fuego de las discordias religiosas y políticas, al tiempo que nos proponía regalarnos la guerra contra el extranjero, bajo el pretexto de consultar el deseo del pueblo acerca del decreto publicado por sus representantes^[26]; decreto anticonstitucional y peligroso, que en un país en que los crímenes cometidos por el gobierno pudiesen castigarse, ya lo habría sido como un crimen de lesa nación.

Para asegurar el proyecto de esta negociación, que se proponía destruir los tumultos y la debilidad de las naciones, se trataba, además, de humillar a la Asamblea Nacional Legislativa, con el fin de preparar la nación para adoptar el sistema aristócrata de las dos Cámaras, quitándole su actual representatividad. Para destruir la Asamblea, no les pareció suficiente con calumniarla a través de todos los portavoces del gobierno y de los intrigantes de la vieja Legislatura, que son sus consejeros y sus cómplices. Había que actuar de manera que pareciera que se destruía a sí misma, a través de la influencia del partido antinacional que contiene en su seno, que ahora le arranca de las manos la revocación de sus decretos más patrióticos, ahora ultraja sus miembros más celosos de la causa pública, y siempre la expone a un tumulto indecente, del cual ni siquiera los diputados de la nobleza y del clero habrían osado darnos el ejemplo de la primera Legislatura. Además, había que formar los comités criminales en los que, los viles agentes de la corte meditaban cada día nuevos golpes a la libertad para ejecutarlos a la mañana siguiente. Y vosotros sabéis muy bien si han triunfado.

Sin duda alguna, a la nación le basta con ver una trama culpable para intuir que su final puede ser únicamente funesto. Al divulgar aquí el proyecto favorito de los enemigos de la libertad, lo pongo en la más favorable de las situaciones; puesto que este proyecto, aunque sea culpable, en realidad no es más temible que la contrarrevolución completa con que los locos, no instruidos acerca del particular, osan amenazarnos.

Además, he creído que era un deber hacia la nación el divulgar, en la más decisiva de todas las crisis, todo lo que una dolorosa experiencia y

unos indicios evidentes me han revelado acerca de los proyectos de sus enemigos.

En nombre de la libertad, juro que yo y muchos otros hemos oído proponer esta idea en la Cámara alta y en las negociaciones con los enemigos a miembros ex nobles. Juro que era ésta la opinión que tenían de sus proyectos los diputados conocidos por su inmutable adhesión a los principios de la Constitución.

Se puede recordar que el señor Pétion, en una carta a sus lectores y en la época más desastrosa de la Revolución, anunciaba anticipadamente a la nación el proyecto delictivo de coalición que deshonoró los últimos tiempos de la primera Legislatura. Aquel proyecto era debido a la llamada minoría de la nobleza, la cual habría desmentido todas sus costumbres y su educación si no hubiese especulado sobre la Revolución de Francia, como especulaba sobre las revoluciones de la corte.

Era debido, además, a los nobles fundadores del club de 1789^[27]; era debido a los ex nobles y a los ex patriotas que durante tanto tiempo han edificado esta sociedad con los sublimes arrebatos de su patriotismo. Era debido a todos los hombres de esta casta que han preferido perseguir la fortuna en Francia, en medio de tumultos e intrigas, que ir a buscarla en Coblenza.

Desde hace tiempo, la parte de esta facción que agitaba la Asamblea Constituyente, aun reconociendo los principios generales de la igualdad, ha preparado, para cuando lo permitan las circunstancias, la ejecución de este proyecto, a través de la alteración de los decretos constitucionales^[28]. Y la habría llevado adelante todavía más si hubiera podido vencer la obstinación de algunos hombres a los que era imposible obligar a un acuerdo sobre los derechos del pueblo y si no se necesitara tiempo para fortificar a los enemigos internos y externos de la Constitución.

¿Todavía dudáis de que el gobierno quiera declarar un ataque a la Constitución? Os lo demostraré definitivamente.

Si el gobierno quisiera la Constitución tal cual es, ¿por qué se ha formado, bajo sus auspicios, un partido llamado Ministerial que declara una guerra abierta a los patriotas? Desde el momento en que los patriotas —hoy que la Constitución se ha llevado a término— sólo piden la fiel ejecución de

las nuevas leyes, desde el momento en que éste es el único objeto de su vigilancia, de su solicitud, de sus continuas oposiciones, entonces el gobierno y sus mantenedores deben de estar de acuerdo con ellos, y debe formarse un solo partido compuesto por los que se dicen patriotas y defensores de la Constitución.

¿Por qué, pues, vemos como estos gobernantes persiguen a los otros con una animosidad que ni siquiera los aristócratas declarados demuestran? ¿Por qué la Asamblea Legislativa, que no computa ningún diputado de las corporaciones privilegiadas, compuesta por personas que han jurado mantener la Constitución, se presenta como divisa en dos ejércitos, en lugar de presentarse como el senado de Francia? ¿Por qué una parte de los representantes quieren destruir la propia Asamblea de la que son miembros? ¿Por qué la principal ocupación de los publicistas votados en el gobierno es la de difamar a los diputados conocidos por su civismo? ¿Por qué esta misma facción se prodiga con un atroz encarnizamiento en calumniar y en disolver la sociedad de los Amigos de la Constitución? ¿Acaso todas estas personas no quieren la Constitución tal cual es, no quieren quizás una representación nacional única, fundada en la igualdad de derechos?

Ahora bien, puesto que se disponen abiertamente bajo el estandarte de la corte y del gobierno, puesto que son la corte y el gobierno quienes les inspiran, les blanden y les emplean, es evidente que la corte y el gobierno quieren, si no destruir, por lo menos cambiar la Constitución. Pues bien, ¿cuál puede ser este cambio, si no algo similar, cuando menos, al proyecto de transacción que ya os he indicado? ¿Podéis concebir que la corte pueda adoptar una medida tan decisiva como la guerra, sin unirla a la instauración de su sistema preferido? Ciertamente no. La corte os tiende una trampa cuando os propone dicha medida: esta trampa es tan evidente, que los patriotas seguidores del sistema que yo combato han tenido necesidad de convencerse a sí mismos persuadiéndose de que la corte no quería seriamente la guerra y que buscaban los medios para evitarla después de haberla propuesto.

Aunque no hubiese probado todo lo contrario con lo que acabo de decir, ¿no basta, quizá, con echar una simple mirada a todos los medios que la corte utiliza para enderezar la opinión pública hacia este objetivo? ¿Acaso

no es suficiente escuchar todos los gritos de guerra que lanzan los gobernantes y los publicistas que se han vendido a ellos, no basta quizá leer los libelos lanzados contra los que defienden la opinión contraria? ¿Acaso no basta recordar que en la misma Asamblea Nacional, el ministro de la guerra se ha permitido acusar a los patriotas que no la quieren para darnos cuenta de que, al fin, dicha Asamblea se ha puesto en la imposibilidad de no hacerla?

La corte siempre ha querido la guerra. Y todavía la quiere: pero esperaba el momento favorable, momento que ella misma preparaba, para declararla y regalárnosla de la manera más conveniente a sus intereses. Necesitaba esperar que las emigraciones hubieran aumentado las fuerzas rebeldes, y que las potencias extranjeras hubieran concertado sus medidas a este respecto; a continuación se debía obstaculizar el severo decreto que tenía fuerza para desmoralizar y deshonar a los emigrados; pero al mismo tiempo, necesitaba guardarse de dejarles atacar los primeros nuestras fronteras, puesto que, después de los lamentos que se habían levantado por todas partes sobre la conducta del ministro de la guerra^[29], después del último signo de protección dado a los emigrantes, la nación le imputaría el ataque y reconocería su perfidia; y, en su indignación, desplegaría una energía capaz de salvarla. Después, había que aparentar la provocación — con una vana proclama— de la venganza nacional contra los mismos hombres que tal vez estaban protegidos contra la justa severidad de las leyes; en suma, había que obtener la guerra y al mismo tiempo la confianza de la nación, que podría dar los medios de dirigirla impunemente hacia el fin que la corte deseara.

Pero, para cubrir todo lo que un cambio tan brusco y una conducta aparentemente tan contradictoria pudiera tener de sospechosa, la perspicacia política exigía que fuese precisamente la Asamblea Nacional la que solicitase el paso decisivo. Y se preparó este golpe, haciendo provocar, por diputados gubernativos, el mensaje que la Asamblea Legislativa engañada ha enviado al rey, abandonando sus propios principios y entrando, sin darse cuenta, en el plan de la corte^[30]. Ésta ha querido también que los ciudadanos pareciesen prevenir su deseo; y mientras negaba armas a la Guardia Nacional, urdía cualquier motivo que pudiera hacer desear la

guerra a la nación. No existe ningún medio, por pequeño que sea, que no haya sido utilizado para excitar el entusiasmo que necesitaba; las falsas noticias que ha puesto en circulación lo atestiguan; lo atestiguan los oradores introducidos con ostentación en la tribuna de la Asamblea, en este momento sospechosa^[31].

Pero, reconozcamos nuestra situación con sangre fría. Observad cómo la nación está dividida en tres partidos: los aristócratas, los patriotas y el partido centrista e hipócrita que se denomina «Ministerial». Los dos primeros no hubieran sido temibles por sí solos y la libertad se habría consolidado si los intrigantes que se ocultaban bajo la máscara hipócrita del patriotismo no hubieran venido a fundirse entre ellos y el pueblo para establecer un sistema aristócrata homogéneo a sus intereses personales.

La corte y el gobierno, después de haberse declarado abiertamente en favor de los aristócratas, parecían haber adoptado las formas y los proyectos de aquella facción maquiavélica. No es cierto que sus jefes estén actualmente de acuerdo en todo con los jefes del partido Aristocrático; pero es cierto que los aristócratas, al ser demasiado débiles para destruir enteramente la obra de la Revolución, tarde o temprano estarán contentos de obtener las ventajas de la coalición que los otros les preparan, y es cierto que tienden naturalmente a aliarse, por sus propios intereses, con ellos contra la causa del pueblo y de los patriotas.

¿Cuáles son los medios para conseguir este propósito? El poder de los sacerdotes y de la superstición, el poder, no menos grande, de los tesoros acumulados en las manos de la corte; el incivismo de un gran número de cuerpos administrativos, la corrupción de una multitud de funcionarios públicos, los progresos de la idolatría y de la división, del moderantismo, de la pusilanimidad, del ministerialismo, en el interior de la Asamblea Nacional; las intrigas de todos los jefes de esta facción innumerable que, ocultando sus secretas miras bajo el velo de la Constitución, reúnen en torno a su sistema a todos los hombres débiles, los cuales son persuadidos de que su tranquilidad va unida a la docilidad con que se soportará que las leyes y la libertad sean continua e impunemente atacadas; todos los egoístas favoritos de la fortuna que, si bien aman la parte de la Constitución que los

igual a los que estaban por encima de ellos, no pueden consentir en reconocer como iguales a los que consideran inferiores.

Legislador patriota, al cual respondo en este momento^[32], ¿qué precauciones propones para prevenir estos peligros y para combatir esta ley? Ninguna. Todo lo que has dicho para tranquilizarnos se reduce a esta expresión: «¿Qué me importa? La libertad siempre sabrá triunfar por encima de todo».

¿No se diría que tú estás encargado de velar para asegurar este triunfo, deshaciendo los complots de sus enemigos? ¡La desconfianza —dices— es un estado de cosas horrible! Mucho menos horrible, sin duda, que la estúpida confianza que ha causado todas nuestras dificultades y todos nuestros males y que conduce al precipicio.

¡Legisladores patriotas, no calumniéis la confianza! Dejad que propaguen esta doctrina pérfida los viles intrigantes que hasta ahora han hecho de ella la salvaguardia de sus traiciones; dejad a los bribones que quieren invadir y profanar el templo de la libertad el cuidado de combatir con los temidos dragones que defienden la entrada de dicho templo.

¿Acaso será Manlio quien juzgue inoportunamente el chillido de los pájaros sagrados que deben salvar el Capitolio?

La confianza, digáis lo que digáis, es la guardiana de los derechos del pueblo; es al sentimiento profundo de la libertad lo que los celos son al amor.

Nuevos legisladores, aprovechad, por lo menos, la experiencia de tres años de intrigas y de perfidia; pensad que si vuestros predecesores hubiesen sentido la necesidad de esta virtud, vuestra tarea sería mucho más fácil. Sin ella estáis destinados a ser el señuelo y la víctima de los hombres más viles y más corrompidos, y debéis temer que —entre todas las cualidades necesarias para salvar la libertad— no sea ésa la única que os falte.

Si se traiciona —ha dicho el diputado patriota que yo combato— *el pueblo está aquí*.

Sí, cierto, sin duda; pero no puede ignorar que la insurrección que propone es un remedio raro, incierto y extremo. El pueblo ha estado siempre presente en todos los países libres cuando, a pesar de sus derechos y de su omnipotencia, algunos hombres hábiles, después de haberlo

adormecido un instante, lo encadenaron durante siglos. Estaba siempre presente cuando en julio pasado su sangre corrió a borbotones, impunemente, en esta misma capital; *¿y por orden de quién?*

El pueblo siempre está presente; y vosotros, representantes, ¿no lo estáis también? ¿Y que se os tiene que hacer si, en lugar de destruir los proyectos de sus opresores, no sabéis hacer nada más que abandonarlo al terrible derecho de insurrección y al resultado del trastorno del imperio?

Sé muy bien que pueden darse circunstancias particularmente propicias, en las que el rayo puede salir de sus manos para aplastar a los traidores; pero es necesario que el pueblo haya podido, por lo menos, evadirse a tiempo de su perfidia.

Así pues, no hay que exhortarlo a que cierre los ojos, sino a vigilar. No hay que aceptar ciegamente todo lo que propongan sus enemigos, y poner en sus manos el cuidado de dirigir el curso y de determinar el resultado de la crisis que debe decidir su ruina o su salvación.

He aquí, por el contrario, lo que hacéis vosotros adoptando los proyectos de guerra que el gobierno os presenta.

¿Acaso conocéis algún pueblo que haya conquistado la libertad manteniendo, al mismo tiempo, una guerra con el extranjero, una guerra civil y una guerra religiosa, bajo los auspicios del despotismo que las había suscitado en su contra para disminuir su poder?

Ciertamente, este problema político y moral no se resolverá hasta dentro de mucho tiempo; y vosotros habéis pretendido resolverlo con vagas esperanzas y con el ejemplo de la guerra de América, cuando éste bastaría por sí solo para poner de manifiesto la ligereza de vuestras decisiones políticas.

¿Acaso los americanos tenían que combatir en el interior del país el fanatismo y la traición, y en el exterior un complot tramado en su contra por su propio gobierno? ¿Y acaso no se deduce, del hecho de que éstos, ayudados por un aliado poderoso, guiados por Washington, favorecidos por todos los errores de Cornwallis^[33], hayan tenido razón frente al déspota que les hacía una guerra abierta, que habrían triunfado aunque hubieran sido gobernados por los ministros de Jorge III^[34] y guiados por sus generales?

Desearía que alguien me citase el ejemplo de los romanos vencedores de Porsena y que me dijera si hubiera sido indiferente, para asegurar la libertad, que sus esfuerzos hubieran sido dirigidos por Bruto o por Arunte^[35], por los cónsules de Roma o por los hijos de Tarquinio.

Si hemos de ser engañados o traicionados —decís— es mejor declarar la guerra que esperar a que nos la declaren.

No es cierto: en primer lugar, no es éste el punto de la cuestión que quiero resolver, puesto que mi sistema no se refiere simplemente a esperar a que otros nos declaren la guerra sino a sofocar esta misma posibilidad. Pero, ya que quiero invalidar las bases de vuestra doctrina, deseo probaros, en sólo dos palabras, que para la salvaguardia de la libertad sería preferible esperar a que nos declaren la guerra, antes que adoptar el propósito que el gobierno nos ha presentado.

En el caso de una supuesta traición a la nación, no quedaría más solución que una revolución, tal como vosotros habéis previsto exactamente: la saludable y súbita explosión de la indignación del pueblo francés; y sólo podría ofrecérsela el ataque extranjero a vuestro territorio, puesto que, en este caso, como ya he observado, los franceses, reanimados de golpe de su letárgica confianza, defenderían su libertad contra sus enemigos con prodigios de entusiasmo y de energía. El gobierno y la aristocracia habían previsto muy bien todo ello: han querido conjurar la tempestad que los indicios del patriotismo les había anunciado. Han intuido, precisamente, que era necesario que los ministros y la corte mostrasen querer dirigir el rayo contra nuestros enemigos a fin de que, una vez surgido de nuevo el objeto del entusiasmo y de la idolatría, el poder ejecutivo pudiera llevar a cabo el funesto proyecto del que he hablado, a su placer y sin ningún obstáculo.

Y entonces, cualquier ciudadano honesto y enérgico que hubiera osado sospechar de un ministro, de un general, habría sido denunciado por la facción dominante como un enemigo del Estado; y en ese punto los traidores no habrían cesado de reclamar, en nombre de la salud pública, la confianza ciega y la funesta moderación que hasta ahora ha asegurado la impunidad a todos los conspiradores; y la razón y el patriotismo hubieran

sido obligados a estar callados frente al despotismo militar y la insolencia de las facciones.

Y esto no es todo. ¿Según vosotros, cuándo pueden los hombres libres, o los que quieren serlo, desplegar todas las energías que da una causa similar? Cuando combaten en su casa, por sus hogares, ante los ojos de sus conciudadanos, de sus mujeres y de sus hijos. Es entonces, cuando cualquier parte del Estado puede correr en todo instante —por así decirlo— en ayuda de la otra, y, con la fuerza de la unión y con la fuerza del valor, evitar una primera derrota y considerar todas las ventajas de la disciplina y de la experiencia de los enemigos. Entonces, todos los jefes obligados a actuar bajo la mirada de sus conciudadanos, no pueden traicionar con éxito ni impunemente.

Pero todas estas ventajas se pierden cuando la guerra se lleva lejos de las miradas de la patria, a un país extranjero, y se ofrece campo libre a las maniobras más funestas y más tenebrosas: entonces ya no es toda la nación la que combate por su salvación sino que es un ejército, un general, quien decide el destino del Estado.

Por otra parte, al llevar la guerra al exterior, se ponen todos los poderes enemigos en la condición más favorable para combatirlos; de hecho, daríais vosotros mismos el pretexto que buscan, si es que desean hacerla. Y si no quieren hacerla, les obligáis a ello. Incluso los peor intencionados habrían dudado en declarar, sin algún pretexto plausible, la más odiosa e injusta de todas las guerras; pero si sois vosotros los primeros en violar su territorio, irritaréis a los pueblos germanos, a los cuales atribuíis luces y principios que todavía no se han podido desarrollar de manera suficiente cerca de vosotros y en los cuales las crueldades cometidas por los generales del Palatinado^[36] han dejado impresiones más profundas que las que pueden haber producido algunos libelos prohibidos, contrarrestados por el gobierno con todos los medios y con la influencia de sus partidarios.

¿Qué amplia materia ofreceríais al manifiesto de la cabeza y de los otros príncipes del Imperio para hacer un llamamiento a los derechos y a la seguridad, y para despertar antiguos prejuicios y odios inveterados? Porque también vosotros os daréis cuenta, sin duda, de que es imposible considerar

como seguros todos los cálculos diplomáticos sobre los cuales se basa la garantía que nos dan las disposiciones favorables a los principios.

Éstos contienen por lo menos dos vicios capitales: el primero es el de haber supuesto que la conducta de los déspotas esté siempre determinada por el tipo de interés político que les asignáis y no por sus pasiones, sobre todo por la más imperiosa pasión, el orgullo del despotismo y el horror por la libertad; el segundo es el de haber supuesto en cualquiera de ellos el mínimo de virtud y de filosofía para despreciar los principios y los prejuicios de la aristocracia francesa.

No creo en todas estas cosas más de lo que creo en las ideas exageradas que os habéis hecho sobre la actual disposición que obliga a todos los súbditos de los monarcas a abrazar vuestra nueva Constitución. Espero, que el tiempo y unas circunstancias afortunadas nos llevarán un día a esta gran revolución, sobre todo si no hacéis malograr la nuestra a base de imprudencia y de entusiasmo. No creáis con demasiada facilidad en prodigios de este género, y reconoced la astucia con que vuestros ministros y, vuestros ministeriales intentan utilizar contra vosotros vuestra ligereza y vuestra tendencia a ver en todas partes sólo lo que deseáis ver. Y cualquiera que sea el concepto que os hayáis formado acerca de los intrigantes de la corte, pensad que la verdad está siempre por encima de este concepto.

¿Qué partido debe tomar la Asamblea Nacional contra la evidente trampa que se le tiende? No hay —digo yo— que limitarse a esperar que la guerra venga hecha, sino que hay que hacer todo lo que esté en nuestras manos para ponernos en condiciones de no temerla, o por lo menos, de sofocarla.

Si el poder ejecutivo ha hecho todo lo posible para regalarnos la guerra, los representantes de la nación, pasados o presentes, ¿están totalmente libres de reproches a este respecto?

¿Por qué nos vemos obligados ahora a ocuparnos de la guerra con el extranjero? Porque está a punto de estallar en el interior; se espera sorprendemos en mal estado de defensa.

¿De qué causa proviene este doble inconveniente? Ciertamente, de la perversidad del gobierno combinada con la confianza y la debilidad del cuerpo legislativo.

Si la Asamblea mostrase, no ya la firmeza de un instante, sino una firmeza constante y sólida contra los conspiradores del interior y del exterior; si adoptase, no las medidas hostiles y peligrosas destinadas a usarse solamente entre poder y poder, sino las medidas propias del pueblo soberano que castiga a los rebeldes; si hiciese de verdad todo lo que los principios y la salud pública imponen; si, en lugar de ver que cada ministro —después de haber hecho uso de la charlatanería necesaria para deslumbrar a la nación por un instante, traicionándola— cede el puesto a un sucesor destinado a continuar la ejecución del mismo plan bajo una máscara nueva, la nación viese caer bajo la espada de las leyes la cabeza de los que han tramado la ruina del propio país; si, acusado por todos los departamentos de la nación, convicto ante los ojos de todos los que tienen ojos y un mínimo de espíritu patriótico, el último ministro de la guerra diese un ejemplo notable a todos sus similares; si, usando los infinitos medios que están en sus manos para elevar los ánimos, para fortalecer el espíritu público, para rodearse con la confianza y el amor del pueblo, ésta señalase cada jornada suya con un beneficio público, con un estímulo a los patriotas, con un acto de rigor que abatiera el despotismo y la aristocracia; si obligase a todas las cabezas rebeldes a inclinarse bajo el yugo de la justicia, de la igualdad y de la majestad del pueblo y mirase por la seguridad interna del Estado; entonces se vería reducir a la nada esta ley insolente cuya audacia es debida a los recursos que vuestra debilidad le deja en el interior del Estado.

He aquí, pues, los consejos que debéis dar y que debéis llevar a cabo en todo cuanto os sea posible.

¡A Coblenza! —decís—. ¡A Coblenza! Como si los representantes del pueblo pudiesen cumplir con sus obligaciones para con el pueblo haciéndole el regalo de la guerra.

¿Acaso está en Coblenza el peligro? ¡Cierto que no, Coblenza no es una segunda Cartago! El reino del mal no está, en efecto, en Coblenza: está precisamente entre nosotros, en nuestro mismo seno.

Antes de correr hacia Coblenza, al menos poneos en condiciones de poder sostener una guerra.

¿Os parece éste el momento adecuado —mientras resuenan todavía los ecos de los lamentos elevados en todas partes de Francia contra el plan

formado y ejecutado por el gobierno—, os parece éste el momento de desarmar vuestras guardias nacionales, de confiar el mando de vuestras tropas a oficiales sospechosos, de dejar vuestros regimientos sin jefes y una parte de vuestras fronteras sin defensa, precisamente cuando la discordia del interior expira, debéis embarcaros en una expedición de la cual no conocéis ni el plan ni las causa secretas ni las consecuencias? ¡El ministro ni siquiera se ha dignado a daros parte de sus relaciones con las potencias extranjeras! Mantiene un silencio misterioso sobre todo aquello que más os interesa conocer. Ni siquiera se ha dignado a comunicaros las demandas que le habéis hecho; ¿y vosotros vais a emprender la guerra sólo porque un nuevo cortesano, que sucede a otro cortesano, ha hecho resonar en vuestros oídos la jerga constitucional de la que sus predecesores no habían sido menos pródigos? ¿Acaso no os parecéis a un hombre que corre a incendiar la casa de su enemigo en el momento en que se está quemando la suya?

Resumo.

No hay que declarar la guerra, en el momento actual, bajo ningún concepto. Hay que hacer fabricar, ante todo, armas en todas partes y sin tregua. Hay que armar a la Guardia Nacional. Hay que armar al pueblo, aunque fuera solamente con picas. Hay que tomar medidas diferentes y severas que las que hasta ahora se han adoptado, puesto que los ministros no pueden descuidar todo lo que exige la seguridad del Estado. Hay que sostener la dignidad del pueblo y defender sus derechos descuidados demasiado a menudo.

Hay que vigilar el fiel empleo de las finanzas, todavía cubiertas por tinieblas, en lugar de terminar arruinándolas con una guerra imprudente, para lo que el solo sistema de nuestros asignados sería un obstáculo si se las llevase a los pueblos extranjeros. Y es necesario castigar a los ministros culpables, y persistir en las resoluciones de reprimir a los sacerdotes sediciosos.

Si, a pesar de la razón y del interés público, ya se hubiera tomado la resolución de la guerra, sería necesario, al menos, ahorrar el deshonor de hacerla siguiendo el impulso y el plan de la corte.

Habría que comenzar por poner en estado de acusado al último ministro de la guerra, a fin de que su sucesor comprendiese que el ojo del pueblo

está fijo en él. Habría que empezar procesando a los rebeldes y secuestrando sus bienes, a fin de que nuestros soldados no pareciesen los adversarios que van a combatir a guerreros armados por la causa del rey contra una facción opuesta, sino ministros de la justicia nacional que van a castigar a los culpables.

Pero si, en la decisión de hacer la guerra, no parece que hagáis nada más que adoptar el espíritu de vuestros ministros; si los representantes del pueblo se arrodillan delante del jefe del poder ejecutivo; si éstos cubren de aplausos prematuros y serviles al primer funcionario que se les presenta; si dan a la nación el ejemplo de la ligereza, de la idolatría, de la credulidad; si la mantienen en un fatal error mostrándole al príncipe o a sus agentes como a liberadores, entonces, ¿cómo esperáis que el pueblo sea más vigilante que los que han sido encargados de vigilar, más devoto que los que deberían dedicarse a su causa, más sabio que los mismos sabios que él mismo ha elegido?

No digáis que la nación quiere la guerra. La nación quiere que los esfuerzos de sus enemigos sean confusos y que sus representantes defiendan sus intereses. La guerra es, a sus ojos, un remedio extremo del que desea ser dispensado. A vosotros concierne iluminar a la opinión pública, y para hacer triunfar la verdad y el interés general bastaría con presentárselos.

La grandeza de un representante del pueblo no consiste en acariciar la opinión momentánea que las intrigas del gobierno excitan, pero que la razón severa combate y que demasiadas calamidades desmienten. Consiste, tal vez, en luchar con conciencia contra el torrente de los prejuicios y de las facciones.

Hay que confiar el bien público a la sensatez, la felicidad particular a la virtud, la propia gloria a las personas honestas y a la posteridad.

Por lo demás, hemos llegado a una crisis decisiva para nuestra Revolución. Grandes acontecimientos están a punto de suceder con rapidez.

¡Ay de aquellos que —en esta circunstancia— no inmolen a la salud pública el espíritu partidista, sus pasiones y sus propios prejuicios!

Hoy he querido pagar a mi patria la última deuda que quizás había contraído con ella.

Espero que mis palabras estén dotadas de poder en este momento. Me imagino que no será sólo la experiencia la que justifique mi opinión.

Pero, en este caso, siempre me quedará un consuelo: podré atestiguar a mi país que no he contribuido a su ruina.

EXPOSICIÓN DE MIS PRINCIPIOS^[37]

Es la Constitución lo que quiero defender, la Constitución tal cual es.

Me han preguntado por qué nunca me declaro defensor de una obra de la cual a menudo he puesto en evidencia los defectos. Respondo que como miembro de la Asamblea Constituyente, me he opuesto —dentro de mis posibilidades— a todos los decretos que hoy proscriben la opinión pública; y que, basta el momento en que el acto constitucional se llevó a término y se consolidó por la adhesión general, me he limitado siempre a reclamar la ejecución fiel.

No he hecho como aquella secta política, denominada «Moderada», que de un acto tal invoca la formulación literal y los defectos, con el solo fin de anonadar el espíritu y los principios. No como la corte y los ambiciosos que violan perennemente todas las leyes favorables a la libertad y ejecutan con un celo hipócrita y una fidelidad obsesiva todas las que pueden utilizar para abusar y oprimir al patriotismo. He actuado como un amigo de la patria y de la humanidad; convencido de que la salud pública nos impone ponernos al abrigo de la Constitución, a fin de rechazar los asaltos de la ambición y del despotismo.

La Asamblea Constitucional ha tenido en sus manos el destino de Francia y del mundo entero. Ésta habría podido elevar al pueblo francés hasta el más alto grado de felicidad, de gloria y de libertad; y, por el contrario, ha permanecido muy por debajo de su sublime misión. Ha violado a menudo los eternos principios de la justicia y de la razón, que había proclamado solemnemente.

Los derechos de las naciones y de la humanidad han permanecido iguales; pero las circunstancias han cambiado, y son estas circunstancias las

que deben determinar la naturaleza de los medios que son posibles utilizar para restablecer los principios en toda su extensión...

No atañe a la Asamblea Legislativa el modificar la Constitución que ha jurado mantener. Cualquier cambio hecho hoy no produciría más efecto que el de poner en estado de alarma a los amigos de la libertad.

En medio de las tempestades suscitadas por tantas facciones, a las cuales se les ha dejado el tiempo y los medios para fortalecerse; en medio de los contrastes intestinos pérfidamente combinados con la guerra de los extranjeros, fomentados por la intriga y por la corrupción, favorecidos por la ignorancia, por el egoísmo y la avidez, los buenos ciudadanos necesitan un punto de apoyo y una señal para unirse de nuevo.

Y yo no conozco ninguno, excepto la Constitución.

Por lo demás, he observado que aquellos que —durante el trastorno de la primera Asamblea representativa— fueron acusados de exageración por haber defendido los derechos del pueblo contra el despotismo y la intriga, eran precisamente los apóstoles más celosos de la doctrina que yo profeso en este momento.

Al contrario, precisamente aquellos que demostraban el rigorismo más escrupuloso en materia de Constitución para inmolar la libertad a la corte, han sido sorprendidos por mí declamando, después de algún tiempo, contra los defectos de la Constitución y contra la Asamblea de la cual es obra. Y he escuchado la palabra «república» precisamente de hombres que nunca supieron hacer otra cosa que calumniar al pueblo y combatir la igualdad. He visto a aquellos que siempre habían estado al margen de nuestra Revolución presentarse como el ejemplo de un gobierno más libre y perfecto.

La corte, los intrigantes, los jefes de las facciones conspiran simultáneamente contra la Constitución porque tienen necesidad de trastornarlo todo para dividir impunemente entre ellos los despojos y el poder de la nación. En la crisis tempestuosa a la que nos han conducido a fuerza de complots y de perfidia, desearían que el patriotismo empezase a echar abajo con sus propias manos el edificio constitucional para construir sobre sus ruinas el despotismo monárquico o una especie de gobierno aristocrático, el cual, enmascarado detrás de nombres seductores, nos pondría cadenas más pesadas que las primeras.

Desde el momento en que he anunciado el propósito de combatir a todos los facciosos, he visto que personas —que hasta poco antes conservaban todavía la fama de patriotas— me declaraban una guerra más comprometida que la que pretendían hacer a los déspotas. Les he visto imaginar todos los medios, de los cuales nunca estaban faltos puesto que han colocado la fortuna pública en las manos de sus amigos y porque participan en todo tipo de poder bajo títulos diferentes, para presentarme en toda la República, ya sea como monárquico, ya sea como tribuno ambicioso...

Soy republicano, y lo declaro: quiero defender los principios de igualdad y el desarrollo de los derechos sagrados que la Constitución garantiza al pueblo contra los peligrosos sistemas de los intrigantes que la ven sólo como un instrumento de su ambición. Y prefiero con mucho ver una asamblea popular de ciudadanos libres y respetados con un rey, que un pueblo esclavo y sometido bajo la espada de un senado aristocrático y de un dictador.

Ciertamente, no prefiero un Cromwell a un Carlos I, ni el juego de los decenviros me parece más soportable que el de los Tarquinius.

¿Acaso se encuentra la solución del gran problema social en las palabras «república» o «monarquía»? ¿Son acaso las definiciones inventadas por los diplomáticos para clasificar las diversas formas de gobierno las que hacen el bien o el mal de las naciones, o bien es la combinación de las leyes y de las instituciones lo que constituye la verdadera naturaleza de estas naciones?

Todas las Constituciones políticas están hechas por el pueblo; ¡y todas en las que el pueblo no cuenta para nada son solamente atentados contra la humanidad!

¿Qué me importa si seiscientos patriotas me presentan el proyecto futuro de ensangrentar a Francia para deshacerse de la monarquía, si quieren establecer luego sobre lo que queda la soberanía nacional y la igualdad civil y política? ¿Qué me importa si se dispara contra los fastos de la corte si, lejos de reprimirlos, se les tolera y se les anima continuamente para poderse aprovechar después? ¿Qué me importa que todos reconozcan los defectos de la Constitución en lo que respecta a la extensión del poder

real, si después se sofoca el derecho de petición, si se atenta contra la libertad individual, contra la misma libertad de las opiniones, si contra un pueblo alarmado se deja desencadenar una barbarie que contrasta con la eterna impunidad de los grandes conspiradores, sino se cesa de perseguir y de calumniar a todos los que siempre han defendido la causa de la nación contra las empresas de la corte y de todos los partidos?

¿Qué nos interesa si repetidamente se renueva la noticia de una próxima salida del rey, como para sondear los espíritus y adular a los patriotas imprudentes con una ilusión nociva?

¿Acaso no ha huido ya el rey, hace un año, en un momento que parecía el más favorable para la libertad, en un período en que Francia no era presa de las divisiones que la atormentan y no tenía que sostener una guerra con el extranjero?

Y bien, ¿este acontecimiento se ha tomado en provecho del pueblo o del despotismo? ¿Acaso no son de aquel período los decretos desastrosos que han mutilado nuestra Constitución?

¿No fue entonces cuando la sangre de los ciudadanos desarmados resbaló bajo los golpes de la proscripción?

¿Y acaso no fue en este período en el que la autoridad del rey era dudosa y el soberano estaba confiado a la guardia de Lafayette cuando la coalición de la que este último era el jefe restituyó al monarca una autoridad inmensa, pactando con él a expensas de la nación y en favor de los ambiciosos que habían urdido aquella trama y hecho pesar en su nombre un yugo de hierro sobre todos los patriotas del Imperio?

Yvos, ¿qué hacíais en aquel tiempo, Brissot? ¿Y vos, Condorcet? ¡Porque me refiero precisamente a vosotros y a vuestros amigos!

Mientras nosotros discutíamos en la Asamblea Constituyente el gran problema de si Luis XVI estaba o no por encima de las leyes, yo, encerrado en estos límites, me contentaba con defender los principios de la libertad sin proponer ninguna otra cuestión extraña y peligrosa; pero no por esto esquivaba las calumnias de la facción de que hablo: vosotros, ya sea por imprudencia, ya por otras razones, secundabais con todas vuestras fuerzas sus siniestros proyectos.

Conocidos hasta aquel momento por vuestras relaciones con Lafayette y por vuestra gran «moderación»; asiduos seguidores por largo tiempo de un club medio democrático (la Sociedad de 1789), hacíais resonar de improviso la palabra «república»; Condorcet publica un tratado sobre la «república», cuyos principios —hay que reconocerlo— eran menos populares que los de nuestra Constitución actual; Brissot pone en circulación un diario titulado «El Republicano», que de popular tenía solamente el título, mientras aparecía simultáneamente un manifiesto del mismo sentido, redactado por el propio partido, bajo el nombre del ex marqués Duchâtelet, pariente de Lafayette, amigo de Brissot y de Condorcet, en todos los muros de la capital.

Entonces, todos los ánimos estaban agitados. La sola palabra «república» lanzó la discordia en medio de los patriotas y dio a los enemigos de la libertad el pretexto que buscaban para divulgar que en Francia existía un partido que conspiraba contra la Monarquía y contra la Constitución. Éstos se apresuraron a imputar a este motivo la firmeza con la cual nosotros defendíamos, en la Asamblea Constituyente, los derechos de la soberanía nacional contra la monstruosidad de la inviolabilidad real.

Con esta palabra indujeron a error a la mayoría de la Asamblea Constituyente; y esta palabra fue la señal de la matanza de los pacíficos ciudadanos inmolados en el altar de la patria, cuyo único crimen era el de ejercer legalmente el derecho de petición consagrado por las leyes constitucionales.

Con este pretexto, los verdaderos amigos de la libertad fueron convertidos en facciosos por los ciudadanos perversos e ignorantes: y así, la Revolución retrocedió quizás un siglo.

Hay que decirlo todo: fue en aquel período cuando Brissot vino a la sociedad de los Amigos de la Constitución, en donde nunca se había presentado, para proponer tales cambios en la forma de gobierno que las más simples reglas de la prudencia nos habían impedido proponer a la Asamblea Constituyente.

¿A causa de qué fatalidad Brissot se encontró allí para apoyar el proyecto de petición que sirvió de pretexto a la famosa coalición para causar la masacre del Campo de Marte? Cualquiera que pudiera haber sido

el pérfido motivo que impulsó a los buenos ciudadanos a dar aquel paso, sin duda habría sido inocente. La petición cuyo proyecto se había paralizado no tenía más finalidad que la de proponer a la Asamblea Nacional la consulta a sus electores antes de pronunciarse sobre la cuestión relativa al rey; ¿por qué Brissot consiguió presentar otro proyecto que proponía la abolición de la Monarquía, precisamente cuando la facción no esperaba más que este pretexto para calumniar a los defensores de la libertad?

En la sociedad de los Amigos de la Constitución, fuimos precisamente nosotros —ya acusados de exageración— quienes nos opusimos al primer proyecto de petición, del cual no impugnábamos la legitimidad, sino del que preveíamos funestos desarrollos. Fuimos obligados a utilizar mucha circunspección y firmeza para sanar las heridas hechas a la libertad por aquella fatal catástrofe.

No quiero afirmar todavía que las intenciones de Brissot y de Condorcet fuesen culpables, así como los acontecimientos fueron desastrosos; no quiero hacer míos los reproches que los patriotas les dirigen a ellos por haber fingido separarse de Lafayette, del cual habían sido los aduladores, para servir mejor a su partido y abrirse un camino hacia la magistratura a través de obstáculos simulados, y para estimular a su favor la confianza y el celo de los amigos de la libertad.

En su conducta pasada no veo más que una enorme impericia y una profunda ineptitud.

Pero ahora que sus relaciones con Lafayette y Narbonne ya no son un misterio; hoy que la experiencia del pasado puede dar una nueva luz sobre los acontecimientos actuales; hoy que éstos no disimulan los proyectos de peligrosas innovaciones y unen todos sus esfuerzos para difamar a los que se declaran defensores de la actual Constitución; pues bien, ahora éstos saben que la nación podría deshacer en un momento todas las tramas urdidas durante tantos años por pequeños intrigantes.

Cualquiera que, basando proyectos ambiciosos sobre eventuales nuevos errores del rey, osase excitar la guerra civil cuando ésta se nos declarase desde el extranjero, sería el mayor enemigo de la patria.

Franceses, diputados, uníos pues, en torno a la Constitución actual; defendedla contra el poder ejecutivo, defendedla contra todos los facciosos.

No secundéis las intenciones de aquellos que pretenden que ésta no es factible sólo porque ellos mismos no quieren hacerla factible...

Tendremos el valor de defender la Constitución aun a riesgo de ser llamados monárquicos y republicanos, tribunos del pueblo y miembros del comité austríaco.

La defenderemos con tanto más celo cuanto más nos demos cuenta de sus defectos. Si nuestra obediencia absoluta a los decretos que perjudican a nuestros derechos es un sacrificio ofrecido a nuestros antiguos opresores, al menos que estos hombres no nos nieguen la ejecución de aquellos que protegen estos derechos. Si éstos viesan la Constitución en todas las leyes que favorecen a la tiranía pero no la reconociesen en las que la encadenan, nosotros seríamos lanzados de nuevo bajo un yugo mucho menos soportable que aquel del cual la Constitución nos había liberado.

Defendiéndola no olvidaremos, ciertamente, que un período de revolución no se parece a otro de calma, y que la política de nuestros enemigos fue siempre la de confundir un período con otro para asesinar legalmente al pueblo y a la libertad.

Nuestros principios, nuestro civismo, no tienen nada en común con los del ministro Narbonne, el cual, viendo con buen ojo la bandera de la contrarrevolución izada en el Sur, osaba provocar la venganza nacional contra los gloriosos marseleses, por el hecho de que —con el fin de apagar el fuego de la guerra civil— no habían obedecido las órdenes de los incendiarios. Nosotros no amamos la Constitución como la aman aquellos que encuentran siempre las armas para asesinar a los patriotas débiles y para oprimir a los soldados, pero nunca para suprimir a los jefes militares y a los poderosos culpables.

No la defendemos contra la voluntad general y contra la libertad; sino contra los intereses particulares y contra la perfidia; y no nos serviremos de los individuos hasta que sus nombres estén inseparablemente unidos a la causa pública.

No olvidamos que de esta manera todos los partidos se prepararán en contra nuestra; pero nos quedará el consenso de nuestra conciencia y la estimación de todas las personas honestas.

SOBRE LA FEDERACIÓN DE 1792^[38]

La federación de 1790 había sido provocada por la Asamblea Nacional Constituyente en período de paz para jurar, anticipadamente, mantener la Constitución una vez comenzada.

La de 1792, por el contrario, se ha formado en la más profunda crisis del Estado para sostener la Constitución vacilante y para defender la libertad amenazada.

La federación de 1790 fue la obra de una política complicada que, con el pretexto de afirmar la Revolución, intentaba hacerla retroceder y alterar el naciente espíritu público.

Ésta presentó a los ojos de los iluminados amigos de la patria solamente una multitud ignorante e idólatra, que dividía su devoción entre una corte perjura y un vil intrigante que una extraña adulación había transformado en héroe^[39]. Aquella gran ceremonia sirvió solamente para humillar y engañar a la nación.

La federación de 1792 parece, por el contrario, haber reunido tan sólo a hombres libres, llamados por los peligros de la patria más que por el decreto que los había convocado. Éstos han derribado los ídolos que sus predecesores habían adulado. Han ofrecido al público el desprecio por la misma persona que los primeros federados habían adorado. Sus obsequios y sus juramentos han sido dedicados solamente a la patria y a la libertad. Y, si bien los nombres de los dos magistrados del pueblo Rieron mezclados en sus patrióticas aclamaciones^[40], fue solamente un homenaje rendido al patriotismo perseguido por la tiranía.

La federación de 1790 fue tan sólo una parada militar, tristemente ordenada por la autoridad pública, extraña al pueblo, que se intentaba que

fuese muy distinta del de la Guardia Nacional.

La de 1792, por el contrario, ofrecía él espectáculo conmovedor de la unión de todos los ciudadanos: las picas mezcladas con los fusiles, los uniformes confundidos con los trajes bastos de los trabajadores y de los artesanos; las imágenes de la libertad llevadas en triunfo; la alegría sincera y sencilla del pueblo, por fin en agradable desorden, que reinaba en aquella fiesta nacional, anunciaba que había sido preparada por el genio de la libertad.

Tal vez aquella reunión de tantos ciudadanos valerosos es la última esperanza que le queda a la patria en los inminentes peligros que la rodean. Y de esta forma, todos los enemigos del bien público han puesto en marcha todos los medios para contrastarla. El ministro del interior ha osado calumniar al pueblo francés con proclamas y con misivas dignas de la tiranía que las ha dictado. Y algunos prefectos^[41], dignos imitadores de su «civismo», han abusado de su autoridad para desarmarlo y para arrestarlo.

Voces alarmantes y libelos infames han sido esparcidos por todas las calles para disuadir a los diputados federados de ir a París. Y en esta misma ciudad, la corte y la aristocracia no han olvidado nada con qué molestarlos y para obligarlos a huir de la capital lo más rápidamente posible.

Os han engañado en el momento de la más horrible conspiración —ya próxima a ser desenmascarada— contra la patria. Todavía pueden conjurarla.

Para llevar a cabo este objetivo, no les faltará valor ni el amor de patria; pero necesitarán toda la prudencia y toda la circunspección para buscar los verdaderos medios de salvar la libertad y para evitar todas las trampas que los pérfidos enemigos del pueblo no cesarán de tender a su sinceridad.

SOBRE EL PROCESO AL REY^[42]

La Asamblea ha sido arrastrada —sin darse cuenta— lejos del verdadero objeto de la cuestión.

Aquí no se trata, en efecto, de hacer un proceso. Luis no es, de hecho, un acusado. Vosotros no sois, en realidad, jueces. No sois, no podéis ser más que hombres de Estado y representantes de la nación. No debéis emitir ninguna sentencia a favor o en contra de un hombre, sino solamente una medida de salud pública, ejercitar solamente un acto de providencia nacional.

En la república, un rey destronado es bueno solamente para dos cosas: o para turbar la tranquilidad del Estado o para herir la libertad, o bien para las dos cosas a la vez.

Ahora bien, yo sostengo que el carácter que ha tomado hasta aquí vuestra deliberación, va directamente contra este último objetivo.

En efecto, ¿cuál es la decisión que una política sana prescribe para cimentar la naciente República? Es la de inculcar profundamente en los corazones el desprecio por la Monarquía, expulsando a todos los partidarios del rey. Y presentar al mundo entero su crimen como un problema, su causa como el argumento de la discusión más importante, más religiosa y más difícil que nunca pueda ocupar a los representantes del pueblo francés; poner una inconmensurable distancia entre el recuerdo de lo que él fue y la dignidad del ciudadano, significa precisamente haber encontrado el secreto de hacerlo todavía más peligroso para la libertad.

Luis fue rey, y ahora se ha fundado la República: la famosa cuestión que os atormenta está decidida con estas solas palabras.

Luis ha sido destronado por sus mismos crímenes. Luis denunciaba al pueblo de París como a un rebelde. Llamó, para castigarlo, las armas de los tiranos, sus cofrades. La victoria y el pueblo decidieron que sólo él era el rebelde.

Luis no puede, pues, ser juzgado: ya está condenado, o bien la República todavía no ha sido absuelta.

Proponer hacer un proceso a Luis, de cualquier manera que pueda ser hecho, significa retroceder hacia el despotismo regio y constitucional: es una idea contrarrevolucionaria, puesto que significa poner en contradicción la misma Revolución.

En efecto, si Luis puede ser todavía objeto de un proceso, también puede ser absuelto. ¡Puede ocurrir incluso que resulte inocente! ¿Qué digo? Es presunto inocente hasta que no sea juzgado. Pero si Luis es absuelto, si Luis puede ser presunto inocente, ¿en qué se convierte entonces la Revolución?

Si Luis es inocente, entonces todos los defensores de la libertad nos convertimos en calumniadores; los rebeldes serían entonces los amigos de la verdad y los defensores de la inocencia oprimida; y todos los manifiestos de las cortes extranjeras no son más que legítimos reclamos contra una facción dominante. La misma detención que Luis ha sufrido hasta este momento es una vejación injusta: y los federados, el pueblo de París, todos los patriotas del imperio francés son culpables; y el gran proceso pendiente delante del tribunal de la naturaleza, entre el crimen y la virtud, entre la libertad y la tiranía, está decidido en favor del crimen y de la tiranía.

¡Ciudadanos, estad en guardia! ¡Estáis siendo engañados por falsas nociones! Confundís las reglas del derecho civil y positivo con los principios del derecho de la gente; confundís las relaciones de los ciudadanos entre sí con las de las naciones hacia un enemigo que conspira en su contra. Confundís también la situación de un pueblo en revolución con la de un pueblo cuyo régimen ya ha sido afirmado.

Confundís a una nación que castiga a un funcionario público conservando la misma forma de gobierno con aquella que destruye el gobierno mismo. Nosotros no hacemos más que remitir a ideas que nos son

familiares un caso extraordinario, que depende de principios que nunca hemos aplicado.

Así, puesto que estamos acostumbrados a ver juzgar según reglas uniformes y delitos de los que somos testimonio, estamos tentados a creer que las naciones no pueden nunca —sin caer en la iniquidad— ensañarse de otra manera contra un hombre que ha violado sus derechos. Y allí donde no veamos un jurado, un tribunal o un procedimiento, creemos no encontrar la justicia. Nos engañan los términos mismos que aplicamos a ideas diferentes de las que generalmente expresan. Tal es el dominio natural de la costumbre, que conservamos las convenciones más arbitrarias, y tal vez las mismas instituciones más defectuosas, como la regla más absoluta de lo verdadero y de lo falso, de lo justo y de lo injusto. Ni siquiera pensamos en el hecho de que la mayor parte es debida todavía a los prejuicios con los que el despotismo nos ha nutrido. Hemos estado durante tanto tiempo inclinados bajo su yugo que nos levantamos difícilmente; agarrota los principios eternos de la razón, y todo lo que deriva de los principios, de la fuente sagrada de todas las leyes, parece asumir a nuestros ojos un carácter de ilegalidad, y el orden mismo de la naturaleza nos parece un desorden.

Los impulsos majestuosos de un gran pueblo, el empuje sublime de la virtud, se presentan a menudo a nuestros ojos tímidos, como las erupciones de un volcán o el trastorno mismo de la sociedad política. Una de las mayores causas de los tumultos que nos agitan es la contradicción entre la debilidad de nuestras costumbres, la depravación de nuestro ánimo y la pureza de los principios, la fortaleza de carácter que exige el gobierno libre al cual osamos pretender llegar.

Cuando una nación se ve obligada a recurrir al derecho de insurrección, quiere decir que en las confrontaciones del tirano vuelve al estado de naturaleza. ¿Cómo puede osar invocar el pacto social? Él mismo lo ha destruido. La nación puede conservarlo todavía, si lo juzga oportuno, en lo que concierne a las relaciones de los ciudadanos entre sí. Pero el efecto de la tiranía y de la insurrección es el de romper completamente el pacto, en lo que respecta al tirano: es el de constituirlos recíprocamente en un estado de guerra. Los tribunales, los procedimientos judiciales, están hechos solamente para los miembros de la ciudad.

Es una contradicción pensar que la Constitución puede presidir este nuevo orden de cosas: sería como suponer que ésta sobrevive.

¿Cuáles son las leyes que ocupan su lugar? Las de la naturaleza, que es la base de la misma sociedad: la salvación del pueblo.

El derecho de castigar al tirano y el de destronarlo, son la misma cosa: uno comporta las mismas formalidades que el otro. El proceso del tirano es la insurrección; su juicio es la caída de su poder; su pena es la que la libertad del pueblo exige.

Los pueblos ya no juzgan como las cortes de justicia; no dictan sentencias, lanzan el rayo; no condenan a los reyes, sino que los convierten en nada. Y esta justicia vale tanto como la de los tribunales. Si los pueblos se arman para su seguridad, contra sus opresores, ¿cómo podrían adoptar un medio de castigarlos que les constituyera un nuevo peligro?

Nos hemos dejado inducir a error por los ejemplos extranjeros que no tienen nada de común con nosotros. Que Cromwell haya hecho juzgar a Carlos I por una comisión judicial, de la que disponía él mismo; que Isabel haya hecho condenar a María de Escocia^[43] de la misma manera, es natural porque los tiranos que inmolan a sus similares, no ya al pueblo, sino a su propia ambición, intentan siempre engañar la opinión del hombre común con formalidades ilusorias. En estos casos no se trata ni de principios ni de libertad, sino de malicia y de intriga.

¡El pueblo! ¿Qué otra ley puede seguir el pueblo si no la de la justicia y de la razón, apoyada con toda su fuerza?

¿En qué república fue impugnada la necesidad de castigar al tirano? ¿Acaso Tarquinio fue llamado a juicio? ¿Qué se habría dicho, en Roma, si algunos de éstos hubiesen osado declararse sus defensores? ¿Y qué hacemos nosotros? Llamamos abogados de todas partes para defender la causa de Luis XVI. Consagramos como actos legítimos los que cualquier pueblo libre consideraría como el mayor de los crímenes. Invitamos a nuestros conciudadanos a la bajeza y a la corrupción. Y algún día bien podremos declarar a los defensores de Luis como dignos de portar coronas cívicas; puesto que, si éstos defienden su causa, pueden esperar hacerla triunfar. Si no fuese así, daríais a todo el mundo el espectáculo de una comedia ridícula.

¡Y todavía nos atrevemos a hablar de república!

Necesitamos formalidad solamente porque no tenemos principios; hablamos de delicadeza porque no tenemos energía; nos vanagloriamos de una falsa humanidad porque el sentimiento de la verdadera humanidad nos es extraño; soñamos con la sombra de un rey porque no sabemos respetar al pueblo; somos amables con los opresores porque no tenemos corazón en lo que respecta a los oprimidos.

¡El proceso a Luis XVI! ¿Qué es este proceso sino la apelación a un tribunal o a una asamblea cualquiera? ¿Contra la propia insurrección? Cuando un rey ha sido anulado por el pueblo, ¿quién tiene el derecho de resucitarlo para hacer de él un nuevo pretexto de tumultos y rebeliones, y qué otros efectos puede producir este sistema?

Al abrir una pista a los campeones de Luis XVI, renovaríais las contiendas del despotismo contra la libertad, consagraríais el derecho de blasfemar contra la República y contra el pueblo; pues el derecho de defender al antiguo déspota comporta el derecho de decir todo lo que es útil para defender su causa. Así, despertaríais todas las facciones; reanimaríais, alentaríais el espíritu monárquico adormecido. Entonces no podremos declarar en contra o a favor. ¡Qué cosa tan legítima, que cosa más natural es ir repitiendo por todas partes las máximas que sus defensores podrán profesar en voz alta en vuestra propia tribuna!

¿Cuál es la república a la que sus fundadores buscan adversarios por todas partes para atacarla hasta en su cuna? Observad qué pasos de gigante ha dado ya este sistema.

En agosto pasado todos los partidarios de la Monarquía se escondían: quien hubiera osado tejer la apología de Luis XVI habría sido castigado como un traidor. Hoy, por el contrario, levantan impunemente su frente insolente. Hoy, los escritores más acreditados de la aristocracia toman de nuevo con confianza sus plumas envenenadas, o bien encuentran sucesores que los superan en impudicia. Hoy, los escritores precursores de cualquier atentado, inundan la ciudad, los ochenta y tres departamentos en los que residís, y por último, los pórticos de este santuario de la libertad. Hoy, hombres armados unidos a vuestra ignorancia y contra las leyes, han hecho resonar en las calles de esta ciudad gritos sediciosos que piden la impunidad

de Luis XVI^[44]; hoy, París acoge en su seno a hombres reunidos —se nos ha dicho— para arrancarlo de las manos de la justicia de la nación.

No nos queda más que abrir esta sala a los atletas que se apretujan para tener el honor de lanzar alguna lanza en favor de la Monarquía.

¿Qué digo? Hoy Luis divide a los propios mandatarios del pueblo; algunos hablan en su favor, otros en contra. ¿Quién habría podido suponer que se discutiría si es o no inviolable?

Pero desde que un miembro de la Convención Nacional ha presentado esta idea como argumento de una deliberación seria, preliminar a cualquier otra cuestión, la inviolabilidad, con la cual los conspiradores de la Asamblea Constituyente han cubierto sus primeros perjurios, ha sido invocada para proteger sus últimos atentados.

¡Oh crimen! ¡Oh vergüenza! En la tribuna del pueblo francés ha resonado el panegírico de Luis XVI: ¡Hemos oído alabar las virtudes y los beneficios del tirano! A duras penas hemos podido arrebatarse a la injusticia de una decisión precipitada el honor o la libertad de los mejores ciudadanos. ¿Qué digo? Hemos visto acoger con una alegría escandalosa las más atroces calumnias contra los representantes del pueblo conocidos por su celo a la libertad. Hemos visto una parte de esta Asamblea proscrita por la otra, inmediatamente después de haber sido denunciada por la injuria y la perversidad combinadas.

¿Sólo la causa del tirano es tan sagrada que no puede ser discutida nunca suficientemente ni con libertad? ¿Por qué maravillarse? Este doble fenómeno es debido a la misma causa. Los que se interesan por Luis o por sus iguales deben tener sed de la sangre de los diputados que piden, por segunda vez, su castigo. Éstos conceden la gracia sólo a aquellos que les son favorables.

El proyecto de encadenar al pueblo, degollando a sus defensores, ¿ha sido abandonado un solo momento? Y todos los que hoy les proscriben, tachándolos de anarquistas y agitadores, ¿acaso no son los que excitan tumultos que su pérfido sistema nos vaticina?

Si les damos crédito, el proceso durará como poco algunos meses: se esperará la época de la próxima primavera, cuando los déspotas piensan lanzar un ataque general. ¡Y entonces, qué camino se abrirá a los

conspiradores! ¡Qué alimento se dará a la intriga y a la aristocracia! Así, todos los partidarios de la tiranía podrán esperar el socorro de sus aliados; y los ejércitos extranjeros podrán animar la audacia de los contrarrevolucionarios, mientras que su oro tentará la fidelidad del tribunal que debe pronunciarse sobre su suerte.

¡Santo cielo! ¡Todas las feroces hordas del despotismo se preparan para destruir nuevamente el seno de nuestra patria en nombre de Luis XVI! ¡Luis todavía combate contra nosotros desde el fondo de su cárcel! ¡Y todavía se duda de si es culpable y de si se le puede tratar como a un enemigo! Quiero creer que la República no es un nombre vano con el que todavía nos solazamos. Si se quisiera restablecer la Monarquía, ¿qué medios más eficaces que éstos podrían ser utilizados?

Se invoca a la Constitución en su favor. Me abstendré de repetir aquí todos los argumentos —que ni siquiera tienen necesidad de réplica— desarrollados por aquellos que se han complacido en combatir esta especie de objeción.

Sobre estos argumentos, sólo diré una cosa para aquellos que no se han podido convencer. La Constitución os prohibía todo lo que habéis hedió. Si el rey no podía ser castigado más que con la pérdida del trono, vosotros no podíais decretarla sin haber instruido su proceso. Ni siquiera teníais el derecho de tenerlo en prisión. Él tiene el derecho de pedir os la excarcelación, los daños e intereses. La Constitución os condena: ¡corred a los pies de Luis XVI e invocad su clemencia!

En lo que a mí respecta, me avergonzaría de discutir con mayor seriedad estas argucias constitucionales; lo dejo para los bancos de la escuela o del Palacio Real, o más bien para los salones de Londres, de Viena o de Berlín. No sé discutir cuando estoy convencido de que deliberar es un escándalo.

Pero se trata de una gran causa —se ha dicho— y hay que juzgar con una sabia y lenta circunspección.

Sois vosotros los que hacéis de ello una gran causa. ¿Qué digo? ¡Sois solamente vosotros los que hacéis de ello una gran causa!

¿Qué encontráis de grande? ¿Acaso la dificultad? No, ciertamente. ¿Acaso el personaje? ¿Acaso no es todavía más vil a los ojos de la libertad?

¿Acaso no es todavía más culpable a los ojos de la humanidad? Sólo puede parecer imponente a los que son más viles que él.

Entonces, ¿es quizá la utilidad del resultado? Si es así, ésta es una razón de más para acelerarlo.

Una gran causa es, por ejemplo, un proyecto de ley popular; una gran causa es, por ejemplo, la de un desgraciado oprimido por el despotismo.

Pues entonces, ¿cuál es el motivo de estas eternas dilaciones que recomendáis? ¿Teméis acaso herir la opinión del pueblo? Como si el pueblo temiese otra cosa que la debilidad o la ambición de sus mandatarios; como si el pueblo fuese un vil rebaño de esclavos estúpidamente aficionados al estúpido tirano al que ha proscrito y que quisiera, a cualquier precio, seguir revolcándose en el fango de la bajeza y de la esclavitud.

Habláis de la opinión pública: ¿acaso no os corresponde a vosotros el deber de orientarla, de fortificarla? Si la opinión se desvía, si se deprava, ¿a quién corresponderá el deber de rectificarla sino a vosotros?

¿O teméis acaso a los reyes extranjeros aliados contra vosotros? ¡Oh, ciertamente, el medio de vencerlos es el de hacer ver que se les teme! ¡El medio de vencer y confundir a los déspotas es el de respetar a sus cómplices!

¿Teméis a los pueblos extranjeros? ¿Creéis acaso todavía en el amor innato de los pueblos por la tiranía? ¿Pues por qué, entonces, aspiráis a la gloria de liberar al género humano? ¿Y por qué contradicción creéis que las naciones que no se han asustado ante la proclamación de los derechos del hombre se iban a asustar ante el castigo de uno de sus más crueles opresores?

Por último —se dice— teméis el juicio de la posteridad. Sí, ciertamente, la posteridad se maravillará, en efecto, pero lo hará de nuestra inconsecuencia, de nuestra debilidad, y nuestros descendientes se burlarán de la presunción o de los prejuicios de sus padres.

Se ha dicho que se necesitaba ingenio para profundizar en estas cuestiones. Sostengo que no se necesita más que buena fe. No se trata tanto de iluminarse, como de cegarse voluntariamente. ¿Por qué lo que parece claro en un tiempo, resulta oscuro en otro? ¿Por qué lo que el sentido común del pueblo decide fácilmente es, para sus delegados un problema

insoluble? ¿Acaso nosotros tenemos el derecho de tener una voluntad contraria a la voluntad general y una opinión distinta de la opinión universal?

He oído a los defensores de la inviolabilidad adelantar un principio osado, que yo mismo habría dudado en enunciar. Han dicho que aquellos que, el 10 de agosto, hubieran inmolado a Luis XVI, habrían hecho una acción virtuosa; pero la única base de esta opinión residía en los crímenes de Luis XVI y en los derechos del pueblo. Ahora bien, ¿acaso tres meses de intervalo han hecho cambiar el delito de sus crímenes y los derechos del pueblo?

Si entonces estalló la indignación pública fue sin duda alguna porque su castigo, ordenado solamente por la Convención Nacional en nombre de la nación, no se volviese más importante para los enemigos de la humanidad. Pero poner de nuevo en deliberación el hecho de si es culpable o si puede ser castigado, es traicionar la fe profesada al pueblo francés.

Existen algunas personas a las cuales, ya sea para impedir que la Asamblea tome un carácter digno de ella, ya sea para quitar a la nación un ejemplo que elevaría los ánimos a la altura de los principios republicanos, ya sea por motivos todavía más vergonzosos, no les sería desagradable que alguna mano conocida ejecutase las funciones de la justicia nacional.

Ciudadanos, desconfiad de esta trampa: quien ose dar tal consejo, solamente serviría a los enemigos del pueblo. Venga como venga, el castigo de Luis no servirá de nada si no tiene el carácter de una venganza pública. ¿Qué le importa al pueblo la despreciable persona del último rey?

Representantes, lo que importa al pueblo, lo que os importa a vosotros mismos, es que cumpláis con los deberes que éste os ha impuesto. Se ha proclamado la República, es cierto; pero ¿acaso se la habéis dado vosotros? No habéis hecho todavía ni una sola ley que justifique este nombre. Todavía no habéis reformado ni un solo abuso del despotismo. Quitad los nombres y tendremos la tiranía, y, además, las facciones todavía más viles y los charlatanes más inmorales, con nuevos fermentos de tumultos y de guerra civil.

¡La República! ¡Y Luis vive todavía! ¡Y ponéis la persona del rey entre nosotros y la libertad! A fuerza de escrúpulos, acabaremos temiendo el

convertirnos en criminales; temiendo que, al demostrar demasiada indulgencia hacia el culpable, nos pongamos nosotros mismos en su lugar.

Una nueva dificultad. ¿A qué pena condenaremos a Luis?

«La pena de muerte es demasiado cruel». «No —dice otro—, la vida sería todavía más cruel. Yo pido que viva».

Abogados del rey, ¿es por piedad o por crueldad que queréis evitarle la pena impuesta por sus crímenes?

En cuanto a mí, aborrezco la pena de muerte prodigada por vuestras leyes: y no siento hacia Luis ni amor ni odio. Odio solamente sus delitos.

He pedido la abolición de la pena de muerte a la Asamblea que vosotros todavía llamáis Constituyente: y no es culpa mía si los principios de la razón parecen a la Asamblea herejías morales y políticas. Pero vosotros, que nunca la reclamasteis en favor de tantos desventurados cuyos delitos son menores que los del gobierno, ¿por qué fatalidad recordáis la petición solamente para defender la causa del mayor de todos los criminales?

Pedís una excepción a la pena de muerte para la única persona que puede legitimarla. Sí, es cierto, la pena de muerte en general es un crimen, y es por esta razón que, a causa de los principios indestructibles de la naturaleza, ésta no puede ser justificada más que en el caso en que se haga necesaria para la seguridad de los individuos o del organismo social.

Ahora bien, la seguridad pública nunca la erige contra los delitos ordinarios, porque la sociedad puede prevenirlos siempre con otros medios y puede poner al culpable en la imposibilidad de perjudicarle.

Pero para un rey destronado, en medio de una revolución que sólo puede cimentarse con leyes justas —un rey cuyo solo nombre atrae el azote de la guerra sobre la nación agitada—, ni la prisión, ni el exilio pueden hacer indiferente su existencia para la felicidad pública. Esta cruel excepción de las leyes ordinarias que la justicia admite, no puede ser imputada nada más que a la naturaleza particular de sus crímenes.

Yo pronuncio con dolor esta verdad... pero Luis debe morir, porque es necesario que la patria viva.

Un pueblo pacífico, libre y respetado, tanto en el interior como en el exterior, podría escuchar los consejos que se os dan de ser generosos. Pero un pueblo al cual se limita todavía su libertad, después de tantos sacrificios

y luchas, un pueblo en el que las leyes todavía son inexorables sólo para los infelices, un pueblo en el cual los crímenes de la tiranía son objeto de disputa, un pueblo así tiene que querer ser vengado. Y la generosidad a la que quieren convencerlos, se parecería demasiado a la de una sociedad de bribones que se reparten un botín.

Os propongo que se decida ahora la suerte de Luis.

En cuanto a su mujer, la mandaría a los tribunales, así como a todas las demás personas que se han hecho responsables de los mismos atentados.

Su hijo será custodiado en el Temple hasta el momento en que la paz y la libertad públicas queden establecidas.

En cuanto a Luis, pido que la Convención Nacional lo declare desde este instante traidor a la nación francesa, criminal con respecto a la humanidad. Pido que se dé un gran ejemplo al mundo, precisamente en el mismo lugar en que murieron, el 10 de agosto, los generosos mártires de la libertad. Y que este memorable acontecimiento sea consagrado con un monumento destinado a dar al corazón del pueblo el sentimiento de sus propios derechos y el horror hacia los tiranos, y en el ánimo de los tiranos, el terror saludable por la justicia del pueblo.

CONTRA LA GIRONDA^[45]

Una poderosa facción conspira con los tiranos de Europa para darnos un rey con una especie de constitución aristocrática. Esta facción confía en obligarnos a este vergonzoso compromiso contando con la fuerza de las armas extranjeras y con los tumultos del interior.

Este régimen interesa al gobierno inglés, interesa a Pitt^[46], alma de esta alianza; interesa a todos los ambiciosos; gusta a todos los burgueses aristócratas que sienten horror por la igualdad y que incluso temen por sus propiedades; también agrada a los nobles contentos de encontrar, en la representación aristocrática y en la corte de un nuevo rey, orgullosas distinciones que se les habían ido de la mano.

La República sólo interesa al pueblo: a los hombres de cualquier condición que tienen un alma pura y elevada, a los *sans-culottes*, que en Francia se han condecorado orgullosamente con el apodo con que Lafayette y la vieja corte habían querido ofenderlos, así como los republicanos de Holanda se impusieron el de «mendigos», que el duque de Alba les había puesto.

El régimen aristocrático del que hablo era el de Lafayette y de todos sus compañeros, conocidos con el nombre de *fuldenses* y de Moderados; dicho régimen ha sido continuado por aquellos que les sucedieron en el poder. Algunos personajes han cambiado, pero el objetivo es el mismo, los medios son los mismos, con esta diferencia: los continuadores han aumentado sus ganancias e incrementado el número de sus partidarios.

Todos los ambiciosos que han aparecido hasta ahora en el teatro de la Revolución han tenido esto en común: han defendido los derechos del pueblo sólo hasta cuando han considerado que tenían necesidad de hacerlo.

Todos lo han considerado como un estúpido rebaño destinado a ser conducido por el más hábil o por el más fuerte. Todos han considerado las asambleas populares como cuerpos compuestos de hombres ávidos o crédulos a los que era conveniente corromper o engañar para que secundaran sus criminales proyectos. Todos han utilizado las sociedades populares en contra de la corte y, desde el momento en que se aliaron con ella o consiguieron reemplazarla, han luchado para destruirlas. Todos han combatido en favor o en contra, sucesivamente, de los jacobinos, según el tiempo y las circunstancias.

Como sus predecesores, los actuales gobernantes han ocultado su ambición bajo la máscara de la moderación y del amor propio; han intentado, como aquéllos, desacreditar los principios de la libertad.

Para conseguirlo con mayor facilidad, han intentado, en algunas ocasiones, hacer ridículas aplicaciones de dichos principios. Han llamado agitadores y anarquistas a todos los amigos de la patria, y tal vez han movilizado auténticos agitadores para hacer más verdadera esta calumnia. Se han mostrado hábiles en el arte de cubrir sus delitos, imputándolos al pueblo. Han asustado a los ciudadanos con el fantasma de una ley agraria; han separado los intereses de los ricos de los de los pobres; se han presentado a los primeros como sus preceptores en contra de los *sans-culottes*; han atraído hacia sí a todos los enemigos de la igualdad. Amos del gobierno y de todos los cargos, dominantes en los tribunales y en los cuerpos administrativos, depositarios del tesoro público, han utilizado todo su poder para frenar el progreso de la conciencia pública, para animar al espíritu monárquico y para resucitar a la aristocracia; han oprimido a los patriotas convencidos, una vez protegidos los moderados hipócritas; después, han corrompido a los defensores del pueblo, han unido a su causa a quienes mostraban algún talento, y han perseguido a quienes no pudieron seducir.

¿Cómo hubiera podido subsistir la República en el momento en que todo el poder público se debilitaba a fuerza de desmoralizar y quebrantar el sentido moral y de premiar la corrupción y la perfidia?

La facción hoy dominante se había formado mucho tiempo antes que la Convención Nacional. A finales de julio pasado negociaba con la corte a fin

de obtener la ratificación de los ministros a los cuales habían hecho nombrar en el mes de enero precedente. Una de las condiciones del pacto era el nombramiento de un preceptor para el príncipe real (¿no es necesario decir que la elección debía recaer en uno de ellos?). En la misma época se oponía con todas sus fuerzas a la caída de Luis, caída solicitada por el pueblo y por los federados.

No descuidaron nada para impedir la Revolución del 10 de agosto; a partir de la mañana siguiente trabajaron con eficacia para detener su marcha. El mismo 10 de agosto, hicieron todo lo que estaba en sus manos para que el ex rey no fuese encarcelado en el Temple, e intentaron acercarse de nuevo a la Monarquía, haciendo que la Asamblea Legislativa decretase el nombramiento de un preceptor para el príncipe real.

En todos estos hechos, registrados en las actas públicas y en la historia de nuestra Revolución, podréis reconocer a Brissot, a Guadet, a Vergniaud, a Gensonné y a otros hipócritas miembros de la misma coalición.

Al mismo tiempo, nada omitieron para deshonar a la Revolución, que apenas acababa de dar a luz a la República. A la mañana siguiente del 10 de Agosto calumniaron al Consejo de la Comuna que, en la noche precedente, había votado por la libertad, al mismo tiempo que ponían obstáculos a todas sus operaciones mediante intrigas y decretos que dictaban a la Asamblea Legislativa.

Ellos fueron los únicos que cosecharon los frutos de la victoria del pueblo y también se atribuyeron todo el mérito. Su primera preocupación, después del acto de mantener al príncipe real y a la Monarquía, fue colocar en el gobierno a sus protegidos, Servan, Clavière y Roland^[47]. Sobre todo, se dispusieron a apoderarse de la opinión pública; para moldearla a su gusto habían tenido el cuidado de poner en manos de Roland enormes sumas. Autores o dueños de los periódicos más difundidos no cesaron de engañar a Francia y a Europa en lo referente a la Revolución que acababa de derribar el trono. Cada día denunciaban al pueblo de París y a todos los generosos ciudadanos que habían participado con mayor ímpetu en el destronamiento. Se tenía que destruir este inmenso foco del espíritu republicano y de las glorias públicas; todos se pusieron de acuerdo para pintar esta inmortal ciudad como el lugar del crimen y el teatro de la matanza, y para convertir

en asesinos o en bribones a los ciudadanos y a los representantes cuya resolución tanto temían. Trataron de levantar contra París la desconfianza y la envidia de las otras partes de la República. Y mientras tanto, los prusianos se preparaban para invadir nuestro territorio (era el mes de septiembre de 1792). Los gobernantes eran miembros del Comité Diplomático, del Comité de Defensa Nacional; dirigían el Ministerio, habían tenido estrechas relaciones con la corte, y dejaban que toda Francia y el propio cuerpo legislativo ignorasen los peligros que nos amenazaban. Los enemigos se habían apoderado de Longwy, de Verdun; avanzaban sobre París, y los gobernantes todavía guardaban silencio; sólo se ocupaban de lanzar proclamas y de escribir contra París. Nuestro ejército era débil, estaba dividido, mal abastecido, y, si París no se hubiera levantado repentinamente, si, siguiendo su ejemplo, Francia entera no se hubiera puesto en movimiento, Brunswick habría penetrado sin resistencia hasta el mismo corazón de la nación.

Pero esto no es todo: la facción quería entregar a París y a Francia; quería escapar con la Asamblea Legislativa, con el Tesoro Público, con el Consejo Ejecutivo, con el rey prisionero y su familia. Los ministros que habían nombrado, Roland, Servan, Clavière, Lebrun^[48], hablaban a los diputados de este proyecto; este proyecto fue propuesto al Consejo y habría sido adoptado si el ministro de justicia^[49] no hubiese impedido su ejecución, amenazando a sus colegas con denunciarlos al pueblo, y si París no lo hubiera hecho abortar, levantándose para aplastar a los enemigos de Francia. Este proyecto de fuga es conocido por los miembros de la Asamblea Legislativa y por muchos ciudadanos; ha sido denunciado en la Convención Nacional y él mismo Roland se ha visto obligado a confesarlo en su carta a dicha Convención del^[50]...

La Convención Nacional fue convocada.

La mayoría era pura; pero un gran número de representantes, engañados previamente por los falsos documentos de que disponía la facción, provocaron funestas inquietudes en París que causaron muchos males (por otra parte, la suerte de los hombres que consiguen la gloria sin ser honrados, o que son honrados sin gloria, fue siempre la de ser los cómplices o los juguetes de la intriga).

El decreto que declara abolida la Monarquía, propuesto a finales de la primera sesión por uno de los diputados más calumniados de París, fue aprobado con entusiasmo. Si la cuestión del tirano se hubiera hecho pública al día siguiente, éste habría sido condenado; y si la Convención, libre de su peligrosa influencia se hubiese ocupado del bien común, ahora la libertad y la paz estarían consolidadas; pero los intrigantes, que no habían podido oponerse a la proclamación de la República, se dispusieron a sofocarla en su origen. En posesión de los más importantes comités de la Asamblea Legislativa, que hicieron conservar provisionalmente, pronto compusieron los nuevos a su gusto; se apoderaron de la secretaría; de la presidencia e incluso de la tribuna; siempre tenían el gobierno y el destino de la nación en sus manos. Incesantemente llevaban a la Convención Nacional denuncias contra la municipalidad de París, contra el pueblo de París, contra la mayoría de los diputados de París. Inventaron y repitieron la ridícula fábula de la dictadura, que imputaban a un ciudadano sin poder y sin ambición, con el fin de hacer olvidar, ya fuera la cruel oligarquía que ellos mismos ejercían, ya fuera el proyecto de la nueva tiranía que querían resucitar. Con ello intentaban: disgustar al pueblo francés de la naciente república, detener los progresos de nuestra Revolución en los países vecinos, presentándoles la caída del trono como la obra de una ambición criminal, y el cambio de gobierno como el cambio de amo.

De ahí provienen las eternas protestas contra la justicia revolucionaria que inmoló a los Montmorins, a los Lessarts y a otros conspiradores en el momento en que el pueblo y los federados se ponían en movimiento para rechazar a los prusianos^[51]. Desde aquel momento no cesaron de llenar las almas de los diputados de desconfianza, de envidia, de odio, de miedo, y de hacer escuchar en el santuario de la libertad los clamores de las más viles pasiones y de los prejuicios más ruines. Desde entonces no han cesado de avivar el fuego de la guerra civil en la misma Convención y en los Departamentos, ya sea con sus diarios, con sus arengas en la tribuna o por medio de su correspondencia.

Con estos medios habían conseguido diferir por cuatro meses el proceso del tirano. ¡Cuántas trampas! ¡Cuántos embrollos! ¡Cuántas maniobras durante la discusión de esta causa! ¿Quién puede, sin temblar, calcular los

medios utilizados por Roland, las sumas prodigadas por el gobierno para corromper el espíritu cívico, para apiadar al pueblo sobre la suerte del último rey? ¡Con qué infame crueldad los abogados del tirano llamaban cuerpos armados contra París y contra los diputados patriotas a quienes las habían denunciado como asesinos y como traidores! ¡Con qué insolente desprecio de las leyes y de los cuerpos administrativos, dignos de estos diputados, les retiraban su autoridad privada a expensas del Tesoro Público! ¡Con qué pérfida audacia esta misma facción protegía el regreso de los emigrados y la reunión de todos los asesinos y de todos los infames de Europa en París! ¡Con qué odioso maquiavelismo se utilizaron todos los medios para turbar la tranquilidad de esta ciudad y para empezar la guerra civil, incluso desdeñando prohibir, por medio de un decreto, la representación de una comedia aristocrática (*El amigo de las leyes*) que ya había hecho correr sangre, y que la sabiduría de los magistrados del pueblo había prohibido!

¿A qué se ha debido la salvación de la patria y el castigo del tirano? Al valor invencible de los patriotas, a la serena resolución del pueblo iluminado por sus verdaderos intereses y, sobre todo, a la imprevista reconciliación de los federados. Si éstos hubieran conservado las fatales prevenciones que les habían aconsejado aquellos que les llamaron, si la venda hubiera permanecido dos días más sobre sus ojos, ya no habría existido posibilidad de libertad, el tirano hubiera sido absuelto, los patriotas asesinados y la misma espada de los defensores de la patria se habría unido a la de los auténticos asesinos. París estaría abierto a todos los horrores y la Convención Nacional, escoltada por todos los satélites que ellos habrían reunido, hubiera huido en medio de la confusión y de la consternación universal.

Pero, ¡oh fuerza omnipotente de la verdad y de la virtud!, estos generosos ciudadanos han abjurado de sus errores, han reconocido con una santa indignación las pérfidas tramas de aquellos que les habían engañado, los han entregado al desprecio del público y han estrechado en sus brazos a los parisienses calumniados; reunidos todos en los jacobinos, juraron con el pueblo un odio eterno a los tiranos y una devoción sin límites a la libertad. Consolidaron esta santa alianza en la plaza del Carrusel, con fiestas cívicas

a las que asistieron todos los magistrados de esta gran ciudad, junto a un pueblo generoso que el entusiasmo del patriotismo elevaba por encima de sí mismo. ¡Qué espectáculo! ¡Cómo consuela de la malicia, de la perfidia y de los crímenes de la ambición! Este gran acontecimiento ha hecho pesar la balanza a favor de los defensores de la libertad en la Convención Nacional; desconcertó a los intrigantes e inmovilizó a los facciosos...

... Los jefes de la facción razonaban con lugares comunes para encender el entusiasmo de los ignorantes; nos mostraban a Europa volando hacia la Constitución francesa, a los ejércitos de los déspotas dispersándose por todas partes para acudir bajo nuestras banderas, y la bandera tricolor flotando sobre los palacios de los electores^[52], de los reyes, de los papas y de los emperadores. Disculpaban a la corte, elogiaban a los ministros, sobre todo a Narbonne, pretendían que todo aquel que intentase inspirar desconfianza contra los ministros, contra Lafayette y contra los generales, era un desorganizador, un faccioso que comprometía la seguridad del Estado.

A pesar de todas sus intrigas, los jacobinos resistieron constantemente la propuesta que les habían hecho de pronunciarse en favor de la guerra; pero era tal el precio que tenía para ellos la convalidación de los proyectos de la corte con la sanción de las sociedades populares, que el Comité de Correspondencia de esta sociedad, compuesto por sus emisarios, osó enviar sin su conocimiento una carta circular a todas las sociedades afiliadas con el fin de anunciar que el voto de los jacobinos era en favor de la guerra; su imprudencia les llevó a decir que los que habían compartido o abrazado la opinión contraria, la habían abjurado solemnemente. Con estas maniobras se convenció a los patriotas de la Asamblea Legislativa para que votaran igual que el ala derecha y la corte.

El premio de esta intriga fue la promoción de la facción hacia el gobierno en la persona de Clavière, Roland, Servan y Dumouriez.

Nuestras predicciones no tardaron en cumplirse. La primera campaña estuvo marcada por traiciones y reveses que, para la corte y para Lafayette, no fueron más que nuevos pretextos para pedir leyes de sangre contra los más celosos defensores de la patria, y un poder absoluto, que les fue concedido por la moción de los jefes de la facción, particularmente de

Guadet y Gensonné. A partir de entonces, todos los que osaron sospechar de los generales y de la corte fueron denunciados como agitadores y facciosos. Se recordará el celo con que estos mismos hombres defendían y divinizaban al ministro Narbonne, con qué insolencia ultrajaban al ejército y a los patriotas.

Muy pronto todos nuestros generales nos traicionaron a porfía. Una invasión en Bélgica no produjo otro efecto que inducir rápidamente a nuestros aliados a la venganza de su tirano e irritar a los extranjeros contra nosotros, con el infame atentado del traidor Jarri, que todavía no ha sido castigado. Nuestras plazas fuertes estaban sin guarnición; nuestro ejército dividido y casi anulado por las intrigas de los estados mayores; todos los jefes se esforzaban en hacerlo monárquico; la liga de los tiranos extranjeros se fortalecía; los meses de agosto y de septiembre eran la época fijada para su invasión, combinada con la conspiración de la corte de las Tullerías contra París y contra la libertad. Hubiera sido el fin para uno y otro, de no ser por la victoria conseguida por el pueblo y por los federados, el 10 de agosto de 1792; y cuando a principios del septiembre siguiente, Brunswick, estimulado sin duda por la facción, osó invadir el territorio francés, visteis que sólo pensaban en abandonar y llevar a París a la ruina...

Y él^[53] se atreve a declarar que no nos queda más solución que pedir la paz y transigir con los déspotas; ¿qué digo? ¡Osa mostrarse como un mediador!

Tal era el culpable secreto de la conspiración tramada desde hace tanto tiempo contra nuestra libertad. El jefe de la facción lo ha revelado en el momento en que creía poderla llevar a cabo con éxito. En efecto, todo parecía dispuesto para favorecerle. La facción habla nombrado, expresamente, a un ministro de la guerra temerario e hipócrita para los grandes acontecimientos que estaban a punto de producirse. En poco tiempo, este ministro purgó de las oficinas, las guarniciones y el ejército a todos los miembros y a todos los jefes patriotas; los sustituyó por hombres más que sospechosos y dejó nuestras plazas fuertes sin guarnición y sin municiones. Se recordará la audacia con que engañaba a la Convención Nacional acerca de la situación en Bélgica, en el momento en que las traiciones de los generales ya la habían comprometido, y cómo fueron

desmentidas por los comisarios de la Asamblea las noticias falsas que daba. En este plan de conspiración también los otros generales habían participado; y, para asegurar mejor el éxito, el ministro llegó al colmo de sus atentados haciendo suspender la producción de armas en todas nuestras fábricas. Al mismo tiempo, se excitaban disturbios en gran parte de Francia, sobre todo en nuestros departamentos marítimos. Los aristócratas sublevados pusieron en pie grandes ejércitos bien aprovisionados; saquearon ciudades y degollaron multitud de patriotas; y nadie pensó en reprimir esta conspiración tramada desde hacía cuatro meses y, ni el ministro, ni el Comité de Defensa General, compuesto en gran parte por las facciones que denuncio, habían dado noticia de ello a la Asamblea y a la nación^[54]. Por fin, el ministro de la guerra nombra un general para dirigir a los patriotas, pero éste (Marcé) es un traidor que entrega nuestra artillería a los rebeldes y que conduce a la degollina a los defensores de la libertad. Por todas partes nombra oficiales igualmente pérfidos, Witencok, d'Hermigies, Ligonier. Demuestra, sobre todo en sus elecciones, una predilección singular por los extranjeros, por los súbditos de los déspotas enemigos nuestros y a veces por los parientes de nuestros tiranos.

Gracias a estas criminales maquinaciones, los tumultos se prolongan y la victoria cuesta mucha sangre a los republicanos; se nos llega a decir que «la calma podrá ser restablecida en seis semanas o dos meses». ¡Dos meses de guerra civil y de masacres de los más celosos patriotas, cuando el infame Dumouriez conspiraba contra nosotros en Bélgica, junto con los déspotas de Europa y con todos los enemigos del interior! Dumouriez que, con insolente satisfacción, nos anunciaba que pasado el equinoccio, nuestros departamentos marítimos serían invadidos por los ingleses.

Animados por tantos atentados, los realistas levantaban por todas partes su insolente frente y osaban amenazar a los amigos de la libertad.

¿Y por qué no? ¿Acaso no podían contar con la influencia que la facción ejercía en el seno de la Convención Nacional? ¿Acaso no era ésta la que durante largo tiempo corrompía la conciencia pública en los departamentos sublevados? Y las masacres de la Bretaña, y el fanatismo monárquico y religioso que extraviaba a los campesinos, ¿acaso no eran frutos dignos de los escritos venenosos que la facción había sembrado en la

superficie de esta importante región, de la pérdida correspondencia de los diputados que seguían su bandera, en fin, de las persecuciones suscitadas contra todos los verdaderos republicanos? ¿Acaso no era ésta quien trataba de que el pueblo aborreciese la Revolución agravando su miseria, quien rechazaba todas las medidas necesarias para reprimir el abuso de las especulaciones de bolsa, para asegurar la subsistencia pública, para frenar los excesos de los monopolios? ¿Acaso no era ésta quien nos daba sólo declamaciones, libelos y delitos en lugar de las leyes benéficas que solicitaban las necesidades de la patria?

Pero su audacia aumentó en el momento en que la conspiración estaba a punto de estallar. ¡Con qué perfidia lo desorganizaran todo, adamando a los desorganizadores! ¡Con qué infame crueldad intentaron excitar en París algunos pequeños movimientos aristocráticos para ofrecer al traidor Dumouriez el pretexto de marchar contra esta ciudad, y quisieron hacer responsables de todo ello a los patriotas que se habían apartado de ellos constantemente!

¡Ved qué atroz provecho quisieron sacar del levantamiento excitado por ellos, que se produjo entre algunos comerciantes de especias! ¡Ved cómo el execrable Dumouriez en su carta del 12 de marzo a la Convención, transforma la venta ilegal y forzada de las mercancías de algunos comerciantes y de algunos monopolistas en escenas de sangre y de carnicería, y cómo llega a la conclusión de que se debe hacer la guerra a Puis y a los patriotas!

Ellos habían denunciado como agitadores a los diputados patriotas que habían solicitado la condena del tirano, y él declara que quiere emplear la mitad de su ejército en someterlos. La facción había clamado contra los tribunos, es decir, contra la parte del pueblo que podía asistir a las sesiones de la Asamblea Representativa; había protestado solemnemente porque no era libre cuando el tirano fue condenado, y Dumouriez amenaza a los tribunos, y promete ir cuanto antes a liberar de su influencia a la facción que había querido salvar al tirano, a la que llama «la parte sana de la Convención Nacional». Proclama sus principios; consagra sus calumnias, declara la guerra a sus adversarios, redacta en forma de manifiesto contra la República los diarios de los cronistas, de Brissot, de Gorsas, de Rabaud, de

Gensonné, Vergniaud, Guadet, etc. Dice que quiere ser, como ellos, el restaurador del orden público, el azote de la anarquía, el libertador de su país; en fin, declara públicamente que quiere volver a dar un rey a Francia. ¿Qué rey sería el que quería damos? Esto sin duda importa poco a los republicanos, que los detestan a todos en igual medida; pero, sin duda, hubiera sido algún vástago de la familia de nuestros tiranos.

Ahora bien, entre los generales del ejército de Bélgica veo a Valence, el amigo de Dumouriez; Valence, el yerno de Sillery, el íntimo confidente del ex duque de Orleáns; Sillery, ex conde de Genlis: este nombre lo dice todo por si solo. Veo al ex duque de Chartres elevado a jefe de los ejércitos, en una edad en que los ciudadanos apenas son aptos para ser soldados. En el terreno de Dumouriez veo a la hermana de este joven general con la ex condesa de Genlis, la más intrigante de las mujeres de la antigua corte, a pesar de sus libros sobre la educación; veo al victorioso Dumouriez a los pies de la hermana y en una actitud respetuosa ante el hermano.

Después veo al hijo de Orleáns escribir como Dumouriez, le veo huir precipitadamente con Dumouriez y con Valence; y ya no necesito saber más para conocer la facción entera. Intuyo la profunda perfidia de los conspiradores, quienes, para ocultar sus complots con un velo impenetrable, han terminado queriendo expulsar a los individuos de la antigua familia real cuando en Francia no existía ningún motivo para esta imprevista proposición, en una época en que algunos patriotas de buena fe creían al rechazarla, defender los principios y la integridad de la representación nacional.

Comprendo bien por qué pedían la expulsión de los borbones en general: para aplazar la condena de la Monarquía en la persona de Luis XVI; ¿por qué, después del castigo del tirano han olvidado e incluso rechazado esta medida, en el momento en que la aristocracia levantaba el estandarte de la revuelta para reestablecer la Monarquía?

Los amigos y los cómplices de Dumouriez, miembros del Comité de Defensa General, sin duda conocían estos secretos mejor que nadie; pero contaban con el éxito de su empresa criminal. Así, les hemos visto disculpar la insolente carta del 12 de marzo a la Convención con el pretexto de que este general debía estar irritado por las denuncias hechas contra él en las

asambleas populares. Les hemos visto intentar desviar la acusación que tanto temían, apresurándose en repetir sus habituales protestas contra los diputados patriotas, contra los jacobinos, etc. Hemos visto cómo Vergniaud pretendía que, «las opiniones políticas» de Dumouriez le eran indiferentes y que estaba interesado por la causa de la Revolución; hemos visto cómo se indignaba Gensonné porque se daban a Dumouriez los calificativos que merecía y hemos visto también alabar desvergonzadamente su patriotismo, sus méritos y su genio. Es evidente que Gensonné mantenía una habitual correspondencia con Dumouriez; y Gensonné quería hacerse cargo delante de los miembros de la Convención presentes en el Comité del papel de mediador entre dicho Comité y su corresponsal y amigo. También hemos visto cómo Pétion abrazaba con calor la defensa de Miranda^[55]; y después que hubiese denunciado a este general, a Stengel y Lanoue, le hemos visto levantarse encolerizado, alegando que siempre se acusaba sin pruebas; ¡y el asedio de Maestricht se levantó y el ejército fue traicionado en Aix-la-Chapelle y entregado a nuestros enemigos en Bélgica; y era el momento en que se deliberaba sobre la abierta revuelta de Dumouriez!

El mismo día Brissot declaró, como única medida de salud pública, que la Convención Nacional había perdido la confianza popular; que su único deber consistía en crear lo más pronto posible la Constitución y disolverse. Le he visto proponer un acuerdo, en el Comité de Defensa General, entre los diversos artículos de la Constitución que hubieran podido dividir las opiniones, hasta el punto de hacer adoptar por la Convención, para evitar escandalosos debates. Hemos visto cómo los jefes de las facciones se negaban a discutir la conducta de Dumouriez para proponer un acercamiento entre sus amigos y sus adversarios; y cómo, con el pretexto de dar explicaciones, renovaron todas las calumnias con que tantas veces habían ensuciado la tribuna y los diarios. Hemos visto cómo los ministros llevaban noticias y proyectos ilusorios a este Comité, concertados anticipadamente con la facción; hemos visto al ministro de la guerra clamar contra la insubordinación de los soldados sin querer admitir la perfidia de los generales; hemos visto suscitar medidas rigurosas contra los que hablaban mal de los generales; hemos visto citar como prueba de su fe republicana la famosa herida de Valence; hemos oído hacer elogios del

sistema defensivo, garantizamos la neutralidad de Saboya y del condado de Niza, como si estos dos departamentos franceses fuesen países extranjeros para nosotros. Hemos visto preparar una nueva traición y anunciamos anticipadamente la retirada de Custine^[56]. Hemos oído repetir todos los lugares comunes de Dumouriez acerca de la indiferencia de los belgas hacia la Revolución Francesa, y cómo el comité aprobaba todos estos puntos de vista. Sobre todo, hemos oído a Brissot declarando acerca de esta cuestión que debíamos estar contentos de que el espíritu público de los belgas ya no fuese francés, puesto que, renunciando a Bélgica, podríamos obtener con más facilidad la paz de las potencias enemigas. Brissot fue siempre el más audaz de nuestros conspiradores, cuando se trataba de lanzar ideas de compromiso, propuestas abiertamente por Dumouriez. En la discusión de la causa de Luis XVI, se atrevió a pedir una prórroga en la ejecución del decreto que lo condenaba, hasta que se manifestaran las opiniones de las potencias extranjeras sobre este juicio. Fue él quien nos predijo la cólera de los reyes de Europa si nos atrevíamos a pronunciar la pena de muerte contra el tirano.

¡Brissot! ¡Cuántos hechos podría recordar acerca de él y de la facción de la que es jefe!

SOBRE LA PROPIEDAD^[57]

En la última sesión he pedido la palabra para proponer algunos artículos adicionales importantes que se refieren a la Declaración de Derechos del hombre y del ciudadano.

Ante todo, voy a proponeros algunos artículos imprescindibles para completar vuestra teoría sobre la propiedad.

Que esta palabra no alarme a nadie. ¡Almas viles que sólo estimáis el oro, no deseo apropiarme de vuestros tesoros, aunque su procedencia sea impura! Debéis saber que esa ley agraria de la que tanto habéis hablado es sólo un fantasma creado por los bribones para asustar a los imbéciles; sin duda alguna no era necesaria una revolución para demostrar a todo el mundo que la enorme desproporción entre las fortunas es la fuente de muchos males y crímenes; sin embargo, estamos convencidos de que la igualdad de bienes es una quimera.

A mi entender es menos necesaria para el bienestar privado que para la felicidad pública. Es mucho más urgente hacer honorable la pobreza que proscribir la opulencia: la barraca de Fabricio^[58] no tiene nada que envidiar al palacio de Craso.

Por mi parte, preferiría ser uno de los hijos de Aristides, educado en el Pritaneo a expensas de la República, que no el presunto heredero de Jerjes, nacido en el fango de las cuadras para ocupar un trono adornado con el envilecimiento del pueblo y resplandeciente con la miseria pública.

Establezcamos, pues, de buena fe, los principios del derecho de la propiedad: es preciso hacerlo, tanto más, cuanto que no existe otro aspecto al que los prejuicios y los vicios de los hombres hayan intentado ocultar con mayor obstinación con las más espesas nubes.

Preguntad a cualquier mercader de carne humana qué es la propiedad; os dirá, señalando a ese largo féretro al que llama nave, en el interior del cual ha encajonado y encadenado a unos hombres que parecen vivos: «Ésta es mi propiedad. La he comprado a tanto por cabeza».

Interrogad a un gentilhombre propietario de tierras y vasallos, o que crea que el mundo se ha desmoronado desde que ya no los posee; os dará de la propiedad unas ideas poco más o menos similares.

Interrogad a los augustos miembros de la dinastía Capeto: os dirán que la propiedad más sagrada es, sin lugar a dudas, el derecho hereditario —del que han gozado desde la antigüedad— de oprimir, envilecer y sangrar legal y monárquicamente a los veinticinco millones de hombres que habitaban en Francia bajo el absolutismo.

A los ojos de todas estas personas, la propiedad no descansa sobre ningún principio moral. ¿Por qué vuestra Declaración de Derechos parece presentar el mismo error? Al definir la libertad, el primero de los bienes del hombre, el derecho más sagrado que otorga la naturaleza, habéis dicho, con razón, que tenía por límite los derechos de los demás. ¿Por qué no habéis aplicado este principio a la propiedad que es una institución social? ¡Como si las leyes eternas de la naturaleza fuese menos inviolables que las convenciones de los hombres!

Habéis multiplicado el número de artículos para asegurar la mayor libertad en el ejercicio de la propiedad y, por el contrario, no habéis dicho una sola palabra para determinar su legitimidad; de este modo, vuestra Declaración no parece hecha para los hombres, sino para los ricos, para los acaparadores, para los especuladores y para los tiranos.

Os propongo corregir estos vicios, sancionando las siguientes verdades:

Art. 1. La propiedad es el derecho que todo ciudadano tiene a disfrutar y disponer de la porción de todos bienes que le ha sido garantizada por la ley.

Art. 2. El derecho de propiedad está limitado, como todos los demás, por la obligación de respetar el derecho ajeno.

Art. 3. Este derecho no puede perjudicar ni a la seguridad, ni a la libertad, ni a la existencia, ni a la propiedad de nuestros semejantes.

Art. 4. Toda posesión, todo tráfico que viole este principio es esencialmente ilícito e inmoral.

Habláis también del impuesto para establecer el principio innegable que sólo puede emanar de la voluntad del pueblo o de sus representantes. Pero olvidáis tomar una medida que el interés de la humanidad reclama: olvidáis sancionar el principio del impuesto progresivo.

¿Existe en materia de contribuciones públicas algún principio que derive más evidentemente de la naturaleza de las cosas y de la eterna justicia, que aquel que impone a los ciudadanos la obligación de contribuir de manera progresiva a los gastos públicos, según la entidad de su propia fortuna, es decir, según los beneficios que obtienen de la sociedad?

Os propongo que lo sancionéis en un artículo concebido en los términos siguientes:

«Los ciudadanos cuyas rentas no excedan de lo imprescindible para su subsistencia, deben ser dispensados de contribuir a los gastos públicos; los demás deben soportarlos progresivamente, según la entidad de sus fortunas».

El comité también ha olvidado por completo recordar los deberes de fraternidad que unen a todos los hombres y a todas las naciones y sus derechos a una asistencia mutua. Parece que han sido olvidados los principios de la eterna alianza de los pueblos contra los tiranos. Se diría que vuestra Declaración ha sido hecha para un grupo de criaturas humanas encerradas en un rincón del globo y no para la inmensa familia a la que la naturaleza ha dado la tierra por imperio y morada.

Os propongo que llenéis esta laguna con los siguientes artículos. Dichos artículos sólo pueden atraeros la estimación de todos los pueblos, aunque también es cierto que pueden tener el inconveniente de enemistarnos para siempre con los reyes. Pero confieso que este inconveniente no me preocupa en absoluto; ni creo que asuste a quienes no desean reconciliarse con ellos.

Éstos son mis cuatro artículos:

Art. 1. Los hombres de todos los países son hermanos y los distintos pueblos deben ayudarse unos a otros, como los ciudadanos de un mismo Estado.

Art. 2. Aquél que oprima a una nación será considerado enemigo de todas.

Art. 3. Aquellos que hacen la guerra a un pueblo para detener los progresos de la libertad y aniquilar los derechos del hombre deben ser perseguidos por todos, no como enemigos ordinarios, sino como asesinos y bandidos rebeldes.

Art. 4. Los reyes, aristócratas y tiranos, sean cuales sean, son esclavos rebeldes contra el soberano de la tierra, que es el género humano, y contra el legislador del universo, que es la naturaleza.

Declaración de los Derechos del hombre y del ciudadano

Los representantes del pueblo francés, reunidos en Convención Nacional,

reconociendo que las leyes humanas que no emanan de las leyes eternas de la justicia y de la razón sólo son atentados de la ignorancia y del despotismo contra la humanidad; convencidos de que el olvido y el desprecio de los derechos naturales del hombre constituyen las únicas causas de los crímenes y de las desgracias del mundo,

han resuelto proclamar, en una declaración solemne, tales derechos sagrados, inalienables, con el fin de que todos los ciudadanos puedan comparar siempre los actos del gobierno con los objetivos de toda institución social, y no se dejen nunca oprimir y corromper por la tiranía, y con el fin de que el pueblo tenga siempre a la vista la base de su libertad y de su felicidad; el magistrado, la regla de sus deberes; y el legislador, el objeto de su misión.

En consecuencia, la Convención Nacional proclama ante el mundo entero y bajo los ojos del legislador inmortal, la siguiente Declaración de los Derechos del hombre y del ciudadano:

Art. 1. El objeto de cualquier asociación política es la conservación de los derechos naturales e imprescriptibles del hombre, y el desarrollo de todas sus facultades.

Art. 2. Los principales derechos del hombre son los de subvenir a la conservación de su existencia y la libertad.

Art. 3. Estos derechos pertenecen por igual a todos los hombres, cualquiera que sea la diferencia de sus fuerzas físicas y morales.

La igualdad de derechos ha sido establecida por la naturaleza: la sociedad, lejos de atentar contra ella, sólo debe preservarla contra el abuso de la fuerza, que convierte la igualdad en una ilusión.

Art. 4. La libertad es el poder que el hombre tiene para ejercer a su gusto todas sus facultades. Su norma es la justicia, su límite, los derechos de los demás, su principio, la naturaleza y su salvaguardia, la ley.

El derecho a reunirse pacíficamente y el derecho a manifestar las propias opiniones, ya sea por medio impreso o por cualquier otro medio, son consecuencias tan necesarias del principio de libertad del hombre, que la necesidad de enunciarlas supone la presencia o el recuerdo del despotismo.

Art. 5. La ley sólo puede prohibir lo que es nocivo a la sociedad: sólo puede ordenar lo que le es útil.

Art. 6. Cualquier ley que viole los derechos imprescriptibles del hombre es esencialmente injusta y tiránica, por consiguiente no es ley.

Art. 7. La propiedad es el derecho que todo ciudadano tiene a disfrutar y disponer de la porción de bienes que le ha sido garantizada por la ley.

Art. 8. El derecho de propiedad está limitado, como todos los demás, por la obligación de respetar el derecho ajeno.

Art. 9. Este derecho no puede perjudicar ni a la seguridad, ni a la libertad, ni a la existencia, ni a la propiedad de nuestros semejantes.

Art. 10. Toda posesión, todo tráfico que viole este principio es esencialmente ilícito e inmoral.

Art. 11. La sociedad está obligada a garantizar la subsistencia de todos sus miembros, bien procurándoles trabajo, bien asegurando los medios de existencia de aquellos que no están en condiciones de trabajar.

Art. 12. Los socorros necesarios para la indigencia son una deuda de los ricos con los pobres; a la ley corresponde determinar el modo en que debe saldarse dicha deuda.

Art. 13. La sociedad debe favorecer, con todo su poder, los progresos de la conciencia pública y poner la enseñanza al alcance de todos los ciudadanos.

Art. 14. La ley es la expresión libre y solemne de la voluntad del pueblo.

Art. 15. El pueblo es el soberano: el gobierno es su obra y su propiedad, los funcionarios públicos son sus servidores.

Art. 16. Ningún sector del pueblo puede ejercer el poder del pueblo entero, pero el voto que ese sector expresa debe ser respetado como el voto de una parte del pueblo que debe concurrir a formar la voluntad general.

Cada sección del soberano reunida debe gozar del derecho de expresar su voluntad con entera libertad: es esencialmente independiente de todas las autoridades constituidas y dueña de organizar y reglamentar sus deliberaciones.

El pueblo puede, cuando lo desee, cambiar su gobierno y sustituir a sus mandatarios.

Art. 17. La ley debe ser igual para todos.

Art. 18. Todos los ciudadanos son admisibles para todas las funciones públicas, sin otra distinción que la de su virtud y su talento, sin otro título que la confianza del pueblo.

Art. 19. Todos los ciudadanos tienen el mismo derecho para concurrir al nombramiento de los mandatarios del pueblo y a la formación de la ley.

Art. 20. A fin de que estos derechos no sean ilusorios, y la igualdad una quimera, la sociedad debe retribuir a los funcionarios públicos y hacer de modo que los ciudadanos que vivan de su trabajo puedan asistir a las asambleas públicas —a las que les reclama la ley— sin comprometer su existencia ni la de su familia.

Art. 21. Todo ciudadano debe obedecer escrupulosamente a los magistrados y a los agentes del gobierno, cuando éstos son los órganos o los ejecutores de la ley.

Art. 22. Pero cualquier acto contra la libertad, contra la seguridad o contra la propiedad del hombre, ejercido por cualquiera, incluso en nombre de la ley, fuera de los casos determinados por ella y de las formas que ella prescribe, es un acto arbitrario y nulo. El propio respeto a la ley prohíbe someterse a él, y si se trata de ejecutarle por medio de la violencia, es lícito rechazarle por la fuerza.

Art. 23. El derecho de presentar peticiones a los depositarios de la autoridad pública corresponde a todo individuo. Aquéllos a quienes tales

peticiones son dirigidas están obligados a resolver con respecto a los puntos objetos de tales peticiones, pero en ningún caso pueden prohibirlas, restringirlas o condenar su ejercicio.

Art. 24. La resistencia a la opresión es una consecuencia de los otros derechos del hombre y del ciudadano.

Existe opresión contra el cuerpo social entero cuando uno sólo de sus miembros está oprimido.

Existe opresión contra cada uno de los miembros, cuando todo el cuerpo social está oprimido.

Cuando el gobierno oprime al pueblo, la insurrección del pueblo entero y de cada uno de sus sectores es el más santo de todos los deberes.

Cuando un ciudadano carece de garantía social, recobra el derecho natural de defender por sí mismo todos sus derechos.

En uno y otro caso, subordinar a determinadas fórmulas legales la resistencia a la opresión, constituye el mayor refinamiento de la tiranía.

Art. 25. En todo estado libre la ley debe, por encima de todo, defender la libertad pública e individual contra el abuso de la autoridad de quienes gobiernan.

Art. 26. Las funciones públicas no deben ser consideradas como distinciones ni como recompensas, sino como deberes públicos. Los delitos de los mandatarios del pueblo deben ser severamente y fácilmente castigados. Nadie tiene derecho a ser más «inviolable» que los demás ciudadanos. El pueblo tiene derecho a conocer todas las actuaciones de sus mandatarios; éstos deben darle cuenta de su gestión y someterse respetuosamente a su juicio. Los hombres de todos los países son hermanos, y los diferentes pueblos deben ayudarse entre sí, según su poder, como los ciudadanos de un mismo estado.

Aquel que oprima una sola nación será declarado enemigo de todas. Aquellos que hacen la guerra a un pueblo para detener los progresos de la libertad y aniquilar los derechos del hombre deben ser perseguidos por todos, no ya como enemigos ordinarios, sino como asesinos y bandidos rebeldes. Los reyes, los aristócratas, los tiranos, cualesquiera que sean, son esclavos rebelados contra el soberano de la tierra, que es el «género humano», y contra el legislador del universo, que es la «naturaleza».

SOBRE EL GOBIERNO REPRESENTATIVO^[59]

El hombre ha nacido para la felicidad y para la libertad: ¡y, sin embargo, en todas partes, es esclavo y desgraciado! La sociedad tiene por objeto la conservación de sus derechos y la perfección de su ser: ¡y no obstante, en cualquier lugar, ésta le degrada y le oprime!

Pero ha llegado el tiempo de recordarle su verdadero destino: los progresos de la razón humana han preparado esta gran Revolución y a vosotros corresponde especialmente el deber de acelerarla.

Para cumplir vuestra misión, tenéis que hacer todo lo contrario de lo que se ha hecho antes de vosotros.

Hasta este momento, el arte de gobernar no ha sido más que el arte de despojar y de esclavizar a la mayoría en provecho de una minoría; y la legislación, el medio para reducir estos atentados, ha sido únicamente su método.

Los reyes y los aristócratas han desempeñado a la perfección su oficio: ahora os corresponde a vosotros el desempeñar el vuestro, es decir, hacer felices y libres a los hombres mediante las leyes.

Dar al gobierno la fuerza necesaria para que los ciudadanos respeten siempre los derechos de los ciudadanos; y hacer de modo que el gobierno no pueda nunca violarlos: éste es, a mi parecer, el doble problema que el legislador debe procurar resolver.

El primero me parece muy simple. En cuanto al segundo, estaríamos tentados de declararlo insoluble, si al consultar los acontecimientos pasados o presentes no nos remontásemos a las causas.

Repasad la Historia: en todas partes veréis a los magistrados oprimiendo a los ciudadanos y al gobierno aniquilando a la soberanía. Los tiranos

hablan de sedición; el pueblo se lamenta de la tiranía, cuando osa hacerlo, sólo cuando una opresión excesiva le proporciona su energía y su independencia.

¡Quiera Dios que pudiera conservarlas siempre! Pero el dominio del pueblo es de un día, mientras que el de los tiranos dura siglos.

Se ha hablado mucho de anarquía después de la Revolución del 14 de julio de 1789 y, sobre todo, después de la Revolución del 10 de agosto de 1792; pero yo afirmo que la anarquía no es el origen de la enfermedad de los cuerpos políticos, sino el despotismo y la aristocracia.

Considero —por más que hayan dicho— que es sólo a partir de esta época, tan calumniada, cuando hemos tenido un comienzo de leyes y de gobierno, a pesar de los disturbios, que no son otra cosa que las últimas convulsiones de la Monarquía agonizante y la lucha de un gobierno infiel contra la igualdad.

La anarquía ha reinado siempre en Francia, desde Clodoveo hasta el último Capeto. ¡Porque, ¿qué es la anarquía sino la tiranía, que hace descender del trono a la naturaleza y a la ley para colocar en su lugar a unos hombres?!

Los males de la sociedad nunca vienen del pueblo, sino del gobierno. ¿Acaso podría ser de otro modo? El interés del pueblo es el bien público, el interés de un solo hombre es, por el contrario, un interés privado. El pueblo para ser bueno sólo necesita preferirse a sí mismo antes que todo lo que no sea él; mientras que para que el magistrado sea bueno tiene que sacrificar, necesariamente, su interés al pueblo.

Si me dignase responder a determinados prejuicios absurdos e inhumanos demostraría que no son sino el poder y la opulencia los que engendran el orgullo y los restantes vicios; que los guardianes de la virtud sólo son el trabajo, la mediocridad y la pobreza; que los deseos del débil sólo tienen por objeto la justicia y la protección de leyes bienhechoras; que el débil sólo estima las pasiones de la honestidad; y que, por el contrario, las pasiones de los poderosos tienden a elevarse por encima de las leyes justas o bien a crear leyes tiránicas; demostraría, en fin, que la miseria de los ciudadanos no es más que el crimen de los gobernantes. Pero fundo en un sólo razonamiento la base de mi teoría.

El gobierno ha sido instituido para hacer respetar la voluntad general, pero los hombres que gobiernan poseen una voluntad individual y toda voluntad tiende a dominar sobre las demás.

Ahora bien, si se emplease la fuerza pública con ese fin, el gobierno se convertiría en el azote de la libertad. Debéis, por consiguiente, concluir que el primer objetivo de toda Constitución tiene que ser el de defender la libertad pública e individual contra el propio gobierno.

Y precisamente éste es el objetivo que han olvidado los legisladores. Todos ellos se han ocupado del poder del gobierno, pero ninguno ha pensado en cómo hacerle volver a su auténtica significación.

Se han tomado infinitas precauciones contra la insurrección del pueblo, a la par que se ha estimulado —con todo su poder— la rebelión de sus delegados.

Ya he indicado las razones de ello: la ambición, la fuerza y la perfidia han sido siempre las legisladoras del mundo.

Estas legisladoras han esclavizado hasta la razón humana al depravarla, y la han hecho cómplice de la miseria del hombre. El despotismo ha producido la corrupción de las costumbres, y la corrupción de las costumbres ha sostenido al despotismo. En tal estado de cosas prevalecerán los que vendan su alma al más fuerte para legitimar la justicia y consolidar la tiranía. Y entonces la razón no será más que locura; la igualdad, anarquía; la libertad, desorden; la naturaleza, una quimera; el recuerdo de los derechos de la humanidad, sedición. Con él existirán sólo Bastillas y cadalsos para la virtud, palacios para el libertinaje, tiranos y carros triunfales para el crimen. Con él habrá reyes, curas, nobles, burgueses y canalla; no habrá pueblo ni habrá hombres.

Observad a aquellos legisladores a quienes el progreso de los acontecimientos públicos parece haber obligado a rendir algunos homenajes a los principios, observad si no han empleado su habilidad en eludirlos cuando ya no podían acompañarlos a sus ambiciones personales. Observad si han hecho otra cosa que modificar las formas del despotismo y los matices de la aristocracia. Han proclamado fastuosamente la soberanía del pueblo, pero, en realidad, lo han encadenado. Incluso reconociendo que los

magistrados son sus mandatarios, los han tratado como si fueran sus dominadores y como sus ídolos.

Todos han coincidido en suponer al pueblo insensato y sedicioso, y esencialmente sabios y virtuosos a los funcionarios públicos. Podríamos encontrar asombrosos ejemplos en nuestra Revolución y hasta en la conducta de los legisladores que nos han precedido sin necesidad de ir a buscarlos entre las naciones extranjeras. ¡Observad con qué infamia elogiaban la Monarquía, con qué imprudencia predicaban la confianza ciega en los corrompidos funcionarios públicos, con qué insolencia envilecían al pueblo, con qué ferocidad lo asesinaban! No obstante, observad dónde estaban las virtudes cívicas. Recordad los generosos sacrificios de los indigentes y la vergonzosa avaricia de los ricos, recordad la sublime abnegación de los soldados y las infames traiciones de los generales, el coraje invencible, la magnánima paciencia del pueblo y el egoísmo cobarde, la perfidia odiosa de sus mandatarios.

Pero no debemos asombrarnos en demasía de tantas injusticias. ¿Cómo podían respetar a la humanidad, amar la igualdad y creer en la virtud si acababan de salir de una erupción tan profunda? Nosotros, ¡desdichados!, levantábamos el templo de la libertad con manos todavía marcadas por las cadenas de la esclavitud. Nuestra antigua educación ¿no era acaso más que una continua lección de egoísmo y de necia vanidad? Nuestras costumbres ¿no eran acaso más que el código de la impertinencia y de la bajeza, donde el desprecio a los hombres estaba sujeto a una especie de escala de valores y graduado según normas singulares y numerosas? Despreciar y ser despreciado, rebajarse para dominar, unas veces esclavos y otras tiranos, o bien de rodillas ante un amo, o bien pisoteando al pueblo: tal era nuestro destino, tal nuestra ambición, nosotros que éramos, nada menos, hombres bien nacidos u hombres bien criados, honradas gentes y gentes como se debe ser, hombres de leyes y financieros, togados y hombres de espada.

¿Habría que asombrarse, pues, si tantos comerciantes estúpidos y tantos burgueses egoístas conservasen todavía ese insolente desdén que los nobles prodigaban a los propios burgueses y a los propios comerciantes, para con los artesanos?

¡Oh, el noble orgullo! ¡Oh, la buena educación! ¡Ésta es la razón por la cual los grandes destinos del mundo se han desviado! ¡Ésta es la razón por la que la patria está siendo desgarrada por los traidores! ¡Ésta es la razón por la cual los esbirros de los déspotas de Europa han devastado nuestras cosechas, incendiado nuestras ciudades, asesinado a nuestras mujeres y a nuestros hijos! Ha corrido la sangre de trescientos mil franceses. Todavía puede correr la sangre de trescientos mil franceses más para que el obrero tenga derecho a sentarse en el Senado junto al rico comerciante en granos, para que el artesano pueda votar junto al ilustre negociante o al presuntuoso abogado en las asambleas del pueblo, y para que el pobre, el inteligente y virtuoso pueda conservar la actitud de un verdadero hombre en presencia del imbécil y corrompido rico.

¡Insensatos! Recurrís a los amos porque ahora no tenéis iguales; ¿creéis acaso que los tiranos secundarán todos los cálculos de vuestra triste vanidad y de vuestra cobarde avaricia? ¿O quizá creéis que el pueblo que ha conquistado la libertad, que ha vertido su sangre por la patria mientras vosotros dormíais en la desidia o conspirabais en la oscuridad se dejará encadenar, matar de hambre, asesinar por vosotros?

No, cierto. Sí no sabéis respetar ni la humanidad, ni la justicia, ni el honor, conservad, por lo menos, algún cuidado por vuestros tesoros, cuyo único enemigo es la miseria pública, que vosotros estáis agravando con tanta imprudencia.

Pero ¿qué motivo podrá convencer a los esclavos orgullosos? En contra de ellos, la ley de la verdad —que resuena incluso en los corazones corrompidos— se asemeja a los rumores que retumban en los sepulcros y que no despiertan a los cadáveres.

Vosotros, pues, para quienes la libertad, para quienes la patria son cosas queridas, cargad vosotros solos con el cuidado de salvarlas. Y puesto que el momento presente parece exigir toda vuestra atención, es propio de aquél en que se quiere fundar —demasiado precipitadamente— el edificio de la Constitución de un gran pueblo que tratéis al menos de fundarla sobre la base eterna de la verdad. Y poned, al principio, esta máxima impugnable: que el pueblo es bueno y sus delegados son corruptibles. Sólo la virtud y la

soberanía del pueblo pueden defendemos de los vicios y del despotismo del gobierno.

De este principio impugnable saquemos ahora algunas consecuencias prácticas, las cuales serán otras tantas bases de la Constitución libre.

La corrupción del gobierno tiene su fuente en el exceso de poder y en la independencia en el confrontamiento con el pueblo soberano. Debéis remediar este doble abuso.

Debéis empezar disminuyendo el poder de los magistrados.

Hasta ahora, los políticos que parecen haber querido hacer algún esfuerzo —no tanto para defender la libertad como para modificar la tiranía— no han podido imaginar más que dos procedimientos para alcanzar este objetivo: uno de ellos es el equilibrio de poderes, el otro, el tribunado.

En cuanto al equilibrio de poderes, nosotros mismos estuvimos a punto de ser víctimas de esta ilusión, en una época en que la moda parecía exigirnos este homenaje a nuestros vecinos, en una época en que los excesos de nuestra degradación nos permitían admirar todas las instituciones extranjeras que nos ofrecían un débil ejemplo de la libertad.

Pero, a poco que se reflexione, se advierte fácilmente que este equilibrio no puede ser más que una quimera o una calamidad; que ello supondría la nulidad absoluta del gobierno, cuando no ocasionara necesariamente la alianza de poderes rivales para combatir al pueblo: porque se advierte con facilidad que prefieren ponerse de acuerdo antes que llamar al soberano^[60] para que juzgue su propia causa.

Inglaterra es testigo de ello; allí el oro y el poder del monarca inclinan constantemente la balanza del mismo lado; allí el propio partido de la oposición se limita a solicitar, de tarde en tarde, la reforma de la representación nacional, pero sólo para dificultarla, de acuerdo con la mayoría, la cual parece combatir. Se trata de una especie de gobierno monstruoso donde las virtudes públicas no son más que un espectacular alarde, donde el fantasma de la libertad aniquila la libertad misma, donde la ley consagra el despotismo, donde los derechos del pueblo son objeto de un comercio reconocido, donde la corrupción se libera incluso del freno que da el pudor.

¿Qué nos importan las combinaciones que equilibran la autoridad de los tiranos? Es a la tiranía a la que hay que extirpar; no es en las disputas de sus amos donde deben buscar los pueblos la oportunidad de respirar por algunos momentos, sino en su propia fuerza, y es en esa fuerza donde debemos colocar la garantía de sus derechos.

Por la misma razón, tampoco soy partidario de la institución del Tribunado. La Historia —en efecto— no me ha enseñado a respetarla.

No creo que se deba confiar la defensa de una causa tan importante a unos hombres débiles y corruptibles. La protección por parte de la tiranía supone la esclavitud del pueblo.

No deseo que el pueblo romano se retire al Monte Sagrado para pedir protectores a un Senado despótico y a unos patricios insolentes; prefiero que permanezca en Roma y que destierro de ella a todos sus tiranos. Y odio, tanto como a los patricios y desprecio aún más, a esos ambiciosos tribunos, a esos viles mandatarios del pueblo que venden a los grandes de Roma sus discursos y su silencio, que sólo algunas veces han defendido al pueblo para negociar su libertad con sus opresores.

Existe un único tribuno del pueblo en el que pueda confiar: el pueblo mismo. Cada sección de la República Francesa posee atribuciones tribunarias; y creo que sería fácil organizaría de un modo tan alejado de las tempestades de la democracia absoluta como de la pérfida tranquilidad del despotismo representativo.

Pero antes de establecer los diques que deben proteger la libertad pública de los desbordamientos del poder de los magistrados, comencemos por reducir dicho poder a su justo límite.

1. Una primera regla para alcanzar este objetivo es que la duración de su poder debe ser corta, aplicando especialmente tal principio a aquéllos cuya autoridad es más amplia.

2. Que nadie pueda ejercer al mismo tiempo diversas magistraturas.

3. Que el poder esté dividido. Es preferible multiplicar el número de funcionarios públicos a depositar en unos pocos una autoridad demasiado temible.

4. Que legislación y ejecución estén cuidadosamente separadas.

5. Que las diversas ramas del poder ejecutivo, de acuerdo con la propia naturaleza de los asuntos, estén lo más delimitadas posible y que sean confiadas a manos diferentes.

Uno de los mayores vicios de la actual organización es el alcance excesivo de cada uno de los departamentos ministeriales, donde están amontonadas diversas ramas de la administración, por su naturaleza sumamente distinta.

Y, sobre todo, el Ministerio del Interior, tal y como se han empeñado en conservarlo «provisionalmente», es una monstruosidad política, que hubiera «provisionalmente» devorado a la naciente República si la fuerza del espíritu público, animada por el movimiento de la Revolución no la hubiera defendido hasta hoy, bien contra los vicios de la institución, bien contra los individuos.

Por otra parte, nunca podréis impedir que los depositarios del poder ejecutivo sean magistrados muy poderosos. Despojadles, pues, de toda autoridad y de toda influencia ajena a sus funciones.

Alejad sus manos del Tesoro Público. Confiádselo a depositarios y vigilantes que a su vez no participen de ninguna otra especie de autoridad.

Dejad en los departamentos y a disposición del pueblo, aquella parte de los tributos públicos que no sea necesario depositar en la tesorería general; y que los gastos se paguen en las propias localidades siempre que ello sea posible.

Guardaos mucho de remitir a aquellos que gobiernan sumas extraordinarias, bajo cualquier pretexto que sea, sobre todo si se trata del pretexto de informar a la opinión pública.

Toda aquella manipulación de la opinión pública sólo produce males: recientemente hemos tenido una cruel experiencia de ello, y el primer ensayo de este extraño procedimiento no debe inspirarnos mucha confianza en sus inventores.

Nunca debéis olvidar que corresponde a la opinión pública juzgar a los hombres que gobiernan, y no a éstos dominar y crear la opinión pública.

Pero existe un medio general, y no menos saludable, para disminuir el poder del gobierno en beneficio de la libertad y de la felicidad del pueblo.

Ello consiste en la aplicación de esta máxima, que está anunciada en la Declaración de los Derechos del hombre que os he propuesto: «La ley sólo puede prohibir lo que es dañino a la sociedad. No puede ordenar más que lo que le es útil».

Huid de la antigua manía que los gobernantes tenían de querer gobernar demasiado. Dejad a los individuos, dejad a las familias el derecho de hacer aquello que no perjudique a los demás. Dejad a las comunas la facultad de normalizar por sí mismas sus propios asuntos en todo aquello que no concierna muy directamente a la administración general de la República.

En una palabra, restituid a la libertad individual cuanto no ataña a la libertad pública de un modo natural: y de esta manera habréis conseguido dar menos oportunidades a la ambición y a la arbitrariedad.

Respetad sobre todo la libertad del pueblo soberano en las asambleas primarias^[61]. Por ejemplo, suprimiendo ese código descomunal que entorpece y anula el derecho de votar^[62] con el pretexto de regularle, despojando de armas infinitamente peligrosas a la intriga y al despotismo de los directorios y de los legisladores. Del mismo modo que, simplificando el código civil, aniquilando el privilegio feudal, los diezmos y todo el edificio gótico del derecho canónico, se reduce singularmente el imperio del despotismo judicial.

Pero, por más útiles que resulten todas estas precauciones, todavía no habréis hecho nada si no prevenís el segundo tipo de abuso a que me he referido, es decir, la independencia del gobierno.

La Constitución debe procurar, sobre todo, someter a los funcionarios públicos a una pesada responsabilidad, haciéndoles depender realmente no de los individuos, sino del pueblo soberano.

Aquel que es independiente de los hombres se hace muy pronto independiente de sus deberes. La impunidad es la madre y la salvaguardia del crimen, del mismo modo que el pueblo se ha visto esclavizado desde el momento en que no se le ha temido.

Existen dos clases de responsabilidades: una, a la que puede llamarse moral, y a la otra, física.

La primera clase consiste principalmente en la publicidad.

Pero ¿es suficiente, tal vez, que la Constitución asegure la publicidad de las actuaciones o de las deliberaciones del gobierno? Ciertamente que no: es necesario darle, además, toda la extensión de que es susceptible.

La nación entera tiene derecho a conocer la conducta de sus mandatarios. Sería preciso, si fuera posible, que la Asamblea de los mandatarios deliberase en presencia de todos los franceses. La sede de las sesiones del Cuerpo Legislativo debería ser un edificio fastuoso y majestuoso, con capacidad para doce mil espectadores. Ni la corrupción, ni la intriga, ni la perfidia tendrían el valor de manifestarse a los ojos de tan elevado número de testigos; sólo se consultaría la voluntad general; sólo se escucharía la voz de la razón y del interés público.

Por el contrario, la misión de pocos centenares de espectadores, encajonados en un local estrecho e incómodo, ¿acaso ofrece una publicidad proporcional a la inmensidad de la nación, sobre todo cuando una multitud de representantes mercenarios aterrorizan al cuerpo legislativo con el fin de interceptar o alterar la verdad con relatos inexactos que defienden en toda la República?

¿Qué ocurriría, pues, si los propios mandatarios despreciaran esta pequeña parte de público, si quisieran considerar como dos especies diferentes de hombres a los habitantes del lugar en que residen y a los que viven lejos de ellos, si denunciasen perpetuamente el testimonio de sus acciones a los que leen sus libelos, haciendo que la publicidad sea no sólo una cosa inútil, sino incluso fatal para la libertad?

Los hombres superficiales no adivinarán jamás la influencia que sobre la Revolución ha tenido el local que ha acogido al Cuerpo Legislativo, y los bribones nunca lo reconocerán; pero los esclarecidos amigos del bien público han visto con indignación que —después de haber atraído sobre sí las miradas públicas para oponer resistencia a la corte— la primera Legislatura las evitó en todo lo posible, cuando quiso unirse con la corte en contra del pueblo; y que, después de haberse ocultado de algún modo en el arzobispado, a donde llevó la ley marcial, se aposentó en las Tullerías en donde se rodeó de bayonetas para ordenar la masacre de los mejores ciudadanos en el Campo de Marte, con el fin de salvar al perjurio Luis y para minar los fundamentos de la libertad.

Sus sucesores se han guardado mucho de salir de allí. El rey o el magistrado de la antigua policía hicieron construir en pocos días una magnífica sala de ópera, mientras tanto —para vergüenza de la razón humana— han pasado cuatro años antes de que se preparase una nueva morada para la representación nacional.

¿Qué digo? ¿Acaso es más favorable para la publicidad y más digna para la nación en la que acaba de entrar? Seguro que no: todos los observadores han admitido que ha sido dispuesta con mucha inteligencia por el mismo espíritu de intriga bajo los auspicios de un ministro perverso, para ocultar a los mandatarios corrompidos de las miradas del pueblo.

En este sentido, incluso se han hecho prodigios; por fin se ha encontrado el secreto —buscado desde hace tiempo— de excluir al público al tiempo que se le admite; de que pueda asistir a las sesiones pero sin poder escuchar, excepto en el pequeño espacio reservado a la «gente de bien» y a los periodistas: en suma, que el público esté, al mismo tiempo, presente y ausente.

La posteridad se maravillará de la indiferencia con que una gran nación ha soportado durante tanto tiempo estas bajas y burdas maniobras que comprometían a la vez su dignidad, su libertad y su seguridad.

En cuanto a mí, considero que la Constitución no debe limitarse a ordenar que las sesiones del Cuerpo Legislativo y de la autoridad constituida sean públicas, sino que debe procurar los medios para asegurarle la mayor publicidad posible; creo que debe prohibir a los mandatarios que puedan influir —de alguna manera— en la composición del auditorio y que puedan restringir arbitrariamente la extensión del lugar que debe albergar al pueblo. Debe procurar, además, que la Legislatura resida en el seno de una inmensa población y que delibere a la vista de la mayor cantidad posible de ciudadanos.

El principio de la responsabilidad moral exige que los miembros del gobierno rindan —en épocas determinadas y lo más próximas posible— cuentas exactas y circunstanciadas de su gestión; que estas cuentas sean divulgadas por medio de la prensa y propuestas a la consideración de los ciudadanos; que sean enviadas luego a todos los departamentos, a todas las administraciones y a todas las comunas.

En bien de la responsabilidad moral es necesario desplegar la responsabilidad física que es, en última instancia, la más segura guardiana de la libertad: consiste en el castigo de los funcionarios públicos prevaricadores.

Un pueblo, cuyos mandatarios no están obligados a rendir cuentas a nadie de su gestión, carece de constitución; puesto que depende de estos mandatarios el traicionarlo impunemente o dejar que los otros lo traicionen. Si éste es el sentido que se atribuye al gobierno representativo, confieso que utilizaré todos los anatemas pronunciados contra él por Jean-Jacques Rousseau.

Por lo demás, esta afirmación necesita ser explicada, como muchas otras; pero se trata aquí no de definir al gobierno francés, sino de constituirlo.

En cualquier Estado libre los crímenes públicos de los magistrados deben ser castigados con tanta severidad y con tanta facilidad como los crímenes privados de los ciudadanos: y el poder de reprimir los atentados del gobierno debe pertenecer al pueblo soberano.

Sé que el pueblo no puede ser un juez en perenne actividad. No lo pretendo, pero tampoco deseo que sus delegados sean déspotas al amparo de las leyes.

Se pueden satisfacer las exigencias que os he propuesto con algunas simples medidas cuya teoría voy a exponer:

1. Deseo que todos los funcionarios públicos elegidos por el pueblo puedan ser destituidos según las formas que se establecerán, sobre la única base del derecho imprescriptible que el pueblo tiene para destituir a sus propios mandatarios.

2. Es natural que el cuerpo encargado de redactar las leyes vigile a aquellos que han sido propuestos para ejecutarlas: los miembros del órgano ejecutivo estarán obligados, pues, a rendir cuentas de su gestión al cuerpo legislativo. En caso de prevaricación éste no podrá castigarles —porque no hay que dejarle este medio de apoderarse del poder ejecutivo— pero los acusará ante un tribunal popular, cuya única función consistirá en juzgar las prevaricaciones de los funcionarios públicos. Los miembros del cuerpo legislativo no podrán ser perseguidos por este tribunal a causa de las

opiniones que hayan expresado en las asambleas, sino sólo por hechos positivos de corrupción o de traición de los que puedan ser acusados. Los delitos ordinarios que puedan cometer serán de la jurisdicción de los tribunales ordinarios.

Al término de sus funciones, los miembros de la legislatura y los agentes del ejecutivo o ministros podrán ser citados a juicio solemne por sus electores. El pueblo decidirá solamente «si han conservado o perdido su confianza». El juicio que declare que han perdido su confianza implicará la imposibilidad de llevar a cabo cualquier función pública. El pueblo no decretará una pena más grave y, si los mandatarios son culpables de algunos crímenes particulares y formales, podrán ser transferidos a causa de ello al tribunal establecido al efecto.

Estas disposiciones serán aplicables igualmente a los miembros del tribunal popular.

Por muy necesario que sea contener a los magistrados, no lo es menos saber elegirlos bien: la libertad debe fundarse sobre esta base. No debéis perder de vista que en el gobierno representativo no existen leyes constitutivas más importantes que las que garantizan la normalidad de las elecciones.

Veo que se difunden peligrosos errores respecto a esto: advierto que sobre este punto se abandonan los principios más importantes del sentido común y de la libertad, para seguir vanas abstracciones metafísicas.

Por ejemplo, se pretende que —en todas las partes de la República— los ciudadanos voten por el nombramiento de todo mandatario. Pero de esta manera el hombre cuyo mérito y virtud sean conocidos solamente en la región en que vive, no podría ser elegido nunca para representar a sus compatriotas; mientras que los charlatanes famosos —que no siempre son los mejores ciudadanos ni los más esclarecidos—, o bien los intrigantes, apoyados por un partido poderoso que domine en toda la República, serían permanente y exclusivamente los representantes de derecho del pueblo francés.

Pero, al mismo tiempo se intenta encadenar al pueblo soberano con reglamentos tiránicos: en todas partes se disgusta al pueblo de las asambleas, se arrincona a los *sans-culottes* por medio de infinitas

formalidades. ¿Qué digo? Se les acosa por medio del hambre, puesto que no se piensa ni siquiera indemnizarles del tiempo que roban al sostenimiento de sus familias para consagrarlo a los asuntos públicos.

Éstos son, pues, los principios que garantizan la libertad y que la Constitución debe afirmar. Todo lo demás es sólo charlatanería, intriga y despotismo.

Haced de modo que el pueblo pueda asistir a las asambleas públicas, puesto que sólo el pueblo es el apoyo de la libertad y de la justicia: los aristócratas y los intrigantes no son más que su azote.

¿Qué importa que la ley rinda un hipócrita homenaje a la igualdad de derechos cuando la más imperiosa de todas las leyes, la necesidad, obliga a la mayor parte del pueblo a renunciar a ella? Que la patria indemnice al hombre que vive de su trabajo cuando asista a las asambleas públicas, que pague —por la misma razón— un salario proporcionado a todos los funcionarios públicos; que las reglas de las elecciones y las formas de las deliberaciones sean lo más simples y lo más rápidas posibles; que los días de asamblea se fijen en las épocas más cómodas para la parte trabajadora de la nación.

Que se delibere en voz alta: la publicidad es el sostén de la virtud, la salvaguardia de la verdad, el terror del crimen, el azote de la intriga. Dejad que las tinieblas y el escrutinio secreto sean para los criminales y los esclavos: los hombres libres quieren tener al pueblo como testimonio de sus pensamientos. Éste es el método que formará a los ciudadanos y las virtudes republicanas. Solamente éste es el adecuado para un pueblo que acaba de conquistar su libertad y que lucha para defenderla. Cuando deje de convenirle, entonces ya no habrá República.

Por último, que el pueblo —lo repito— sea perfectamente libre en sus asambleas. La Constitución sólo puede establecer las reglas generales necesarias para desterrar la intriga y mantener la libertad. Cualquier otra sujeción no sería más que un atentado contra su soberanía.

Sobre todo, que ninguna autoridad constituida se inmiscuya nunca ni en su policía ni en sus deliberaciones.

Con ello habréis resuelto el problema, todavía indeciso, de la economía política popular: de depositar en la virtud del pueblo y en la autoridad del

pueblo soberano el necesario contrapeso a las pasiones del magistrado y a la tendencia del gobierno a la tiranía.

Por lo demás, no olvidéis que la solidez de la Constitución misma se apoya en todas las instituciones, en todas las leyes particulares de un pueblo: cualquiera que sea su nombre, deben concurrir todos con ella hacia el mismo objetivo. La Constitución se sostiene con la bondad de las costumbres, con el conocimiento y el profundo sentido de los sagrados derechos del hombre.

La Declaración de los Derechos es la Constitución de todos los pueblos, las otras leyes son variables por naturaleza y están subordinadas a ésta. Que esté siempre presente en todos los ánimos; que brille a la cabeza de vuestro código público; que el primer artículo de este código sea la garantía formal, de todos los derechos del hombre; que el segundo establezca que toda ley que los ofenda es tiránica e inválida.

Que la declaración sea exhibida con gran pompa en vuestras ceremonias públicas, y asombre las miradas del pueblo en todas sus asambleas, en todos los lugares en que residan sus mandatarios; que sea escrita en los muros de vuestras casas; que constituya el argumento de la primera lección que los padres den a sus hijos.

Acaso se me preguntará cómo puedo —con unas precauciones tan severas en los enfrentamientos de los magistrados— asegurar la obediencia a las leyes y al gobierno.

Respondo que la aseguro, precisamente, con estas mismas precauciones. En efecto, doy a las leyes y al gobierno toda la fuerza que quito a los vicios de los hombres que gobiernan y que hacen las leyes.

El respeto que inspira el magistrado depende mucho más del respeto que él mismo siente hacia las leyes, que no del poder que él usurpa; y el poder de las leyes reside no tanto en la fuerza militar como en la coherencia con los principios de justicia y con la voluntad general.

Cuando la ley tiene por principio el interés público, su sostén es el propio pueblo: y su fuerza es la fuerza de todos los ciudadanos, de quienes es obra y propiedad.

La fuerza pública es el cuerpo político lo que al cuerpo humano es el brazo, que ejecuta espontáneamente todo lo que la voluntad le manda, y

rechaza todos los objetos que puedan amenazar el corazón o la cabeza.

Cuando la fuerza pública no hace sino secundar la voluntad general, entonces el Estado es realmente libre y pacífico; pero cuando la contraria, el Estado está esclavizado y agitado.

La fuerza pública está en contradicción con la voluntad general en dos casos: cuando la ley no coincide con la voluntad general; o bien cuando el magistrado la emplea para violar la ley.

En esto consiste, precisamente, la horrible anarquía que los tiranos han establecido en todo tiempo bajo el nombre de tranquilidad, de orden público, de legislación y de gobierno. Todo su arte consiste en aislar y oprimir por medio de la fuerza a cualquier ciudadano, para esclavizarles con sus odiosos caprichos, que ellos decoran con el nombre de leyes.

Legisladores, haced leyes justas: magistrados, hacedlas ejecutar escrupulosamente.

Que ésta sea toda vuestra política. De tal manera podréis ofrecer al mundo entero un espectáculo desconocido hasta el momento: el de un gran pueblo libre y virtuoso.

SOBRE LOS PRINCIPIOS DEL GOBIERNO REVOLUCIONARIO^[63]

Los éxitos adormecen los ánimos débiles pero estimulan, por el contrario, los ánimos fuertes.

Dejemos que Europa y la Historia alaben los milagros de Tolón^[64], y preparémonos nuevamente para otros triunfos de la libertad.

Los defensores de la República adoptan la máxima de César: consideran que no se habrá hecho nada mientras quede algo por hacer. Y todavía nos quedan bastantes peligros en los que tener ocupado todo nuestro celo.

Vencer a los ingleses y a los traidores es una cosa muy fácil para el valor de nuestros soldados; pero existe una empresa no menos importante y más difícil: confundir —con una constante energía— las eternas intrigas de todos los enemigos de nuestra libertad y hacer triunfar los principios sobre los que debe basarse la prosperidad pública.

Éstos son los primeros deberes que habéis impuesto a vuestro Comité de Salud Pública.

Desarrollaremos, ante todo, los principios y la necesidad del gobierno revolucionario; a continuación, demostraremos cuál es la causa que tiende a paralizarlo desde su nacimiento.

La teoría del gobierno revolucionario es tan nueva como la revolución que le ha dado vida. No hay que buscarla, pues, en los libros de los escritores políticos los cuales no han previsto esta revolución, ni en las leyes de los tiranos que —satisfechos con abusar de su poder— se ocupan muy poco de buscar los fundamentos de su legitimidad. Análogamente esta palabra es, para la aristocracia, sólo un motivo de terror o una calumnia;

para los tiranos no es más que un escándalo; para mucha gente es sólo un enigma. Entonces, es necesario explicarlo a todos, por lo menos para acercar a los buenos ciudadanos a los principios del interés público.

La función del gobierno es la de dirigir las fuerzas morales y físicas de la nación hacia la meta de su institución.

La finalidad del gobierno constitucional es conservar la República; mientras que la del gobierno revolucionario es fundarla.

La revolución es la guerra de la libertad contra sus enemigos: la Constitución es el régimen de la libertad victoriosa y pacífica.

El gobierno revolucionario tiene necesidad de una extraordinaria actividad, precisamente porque se encuentra en estado de guerra. Se halla sometido a reglas menos rigurosas y menos uniformes porque las circunstancias en que se encuentra son tempestuosas y variables, y sobre todo porque está obligado a utilizar incesantemente nuevos y rápidos recursos frente a nuevos y apresurados peligros.

El gobierno constitucional se ocupa principalmente de la libertad civil; y el gobierno revolucionario, por el contrario, de la libertad pública. En un régimen constitucional, es suficiente proteger a los individuos contra el abuso del poder público: en un régimen revolucionario, el poder público está obligado a defenderse contra todas las facciones que lo atacan.

El gobierno revolucionario debe dar toda la protección nacional a los buenos ciudadanos; pero debe dar muerte a los enemigos del pueblo.

Estas nociones son suficientes para explicar el origen y la naturaleza de las leyes que llamamos revolucionarias. Aquellos que las llaman arbitrarias o tiránicas no son más que sofistas estúpidos o perversos que intentan confundir a sus opositores. Quieren someter al mismo régimen la paz y la guerra, la salud y la enfermedad, o más bien, quieren solamente la resurrección de la tiranía y la muerte de la patria. Si invocan la ejecución literal de los principios constitucionales es, solamente, para poderlos violar con impunidad. No son más que viles asesinos que, para sofocar sin ningún riesgo la República en su nacimiento, se esfuerzan en «agarrotarla» con máximas vagas de las cuales saben muy bien rodearse.

La nave de la Constitución no ha sido construida para permanecer siempre anclada. Pero ¿acaso es necesario lanzarla al mar en medio de la

tormenta, bajo la influencia de vientos contrarios? Precisamente esto era lo que querían los tiranos y los esclavos que se habían opuesto a su construcción; pero el pueblo francés, por el contrario, os ha ordenado esperar el regreso de la calma^[65]. Su deseo unánime, lanzado por encima de los clamores de la aristocracia y del federalismo, os ha ordenado que antes lo liberéis de todos sus enemigos.

Los templos de los dioses no se lucieron para servir de asilo a los sacrílegos que iban a profanarlos, ni la Constitución se ha hecho para proteger los complots de los tiranos que intentan destruirla.

Si el gobierno revolucionario debe ser más activo en su camino y más libre en sus movimientos que el gobierno ordinario, ¿acaso por eso es menos justo y menos legítimo? No, ciertamente. Se basa en la más santa de todas las leyes, en la seguridad del pueblo; sobre el más irrefutable de todos los títulos, en la necesidad.

Además tiene sus propias reglas, basadas en la justicia y en el orden público. No tiene nada en común con la anarquía ni con el desorden. Su finalidad es, por el contrario, la de reprimirlos, con el fin de conducirnos al dominio de las leyes y para afirmar dicho orden. Tampoco tiene nada en común con el arbitrio, puesto que no van a dirigirlo, ciertamente, las pasiones particulares, sino el interés público.

Debe acercarse a los principios ordinarios y generales en todos los casos en que puedan ser rigurosamente aplicados sin comprometer la libertad pública. La medida de su fuerza debe ser la audacia o la perfidia de los conspiradores. Cuanto más terrible se convierta para los malos, más favorable debe ser para los buenos. Cuantos más necesarios rigores le impongan las circunstancias, más debe abstenerse de medidas que torturan inútilmente la libertad y que ofenden los intereses privados sin ninguna ventaja pública.

Debe navegar entre dos escollos, la debilidad y la temeridad, el moderantismo y los excesos; el moderantismo, que es a la moderación lo que la impotencia a la castidad; y los excesos, que son a la energía lo que la hidropesía a la salud.

Los tiranos han intentado constantemente empujarnos de nuevo Inicia la esclavitud por el camino del moderantismo; y alguna vez han querido

lanzarse al extremo opuesto.

Los dos extremos tienden al mismo punto. No tiene importancia si se encuentran más acá o más allá del objetivo: el objetivo ha fallado en ambos casos. Nada se asemeja tanto al apóstol del federalismo como el predicador intempestivo de la república universal^[66]. El amigo del rey y el procurador general del género humano se entienden suficientemente bien. El fanático cubierto de escapularios y el fanático que predica el ateísmo tienen muchos puntos en común. Los barones democráticos son los hermanos del marqués de Coblenza; y tal vez los gorros frigios están más cerca de lo que podamos pensar de los aristócratas.

Precisamente es en esto donde el gobierno revolucionario necesita una extrema circunspección, pues todos los enemigos de la libertad velan para lanzar contra él no sólo sus errores, sino también sus más sensatas medidas.

Si el gobierno cae en lo que se llama exageración, entonces Intentan hacer triunfar el moderantismo y la aristocracia. Y si persigue a estos dos monstruos, se lanzan con todas sus fuerzas a la exageración.

Es peligroso dejarles los medios para desviar el celo de los buenos ciudadanos; pero es más peligroso todavía desmoralizar y perseguir a los buenos ciudadanos que ellos han engañado. Con uno de estos abusos la República correría el riesgo de expirar en un movimiento convulsivo; con el otro perecería indefectiblemente de languidez.

¿Qué se debe hacer, pues? Perseguir a los culpables inventores de perversos sistemas; proteger el patriotismo incluso de sus errores; iluminar a los patriotas y elevar incesantemente al pueblo a la altura de sus derechos y de sus destinos.

Si no se adoptan estas reglas se arruinará todo.

Si se tuviera que elegir entre un exceso de fervor patriótico y nada de incivismo, o el marasmo del moderantismo, entonces no habría lugar a dudas. En efecto, un cuerpo vigoroso, atormentado por una superabundancia de linfa vital tiene siempre más recursos que un cadáver.

Guardémonos, sobre todo, de matar al patriotismo con la pretensión de curarlo.

El patriotismo es ardiente por naturaleza. ¿Quién puede amar fríamente a su patria? Ésta es, en particular, la prerrogativa de las personas simples,

poco capaces de calcular las consecuencias políticas debidas a su impulso patriótico.

¿Qué patriota, por muy esclarecido que sea, no se ha equivocado alguna vez? ¡Y bien! Si se admite que puedan existir moderados y viles de buena fe, ¿por qué no pueden existir patriotas de buena fe que tal vez han llegado demasiado lejos, pero solamente a causa de un sentimiento encomiable?

Si se considerasen como criminales a todos aquéllos que, en el movimiento revolucionario, han sobrepasado la línea precisa trazada por la prudencia, quizá se envolverían en una proscripción general a todos los ciudadanos perversos, pero también incluso a los amigos naturales de la libertad, vuestros mismos amigos y todos los mejores mantenedores de la República. Y los astutos emisarios de la tiranía, después de haberles engañado, se convertirían en sus acusadores, e incluso quizás en sus jueces.

¿Quién sabrá aclarar estos matices? ¿Quién trazará la línea de demarcación entre los excesos opuestos? El amor a la patria y a la verdad. El rey y los bribones intentarán siempre anularlos: en efecto, no quieren saber nada con la razón y con la verdad.

Al indicar los deberes del gobierno revolucionario hemos subrayado cuáles son sus dificultades. Cuanto más grande es un poder, más libre y rápida es su acción, y más necesaria la buena fe para dirigirlo.

El día en que este poder caiga en manos impuras o perversas, se habrá perdido la libertad; su nombre se convertirá en el pretexto y la excusa de la propia contrarrevolución; su energía será simplemente la de un potente veneno.

Así, pues, incluso la confianza del pueblo francés está menos unida a la institución de la Convención Nacional que al carácter que esta institución ha demostrado.

Al poner todo su poder en vuestras manos, espera de vosotros un gobierno tan benéfico hacia los patriotas como terrible hacia los enemigos de la patria. Os ha impuesto el deber de emplear al mismo tiempo todo el valor para aplastarlos, y, sobre todo, el de estrechar la unión entre vosotros, unión que necesitáis para llevar a cabo vuestros destinos.

Fundar la República Francesa no es un juego de niños, no puede ser el resultado del capricho o de la apatía, ni el fruto fortuito del choque de las

pretensiones particulares y de todos los elementos revolucionarios. Fue la sabiduría así como el poder lo que dirigió la creación del mundo.

Al imponer a los miembros elegidos entre vosotros la ardua tarea de velar incesantemente por los destinos de la patria, os habéis impuesto la obligación de prestarle la ayuda de vuestra fuerza y de vuestra confianza. Si el gobierno revolucionario no está secundado por la energía, por las luces, por el patriotismo y por la benevolencia de todos los representantes del pueblo, ¿cómo podrá tener nunca una fuerza de reacción proporcionada a los esfuerzos de la Europa que le ataca y de todos los enemigos de la libertad que le oprimen por todas partes?

¡Desgraciados de nosotros si escuchamos las pérfidas insinuaciones de nuestros enemigos, las cuales pueden vencemos con sólo fomentar entre nosotros la división! ¡Desgraciados de nosotros si destruimos nuestros vínculos en lugar de unirlos más estrechamente, y si los intereses privados y la vanidad ofendida se hacen sentir en lugar de la patria y de la verdad!

Levantemos nuestro ánimo a la altura de las virtudes republicanas y de los antiguos ejemplos. Temístocles tenía más genio que el anciano general que mandaba la flota de los griegos; y, sin embargo, cuando este último, por toda respuesta a una advertencia necesaria que hubiera salvado la patria, levantó el bastón para golpearle, Temístocles se contentó con replicarle: «Golpea, pero escucha». Y Grecia triunfó sobre los tiranos de Asia.

Escipión valía mucho más que otro general romano: pues bien, después de haber vencido a Aníbal y a Cartago, consideró una gloria el servir a las órdenes de su enemigo. ¡Oh virtud de aquellos grandes corazones! ¿Qué valor tienen frente a ti las agitaciones del orgullo y todas las pretensiones de las almas mezquinas? Oh virtud, ¿acaso eres menos necesaria para fundar la República que para gobernarla en paz? Oh patria, ¿acaso tienes tú menos derechos sobre los representantes del pueblo francés que los que tenía Grecia y Roma sobre sus generales? ¿Qué digo? Si entre nosotros las funciones de la administración revolucionaria dejan de considerarse deberes importantes para convertirse en objetos de ambición, cuando esto ocurra, la República estará perdida.

Es necesario que la autoridad de la Convención Nacional sea respetada en toda Europa; los tiranos emplean todos los medios de su política y

prodigan sus tesoros para degradarla y para anularla. Es necesario que la Convención tome la firme resolución de preferir su gobierno al del gabinete de Londres o de las cortes de Europa; de lo contrario, reinarán los tiranos.

¿Cuáles son las ventajas que, conseguidas en esta guerra de la astucia y de la corrupción, no se vean conducidas por ellos en contra de la República? Todos los vicios combaten para ellos; mientras que la República sólo cuenta con la virtud. Y las virtudes son simples, modestas, pobres, a menudo incluso ignorantes, incluso a veces bastas; son el tesoro de los infelices y el patrimonio del pueblo. Los vicios, por el contrario, están rodeados de tesoros, armados con todas las atracciones de la voluptuosidad y con todos los halagos de la perfidia; están rodeados por todos los talentos peligrosos, puestos en movimiento por el crimen.

¡Con qué profundo arte los tiranos dirigen contra nosotros, no ya nuestras propias debilidades, sino incluso nuestro patriotismo!

¡Con qué rapidez podrían desarrollarse los gérmenes de división que ellos lanzan entre nosotros si no nos apresurásemos a sofocarlos!

Gracias a cinco años de traiciones y tiranía, gracias a demasiada imprevisión y crueldad, y a algún golpe vigoroso demasiado contradicho por un arrepentimiento pusilánime, Austria, Inglaterra, Rusia, Prusia e Italia han tenido tiempo de establecer en Francia un gobierno secreto, rival del gobierno francés. Incluso tienen sus comités, su tesorería, sus representantes; este gobierno adquiere la fuerza que nosotros quitamos al nuestro, tiene la unidad que tanto tiempo nos ha faltado, el sentido político que nosotros creíamos poder desconsiderar, el espíritu de coherencia y el acuerdo de los cuales nosotros nunca hemos sentido la necesidad.

Así, todas las cortes extranjeras han vomitado desde hace tiempo sobre Francia todos los hábiles malvados que tienen a sueldo. Sus emisarios todavía infestan nuestros ejércitos; la misma victoria de Tolón es una prueba de ello: se ha necesitado, en efecto, toda la bravura de los soldados, toda la fidelidad de los generales, todo el heroísmo de los representantes del pueblo para vencer a la traición.

Deliberan en nuestras administraciones, en nuestras asambleas de sección; se introducen en nuestros clubs; incluso se han sentado en el

santuario de la representación nacional. Dirigen y dirigirán eternamente la contrarrevolución de esta manera.

Se mueven a nuestro alrededor: sorprenden nuestros secretos, alientan nuestras pasiones; incluso intentan inspirarnos las opiniones: vuelven contra nosotros nuestras resoluciones.

¿Sois débiles? Ellos alaban vuestra prudencia. ¿Sois, por el contrario, prudentes? Ellos os acusan de debilidad: y llaman temeridad a vuestro valor; crueldad a vuestra justicia. Tratadles con cuidado: conspirarán públicamente; amenazadles y conspirarán en las tinieblas; ¡y todo ello bajo la máscara del patriotismo! Ayer asesinaban a los defensores de la libertad; hoy asisten a sus funerales y piden para ellos honores divinos, esperando la ocasión propicia para asesinar a sus semejantes.

¿Es necesario llegar a la guerra civil? Predican todas las locuras de la superstición. ¿La guerra civil está próxima a extinguirse en los charcos de la sangre francesa? Abjuran de su sacerdocio y de sus dioses para encenderla de nuevo.

Se han visto ingleses y prusianos extenderse por nuestras ciudades y por nuestros campos anunciando, en nombre de la Convención Nacional, una doctrina insensata; se han visto curas secularizados a la cabeza de reuniones de sediciosos, para los cuales la religión era solamente el motivo y el pretexto. Algunos patriotas, arrastrados a actos imprudentes por el sólo odio hacia el fanatismo, ya han sido asesinados. La sangre ya ha corrido a borbotones en muchas comarcas a causa de estas deplorables contiendas, como si tuviéramos demasiada sangre para combatir a los tiranos de Europa. ¡Oh vergüenza! ¡Oh debilidad de la razón humana! ¡Una gran nación convertida en víctima de los más miserables criados de la tiranía!

Durante algún tiempo parecía que los extranjeros eran los árbitros de la tranquilidad pública. El dinero circulaba o desaparecía a su placer. Cuando ellos querían, el pueblo tenía pan; cuando lo deseaban el pueblo carecía de él. Se formaban corros a las puertas de los hornos y desaparecían a una señal suya.

Se rodeaban de sus sicarios, de sus espías: nosotros lo sabíamos, los veíamos. ¡Y todavía viven! ¡Parecen inaccesibles a la espada de la ley!

Todavía hoy, castigar a un importante conspirador es mucho más difícil que arrancar a un amigo de la libertad de entre las manos de la calumnia.

Apenas hubimos denunciado los excesos falsamente filosóficos provocados por los enemigos de Francia; apenas el patriotismo pronunció en este tribunal la palabra «ultrarrevolucionario^[67]» que los designaba; entonces todos los traidores de Lyon, todos los partidarios de la tiranía se apresuraron a aplicarla a los patriotas generosos que habían vengado al pueblo y a las leyes. Por un lado, renovaron el antiguo sistema de persecución contra los amigos de la República; por el otro, invocaron la indulgencia en favor de los malvados cubiertos con sangre de la patria.

Sus crímenes se acumulan todavía; las cortes impías reclutan cada día emisarios extranjeros; Francia está inundada de dios. Esperan, y esperarán eternamente, un momento favorable para sus siniestros proyectos. Se atrincheran, se fortifican entre nosotros; suscitan nuevos temores o nuevas baterías contrarrevolucionarias, mientras que los tiranos que les pagan reúnen nuevos ejércitos.

Sí, los perversos emisarios que nos hablan, que nos halagan, son los hermanos, son los cómplices de los esbirros feroces que devastan nuestras cosechas, que han tomado posesión de nuestras ciudades y de nuestras naves adquiridas por sus amos, que han matado a nuestros hermanos, degollado sin piedad a nuestros prisioneros, a nuestras mujeres, a nuestros hijos... y a los representantes del pueblo francés; ¿qué digo? Los monstruos que han cometido estos delitos son mil veces menos atroces que los miserables que laceran secretamente nuestras vísceras. ¡Y respiran y conspiran impunemente!

Solamente esperan a los jefes para reunirse, y los buscan entre vosotros. Su principal objetivo es conseguir enfrentaros a unos contra los otros. Esta funesta lucha aumentaría las esperanzas de la aristocracia; reanudaría la trama del federalismo; vengaría a la facción girondina de la ley que ha castigado sus crímenes; castigaría a la Montaña por su sublime decisión, puesto que precisamente se quiere atacar a ésta, o más bien a la Convención, dividiéndola y destruyendo su obra.

En cuanto a nosotros, no haremos la guerra sino a los ingleses, a los prusianos, a los austríacos y a sus cómplices. Y es únicamente

exterminándolos como contestaremos a sus libelos. Solamente sabemos odiar a los enemigos de la patria.

No se trata de llevar el terror al corazón de los patriotas o de los infelices: sino a las guaridas de los bribones extranjeros, en donde se dividen los despojos del pueblo francés y se bebe su sangre.

El comité ha revelado que la ley no es suficientemente rápida en castigar a los grandes culpables. Algunos extranjeros, algunos representantes bien conocidos del rey, algunos generales bañados en la sangre de los franceses, algunos cómplices de Dumouriez, de Custine y de Lamorlière están arrestados desde hace tiempo, pero todavía no han sido juzgados.

Los conspiradores son numerosos: parecen multiplicarse, pero son raros los ejemplos de este género. El castigo de cien dudosos culpables es menos útil para la libertad que el suplicio de un único jefe de la conspiración.

Los miembros del Tribunal Revolucionario, de los cuales se puede alabar, en general, el patriotismo y la equidad, han indicado al Comité de Salud Pública las causas que quizás obstaculizan su camino sin hacerlo más seguro, y nos han pedido la reforma de una ley que se resiente de la época desgraciada en que fue formulada. No os proponemos que autoricéis al Comité a presentaros a tal respecto algún cambio que tenderá a hacer la acción de la justicia todavía más propicia para con la inocencia, y al mismo tiempo, más inexorable para con el crimen y la intriga. Vosotros mismos ya os habéis encargado de ello con un decreto precedente.

Os proponemos, en este momento, que apresuréis el juicio de los extranjeros y de los generales acusados de conspirar con los tiranos que nos hacen la guerra.

No es suficiente asustar a los enemigos de la patria: es necesario también socorrer a los defensores de ésta. Solicitaremos, pues, de vuestra justicia, algunas disposiciones en favor de los soldados que luchan y que sufren por la libertad.

El ejército francés no es solamente el terror de los tiranos; es la gloria de la nación y de la humanidad. Nuestros valerosos guerreros gritan marchand o hacia la victoria: «Viva la República». Sus últimas palabras son himnos de libertad; su último suspiro es un augurio para la patria. Si todos

los comandantes hubiesen tenido el valor de sus soldados, haría tiempo que Europa habría sido vencida. Todo acto de benevolencia hacia el ejército es un deber de reconocimiento por parte de la nación.

Los socorros concedidos a los defensores de la patria y a sus familias nos han parecido demasiado modestos. Creemos que pueden ser aumentados en un tercio; y esto no comportará ningún inconveniente. Los ingentes recursos financieros que la República posee posibilitan esta medida. La patria la reclama.

Nos ha parecido también, que los soldados mutilados, las viudas y los hijos de aquellos que han muerto por la patria, encuentran en las formalidades exigidas por la ley, en la multitud de demandas, incluso tal vez en el fraude o en la malicia de algunos administradores subalternos, dificultades que retrasan el goce de las ventajas que la ley les ofrece. Hemos pensado que el remedio a tal inconveniente consista en darles defensores de oficio para facilitarles el medio de hacer valer sus derechos.

En base a todos estos motivos, os proponemos que la Constitución nacional decrete los siguientes artículos:

Art. 1. El acusador público del Tribunal Revolucionario hará juzgar inmediatamente a Diétrich, Custine, hijo del general castigado por la ley, Debrullis, Biron, Barthélemy y a todos los generales y oficiales complicados con Dumouriez, Custine, Lamorlière, Houchard, etcétera. Análogamente hará juzgar a los extranjeros, a los banqueros y a los individuos imputados de traición y de connivencia con los reyes aliados en contra de la República.

Art. 2. El Comité de Salud Pública hará, en el más breve tiempo posible, su informe sobre los instrumentos para perfeccionar el Tribunal Revolucionario.

Art. 3. Los socorros y las recompensas acordados en los precedentes decretos a los defensores de la patria, heridos luchando por ésta, o bien a sus viudas e hijos, se aumenten en un tercio.

Art. 4. Se creará una comisión encargada de facilitarles los medios para gozar de las ventajas que la ley les ha concedido.

Art. 5. Los miembros de esta comisión serán nombrados por la Convención Nacional, bajo propuesta del Comité de Salud Pública.

SOBRE LOS PRINCIPIOS DE MORAL POLÍTICA^[68]

¡Ciudadanos, representantes del pueblo!

Hace algún tiempo expusimos los principios de nuestra política exterior; hoy desarrollaremos los principios de nuestra política interior.

Después de haber actuado durante tanto tiempo al azar, y casi llevados por el movimiento de las acciones contrarias, los representantes del pueblo francés han mostrado finalmente un carácter y un gobierno. Un cambio repentino en la suerte de la nación anunció a Europa la regeneración que se había operado en la representación nacional.

Pero, hasta el momento preciso en que os hablo, hay que reconocer que, en circunstancias tan tempestuosas, hemos sido guiados por el amor al bien y por la intuición de las necesidades de la patria, y no por una teoría exacta o por reglas precisas de conducta, que ni siquiera teníamos tiempo disponible para trazar.

Es hora, pues, de determinar con exactitud los objetivos de la Revolución y el término al que queremos llegar. Es hora de que nos demos cuenta de los obstáculos que todavía nos alejan de esta meta y de los instrumentos que debemos emplear para alcanzarlo: es una idea simple pero importante y que me parece que todavía no ha sido muy definida.

Por otra parte, ¿cómo podría realizarla un gobierno vil y corrompido?

Un rey, un senado orgulloso, un César, un Cromwell, deben ante todo, intentar cubrir sus proyectos con un velo religioso, transigir con todos los vicios posibles, halagar a todos los partidos y aplastar el de las personas que

quieren hacer el bien; oprimir y engañar al pueblo con el fin de realizar su pÉrfida ambición.

Si no hubiéramos tenido otras tareas más importantes que realizar, si aquí no se hubiese tratado de nada más que de los intereses de una facción o de una nueva aristocracia, quizás hubiéramos podido creer —como creen algunos escritores más ignorantes que perversos—, que el plan de la Revolución Francesa ya estaba trazado totalmente en los libros de Tácito y Maquiavelo; y hubiéramos buscado los deberes de los representantes del pueblo en la historia de Augusto, de Tiberio o de Vespasiano, o bien en la de ciertos legisladores franceses. Puesto que —excepto determinados matices de perfidia o de crueldad— todos los tiranos se asemejan entre sí.

En cuanto a nosotros, hoy confiaremos al mundo entero vuestros secretos, vuestra manera de conducir la política, a fin de que todos los amigos de la patria puedan sumarse a la voz de la razón y del interés público; a fin de que la nación francesa y sus representantes sean respetados en todos los países del mundo a los que puedan llegar sus principios; y a fin de que los intrigantes que siempre intentan reemplazar a otros intrigantes sean juzgados de acuerdo con reglas seguras y fáciles.

Es conveniente tomar precauciones con mucha antelación para poder poner la suerte de la libertad en manos de la verdad —que es eterna— antes que ponerla en las de los hombres —que pasan—; de manera que, si el gobierno olvida los intereses del pueblo, o si cae en manos de hombres corrompidos, según el curso natural de las cosas, la luz de los principios reconocidos pueda iluminar sus traiciones, y toda nueva facción encuentre la muerte al sólo pensamiento de su crimen.

¡Afortunado el pueblo que puede llegar hasta este punto, puesto que, cualesquiera que sean los nuevos ultrajes que se le preparen, un orden de cosas en el que la razón pública es la garantía de la libertad, le da infinitos recursos!

¿Hacia qué objetivo nos dirigimos? Al pacífico goce de la libertad y de la igualdad; al reino de la justicia eterna cuyas leyes han sido escritas, no ya sobre mármol o piedra, sino en el corazón de todos los hombres, incluso en el del esclavo que las olvida y del tirano que las niega.

Queremos un orden de cosas en el que toda pasión baja y cruel sea encadenada; en el que toda pasión bienhechora y generosa sea estimulada por las leyes; en el que la ambición sea el deseo de merecer la gloria y de servir a la patria; en el que las distinciones no nazcan más que de la propia igualdad; en el que el ciudadano sea sometido al magistrado, y el magistrado al pueblo, y el pueblo a la justicia; en el que la patria asegure el bienestar a todos los individuos, y en el que todo individuo goce con orgullo de la prosperidad y de la gloria de la patria; en el que todos los ánimos se engrandezcan con la continua comunión de los sentimientos republicanos, y con la exigencia de merecer la estima de un gran pueblo; en el que las artes sean el adorno de la libertad que las ennoblece, el comercio sea la fuente de la riqueza pública y no la de la opulencia monstruosa de algunas casas.

En nuestro país queremos sustituir el egoísmo por la moral, el honor por la honradez, las costumbres por los principios, las conveniencias por los deberes, la tiranía de la moda por el dominio de la razón, el desprecio de la desgracia por el desprecio del vicio, la insolencia por el orgullo, la vanidad por la grandeza de ánimo, el amor al dinero por el amor a la gloria, la buena sociedad por las buenas gentes, la intriga por el mérito, la presunción por la inteligencia, la apariencia por la verdad, el tedio del placer voluptuoso por el encanto de la felicidad, la pequeñez de los «grandes» por la grandeza del hombre; y un pueblo «amable», frívolo y miserable por un pueblo magnánimo, poderoso y feliz; es decir, todos los vicios y todas las ridiculeces de la Monarquía por todas las virtudes y todos los milagros de la República.

En una palabra, queremos realizar los deseos de la naturaleza, cumplir los destinos de la humanidad, mantener las promesas de la filosofía y liberar a la providencia del largo reinado del crimen y de la tiranía.

Que Francia, en otro tiempo ilustre en medio de países esclavos, eclipsando la gloria de todos los pueblos libres que jamás hayan existido, pueda convertirse en modelo de las naciones, en terror de los opresores, consuelo de los oprimidos, adorno del universo; y que, sellando nuestra obra con sangre, podamos ver brillar la aurora de la felicidad universal... Ésta es nuestra ambición: éste es nuestro objetivo.

¿Qué tipo de gobierno puede realizar estos prodigios? Solamente el gobierno democrático, o sea republicano. Estas dos palabras son sinónimos a pesar de los equívocos del lenguaje común, puesto que la aristocracia no es república, como no lo es la monarquía.

La democracia no es un Estado en el que el pueblo —constantemente reunido— regula por sí mismo los asuntos públicos; y todavía menos es un Estado en el que cien mil facciones del pueblo, con medidas aisladas, precipitadas y contradictorias, deciden la suerte de la sociedad entera. Tal gobierno no ha existido nunca, ni podría existir sino fuera para conducir al pueblo hacia el despotismo.

La democracia es un Estado en el que el pueblo soberano, guiado por leyes que son el fruto de su obra, lleva a cabo por sí mismo todo lo que está en sus manos, y por medio de sus delegados todo aquello que no puede hacer por sí mismo.

Debéis, pues, buscar las reglas de vuestra conducta política en los principios del gobierno democrático.

Pero, para fundar y para consolidar la democracia entre nosotros, para conseguir el pacífico remado de las leyes constitucionales, es necesario llevar a término la guerra de la libertad contra la tiranía, y atravesar con éxito las tempestades de la Revolución. Tal es el objetivo del sistema revolucionario que habéis regularizado. Todavía debéis regular vuestra conducta de acuerdo con las circunstancias tempestuosas en que se encuentra la República; y el plan de vuestra administración debe ser el resultado del espíritu revolucionario combinado conjuntamente con los principios generales de la democracia.

Entonces, ¿cuál es el principio fundamental del gobierno democrático o popular, es decir, la fuerza esencial que lo sostiene y lo mueve? Es la virtud.

Hablo de aquella virtud pública que tantos prodigios obró en Grecia y Roma y que en la Francia republicana deberá producir otros mucho más asombrosos, hablo de la virtud que es, en sustancia, el amor a la patria y a sus leyes.

Pero, dado que la esencia de la República, o sea de la democracia, es la igualdad se deduce de ello que el amor a la patria implica, necesariamente, el amor a la igualdad.

Además, este sublime sentimiento presupone la prioridad del interés público sobre todos los intereses particulares; de ahí resulta que el amor a la patria presupone también —o produce— todas las virtudes. En efecto, ¿acaso las virtudes son otra cosa que la fuerza de ánimo que hace posibles tales sacrificios? ¿Acaso puede el esclavo de la avaricia o de la ambición sacrificar sus ídolos a la patria?

No sólo la virtud es el alma de la democracia, sino que ésta sólo puede existir en este tipo de gobierno. En efecto, en la Monarquía solamente conozco a un individuo que pueda amar a la patria pero que, precisamente por ello, no tiene ninguna necesidad de la virtud: el monarca. La razón de ello se debe a que —entre todos los habitantes de sus Estados— el monarca es el único que tiene una patria. ¿Acaso no es él el soberano, por lo menos de hecho? ¿Acaso no ocupa el lugar del pueblo? ¿Qué es la patria sino el país en que todo ciudadano es partícipe de la soberanía?

Como consecuencia del mismo principio, en los Estados aristocráticos, la patria sólo significa algo para las familias patricias que han usurpado la soberanía.

Únicamente en un régimen democrático el Estado es verdaderamente la patria de todos los individuos que lo componen y puede contar con tantos defensores interesados en su causa, como ciudadanos haya en su seno. Éste es el origen de la superioridad de los pueblos libres sobre los demás. Si Atenas y Esparta triunfaron sobre los tiranos de Asia, y los suizos sobre los tiranos de España y de Austria fue debido a esta superioridad de pueblos libres.

Pero los franceses son el primer pueblo del mundo que ha instaurado la verdadera Democracia, concediendo a todas las personas la igualdad y la plenitud de los derechos del ciudadano. Ésta es, en mi opinión, la verdadera razón por la cual todos los tiranos aliados contra la República serán vencidos.

Hay que sacar grandes consecuencias de los principios que hemos expuesto.

Dado que el alma de la República es la virtud, la igualdad, y dado que vuestro objetivo es fundar y consolidar la República, es evidente que la primera norma de vuestra conducta política debe ser dirigir todas las obras

al mantenimiento de la igualdad y al desarrollo de la virtud; puesto que la principal preocupación del legislador debe ser la de fortificar el principio sobre el que se basa su poder de gobierno.

Así pues, todo aquello que tienda a aumentar el amor a la patria, a purificar las costumbres, a elevar los espíritus, a dirigir las pasiones del corazón humano hacia el interés público, deben ser adoptadas e instauradas. Mientras que todas las cosas que tiendan a concentrar las pasiones en la abyección del yo personal, a resucitar el interés por las pequeñas causas y el desprecio por las grandes deben ser rechazadas o reprimidas.

En el sistema instaurado por la Revolución Francesa, todo lo inmoral es contrario a la política, todo acto corruptor es contrarrevolucionario.

La debilidad, los vicios, los prejuicios son el camino hacia la monarquía.

Quizá, arrastrados demasiado a menudo por el peso de nuestras antiguas costumbres, al igual que por la inclinación insensible de la debilidad humana hacia ideas falsas y hacia sentimientos pusilánimes, debemos defendernos, no tanto de los excesos de vigor como de los excesos de debilidad. Quizá el mayor escollo que debamos evitar no sea ya el fervor del celo, sino más bien el relajamiento en obrar el bien y el temor a nuestro propio valor.

Apoyad, pues, sin cesar, la sagrada fuerza del gobierno republicano en vez de dejarla de la mano.

No creo necesario deciros que no pretendo justificar ningún exceso. Se puede abusar de los principios más sagrados. Corresponde al gobierno saber consultar las circunstancias, escoger el momento propicio y los medios idóneos; pues la manera con que se preparan las grandes cosas es una parte esencial del talento de realizarlas, de la misma manera que la sensatez es una parte de la virtud.

No pretendemos modelar la República Francesa según el ejemplo de Esparta; no queremos darle ni la austeridad ni la corrupción de los claustros.

Os hemos presentado con toda su pureza el fundamento moral y político del gobierno popular. Tenéis, pues, una brújula que puede indicaros la ruta en medio de las tempestades de todas las pasiones y en medio del torbellino de todas las intrigas que os rodean. Tenéis la piedra de toque con la que

podéis ensayar todas vuestras leyes, todas las proposiciones que se os hagan. Comparándolas sin cesar con ese principio, a partir de ahora podréis evitar el escollo ordinario de las grandes asambleas: el peligro de sorpresas y de medidas precipitadas, incoherentes y contradictorias. Podréis dar a todas vuestras obras la complejidad, la unidad y la dignidad que deben distinguir a los representantes del primer pueblo del mundo.

No son las consecuencias fáciles del principio de democracia las que hay que explicar detalladamente, sino el principio simple y fecundo el que merece ser desarrollado.

La virtud republicana puede ser considerada en relación al pueblo y en relación al gobierno. Es necesaria en ambos casos. Pues, cuando el gobierno está privado de ella, queda una válvula de seguridad en la del pueblo; pero cuando el pueblo se corrompe, entonces la libertad se pierde para siempre.

Afortunadamente, la virtud es innata en el pueblo, a pesar de todos los prejuicios de los aristócratas.

Una nación está realmente corrompida cuando —después de haber perdido gradualmente su carácter y su libertad— pasa de la democracia a la aristocracia o a la monarquía. Se produce entonces la muerte del cuerpo político por decrepitud.

Cuando, después de cuatrocientos años de gloria, la avaricia consigue desterrar de Esparta las buenas costumbres, junto con las leyes de Licurgo, Agis^[69] muere en vano para restaurarlas. Y Demóstenes clama contra Filipo, pero Filipo encuentra en los vicios de la Atenas degenerada abogados más elocuentes que Demóstenes. Todavía existe en Atenas una población tan numerosa como en tiempos de Milcíades y Aristides: pero ya no existen verdaderos atenienses. ¿Qué importa que Bruto haya matado al tirano? La tiranía sobrevive en los corazones y Roma sólo existe en Bruto.

Cuando, con prodigiosos esfuerzos de valor y de razón, un pueblo sabe romper las cadenas del despotismo para ofrecerlas como trofeos a la libertad; cuando, con la fuerza de su temperamento moral, escapa de los brazos de la muerte para recobrar todo el vigor de su juventud; cuando, alternativamente, sensible y fiero, intrépido y dócil, no puede ser detenido ni con bastiones inexpugnables, ni con los innumerables ejércitos de los tiranos armados en contra suyo, y cuando se detiene ante la imagen de la

ley; cuando un pueblo no se eleva rápidamente a la altura de sus destinos, será por culpa de los que lo gobiernan.

Por otra parte se puede decir, en cierto sentido, que para amar la justicia y la igualdad, el pueblo no necesita una gran virtud: le basta con amarse a sí mismo.

Pero el magistrado —por el contrario— está obligado a inmolar sus intereses al interés del pueblo; y el orgullo del poder a la virtud de la igualdad. Es necesario que la ley sepa hablar con autoridad a los que son sus ejecutores. Es necesario que el gobierno tenga fuerza para mantener unidas todas sus partes en armonía con la ley.

Si existe un cuerpo representativo, una autoridad principal constituida por el pueblo, a ella corresponde el deber de vigilar y reprimir incesantemente a todos los funcionarios públicos. Pero ¿quién reprimirá esta autoridad sino su virtud personal?

Cuanto más elevada es la fuente de donde deriva el poder público, más pura tiene que ser. Es necesario que el cuerpo representativo empiece sometiendo, en su interior, todas las pasiones individuales a la pasión general por el bien público.

¡Afortunados los representantes que están unidos a la causa de la libertad, tanto por su gloria e interés, como por sus deberes!

De todo cuanto precede deducimos una gran verdad: que el carácter del gobierno popular consiste en tener fe en el pueblo y en ser severo consigo mismo.

Todo el desarrollo de nuestra teoría podría limitarse a esto último si sólo tuvierais que gobernar la nave de la República en medio de la calma. Pero la tempestad ruge: y el momento de la Revolución en el que os encontráis impone otra tarea.

La gran pureza de los fundamentos de la Revolución Francesa, la sublime condición de su objeto es precisamente lo que constituye nuestra fuerza y nuestra debilidad. Nuestra fuerza, porque nos da la superioridad de la verdad sobre la impostura, y de los derechos del interés público sobre los del interés particular. Nuestra debilidad, porque une contra nosotros a todos los hombres viciosos, a todos los que pretenden despojar al pueblo y a todos los que hubieran querido despojarlo impunemente; ya se trate de los que

han rechazado la libertad como una calamidad personal, o bien de los que han abrazado la Revolución como un oficio y la República como una presa. De ahí la decepción de tantas personas ambiciosas o ávidas que, después del punto de partida, nos han abandonado en el camino porque no habían iniciado el viaje con nuestro mismo objetivo.

Se diría que los dos genios opuestos, que hemos representado disputándose el dominio de la naturaleza, combaten en esta gran época de la historia humana para fijar, definitivamente, el destino del mundo, y para que sea precisamente Francia el teatro de esta terrible lucha.

En el exterior, los tiranos nos cercan; en el interior, los amigos de los tiranos conspiran: conspirarán hasta que al crimen le sea arrebatada toda esperanza.

Es necesario ahogar a los enemigos internos y externos de la República o perecer con ella. Así, en tal situación, la máxima principal de vuestra política deberá ser la de guiar al pueblo con la razón, y a los enemigos del pueblo con el terror.

Si la fuerza del gobierno popular es, en tiempo de paz, la virtud, la fuerza del gobierno popular en tiempo de revolución es, al mismo tiempo, la virtud y el terror. La virtud, sin la cual el terror es cosa funesta; el terror, sin el cual la virtud es impotente.

El terror no es otra cosa que la justicia expeditiva, severa, inflexible: es, pues, una emanación de la virtud. Es mucho menos un principio contingente, que una consecuencia del principio general de la democracia aplicada a las necesidades más urgentes de la patria.

Se ha dicho que el terror era la fuerza del gobierno despótico. ¿Acaso vuestro terror se asemeja al del despotismo? Sí, como la espada que brilla en las manos de los héroes de la libertad se asemeja a la espada con la que están armados los esbirros de la tiranía. Que el déspota gobierne por el terror a sus súbditos embrutecidos. Como déspota, tiene razón. Domad con el terror a los enemigos de la libertad: y también vosotros, como fundadores de la República, tendréis razón.

El gobierno de la revolución es el despotismo de la libertad contra la tiranía. La fuerza no está hecha solamente para proteger el crimen. Está hecha también para fulminar las cabezas orgullosas.

La naturaleza impone a todo ser físico o moral la obligación de procurar su conservación. El crimen mata la inocencia para reinar, y la inocencia se debate con todas sus fuerzas en las manos del crimen.

Si la tiranía reinase un solo día, a la mañana siguiente no quedaría ni un solo patriota.

Pero ¿hasta cuándo el furor de los déspotas seguirá siendo llamado justicia, y la justicia del pueblo barbarie o rebelión? ¡Cuánta ternura hay para con los opresores y cuánta inflexibilidad para con los oprimidos!

Nada más natural: quien no odie el crimen, no puede amar la virtud.

Sin embargo, sucede que uno u otro sucumbe. «¡Indulgencia para los realistas! —gritaban algunos—. ¡Gracia para los infames!» ¡No: gracia para los inocentes, gracia para los débiles, gracia para los infelices, gracia para la humanidad!

Sólo se debe protección social a los ciudadanos pacíficos. Y en la República sólo son ciudadanos los republicanos. Y los realistas, los conspiradores no son para ella más que extranjeros, o más bien enemigos.

¿Acaso esta guerra que la libertad está sosteniendo contra la tiranía es indivisible? ¿Acaso los enemigos del interior no están aliados con los enemigos del exterior? ¿Acaso son menos culpables todos los asesinos que laceran la patria en el interior, los intrigantes que compran la conciencia de los mandatarios del pueblo, los traidores que la venden, los libelistas mercenarios a sueldo para deshonar la causa del pueblo, para hacer morir la virtud pública, para atizar el fuego de las discordias, para preparar la contrarrevolución política por medio de la contrarrevolución moral, acaso todos estos individuos son menos culpables o menos peligrosos que los tiranos a cuyo servicio están?

Todos aquellos que interponen su dulzura parricida entre estos infames y la espada vengadora de la justicia nacional, se asemejan a quienes se interponen entre los esbirros de los tiranos y las bayonetas de nuestros soldados. Todos los esfuerzos de su falsa sensibilidad me parecen sólo suspiros hacia Inglaterra y hacia Austria.

Y si no, ¿por quién iban a sentir ternura? ¿Acaso de los doscientos mil héroes, la flor de la nación, caídos bajo el hierro de los enemigos de la libertad, o bajo los puñales de los asesinos monárquicos o federalistas? No,

ciertamente: sólo eran plebeyos, sólo eran patriotas. Para merecer su tierno interés hay que ser por lo menos la viuda de un general que haya traicionado veinte veces a la patria; para obtener su indulgencia es casi necesario probar que se han hecho inmolar diez mil franceses, igual que un general romano que, para obtener el triunfo debía haber matado diez mil enemigos.

Es necesario tener la sangre fría para escuchar el relato de los horrores cometidos por los tiranos contra los defensores de la libertad. Nuestras mujeres horriblemente mutiladas; nuestros hijos matados en el seno de sus madres; nuestros prisioneros obligados a expiar con horribles tormentos su conmovedor y sublime heroísmo. ¡Y se osa denominar horrible carnicería el castigo —demasiado lento— de algunos monstruos que se han cebado con la sangre más pura de nuestra patria!

Sufren con paciencia la miseria de las ciudadanas generosas que han sacrificado sus hermanos, sus hijos y sus esposos a la más hermosa de las causas; pero prodigan los más generosos consuelos a las mujeres de los conspiradores. Admiten que pueden seducir impunemente a la justicia, patrocinar, en contra de la libertad, la causa de sus parientes y de sus cómplices. La han convertido casi en una corporación privilegiada, acreedora y pensionada por el pueblo.

¡Con cuánta credulidad seguimos siendo víctimas de las palabras! ¡La aristocracia y el moderantismo nos gobiernan todavía con las máximas asesinas que nos han dado!

La aristocracia se defiende mejor con sus intrigas que el patriotismo con sus servicios. Se pretende gobernar las revoluciones con las argucias de palacio; se tratan las conspiraciones contra la República como si fuesen procesos contra individuos privados. La tiranía mata y la libertad se lamenta; y el código que han hecho los mismos conspiradores es la ley con la que se los juzga.

Cuando se trata de la salvación de la patria, el testimonio de todo el universo no puede suplir la prueba testimonial, ni la misma evidencia puede suplir la prueba literal.

La lentitud de los juicios equivale a la impunidad; la incertidumbre de la pena estimula a todos los culpables. Y todavía se lamentan de la severidad

de la justicia: ¡se lamentan por la detención de los enemigos de la República!

Buscan ejemplos en la historia de los tiranos porque no quieren cogerlos de la de los pueblos, ni extraerlos del genio de la libertad amenazada. En Roma, cuando el cónsul descubrió la conjura y la ahogó al instante con la muerte de los cómplices de Catilina, fue acusado de haber violado las formas; ¿y sabéis quién le acusó? El ambicioso César, que quería aumentar su partido con la horda de los conjurados, con Pisón, con Clodio y con todos los perversos ciudadanos, los cuales temían la virtud de un verdadero romano y la severidad de las leyes.

Castigad a los opresores de la humanidad: ¡esto es clemencia! Perdonarles sería barbarie. El rigor de los tiranos tiene como fundamento solamente el rigor: el del gobierno republicano tiene, por el contrario, el bienestar.

Así pues, ¡ay de aquel que ose dirigir contra el pueblo el terror que sólo debe dirigirse contra sus enemigos! ¡Ay de aquel que —confundiendo los errores inevitables de la virtud cívica con los errores calculados de la perfidia o con los atentados de los conspiradores— olvida al peligroso intrigante para perseguir al ciudadano pacífico! ¡Perezca el infame que osa abusar del sagrado nombre de la libertad, o de las terrible armas que ésta le ha confiado para llevar el luto o la muerte al corazón de los patriotas!

Es indudable que semejante abuso ha tenido lugar. Sin duda alguna, ha sido exagerado por la aristocracia; y, sin embargo, aunque en toda la República sólo existiera un hombre virtuoso perseguido por los enemigos de la libertad, el gobierno tendría el deber de buscarlo con solicitud y de vengarlo clamorosamente.

Pero ¿es necesario, concluir de estas persecuciones suscitadas contra los patriotas por el celo hipócrita de los contrarrevolucionarios, que debemos devolver la libertad a estos últimos y renunciar a toda severidad? No: estos nuevos crímenes de la aristocracia no hacen más que demostrar la necesidad de dicha severidad.

¿Qué prueba la audacia de nuestros enemigos sino la debilidad con que han sido perseguidos? Es debido en gran parte a la relajada doctrina que se ha predicado en estos últimos tiempos para tranquilizarles. Y si escuchaseis

esos consejos, vuestros enemigos conseguirían su objetivo y recibirían de vuestras propias manos el premio al último de sus crímenes.

¡Cuánta ligereza si consideraseis algunas victorias obtenidas por el patriotismo como el fin de todos nuestros peligros! Considerar nuestra situación real: descubriréis que la vigilancia y la energía os son, hoy, más necesarias que nunca. En todas partes existe un odio sordo que se levanta contra las medidas del gobierno. La fatal influencia de las cortes extranjeras no es, por el hecho de estar más ocultas, menos activa ni menos funesta. Se advierte que el crimen, intimidado, no ha hecho más que cubrir sus movimientos con una mayor habilidad.

Los enemigos internos del pueblo francés se han dividido en dos facciones, como en dos cuerpos de ejército. Marchan bajo banderas de colores diversos y por distintos caminos; pero todavía caminan hacia el mismo objetivo: la desorganización del gobierno popular, la ruina de la Convención, es decir, el triunfo de la tiranía.

Una de estas facciones nos empuja a la debilidad, la otra a los excesos. Una quiere convertir la libertad en bacante, la otra en prostituta.

Algunos intrigantes subalternos, y a menudo incluso buenos ciudadanos engañados, se alinean en uno u otro partido: pero los jefes pertenecen a la causa del rey o de la aristocracia y siempre se unen contra los patriotas. Los bribones —aun cuando se hacen la guerra entre sí— se odian mucho menos de lo que detestan a la gente honesta. La patria es su presa; se combaten para dividírsela: pero se alían contra aquellos que la defienden.

A unos se les ha dado el nombre de moderados; posiblemente hay más argucia que exactitud en la denominación de «ultrarrevolucionarios» con la que se ha designado a los otros. Es ésta una denominación que, mientras no pueda aplicarse en ningún caso a los hombres de buena fe que puedan ser conducidos, por el celo o por la ignorancia, más allá de la sana política de la revolución, no caracteriza con exactitud a los hombres pérfidos a quienes la tiranía paga para comprometer, con actuaciones falsas o funestas, los sagrados principios de nuestra Revolución.

El falso revolucionario se encuentra quizá más a menudo entre los *citra* que entre los *ultra* de la revolución. Es un moderado o un fanático del patriotismo, según las circunstancias. Lo que pensará mañana depende hoy

de los comités prusianos, ingleses, austríacos o incluso moscovitas. Se opone a las medidas enérgicas, pero las exagera cuando no puede impedir las. Es severo con la inocencia, pero indulgente con el crimen. Incluso llega a acusar a los culpables que no son suficientemente ricos para comprar su silencio, ni suficientemente importantes para merecer su devoción; pero guarda de comprometerse hasta el punto de defender la virtud calumniada. Tal vez, descubre complots ya descubiertos, arranca la máscara a traidores ya desenmascarados o incluso decapitados; pero encomia a los traidores vivos y todavía acreditados. Es solícito en aceptar la opinión del momento, y hace todo lo posible para no analizarla y sobre todo para no obstaculizarla. Está siempre dispuesto a adoptar las medidas más arriesgadas a condición de que no tengan demasiados inconvenientes; calumnia las que no presentan más que ventajas, o bien les añade enmiendas que puedan hacerlas nocivas. Dice la verdad con parsimonia, y solamente cuando puede conquistar el derecho de mentir impunemente después. Destila el bien gota a gota y derrama el mal a torrentes; está lleno de fuego por las grandes resoluciones que ya no significan nada; pero es más que indiferente con las que pueden honrar la causa del pueblo y salvar a la patria. Da mucha importancia a las formas exteriores del patriotismo: aficionadísimo —igual que los devotos de los que se declara enemigo— a las prácticas exteriores; preferiría usar cien gorros frigios antes que hacer una buena acción.

¿Qué diferencia existe entre estas personas y las que llamáis «moderados»? Todos son criados del mismo amo, o bien, si queréis, cómplices que fingen estar en discordia entre sí para mejor enmascarar sus crímenes. Juzgadles no ya por la diversidad de lenguaje sino por la identidad de los resultados.

¿Acaso no están de acuerdo los que atacan la Convención Nacional con discursos insensatos y los que la engañan para comprometerla? Aquel que —con injustos rigores— obliga al patriotismo a temer por sí mismo, es el mismo que después invoca la amnistía en favor de la aristocracia y de la traición.

Este^[70], llamaba a Francia a la conquista del mundo, mientras que no tenía más objetivo que estimular a los tiranos a la conquista de Francia.

Aquel extranjero hipócrita^[71], que desde hace cinco años proclama París como capital del globo, no ha sino traducir a otra jerga los anatemas de los viles federalistas que destinaban a París a la destrucción.

Predicar el ateísmo es solamente una manera de absolver la superstición y de acusar a la filosofía. Y la guerra declarada contra la divinidad no es otra cosa que una diversión en favor de la Monarquía^[72].

¿Qué otro sistema queda para poder combatir a la libertad? ¿Seguir el ejemplo de los primeros campeones de la aristocracia, que alaban las dulzuras de la esclavitud y los beneficios de la monarquía, o bien el genio sobrenatural del rey y sus incomparables virtudes?

¿O se proclamará la vanidad de los derechos del hombre y de los principios de la justicia eterna?

¿O se exhumará quizás a la nobleza y al clero, o se reclamarán los derechos de la alta burguesía a la doble sucesión?

¡No! Es mucho más cómodo, por el contrario, adoptar la máscara del patriotismo para desfigurar, con insolentes parodias, el drama sublime de la Revolución, para comprometer la causa de la libertad con una hipócrita moderación o con estudiadas extravagancias.

También la aristocracia se constituye en sociedades populares; el orgullo contrarrevolucionario oculta bajo harapos sus complots y sus puñales; el fanatismo destroza sus propios altares; el realismo canta las victorias de la República; la nobleza, oprimida por los recuerdos, abraza tiernamente la libertad para ahogarla; la tiranía, teñida con la sangre de los defensores de la libertad, arroja flores sobre sus tumbas.

Si todos los corazones no han cambiado todavía, ¡cuántos rostros se han enmascarado! ¡Cuántos traidores se inmiscuyen en nuestros asuntos para arruinarlos!

¿Queréis ponerlos a prueba? Pues bien, pedidles servicios efectivos en lugar de juramentos y declaraciones.

¿Hay que actuar? Ellos declaman. ¿Hay que deliberar? Ellos empiezan a actuar. ¿Los tiempos son pacíficos? Ellos se oponen a todo cambio útil. ¿Son tiempos, por el contrario, tempestuosos? Ellos hablan de reformarlo todo para trastornarlo todo. ¿Queréis reprimir a los sediciosos? Ellos os

recordarán la clemencia de César. ¿Queréis arrancar a los patriotas de la persecución? Ellos os propondrán la firmeza de Bruto como modelo.

Revelan que tal ciudadano es noble precisamente sirviendo a la República; pero no lo recuerdan cuando la traicionó.

¿Es útil la paz? Ellos os muestran las palmas de la victoria. ¿Es necesaria la guerra? Os muestran las dulzuras de la paz. ¿Hay que defender el territorio? Pretenden castigar a los tiranos más allá de nuestros montes y mares. ¿Es necesario recobrar nuestras fortalezas? Quieren asaltar las iglesias y escalar el cielo. Incluso olvidan a los austríacos para hacer la guerra a los devotos.

¿Hay que sostener nuestra causa con la fidelidad de los aliados? Claman contra todos los gobiernos del mundo y se proponen acusar al Gran Mogol. ¿El pueblo se dirige al Capitolio para dar gracias por sus victorias a los dioses? Entonan lúgubres cánticos por nuestras pasadas derrotas. ¿Hay que obtener nuevas victorias? Siembran entre nosotros el odio, las divisiones, las persecuciones y el desaliento. ¿Hay que hacer realidad la soberanía del pueblo y concentrar su fuerza con un gobierno fuerte y respetado? Consideran que los principios del gobierno ofenden la soberanía del pueblo. ¿Hay que reclamar los derechos del pueblo oprimido por el gobierno? No hablan más que del respeto por las leyes y de la obediencia debida a las autoridades constituidas.

Han encontrado un maravilloso expediente para secundar los esfuerzos del gobierno republicano: desorganizarlo, degradarlo completamente, hacer la guerra a los patriotas que han contribuido a nuestros éxitos.

¿Buscáis los medios para abastecer vuestros ejércitos? ¿Os preocupáis de arrebatar a la avaricia y al temor las subsistencias que ellos restringen? Gimen patrióticamente sobre la miseria pública y anuncian la carestía. Nuestro deseo de prevenir el mal es siempre, para ellos, un motivo para aumentarlo. En el Norte se han matado aves y se nos ha privado de huevos con el pretexto de que las aves comen demasiado grano. En el Midi se ha hablado de destruir los naranjos y las moreras por él pretexto de que la seda es un objeto de lujo y las naranjas una fruta superflua.

Jamás podríais imaginar determinados excesos cometidos por contrarrevolucionarios hipócritas para deshonar la causa de la Revolución.

¿Creeríais que, en países en donde la superstición ha ejercido mayor influencia, no contentos con sobrecargar las operaciones relativas al culto con todas las formas que podían hacerlas odiosas, han sembrado el terror entre el pueblo, propagando el rumor de que se iba a matar a todos los niños menores de dieciséis años y a todos los viejos mayores de setenta? ¿Y que este rumor ha sido difundido particularmente en la antigua Bretaña y en los departamentos del Rin y del Mosela? Éste es uno de los crímenes imputados al antiguo acusador público del Tribunal Penal de Estrasburgo^[73]. Los tiránicos desvaríos de este hombre hacen verosímil todo lo que se cuenta de Caligula y de Heliogábalo; pero todavía no podemos darles crédito ni siquiera delante de las pruebas. Llevaba su delirio hasta el punto de requisar a las mujeres para su uso personal: se asegura que ha empleado este procedimiento para casarse.

¿De dónde ha salido —súbitamente— todo este enjambre de extranjeros, de curas, de intrigantes de toda clase, que se ha extendido simultáneamente por la superficie de la República para ejecutar, en nombre de la filosofía, un plan de contrarrevolución que sólo ha podido ser detenido por la fuerza de la razón pública? ¡Concepción execrable, digna del genio de las cortes extranjeras, aliadas contra la libertad, y de la corrupción propia de todos los enemigos internos de la República!

Así ocurre que la intriga mezcla siempre a los milagros continuos operados por la virtud de un gran pueblo, la bajeza de sus tramas criminales, una bajeza, ordenada por los tiranos, que la hacen después materia de sus ridículos manifiestos, a fin de mantener al pueblo ignorante en el fango del oprobio y en las cadenas de la esclavitud.

Pero ¿qué mal pueden hacer a la libertad los crímenes de sus enemigos? ¿Acaso el sol, cuando queda oculto por una nube pasajera deja de ser el astro que anima la naturaleza? ¿Acaso la impura escoria que el océano arroja sobre sus propias orillas le hacen menos grandioso?

En manos pérfidas, todo remedio a nuestros males se convierte en veneno: y así, todo aquello que podáis hacer, todo aquello que podáis decir, se volverá contra vosotros por su causa: incluso las verdades que acabamos de desarrollar.

Así, por ejemplo, después de haber diseminado por todas partes el germen de la guerra civil con el violento ataque a los principios religiosos, intentaron armar el fanatismo y la aristocracia con las mismas medidas que la sana política os ha aconsejado usar en favor de la libertad de cultos.

Si hubieseis dejado libre curso a la conspiración, ésta habría producido —antes o después— una reacción terrible y universal. Y si la hubieseis detenido, todavía hubieran tratado de sacar provecho de ello, difundiendo que protegéis a los curas y a los moderados. No debéis, pues, maravillaros si los autores de este sistema son los propios curas, precisamente los que han confesado más osadamente su charlatanería.

Si los patriotas —guiados por un celo puro pero irreflexivo— hubiesen sido las víctimas de sus intrigas, ellos lanzarían todas sus censuras sobre los patriotas; porque el primer punto de su maquiavélica doctrina es el de perder a la República perdiendo a los republicanos, así como se somete a un país destruyendo el ejército que lo defiende.

Podremos apreciar, de esta manera, uno de sus principios predilectos: considerar a los hombres como si no fuesen nada. Una máxima de origen monárquico, que significa que debemos entregarles todos los amigos de la libertad.

Hay que observar que el destino de los hombres que sólo buscan el bien público es el de ser víctimas de los que sólo buscan su propio bien. Esto tiene su origen en dos causas: la primera es que los intrigantes atacan con todos los vicios del viejo régimen; la segunda que los patriotas sólo se defienden con las virtudes del nuevo.

Tal situación interna debe pareceros digna de toda vuestra atención, sobre todo si reflexionáis que debéis combatir al mismo tiempo a los tiranos de Europa —es decir, un millón doscientos mil hombres armados que hay que mantener—, y que el gobierno está obligado a reparar constantemente, a fuerza de energía y de vigilancia, todos los males que la infinita multitud de nuestros enemigos nos han infligido en el curso de cinco años.

¿Cuál es el remedio para todos estos males? No conocemos más que el desarrollo de la fuerza general de la República, que es la virtud.

La democracia parece a causa de dos excesos: la actitud aristocrática de los que gobiernan; o bien, el desprecio del pueblo por la autoridad que él

mismo ha constituido, desprecio que hace que cada camarilla y cada individuo atraiga hacia sí el poder público, y conduzca al pueblo, a través de los excesos del desorden, hacia el aniquilamiento, o bien hacia el poder de una sola persona.

La empresa combinada de los moderados y de los falsos revolucionarios consiste en agitarse perpetuamente entre estos dos escollos.

Pero los representantes del pueblo tienen la posibilidad de evitarlos: porque el gobierno es siempre dueño de ser justo y sabio; y cuando posee estas características, está seguro de la confianza del pueblo.

Es cierto que el objetivo de todos nuestros enemigos consiste en disolver la Convención; es cierto, también, que el tirano de Gran Bretaña y sus aliados prometen a sus parlamentos y a sus súbditos arrebatarnos vuestra energía y la confianza popular que os ha merecido: tal es la primera instrucción que se ha dado a todos sus agentes.

Existe una verdad que debe considerarse obvia en política: un gran cuerpo investido con la confianza de un gran pueblo sólo puede perderse por sí mismo. Vuestros enemigos no lo ignoran, así pues, no dudéis que ellos se dedican especialmente a resucitar entre vosotros todas las pasiones que puedan secundar sus siniestros planes.

¿Qué podrían contra la representación nacional si no llegasen a sorprenderla en algunos actos políticamente inoportunos que puedan servir de pretexto para sus criminales protestas?

Deben, pues, desear dos categorías de emisarios: unos, que tratarán de degradar la representación nacional con sus discursos; otros, que, en su seno, se ingeniarán para engañarla a fin de comprometer su gloria y los intereses de la República.

Para atacarla con éxito, sería útil dar comienzo a la guerra civil contra los representantes de los departamentos que se habían hedió dignos de vuestra confianza y contra el Comité de Salud Pública. Y ya han sido atacados de esta manera por hombres que parecían combatir entre sí.

¿Qué mejor cosa podía hacer que paralizar el gobierno de la Convención y quebrantar todas sus fuerzas, precisamente en el momento decisivo para la suerte de la República y de los tiranos?

¡Alejemos de nosotros la idea de que pueda haber, en nuestro seno un hombre tan vil como para servir a la causa de los tiranos! ¡Alejemos todavía más el crimen —que no será perdonado— de engañar a la Convención Nacional y de traicionar al pueblo francés con un culpable silencio! Porque existe algo bueno para un pueblo libre: la verdad —que es el azote de los déspotas— es siempre su fuerza y su salvación.

Ahora bien, es cierto que todavía existe un peligro para nuestra libertad, el único peligro serio —quizá— que le queda por correr. Este peligro es un plan —que en verdad ha existido— de reunir a todos los enemigos de la República, resucitando el espíritu partidista; un plan de perseguir a los patriotas, de desmoralizar, de arruinar a todos los representantes fieles al gobierno republicano, de hacer que falten las partes más esenciales del servicio público.

Se ha querido engañar a la Convención Nacional acerca de los hombres y de las cosas; se ha querido engañarla acerca de las causas de los abusos que se han exagerado con el fin de hacerlos irremediables; se ha intentado llenarla de falsos temores para desviarla o para paralizarla; se pretende dividirla. Se ha intentado, sobre todo, dividir a los representantes enviados a los departamentos y al Comité de Salud Pública; se ha querido inducir a los primeros a contrariar las medidas de la autoridad central para crear el desorden y la confusión; se ha querido irritarlos, a su regreso, con el fin de convertirlos, sin que se dieran cuenta, en instrumentos de una confabulación. Los extranjeros aprovechan todas las pasiones individuales y consiguen simular un patriotismo abusado.

Al principio decidieron ir derechos al objetivo, calumniando al Comité de Salud Pública: esperaban que dicho Comité se hundiese bajo el peso de sus penosas funciones.

Pero la victoria y la fortuna del pueblo francés lo impidieron.

Después de aquella época decidieron adularlo, paralizándolo y destruyendo el fruto de sus trabajos.

Todas estas vagas protestas contra los representantes de derecho del Comité; todos los proyectos de producir la desorganización, disfrazados con el nombre de reformas —ya rechazadas por la Convención— y reproducidas hoy con extraña ostentación; toda esta prisa para encomiar a

ciertos intrigantes que el Comité de Salud Pública debió alejar; todo este terror inspirado a los buenos ciudadanos; toda esta indulgencia hacia favoritos y conspiradores; todo este sistema de imposturas y de intrigas, cuyo autor principal es un hombre a quien habéis apartado de vuestro seno^[74], está dirigido contra la Convención Nacional y tiende a realizar los proyectos de todos los enemigos de Francia.

Después de la época en que este sistema habla sido anunciado en los libelos y llevado a cabo en actos públicos, la Aristocracia y la Monarquía empezaron a levantar con insolencia la cabeza, y como consecuencia el patriotismo fue perseguido de nuevo en una parte de la República; después de esta época la autoridad nacional encontró una resistencia desacostumbrada.

Por otra parte, tales ataques indirectos, aunque no hubiesen tenido más inconveniente que el de dividir la atención y la energía de aquellos que debían cargar con el inmenso peso que les habíais destinado, y de distraerlos —¡demasiado a menudo!— de las grandes empresas de salud pública para que se ocuparan de intrigas peligrosas, podrían ser considerados todavía como una diversión útil a nuestros enemigos.

Pero tranquilicémonos: aquí está el santuario de la verdad, aquí residen los fundadores de la República, los vengadores de la humanidad y los destructores de los tiranos. Aquí, para poder destruir un abuso, basta con indicarlo. En cuanto a ciertos consejos inspirados por el amor propio o por la debilidad de los individuos, nos basta con llamarlos, en nombre de la patria, a la virtud y a la gloria de la Convención Nacional.

Provocamos una solemne discusión sobre todos los objetos de sus inquietudes y acerca de todo lo que puede influir en el camino de la Revolución; conjuramos a la Convención Nacional para que no permita que ningún interés particular y oculto pueda usurpar la preeminencia de la Asamblea y el poder indestructible de la razón.

Nos limitaremos —hoy— a proponeros que consagréis con vuestra formal aprobación las verdades morales y políticas sobre las cuales debe basarse vuestra administración interna y la estabilidad de la República, así como consagrasteis los principios de vuestra conducta con respecto a los pueblos extranjeros. Podréis reunir a todos los buenos ciudadanos alrededor

de esos principios, y así quitaréis toda esperanza a los conspiradores. De tal modo aseguraréis vuestro camino y sabréis confundir las intrigas y las calumnias del rey. Honraréis vuestra causa y vuestro carácter a los ojos de todos los pueblos.

Dad al pueblo francés esta nueva prueba de vuestro celo en proteger el patriotismo, de vuestra inflexible justicia hacia los culpables y de vuestra devoción a la causa del pueblo.

Ordenad que los principios de la moral política que acabamos de desarrollar sean proclamados en vuestro nombre dentro y fuera de la República.

SOBRE RELIGIÓN Y SOBRE MORAL^[75]

Es en la prosperidad cuando el pueblo —al igual que los individuos— deberían, por así decirlo, recogerse en el silencio de sus pasiones para escuchar la voz de la sabiduría.

En este momento en que el fragor de nuestras victorias resuena por todo el universo, los legisladores de la República Francesa deberían reflexionar, con renovada solicitud, sobre sí mismos y sobre la patria y consolidar los principios en los que debe basarse la estabilidad y la prosperidad de la República.

Vamos a someter a vuestra meditación verdades profundas que conciernen a la felicidad de los hombres, y a proponeros algunas medidas que se deducen lógicamente de dichas verdades.

El mundo moral, mucho más que el físico, aparece lleno de contrastes y de enigmas, mientras que la experiencia de siglos nos muestra al hombre reducido a la esclavitud. Sus derechos están escritos en el corazón, pero su humillación está escrita en la Historia. El género humano respeta todavía a Catón, pero se doblega bajo el yugo de César, honra la virtud de Bruto, pero sólo la admite en la historia antigua. Los siglos y la tierra son los despojos del crimen y de la tiranía; la libertad y la virtud se han posado apenas unos instantes sobre algunos puntos del globo: Esparta brilla como una luz entre las inmensas tinieblas...

No creo, sin embargo, ¡oh Bruto!, que la virtud sea un fantasma. ¡Y vosotros, fundadores de la República Francesa, guardaos de desesperar de la humanidad o, de dudar un solo instante del éxito de vuestra gran empresa!

El mundo ha cambiado: pero todavía debe cambiar más.

¿Qué hay de común entre lo que es y lo que fue? Las naciones civilizadas han sustituido a las hordas salvajes que vagaban por el desierto; tierras fértiles han sucedido a las grandes extensiones de bosques que cubrían el globo; ha aparecido un mundo más allá de los confines del mundo; los habitantes de la tierra han añadido a sus inmensos dominios también el mar; el hombre ha conquistado al rayo y ha conjurado la cólera del cielo.

Comparad el lenguaje imperfecto de los jeroglíficos con el milagro de la imprenta; comparad el viaje de los Argonautas con el de La Pérouse^[76], medid la distancia entre las observaciones astronómicas de los magos de Asia y los descubrimientos de Newton, o bien los apuntes trazados por Dibutade y los cuadros de David.

Todo ha cambiado en el orden físico: todo debe cambiar en el orden moral y político. La primera parte de la revolución del mundo ha sido ya alcanzada; ahora debe realizarse la segunda mitad.

La razón del hombre se asemeja todavía al globo en que éste habita: una mitad está sumergida en las tinieblas, cuando la otra mitad está iluminada. Los pueblos de Europa han hecho progresos asombrosos en lo que llamamos el campo del arte y de la ciencia, mientras parecen ignorar las nociones más elementales de la moral pública. Lo conocen todo, excepto sus derechos y deberes.

¿A qué se debe esta mezcla de ingenio y de estupidez? Ello se debe a que, para hacerse hábiles en las artes, sólo hay que seguir las propias pasiones, mientras que para defender los derechos propios y respetar los de los demás hay que vencerlas.

Todavía hay otra razón: los reyes, en cuyas manos están los destinos de la tierra, no temen ni a los grandes geómetras, ni a los grandes pintores, ni a los grandes poetas; sólo temen a los filósofos rigurosos y a los defensores de la humanidad.

Sin embargo, el género humano se encuentra en un estado de violencia que no puede durar mucho. La razón humana camina desde hace largo tiempo contra los tronos, a pasos lentos y por caminos extraviados, pero seguros. Él ingenio amenaza al despotismo, incluso cuando parece acariciarlo; y el despotismo apenas tiene otras defensas que la costumbre y

el terror y, sobre todo, el apoyo que le presta la alianza entre los ricos y entre todos los opresores subalternos a quienes asusta el carácter imponente de la Revolución Francesa.

El pueblo francés parece haberse adelantado en dos mil años al resto de la especie humana; incluso estaríamos tentados de considerarlo en comparación con ella, una especie diferente. Europa continúa arrodillada ante la sombra de los tiranos que nosotros castigamos.

En Europa, un labrador, un artesano, son animales domesticados para el placer de los nobles; en Francia, los nobles intentan transformarse en labradores y artesanos pero ni este honor pueden alcanzar.

Europa no concibe que se pueda vivir sin reyes, sin nobles; nosotros que se pueda vivir con ellos.

Europa prodiga su sangre para remachar las cadenas de la humanidad; nosotros para romperlas.

Nuestros sublimes vecinos cuidan gravemente el universo de la salud del rey, de sus diversiones, de sus viajes; necesitan enseñar a la posteridad a qué hora ha comido, en que momento ha regresado de la cacería; cuál es la tierra afortunada que tuvo el honor de recibir por un instante sus augustas huellas; cuáles son los nombres de los privilegiados esclavos que han comparecido en su presencia al levantarse y al ocultarse el sol.

Nosotros, por el contrario, enseñamos los nombres y las virtudes de los héroes que han muerto combatiendo por la libertad; enseñamos en qué tierra los últimos esbirros de los tiranos han mordido el polvo; enseñamos en qué hora sonó el fin de las opresiones del mundo.

Sí, esta deliciosa tierra que habitamos y que la naturaleza mima con predilección, está hecha para ser el dominio de la libertad y de la felicidad: este pueblo sensible y fiero ha nacido verdaderamente para la gloria y la virtud.

¡Oh, Patria mía! Si el destino me hubiese hecho nacer en una región extranjera y lejana hubiera dirigido al cielo continuos votos por tu prosperidad; habría derramado lágrimas de ternura ante la narración de tus batallas y de tu virtud; mi alma atenta hubiera seguido con inquieto fervor todos los movimientos de tu gloriosa Revolución; habría envidiado la suerte de tus ciudadanos, la de tus representantes...

¡Oh, pueblo sublime! Recibe el sacrificio de todo mi ser. ¡Feliz aquel que pueda morir por tu felicidad!

Y vosotros, a quienes ha confiado sus intereses y su poder, ¿qué no podéis vosotros con él y por él? Sí, vosotros podréis demostrar al mundo el espectáculo nuevo de la Democracia afianzada en un vasto imperio.

Aquellos que, en la infancia del derecho público y en el fondo de la esclavitud, balbucieron máximas contrarias, ¿podían imaginar los prodigios operados desde hace un año? ¿Es acaso más difícil lo que os resta por hacer que lo que habéis ya hecho? ¿Cuántos son los políticos que pueden servir de preceptores o de modelos? ¿Acaso no hay que hacer precisamente todo lo contrario de cuanto se ha hecho? Hasta hoy el arte de gobernar ha sido el arte del engaño y de la corrupción de los hombres; pero no debe ser sino el de ilustrarles y hacerlos mejores.

Hay dos clases de egoísmo: el uno, vil, cruel, que aísla al hombre de sus semejantes, que busca un bienestar exclusivo al precio de la miseria de los otros; el otro, generoso, bienhechor, que confunde nuestra felicidad en la felicidad de todos, que asocia nuestra gloria a la de la patria. El primero crea a los opresores y tiranos; el segundo, a los defensores de la humanidad. Busquemos seguir su impulso saludable; busquemos el reposo al precio de gloriosos trabajos; busquemos no temer a la muerte que los corona, y consolidemos así la felicidad de nuestra patria y también la nuestra.

El vicio y la virtud hacen el destino de la tierra: son los dos genios antagónicos que se la disputan. El origen de uno y otro se encuentran en las pasiones humanas. Según la dirección que éste da a sus pasiones, el hombre consigue elevarse hasta el de lo o hundirse en los abismos cenagosos. Pues el objetivo de todas las instituciones sociales es dirigirlas hacia la justicia, que es al mismo tiempo la felicidad pública y privada.

La moral es el único fundamento de la sociedad civil. Todas las asociaciones que nos hacen la guerra descansan sobre el crimen: no son —a los ojos de la verdad— sino hordas de salvajes disciplinados o de bandidos adoctrinados.

¿A qué se reduce, pues, esta misteriosa ciencia de la política y de la legislación? A poner en leyes y en la administración la verdad moral relegada a los libros de los filósofos y a aplicar a la conducta del pueblo las

nociones elementales de probidad que cada uno está constreñido a adoptar en su conducta privada, es decir, a emplear tanta habilidad para conseguir que reine la justicia como hasta hoy han empleado los gobiernos en ser injustos, impunemente o con decoro.

¡Observad cuánta habilidad han derrochado los reyes y sus cómplices para evitar la aplicación de esos principios y para confundir todas las nociones de lo justo y de lo injusto! Qué agudo sentido común el de aquel pirata que respondió a Alejandro: «Se me llama bandido porque sólo tengo una nave; a ti, porque tienes una flota, te llaman conquistador».

¡Con qué impudor dictan leyes contra el robo, mientras se apoderan de la fortuna pública! Se condena a los asesinos en su nombre y ellos asesinan millones de hombres por medio de la guerra y de la miseria. En la monarquía las virtudes domésticas son ridículas, pero las virtudes públicas son crímenes. La única virtud consiste en ser un dócil instrumento de los crímenes del príncipe, el único honor consiste en ser tan ruin como él.

En la monarquía está permitido amar a la familia, pero no a la patria; es honorable defender a los amigos, pero no a los oprimidos. Lo probidad de la monarquía respeta cualquier tipo de propiedad, excepto la del pobre: protege todos los derechos, menos los del pueblo.

He aquí un artículo del código de la monarquía: «No robarás, a menos que seas el rey o que hayas obtenido el privilegio de éste; no asesinarás, a menos que seas capaz de matar de una vez a muchos millares de personas».

Ya conocéis aquella ingenua sentencia del cardenal Richelieu, escrita en su testamento político, de que los reyes deben abstenerse con mucho cuidado de servirse de personas honradas, porque de ellas no podrán sacar ningún provecho. Más de dos mil años antes existió en el Ponto Euxino un rey que profesaba la misma doctrina de modo más enérgico todavía. Sus favoritos habían conseguido la muerte de algunos de sus amigos mediante falsas acusaciones, de lo cual el rey estaba al corriente. Un día, cuando uno de ellos le llevaba una nueva declaración falsa, le dijo: «Te haría matar, si los malvados como tú no fueran tan necesarios a los déspotas». Se asegura que este príncipe fue uno de los mejores que jamás han existido.

Pero ha sido Inglaterra la que ha llevado el maquiavelismo al más alto grado de perfección.

No dudo que haya en Londres muchos comerciantes que se sientan preocupados con un poco de buena fe por los problemas de su negocio; pero se podría apostar algo a que estas honradas gentes encuentran completamente natural que los miembros del Parlamento británico vendan públicamente al rey Jorge su conciencia y los derechos del pueblo, como ellos mismos venden sus manufacturas.

Pitt pasa lista, ante los ojos del Parlamento, de sus bajezas y fechorías: «Tanto para la traición; tanto para el asesinato de los representantes del pueblo; tanto para la calumnia; tanto para el hambre; tanto para la corrupción; tanto para la fabricación de falsa moneda». El senado escucha con admirable sangre fría y lo aprueba todo con sumisión.

En vano se levanta la voz de un solo hombre contra tantas infamias, una voz llena de virtuosa indignación; el ministro confiesa ingenuamente que no comprende nada de estas máximas, tan nuevas para él, y el senado rechaza la moción.

Stanhope^[77]: no pidas a tus colegas que levanten acta de tu oposición a sus crímenes, la posteridad la levantará, su censura constituye para ti el mejor título para merecer la estima de tu mismo siglo.

¿Qué debemos deducir de todo cuanto acabo de decir? Que la inmoralidad es la base del despotismo, al igual que la virtud es la esencia de la República.

La revolución, que trata de establecerla, no es más que el tránsito del reino del crimen al de la justicia; de ahí los continuos esfuerzos de los reyes aliados en contra nuestra y de todos nuestros conspiradores, para perpetuar entre nosotros los prejuicios y los vicios de la Monarquía.

Todo aquel que se quejaba del antiguo régimen, todo aquel que salió a la carrera de la Revolución con el propósito de conseguir únicamente un cambio de dinastía, se ha dedicado, desde el comienzo, a frenar los progresos de la moral pública. Porque ¿qué diferencia había entre los partidarios del duque de Orleans o de York y los de Luis XVI, sino un mayor grado de infamia y de hipocresía por parte de los primeros?

Los jefes de las facciones que se repartieron las dos primeras legislaturas —demasiado infames para creer en la República, demasiado corrompidos para quererla— jamás cesaron de conspirar con el fin de borrar

del corazón de los hombres los eternos principios que su propia política les había obligado a proclamar. La conjura se camufló entonces bajo el manto de aquel perverso moderantismo, que protegía el crimen y mataba la virtud, y que nos quería hacer regresar por un camino oblicuo y seguro a la tiranía.

Cuando la energía republicana confundió aquel infame sistema y fundó la Democracia, la aristocracia y el extranjero elaboraron entonces un plan para desvirtuar y corromperlo todo. Se escondieron tras la apariencia de la democracia para desacreditarla con caprichos tan funestos como ridículos, y para ahogarla en su cuna.

El ataque contra la libertad fue conducido bien por medio del moderantismo, bien mediante el furor. Ante aquel enfrentamiento de las dos facciones, opuestas en apariencia pero cuyos jefes estaban unidos por lazos secretos, la opinión pública estaba dividida, la representación envilecida, el pueblo no contaba para nada, y la Revolución parecía no ser otra cosa que una ridícula batalla para decidir qué bribones se quedarían con el poder de desgarrar y vender la patria.

La línea de los jefes en los partidos que parecían más discordes fue casi siempre la misma. Su característica principal fue siempre una profunda hipocresía.

Lafayette invocaba la Constitución para exaltar el poder real. Dumouriez invocaba la Constitución para proteger a la facción girondina contra la Convención Nacional. En agosto de 1792, Brissot y los girondinos, quisieron hacer de la Constitución un escudo para detener el golpe que amenazaba al trono. En el mes de enero siguiente los mismos conspiradores reclamaban la soberanía del pueblo para evitar a la Monarquía el oprobio del cadalso y para encender la guerra civil entre las asambleas de las distintas secciones; Hébert y sus cómplices reclamaban la soberanía del pueblo para degollar a la Convención Nacional y aniquilar al gobierno republicano.

Brissot y los girondinos pretendieron armar a los ricos en contra del pueblo; la facción de Hébert halagaba al pueblo para oprimirlo con su misma mano, mientras protegía a la aristocracia.

Danton, el más peligroso de todos los enemigos de la patria, si no el más abyecto; Danton, que preparaba todos los crímenes, que estaba

implicado en todos los complots, que prometía su protección a los criminales y su fidelidad a los patriotas, hábil en explicar sus traiciones con el pretexto de que actuaba en pro del bien público, en justificar sus vicios con sus pretendidas imperfecciones, conseguía que sus amigos inculparan de modo insignificante o favorable a los conspiradores que estaban a punto de consumir la ruina de la República; transigía con Brissot, mantenía correspondencia con Ronsin^[78], estimulaba a Hébert, y sacaba partido de cualquier acontecimiento para aprovecharse igualmente de su caída o de sus éxitos y para conciliar a todos los enemigos de la libertad en contra del gobierno republicano.

En estos últimos tiempos, especialmente, ha sido cuando hemos visto desarrollarse en toda su amplitud los horribles procedimientos empleados por nuestros enemigos para corromper la moral pública. Para conseguirlo por completo, ellos mismos se habían designado como profesores; y se disponían a deshonorarlo todo, a confundirlo todo, gracias a una odiosa mezcla entre la pureza de nuestros principios y la corrupción de sus corazones.

Todos los bribones habían usurpado una especie de sacerdocio político, y colocaban en la categoría de profanos a los fieles representantes del pueblo y a todos los patriotas. En aquella época se temblaba antes de exponer una idea justa: habían prohibido al patriotismo el uso del sentido común. Hubo un momento en el que estuvo prohibido oponerse a la ruina de la patria bajo pena de pasar por mal ciudadano: el patriotismo no era más que un ridículo disfraz, o la audacia de protestar ante la Convención.

Gracias a esta subversión de las ideas revolucionarias, la aristocracia, absuelta de todos sus crímenes, tramaba de manera muy patriótica la masacre de los representantes del pueblo y la resurrección de la Monarquía. Colmados con los tesoros de la tiranía, los conjurados predicaban la pobreza: hambrientos de oro y de poder, predicaban insolentemente la igualdad para hacerla odiosa. La libertad significa para ellos la incolumidad del crimen; la revolución era un tráfico; el pueblo solamente un instrumento; la patria, una presa. Incluso el poco bien que trataban de hacer no era sino una páfida estratagema para ocasionarnos más fácilmente daños irreparables. Si a veces se mostraban severos, era para adquirir el

derecho del poder y después favorecer a los enemigos de la libertad y proscribir a sus amigos.

Cubiertos de todas las infamias, exigían de los patriotas no solamente la infalibilidad, sino la garantía de todos los caprichos de la fortuna, con objeto de que nadie se atreviese en lo sucesivo a servir a la patria. Clamaban contra la especulación de la bolsa y compartían con los especuladores la fortuna pública; hablaban contra la tiranía para poder servir mejor a los tiranos.

Los tiranos de Europa utilizaban su voz para acusar de tiranía a la Convención Nacional. No se atrevían a proponer al pueblo que restableciera la Monarquía: preferían empujarle a destruir su propio gobierno. No se podía, ciertamente, pedirle que llamara a sus enemigos: decirle, evidentemente, que abandonara las armas; le desmoralizaban con falsas noticias, quitaban importancia a sus éxitos, exageraban sus fracasos con culpable malignidad.

Tampoco se le podía decir: el hijo del tirano, u otro Borbón, o bien uno de los lujos del rey Jorge, te harían feliz. Le decían, en cambio: eres desgraciado. Le dibujaban el cuadro de la escasez que ellos mismos trataban de aumentar; le decían que los huevos y que el azúcar no abundaban.

No le decían que su libertad valía algo; que la humillación de sus opresores y las restantes consecuencias de la Revolución fuesen bienes muy apreciables, que siguiera combatiendo por ellos; y que sólo la ruina de sus enemigos podía darle la felicidad. Sin embargo, el pueblo advertía todo esto. En fin, no se atrevían a esclavizar al pueblo francés por la fuerza ni por su propio consentimiento; y buscaban entonces encadenarlo por medio de la subversión, por la rebelión, por la corrupción de las costumbres.

Erigieron la inmoralidad no sólo en doctrina, sino en religión; trataron de extinguir los sentimientos generosos de la naturaleza tanto con sus ejemplos como con sus preceptos.

El malvado quería que sobre la tierra no quedase un solo hombre de bien, para no encontrar en ella un solo acusador y para poder respirar en paz. De buen talante iría a buscar en los espíritus y en los corazones todo

cuanto sirve de apoyo moral, y lo arrancaría de ellos, y ahogaría al invisible acusador que la naturaleza ha cobijado en ellos.

Los tiranos, satisfechos de la audacia de sus emisarios, se apresuraron a exhibir ante los ojos de sus partidarios las cosas que habían comprado; y fingiendo creer que aquél era el pueblo francés, parecieron decirles: «¿Qué ganaríais sacudiéndoos nuestro yugo? Ya veis, los republicanos no valen más que nosotros».

Los tiranos enemigos de Francia concibieron un plan que debía, si sus esperanzas se hubieran visto colmadas, apoderarse de la noche a la mañana de nuestra República, y levantar una barrera infranqueable entre ella y los demás pueblos. Los conjurados lo ejecutaron. Los mismos bribones que antes habían invocado la soberanía del pueblo para asesinar a la Convención Nacional pusieron como pretexto la aversión a las supersticiones para depararnos la guerra civil y el ateísmo.

¿Qué pretendían aquellos que —desde el seno de las conspiraciones de que estábamos rodeados, en medio de los obstáculos de semejante guerra, cuando todavía humeaban las antorchas de la discordia civil— atacaron súbitamente todos los cultos por medio de la violencia para erigirse a sí mismos en fervientes apóstoles de la nada y en misioneros fanáticos del ateísmo? ¿Cuál era el móvil de aquella inmensa confabulación urdida —en las tinieblas de la noche, a espaldas de la Convención Nacional— por curas, extranjeros y conspiradores? ¿Acaso el amor a la patria? La patria ya les ha infligido el castigo que corresponde a los traidores. ¿Acaso el odio a los curas? Pero los curas eran sus amigos. ¿Acaso el horror al fanatismo? Era el único medio de proporcionarle armas. ¿Acaso el deseo de acelerar el triunfo de la razón? Por el contrario, no cesaban de ultrajarla con sus absurdas violencias, con extravagancias proyectadas para hacerla odiosa; no parecían quererla para confinarla en los templos sino para desterrarla de la República.

Servían a la causa de los reyes aliados en contra nuestra, de los mismos reyes que habían anunciado de antemano estos acontecimientos y que se valían de ellos con éxito para excitar hacia nosotros el fanatismo de los pueblos por medio de manifiestos y de rogativas públicas. Hay que ver la sagrada cólera con que *Mr. Pitt* nos opone estos hechos y el cuidado con

que el reducido número de hombres íntegros que existe en el Parlamento de Inglaterra tiene que imputarlos a algunos hombres despreciables, desautorizados y castigados por vosotros.

Sin embargo, mientras esos hombres llevaban a cabo su misión, el pueblo inglés ayunaba para expiar las deudas contraídas por *Mr. Pitt*, y los burgueses de Londres llevaban luto por el culto católico, como antes lo habían llevado por el rey Capeto y por la reina Antonieta.

¡Admirable esta política del rey Jorge que hacía insultar al Ser supremo por medio de sus emisarios, y quería vengarle con las bayonetas inglesas y austríacas!

Me gusta mucho la piedad de los reyes y creo firmemente en la religión de Pitt.

Por lo menos, es cierto que haya encontrado buenos amigos en Francia, porque, según todos los cálculos de la prudencia humana, la intriga de que hablo debía provocar un rápido incendio en toda la República, y suscitarle nuevos enemigos en el exterior.

Afortunadamente el genio del pueblo francés, su inalterable pasión por la libertad, la sabiduría con la que habéis advertido a los patriotas de buena fe que podían ser arrastrados por el peligroso ejemplo de los hipócritas inventores de esta maquinación; en fin, el cuidado con que los mismos curas han desengañado al pueblo sobre sí mismos, todas estas causas han evitado la mayor parte de los inconvenientes que los conspiradores esperaban.

A vosotros corresponde evitar los otros inconvenientes y, si es posible, aprovechar la misma perversidad de nuestros enemigos para asegurar el triunfo de los principios de la libertad.

Tan sólo debéis tener en cuenta el bien de la patria y los intereses de la humanidad. Toda institución, toda doctrina que consuele y que eleve las almas, debe ser aceptada. Rechazad todas las que tiendan a degradarla y a corromperla. Reanimad, exaltad todos los sentimientos generosos y todas las grandes ideas morales que se ha querido extinguir; reconciliad con el encanto de la amistad y con los vínculos de la virtud a los hombres a quienes han querido dividir.

¿Quién te ha dado la misión de anunciar al pueblo que la Divinidad no existe, a ti, que te apasionas por esta doctrina árida y que nunca te apasionaste por la patria?

¿Qué ventajas encuentras en persuadir al hombre de que una fuerza ciega preside sus destinos y produce al azar el crimen y la virtud, que su alma no es más que un soplo ligero que se extingue a las puertas de la tumba? La idea de su nada, ¿acaso le inspirará sentimientos más puros y más elevados que la de su inmortalidad? ¿Le inspirará quizá más respeto por sus semejantes y por sí mismo, más devoción por la patria, más audacia para desafiar al tirano, más desprecio por la muerte o por la voluptuosidad?

Vosotros que lloráis a un amigo virtuoso, ¿acaso no preferís pensar que la mejor parte de él ha escapado a la muerte? Vosotros, que lloráis sobre el ataúd de un hijo o de una esposa, ¿os sentís consolados por aquel que os dice que de ellos no queda más que vil polvo?

¡Infelices que expiráis bajo los golpes de un asesino, vuestro último suspiro es una llamada a la justicia eterna! La inocencia sobre el patíbulo hace palidecer al tirano en el carro de triunfo: ¿acaso esta inocencia tendría el mismo ascendente si la tumba igualase al opresor y al oprimido?

¡Desgraciado sofista! ¿Con qué derecho vienes a arrebatarse al inocente el cetro de la razón para ponerlo en manos del crimen, a echar un velo fúnebre sobre la naturaleza, a exasperar la desgracia, a alegrar el vicio, a entristecer la virtud, a degradar a la humanidad?

Cuanto más dotado está un hombre de sensibilidad y de ingenio, tanto más se aferra a las ideas que engrandecen su ser y ensalzan su corazón; y la doctrina de esta clase de hombres se convierte en la del universo.

¡Y de qué manera! ¿Cómo no iban a ser verdad todas estas ideas? Aun si fueran falsas, no consigo comprender cómo la naturaleza iba a sugerir al hombre ficciones más útiles que cualquier realidad; y si la existencia de Dios y la inmortalidad del alma fueran solamente sueños, sería, sin embargo, la más bella de todas las concepciones del espíritu humano.

No necesito observar que no trato de poner en cuestión una opinión filosófica en particular, ni de negar que tal filósofo pueda ser virtuoso, cualesquiera que sean sus opiniones, y a menudo a despecho de sí mismo, gracias a un carácter feliz o a una razón superior; se trata solamente de

considerar el ateísmo como un hecho nacional y como un hecho unido a un sistema de conspiración contra la República.

¿Qué os importan, legisladores, las diferentes hipótesis con las que ciertos filósofos explican los fenómenos de la naturaleza? Podéis abandonar estas cosas a sus eternas disputas: no es, ciertamente, ni como metafísicos, ni como teólogos, que debéis considerarlas. A los ojos del legislador, todo lo que es útil al mundo es bueno en la práctica, es la verdad.

La idea del Ser supremo y de la inmortalidad del alma es una continua llamada a la justicia; es, pues, una idea social y republicana. La naturaleza ha puesto en el hombre el sentimiento del placer y del dolor, sentimiento que le obliga a rechazar los objetos físicos que le son nocivos y a buscar los que le son convenientes. La obra maestra de la sociedad consistiría en crear en él, con respecto a las cosas morales, un instinto rápido, que, sin la ayuda tardía de la razón, le impulsase a hacer el bien y a evitar el mal: porque la razón individual de cada hombre, engañado por sus pasiones, es con frecuencia la de un sofista que defiende su causa, y la autoridad del hombre. Pues bien, lo que produce o sustituye este precioso instinto, lo que suple la insuficiencia de la autoridad humana es el sentimiento religioso que imprime en las almas la idea de la sanción con respecto a los preceptos de la moral, sanción dictada por una potencia superior al hombre.

Por esta razón, no conozco ningún legislador a quien se le haya ocurrido nacionalizar el ateísmo. Sé, por el contrario, que incluso los más sabios entre ellos, se han permitido mezclar con la verdad algunas ficciones, ya sea para asombrar la imaginación de los pueblos, ya sea para atarlos más fuertemente a sus instituciones. Licurgo y Solón recurrieron a la autoridad de los oráculos; y el mismo Sócrates, para acreditar la verdad delante de sus conciudadanos, se creyó obligado a persuadirles de que dicha verdad le era inspirada por una divinidad familiar.

Sin duda, no debéis deducir de ello que es necesario engañar a los hombres para instruirlos, sino solamente que sois afortunados por vivir en un siglo y en un país cuyas luces no os dejan más tarea que cumplir que la de llamar a los hombres a la naturaleza y a la verdad.

Guardaos bien de destruir el sagrado vínculo que les une al Autor de su ser. Es incluso suficiente el hecho de que esta opinión haya reinado en un

pueblo para que sea peligroso destruirla. Puesto que, los motivos de los deberes y las bases de la moralidad están vinculados necesariamente a esta idea, borrarla equivaldría a desmoralizar al pueblo.

Del mismo principio resulta que nunca se debe atacar un culto establecido, sino con prudencia y con cierta delicadeza, por temor a que un cambio repentino y violento, pueda parecer un ataque a la moral y una dispensa de la probidad.

Por lo demás, aquel que pueda encontrar en el sistema social una sustitución de la divinidad, me parecerá un prodigio de genio; pero aquel que, sin haberla sustituido, pensase sólo en borrarla del espíritu de los hombres, me parecería un prodigio de estupidez o de perversidad.

¿Qué pusieron los conjurados en el lugar de lo que destruían? Nada, sino el caos, el vado y la violencia. Despreciaban demasiado al pueblo para tomarse la molestia de persuadirlo; en lugar de ilustrarlo, sólo pretendían irritarlo, amedrentarlo y depravarlo.

Si los principios que hasta aquí he expuesto son erróneos, por lo menos me engaño con todo lo que el mundo entero venera.

Aprendamos aquí las lecciones de la Historia. Observad, os lo ruego, cómo los hombres que han influido en el destino de los Estados se decidieron hacia uno u otro de dos sistemas opuestos, por su carácter personal y por la propia naturaleza de sus ambiciones políticas. Observad con qué arte se aleja César, al defender en el senado romano a los cómplices de Catilina, en una digresión contra el dogma de la inmortalidad del alma; tan adecuadas le parecen aquellas ideas para ahogar en el corazón de los fuertes la energía de la virtud, tan unida le parecía la causa del crimen a la del ateísmo. Cicerón, por el contrario, invocaba contra los traidores la espada de las leyes o la cólera de los dioses.

Sócrates, agonizante, dialoga con sus amigos sobre la inmortalidad del alma. Leónidas, en las Termópilas, cenando con sus compañeros de armas, en el momento de mandar realizar el más heroico propósito que la virtud humana haya jamás concebido, les invita a otro banquete en una nueva vida.

Existe alguna distancia entre Sócrates y Chaumette^[79] y entre Leónidas y el «Père Duchesne^[80]».

Un infame, una persona despreciable a sus propios ojos, y horrible a los de los demás, advierte que la naturaleza no puede hacerle mejor regalo que la nada.

Catón apenas dudó entre Epicuro y Zenón. Bruto, al igual que los ilustres conjurados que compartieron sus riesgos y su gloria, también pertenecía a la sublime secta de los estoicos, que tuvo en tan alto concepto la dignidad del hombre, que impulsó tan lejos el entusiasmo y la virtud y que tan sólo exageró el heroísmo. El estoicismo engendró émulos de Bruto y de Catón, incluso en los horribles siglos que siguieron a la pérdida de la libertad romana. El estoicismo salvó el honor de la naturaleza humana degradada por los vicios de los sucesores de César y sobre todo por la paciencia de los pueblos.

Por el contrario la secta epicúrea reunía, sin duda, a todos los malvados que oprimían a su patria y a todos los disolutos que dejaban oprimirla. Así, aunque el filósofo que le dio nombre no fuese personalmente un hombre despreciable, los principios de su sistema, interpretados por la corrupción, condujeron a consecuencias tan funestas que la misma antigüedad la difamó con el título de «grey de epicúreos». Y dado que en todos los tiempos el corazón humano es, en el fondo, siempre el mismo, y que el mismo instinto y la misma doctrina ha dictado a los hombres el mismo camino, será fácil aplicar estas observaciones al momento actual, e incluso a la época que ha precedido inmediatamente a nuestra Revolución.

Es conveniente considerar esta época, aunque sólo sea para poder explicar una parte de los fenómenos que se han manifestado después.

Desde hacía largo tiempo, los observadores esclarecidos podían advertir algunos síntomas de la actual Revolución. Todos los acontecimientos importantes tendían a ella; las mismas causas de los individuos, susceptibles de alguna relevancia, se asociaban en una intriga política.

Los hombres de letras famosos, gradas a su influencia sobre la opinión pública, empezaban a obtener alguna en los asuntos públicos. Los más ambiciosos habían formado una especie de coalición que aumentaba su importancia. Parecían estar divididos en dos sectas, una de las cuales defendía irracionalmente al clero y al despotismo. La más poderosa y la más ilustre era la conocida con el nombre de «enciclopedistas». En ella se

albergaban algunas personas estimables y un vasto número de charlatanes. Muchos de sus jefes se habían convertido en personajes importantes del Estado: cualquiera que hubiera ignorado su influencia y su política no habría tenido una idea concreta de las premisas de nuestra Revolución.

En materia política, esta secta permaneció por encima de los derechos del pueblo: en materia moral, fue mucho más allá de la destrucción de los prejuicios religiosos. Sus corifeos protestaban a veces contra el despotismo, pero estaban pensionados por los déspotas; hacían alternativamente, libros contra la corte, dedicados al rey, discursos para los cortesanos y madrigales para las cortesanas. Eran audaces en sus escritos y rastreros en las antecámaras.

Esta secta propagó con mucho la opinión del materialismo que prevaleció entre los grandes y cultos espíritus. En gran parte a ella se debe esta especie de filosofía práctica que, reduciendo el egoísmo a sistema, ve la sociedad humana como una guerra de astucia, el éxito como el criterio de lo justo y de lo injusto, la probidad como un asunto de buen gusto o de decencia, el mundo como el patrimonio de los más hábiles bribones.

Ta he dicho que sus corifeos eran ambiciosos. Las agitaciones que anunciaban un gran cambio en el orden político de las cosas, amplió sus perspectivas. Se ha observado que muchos de ellos tenían íntimos vínculos con la casa de Orleáns, y la constitución inglesa era —según su opinión— la obra maestra de la política y el máximo exponente de la felicidad social.

Entre aquellos que, en la época a que me refiero, destacaron en la carrera de las letras y de la filosofía, un hombre^[81] se demostró digno, por lo elevado de su alma y por la grandeza de su carácter, del ministerio de preceptor del género humano. Atacó a la tiranía con toda franqueza; habló con entusiasmo de la divinidad; su viril y honesta elocuencia pintó con trazos enérgicos el encanto de la virtud, y defendió los dogmas consoladores que la razón da como apoyo al corazón humano. La pureza de su doctrina, extraída de la naturaleza y del odio profundo hacia el vicio, y su invencible desprecio hacia los sofistas intrigantes que usurpaban el nombre de filósofos, atrajeron sobre él el odio y la persecución de sus rivales y de sus falsos amigos.

¡Ah, si hubiese sido testigo de esta Revolución de la que fue el precursor y que le ha llevado al Panteón! ¿Quién podría dudar que su alma generosa hubiera abrazado con entusiasmo la causa de la justicia y de la igualdad?

¿Qué han hecho por ella sus disolutos adversarios? Han combatido la Revolución desde el momento en que empezaron a temer que podrían elevar al pueblo por encima de todas las vanidades particulares; los unos han prodigado todo su ingenio para adulterar los principios republicanos y para corromper la opinión pública; y se prostituyeron a las facciones y en especial a la del partido de Orleáns; los otros se atrincheraron tras una vil neutralidad.

En general, los hombres de letras se han desprestigiado durante esta Revolución; y para deshonor del espíritu, la razón del pueblo ha corrido sola todos los riesgos.

Hombres mezquinos y vacíos, enrojeced si es posible. Los prodigios que han inmortalizado esta época de la historia humana se han realizado sin vosotros, o a pesar de vosotros. El sentido común sin intriga y el ingenio sin instrucción han llevado a Francia a este grado de elevación que asusta a vuestra bajeza y aplasta vuestra nulidad.

Un artesano se ha demostrado capaz del conocimiento de los derechos del hombre, mientras que un autor de libros, casi republicano en 1788, defendía estúpidamente la causa del rey en 1793. Un simple trabajador del campo divulgaba las luces de la filosofía, cuando el académico Condorcet^[82], ya gran geómetra —se dice, a juicio de los literatos— y gran literato —a juicio de los geómetras— y después tímido conspirador, despreciado por todos los partidos, trabajaba incesantemente para oscurecer esta luz, con el malvado lodazal de sus mercenarias rapsodias.

Sin duda, os habrá sorprendido la ternura con que tantas personas —que han traicionado a su patria— han acariciado las siniestras opiniones que combato aquí. ¡Cuántas curiosas comparaciones pueden todavía evidenciarse a vuestros espíritus! Hemos sido testigos —¿quién podría creer en este exceso de impudor?—, hemos sido testigos de la denuncia que el traidor Guadet ha hecho en una sociedad popular, denuncia de un ciudadano por haber pronunciado el nombre de Providencia. Algún tiempo después

hemos visto cómo Hébert acusaba a otro ciudadano por haber escrito contra el ateísmo.

¿Acaso Vergniaud y Gensonné —en vuestra presencia y en vuestra tribuna— no protestaron calurosamente para desterrar del preámbulo de la Constitución el nombre del Ser supremo que habíais colocado en ella? Y Danton, que sonreía con compasión ante las palabras de virtud, gloria y posteridad; Danton, cuyo sistema consistía en envilecer todo lo que puede elevar el espíritu; Danton, que era frío y mudo ante los más grandes peligros de la libertad, habló de ellos después, con mucha vehemencia en favor de la misma opinión.

¿De dónde procede este singular acuerdo de principios entre personas que parecían tan dispares? ¿Hay que atribuirlo, simplemente, al cuidado —que tenían todos los desertores de la causa del pueblo— para tratar de ocultar sus defecciones, aparentando un celo contra lo que llamaban prejuicios religiosos, como si quisieran compensar su propia indulgencia hacia la aristocracia y la tiranía con la guerra que declaraban a la divinidad?

No, la conducta de estos personajes engañosos tendía, sin duda, a objetivos políticos más profundos; sabían que para destruir la libertad era necesario favorecer con todos los medios posibles todo aquello que tiende a justificar el egoísmo, a secar el corazón y a destruir la idea del bien moral, que es la única regla con la que la razón pública juzga a los defensores y a los enemigos de la humanidad. Abrazaban con entusiasmo el sistema que, al confundir el destino de los buenos y de los malos, no establece más diferencia entre ellos que los inciertos favores de la fortuna, ni más arbitrio que el derecho del más fuerte o del más astuto.

Pero vosotros, tendéis a un objetivo muy distinto; y seguiréis una política diferente.

Pero ¿acaso no tememos resucitar el fanatismo y dar ventajas a la aristocracia? No, si adoptamos el partido que la sabiduría nos indica, nos será fácil evitar este escollo.

Enemigos del pueblo, quien quiera que seáis, la Convención Nacional no favorecerá nunca vuestra perversidad. Aristócratas, aunque os cubráis de apariencias, no podréis aprovechar nuestra censura contra los autores de una trama criminal para acusar a los patriotas sinceros, a quienes sólo el odio al

fanatismo puede haber arrastrado a actitudes inoportunas. No tenéis el derecho de acusar; y la justicia nacional —en las tempestades excitadas por las facciones— sabe distinguir los errores de las verdaderas conspiraciones: juzgará con mano segura a todos los perversos intrigantes y no castigará ni a un solo hombre bueno.

Fanáticos, no esperéis nada de nosotros. Convocar a los hombres al culto del Ser supremo es asestar un golpe mortal al fanatismo. Todas las ficciones desaparecen ante la Verdad y todas las locuras se arrodillan ante la Razón. Sin violencia, sin persecuciones, todas las sectas deben confundirse en la religión universal de la Naturaleza.

Os aconsejaríamos, pues, que mantuvierais los principios que habéis manifestado. Que sea respetada la libertad de cultos para mayor gloria de la Razón; pero que dicha libertad no altere el orden público y no se convierta en un medio de conspiración. Si la maldad contrarrevolucionaria se escudase tras este pretexto, entonces reprimidlo; y apoyaos además en la fuerza de los principios y en la fuerza misma de las cosas.

Curas ambiciosos, no esperéis que trabajemos para restablecer vuestro dominio; tal empresa estaría por encima de nuestras facultades. Porque os habéis matado a vosotros mismos, y no es posible resucitar a nadie a la vida moral, como no es posible restituirlo a la vida física.

Y, por otra parte, ¿qué relación existe entre los curas y Dios? Los curas son a la moral lo que los charlatanes a la medicina. ¡Qué distinto es el Dios de la Naturaleza del Dios de los curas! No se conoce nada tan semejante al ateísmo como las religiones que ellos han construido. A fuerza de desfigurar la imagen del Ser supremo, lo han aniquilado; han hecho de él un globo de fuego, un buey, un árbol, un hombre o un rey. Los curas han creado a Dios a su imagen: lo han creado celoso, caprichoso, ávido, cruel e implacable. Lo han tratado como los mayordomos de palacio trataron a los descendientes de Clovis^[83] para reinar bajo su nombre y ocupar su lugar. Los curas han relegado a Dios en el cielo como en un palacio y sólo le han llamado a la tierra para pedir en su nombre diezmos, riquezas, honores, placeres y poder.

El verdadero sacerdote del Ser supremo es la Naturaleza; su templo, él universo; su culto, la virtud; sus fiestas, la alegría del gran pueblo reunido

bajo sus ojos para estrechar los dulces lazos de la fraternidad universal y para presentarle el homenaje de los corazones sensibles y puros.

Curas, ¿con qué títulos habéis acreditado vuestra misión? ¿Acaso habéis sido más justos, más modestos, más amigos de la libertad que los demás hombres? ¿Acaso habéis amado la igualdad, defendido los derechos del pueblo, renegado del despotismo y derribado la tiranía? Fuisteis precisamente vosotros quienes dijisteis al rey: «Vos sois la imagen de Dios sobre la tierra; de él habéis recibido vuestro poder». Y el rey os contestó: «Sí, vosotros sois verdaderamente los enviados de Dios: unámonos para compartir los despojos y la adoración de los mortales». El cetro y el incensario han conspirado para deshonar al cielo y para usurpar la tierra.

Pero dejemos a los curas y volvamos a la divinidad. Debemos vincular la moral a principios eternos y sagrados; debemos inspirar al hombre un respeto religioso por el hombre, un sentimiento profundo de sus deberes, que es la única garantía de la felicidad social; debemos alimentarle con todas nuestras instituciones: la educación pública debe encaminarse, sobre todo, hacia este objetivo.

Sin duda, le imprimiréis un gran carácter homogéneo a la naturaleza de nuestro gobierno y a los sublimes destinos de nuestra República. Sentiréis la necesidad de hacerla común e igual para todos los franceses.

Ya no se trata de formar «señores», sino ciudadanos; sólo la patria tiene el derecho de educar a sus hijos: no puede confiar esta tarea al orgullo de las familias, ni a los prejuicios de los individuos, eternos alimentos de la aristocracia y de un federalismo doméstico, que restringe los espíritus, los aísla, y destruye —junto con la igualdad— todos los fundamentos del orden social. Pero este grandioso argumento es extraño a la presente discusión.

Existen todavía una especie de instituciones que deben ser consideradas como una parte esencial de la educación pública y que forma parte necesariamente del tema de este informe. Me refiero a las fiestas nacionales.

Reunid a los hombres y los haréis mejores, puesto que los hombres, reunidos, intentarán complacerse mutuamente y no podrán hacerlo sino con cosas que les hagan agradables. Dad a sus reuniones un gran movimiento moral y político y el amor por las cosas honestas entrará en todos los

corazones junto con el placer; puesto que los hombres se ven siempre con agrado.

El hombre es el mayor objeto que existe en la naturaleza; y el más hermoso de todos los espectáculos es el de un pueblo reunido.

Siempre se habla con entusiasmo de las fiestas nacionales de Grecia; sin embargo, no tenían más objeto que los juegos en los cuales brillaba la fuerza del cuerpo, la destreza o, todo lo más, el talento de los poetas y de los oradores. Pero Grecia entera estaba allí y se asistía a un espectáculo mayor que el de los juegos: los propios espectadores. Se podían ver a los hombres que habían salvado e ilustrado la patria: los padres mostraban a sus hijos a Milcíades, a Aristides, a Epaminondas, a Timoleón, cuya sola presencia era una lección viva de magnanimidad, de justicia y de patriotismo.

¡Qué fácil sería —para el pueblo francés— dar a nuestras asambleas una motivación más amplia y un mayor carácter! Un sistema bien concebido constituiría el más dulce vínculo de fraternidad y al mismo tiempo el medio más poderoso de regeneración.

Debéis tener fiestas generales más solemnes, válidas para toda la República: debéis tener fiestas particulares para cada localidad, que sean días de reposo y que puedan sustituir todo lo que los acontecimientos han destruido.

Haced que todas estas fiestas tiendan a despertar los generosos sentimientos que constituyen el encanto y el adorno de la vida humana, el entusiasmo por la libertad, el amor a la patria, el respeto a las leyes. Y hacer que la memoria de los tiranos y de los traidores se llene de oprobio; que la de los héroes de la libertad y la de los benefactores de la humanidad reciban, en ellas, el justo tributo del público reconocimiento. Que sus nombres hagan referencia a los acontecimientos inmortales de nuestra Revolución y a los objetos más sagrados y más queridos para el corazón humano; que estén embellecidas y caracterizadas con emblemas que hagan referencia a su objeto particular.

Debemos invitar a nuestras fiestas a la naturaleza y a todas las virtudes para que todas ellas se celebren bajo los auspicios del Ser supremo: todas

deben serle consagradas y deben comenzar y concluir con un homenaje a su poder y a su bondad.

¡Serás tú quien des el nombre sagrado a una de nuestras fiestas más bellas, tú, hija de la Naturaleza!, tú, madre de la felicidad y de la gloria, tú única soberana legítima del mundo que fuiste destronada por el mimen. ¡Tú, a la que el pueblo francés ha restituido su dominio, y al que le das una patria y buenas costumbres, tú, oh augusta Libertad!

Compartiremos nuestros sacrificios con tu inmortal compañera, la dulce y sagrada Igualdad.

Festejaremos a la humanidad, la humanidad envilecida y pisoteada por los enemigos de la República francesa. Será un hermoso día en que celebraremos la fiesta del género humano: habrá un fraternal y sagrado banquete en el que el pueblo francés invitará a la inmensa familia cuyos honores y derechos imprescriptibles defiende.

También exaltaremos a todos los grandes hombres —de todos los tiempos y de todos los países— que han liberado a su patria del yugo de los tiranos y que, con leyes justas, han instaurado la libertad. ¡Y vosotros, ilustres mártires de la República Francesa, tampoco seréis olvidados! Ni tampoco serás olvidados vosotros, héroes que disteis vuestra vida luchando por la patria: ¿quién podría olvidar a los héroes de la patria...?

Francia les debe su propia libertad: y el universo les deberá la suya. Que el universo celebre, pues, su gloria, dado que goza de sus beneficios.

¡Cuántos son los nombres dignos de ser escritos en las fiestas de la Historia y que todavía permanecen sepultados en la oscuridad! ¡Oh manes desconocidas y veneradas, si os escondéis de la celebridad, no huyáis de nuestro tierno reconocimiento!

¡Y entonces temblarán todos los tiranos armados contra la libertad, si es que todavía existe alguno! ¡Temblarán el día en que los franceses irán a visitar vuestras tumbas y jurarán imitarlos!

Jóvenes franceses, ¿oís al inmortal Barra que os llama a la gloria desde el Panteón? ¡Venid, pues, a derramar flores sobre su tumba sagrada! ¡Barra, hijo heroico, alimentaste a tu madre y diste la vida por la patria^[84]! Barra, ya has recibido el premio por tu heroísmo: la patria ha adoptado a tu madre;

y la patria, después de haber sofocado las facciones criminales, va a elevarse triunfante sobre las ruinas y sobre los vicios de los tronos.

¡Oh, Barra!, no encontraste modelos en la antigüedad, pero entre nosotros has encontrado émulos de tu virtud.

¿Por qué fatalidad o por qué ingratitud se ha dejado en el olvido a un héroe más joven todavía y digno de los homenajes de la posteridad? Los marseleses rebeldes, congregados a orillas del Durance, se preparaban para atravesar aquel río con el fin de ir a matar a los patriotas débiles y desarmados de aquellas infelices comarcas. Y un pequeño grupo de republicanos, reunidos en la otra orilla del río no veía otro recurso para salvarse que cortar los cables de los pontones que estaban en poder de los enemigos, pero intentar tal empresa en presencia de los batallones que cubrían la otra orilla, a tiro de fusil, parecía una empresa quimérica incluso a los más osados. De repente, un muchacho de trece años^[85] se lanza sobre un hacha, se dirige a la orilla del río y golpea el cable con todas sus fuerzas. Muchos disparos de fusilería le alcanzan. Pero él continua golpeando con fuerza. Por fin es alcanzado por una bala mortal. Grita: «Muero, pero es igual: es por la libertad». Cae; ¡ha muerto...!

¡Oh admirable muchacho, la patria está orgullosa de haberte dado la vida! ¡Con qué orgullo Grecia y Roma habrían honrado tu memoria si hubieran sabido engendrar a un héroe como tú!

¡Ciudadanos, debemos llevar triunfalmente sus cenizas al templo de la gloria: y la República en luto debe bañarlas con lágrimas amargas!

Pero, no, no le lloremos; ¡imitémosle! ¡Venguémosle con la ruina de todos los enemigos de nuestra República!

Todas las virtudes se disputan el honor de presidir nuestras fiestas.

Debemos instituir la fiesta de la Gloria: no de la que devasta y oprime al mundo, sino de la que lo libera, lo ilumina y lo consuela; de la que, después de la patria, es el primer ídolo de los corazones generosos.

También debemos instituir una fiesta conmovedora: la fiesta de la Desgracia. Los esclavos adoran la fortuna y el poder: nosotros honraremos la desgracia, la desgracia a la que la humanidad no puede desterrar por completo de la tierra, pero que consuela y alivia con respeto.

¡Y también tú obtendrás tu homenaje, tú, que en otro tiempo uniste a los héroes y a los sabios! ¡Tú, que multiplicas las fuerzas de los amigos de la patria y de quien los malvados, unidos por el crimen, no conocen más que un falso parangón de ti; tú, divina amistad, encontrarás en los franceses republicanos tu poder y tus altares!

¿Por qué no rendir los mismos honores al Amor público y generoso, a la fidelidad conyugal, a la ternura paterna y filial?

Sin ninguna duda, nuestras fiestas no estarán privadas de interés ni de esplendor. Puesto que en ellas intervendréis vosotros, bravos defensores de la patria, adornados por gloriosas cicatrices. Intervendréis vosotros, venerables ancianos, a quienes la felicidad preparada para vuestra posteridad debe consolaros de vuestra larga vida pasada bajo el despotismo. Intervendréis vosotros, tiernos discípulos de la patria, que crecéis para extender su gloria y para recoger el fruto de nuestros trabajos.

Intervendréis vosotros, jóvenes ciudadanos, a quienes la victoria acompañará muy pronto de hermanos y amantes dignos de vosotros. Intervendréis vosotras, madres de familias, cuyos esposos e hijos ofrecen trofeos a la República con los restos de los tronos.

¡Mujeres francesas, amad la libertad adquirida con el precio de su sangre! ¡Mujeres francesas! ¡Sois dignas del amor y del respeto de toda la tierra! ¿Qué podríais envidiar a las mujeres de Esparta? Como ellas, también vosotras habéis dado a luz a nuestros héroes; como ellas, los habéis consagrado a la patria en un sublime holocausto.

Ay de aquel que intente apagar este sublime entusiasmo y sofocar con doctrinas desoladoras el instinto moral de un pueblo, que es el fundamento de todas las acciones magnánimas.

Vosotros, representantes del pueblo, debéis hacer triunfar las verdades que acabamos de desarrollar. Debéis saber desafiar los clamores insensatos de la ignorancia presuntuosa o de la perversidad hipócrita.

¿Cuál es, pues, la depravación con que estábamos rodeados cuando nos faltaba incluso el valor de proclamar las verdades?

¿Acaso podrá creer la posteridad que las facciones vencidas habían llevado su osadía hasta el punto de acusarnos de moderantismo y de aristocracia, por el solo hecho de haber recordado la idea de la divinidad y

de la moral? ¿Cómo podrá creer todo lo que se ha osado decir, incluso en esta misma sala, cosas tales como que habíamos hecho retroceder a la razón humana varios siglos? ¡Y tenían la desvergüenza de invocar la razón estos monstruos que afilaban contra vosotros sus puñales sacrílegos!

Sin duda alguna, todos aquellos que defendían vuestros principios y vuestra dignidad estaban destinados, obligatoriamente, a ser los objetos de su furor.

No os asombréis si todos los malvados, aliados contra vosotros, parecen querer prepararos la cicuta. ¡Pero, antes de bebería, salvaremos la patria!

La nave que conduce la fortuna de la República no está destinada a naufragar: avanza bajo vuestros auspicios y las tempestades se verán obligadas a respetarla.

Descansad, pues, tranquilamente sobre las bases inmutables de la justicia, y reavivad la moral pública. Clamad contra la cabeza de los culpables; y lanzad la cólera contra vuestros enemigos.

¡Quién es el insolente que, después de haberse arrastrado a los pies de un rey, se atreve a insultar la majestad del pueblo francés en la persona de sus representantes!

Preparad la victoria, pero sobre todo, obligad al vicio a que se sumerja en la nada.

Los enemigos de la República son todos los hombres corrompidos. El patriota no es más que un hombre probo y magnánimo, en toda la amplitud de este término.

Poca cosa es aniquilar reyes: lo que importa es hacer respetar a todos los pueblos el carácter del pueblo francés.

Sería inútil que llevásemos a los confines del mundo la fama de nuestras armas, si todas las pasiones desgarran impunemente el seno de nuestra patria. Debemos desconfiar incluso del entusiasmo por nuestros éxitos.

Seamos fuertes frente a los fracasos y modestos frente a los triunfos; establezcamos entre nosotros la paz y la felicidad por medio de la sabiduría y de la moral. Éste es el verdadero objetivo de nuestro trabajo; ésta es la empresa más heroica y más difícil^[86].

EL DISCURSO DEL 8 DE TERMIDOR^[87]

Aquel día^[88] había caído sobre Francia una impresión profunda de calma, de alegría, de moderación y de bondad. Al ver aquella sublime reunión del primer pueblo del mundo, ¿quién hubiera podido creer que todavía existía el crimen sobre la tierra?

Pero cuando el pueblo —delante del cual desaparece todo vicio particular— regresó a sus trabajos domésticos, reaparecieron los intrigantes, y comenzó de nuevo la lista de los charlatanes. Precisamente a partir de aquella época se les vio agitarse con renovada audacia, al intentar castigar a todos aquellos que habían descubierto los complots más peligrosos. En la cima de la alegría pública, ¿quién podría creer que algunos hombres habían contestado con signos de furor a las conmovedoras aclamaciones del pueblo? ¿Quién podría creer que el presidente de la Convención Nacional, mientras hablaba al pueblo reunido, fuese insultado por ellos, y que estos hombres fuesen representantes del pueblo?

Este hecho explica por sí sólo todos los acontecimientos que le han seguido. La primera tentativa que los malvados llevaron a cabo fue la de intentar envilecer los grandes principios que vosotros habíais proclamado, y pretender olvidar el conmovedor recuerdo de la fiesta nacional^[89]. Tal fue el objetivo de la huella y de la solemnidad que se dio a lo que fue denominado el caso «Catherine Théot^[90]». La malicia ha sabido sacar provecho de la conspiración política oculta bajo el nombre de algún devoto imbécil, y a la atención pública fue presentada solamente una farsa mística y una fuente inextinguible de sarcasmos indecentes o pueriles. Pero los verdaderos conjurados huyeron, y se hacía resonar a París y a Francia entera con el nombre de la «madre de Dios». Contemporáneamente empezaron a

aparecer una multitud de desagradables libelos, dignos del «Père Duchesne», cuyo objetivo era envilecer la Constitución Nacional y el Tribunal Revolucionario, de comenzar de nuevo las contiendas religiosas e iniciar una persecución tan atroz como inoportuna contra los espíritus débiles o crueles, empapados por recuerdos supersticiosos.

En efecto, en ocasión de aquella vicisitud se arrestó a una multitud de pacíficos ciudadanos, e incluso patriotas. Mientras tanto, los culpables conspiraban todavía con libertad; puesto que el plan consistía en cuidarlos, en atormentar al pueblo y en multiplicar los descontentos.

¿Y qué se hizo para conseguir esta finalidad? Predicaciones abiertas del ateísmo, inopinadas violencias contra el culto, vejaciones cometidas de la manera más indecente, persecuciones dirigidas contra el pueblo con el pretexto de perseguir la superstición; un sistema de carestía, causado primero por los acaparamientos, después por la lucha suscitada contra todo comercio lícito con el pretexto de perseguir los acaparamientos; la encarcelación de los patriotas: todo tendía a este objetivo.

Al mismo, tiempo, la Tesorería Nacional suspendía los pagos; y con maquiavélicos proyectos, se reducía en la desesperación a los pequeños acreedores del Estado; para hacerles firmar empresas ruinosas para sus intereses, se utilizaba la violencia y la astucia, incluso en nombre de la ley que desaprobaba aquella maniobra. Se utilizaba con avidez toda ocasión para vejar al ciudadano, y toda vejación se enmascaraba, como de costumbre, bajo los pretextos del bien público.

Se servía a la aristocracia, pero se la inquietaba; se la asustaba con arte a fin de aumentar el número de descontentos e impulsarla en un acto de desesperación contra el gobierno revolucionario. Se decía públicamente que Hérault, Danton, Hébert, habían sido víctimas del Comité de Salud Pública y que era necesario vengarles con la ruina de este Comité. Se quería favorecer a los jefes de las fuerzas armadas; se perseguía a los magistrados de la Comuna y se hablaba de llamar a Pache^[91] a las funciones de síndico. Y mientras tanto, algunos representantes del pueblo utilizaban públicamente aquel lenguaje, mientras tanto se esforzaban por persuadir a sus colegas de que sólo podrían encontrar la salvación en la ruina de los miembros del Comité; mientras tanto, algunos jurados del Tribunal Revolucionario que

habían tramado escandalosamente en favor de los conjurados acusados por la Convención, decían por todas partes que era necesario resistir a la opresión y que había veinte mil patriotas dispuestos a derribar al gobierno actual; éste es el lenguaje utilizado por los periódicos extranjeros —los cuales, en todos los momentos de crisis, han anunciado fielmente los complots que estaban a punto de llevarse a cabo entre nosotros—, cuyos adyutores parecían estar relacionados con los conjurados.

Los criminales necesitan una sublevación. Por eso reunieron en aquella ocasión a todos los malvados de la República que la asolaban, junto con Chaumette y Hébert; aquéllos a quienes vosotros habíais mandado comparecer, con vuestro decreto, delante del Tribunal Revolucionario.

Querían hacer odioso al gobierno revolucionario para preparar su destrucción. Después de haber mandado por sí mismos todas las órdenes y de haber dirigido todo el reproche —con un general y secreto plan de calumnias—, contra los que querían arruinar, se debía haber destruido el Tribunal Revolucionario, o bien componerlo de conjurados; se debía llamar a la aristocracia, ofrecer la impunidad a todos los enemigos de la patria; y mostrar al pueblo a sus más celosos defensores como los autores de todos los males del pasado. Si conseguimos —decían los conjurados— lo que nos hemos propuesto, será necesario que después nos opongamos a este estado de cosas, será preciso usar una extremada indulgencia.

Éste es el santo y seña que une a toda la conspiración.

Pero ¿cuáles eran los crímenes atribuidos a Danton, a Fabre, a Desmoulins? Los de predicar la clemencia para los enemigos de la patria y conspirar para asegurarles un perdón fatal para la libertad. ¿Qué se diría si los autores del complot de que he hablado fuesen del tipo de aquellos que han conducido a Danton, a Fabre y a Desmoulins al patíbulo?

¿Y qué hacían los primeros conjurados? Hébert, Chaumette y Ronsin hacían todo lo posible para hacer insoportable y ridículo al gobierno revolucionario, mientras que Camille Desmoulins lo atacaba con escritos satíricos, y Fabre y Danton intrigaban para defenderle. Unos calumniaban, otros preparaban los pretextos para la calumnia.

Hoy se continúa abiertamente el mismo sistema. ¿Por qué fatalidad los que protestaron contra Hébert defienden hoy a sus cómplices? ¿Cómo es

posible que los que se declaraban enemigos de Danton se hayan convertido hoy en sus imitadores? ¿Por qué los que acusaban públicamente a algunos miembros de la Convención están ahora aliados a aquéllos contra los patriotas a los que se quiere arruinar?

¿En manos de quién se encuentran hoy el ejército, las finanzas y la administración interna de la República? En las manos de la coalición que me persigue.

Todos los que creen en los principios, carecen de toda influencia; pero todavía no les basta con haber conseguido quitar de en medio a un vigilante incómodo, con grave daño para el bien público^[92]; su sola existencia sigue siendo para ellos un motivo de terror; y han urdido en las tinieblas, a espaldas de sus colegas, el proyecto para quitarle, con la vida, el derecho de defender al pueblo.

¡Oh, la vida! ¡Se la entregaría sin pena! Tengo la experiencia del pasado y adivino el porvenir. ¿Qué amigo de la patria puede querer sobrevivir en el momento en que ya no está permitido servirla ni defender la inocencia oprimida? ¿Para qué vivir en un estado de cosas en que triunfa la intriga sobre la verdad, en que la justicia es una mentira, en que las más viles pasiones y los más ridículos temores ocupan en los corazones el lugar de los sagrados intereses de la humanidad? ¿Cómo soportar el suplicio de ver esta repugnante sucesión de traidores más o menos hábiles para ocultar sus horrorosas almas tras el velo de la virtud, e incluso de la amistad, pero que dejan a la posteridad la dificultad de decidir cuál es el más vil y el más atroz de todos los enemigos de mi país?

Al ver la multitud de vicios que el torrente de la Revolución ha mezclado confusamente con las virtudes cívicas, he temido, lo confieso, la posibilidad de quedar manchado —delante de los ojos de la posteridad— por la impura vecindad de los hombres perversos que se mezclan entre los amigos sinceros de la humanidad. Y me complace ver que el furor de los Verres y de los Catilina de mi país está trazando una profunda línea de demarcación entre éstos y las personas honestas.

He visto, en la Historia, que todos los defensores de la libertad han sido oprimidos por la calumnia; pero también sus opresores han muerto. Los buenos y los malos desaparecen de la tierra: pero en condiciones muy

diferentes. Franceses, no debéis permitir que vuestros enemigos osen desmoralizar vuestro ánimo y debilitar vuestras virtudes con su doctrina funesta. No, Chaumette, no, la muerte no es un sueño eterno^[93]. Ciudadanos, borrad de las tumbas esta máxima, cincelada por manos sacrílegas, que corre un fúnebre velo sobre la naturaleza, que desmoraliza la inocencia oprimida, que insulta a la muerte: grabad, más bien, ésta otra: «La muerte es el comienzo de la inmortalidad».

Hace tiempo que prometí dejar un temible testamento a los opresores del pueblo. Lo haré público en este momento, con la independencia que conviene a la situación en que me encuentro: les entrego en herencia la terrible verdad y la muerte.

Representantes del pueblo francés, es hora de recobrar de nuevo el orgullo y la nobleza de carácter que os corresponden. No estáis hechos para ser dirigidos, sino para dirigir a los depositarios de vuestra confianza. Los honores que éstos os deben no consisten en vanas adulaciones interesadas o en declamaciones serviles que los ministros ambiciosos prodigan a los reyes, sino en la verdad, y sobre todo, en el profundo respeto hacia vuestros principios.

Os han dicho que en la República todo marcha bien: yo lo niego. ¿Por qué aquellos que anteayer os auguraban tan terribles tormentas, ayer no veían más que nubes ligeras? ¿Por qué aquellos que hace poco decían «Os declaro que caminamos sobre dos volcanes» hoy creen que caminan sobre, rosas? Ayer creían en las conspiraciones: yo os digo que creo en ellas en este momento.

Aquellos que os dicen que la instauración de la República es una empresa fácil, os engañan; o mejor dicho, ya no pueden engañar a nadie. ¿Dónde están las sabias instituciones, dónde está el plan de regeneración que justificaría este lenguaje ambicioso? ¿Acaso se han ocupado un sólo instante de aquel gran argumento? ¿Qué digo? ¿No se quería proscribir a aquellos que lo habían preparado? Hoy los alaban porque los creen más débiles que ellos, por la misma razón los proscribirán mañana mismo si se vuelven más fuertes.

En cuatro días —se dice— las injusticias serán reparadas: entonces, ¿por qué han sido cometidas impunemente durante cuatro meses? ¿Cómo

podrán castigar o expulsar, en cuatro días, a todos los autores de nuestros males?

A menudo hablan de vuestras victorias^[94] con tal énfasis académico, que harían creer que no han costado ni sangre ni trabajo a nuestros héroes: si fueran narradas con menos pompa parecerían más grandes. No dominaremos Europa ni con frases retóricas ni con gestas guerreras, sino con la sabiduría de nuestras leyes, con el poder de nuestras deliberaciones y con la magnanimidad de nuestro carácter.

¿Qué se ha hecho para convertir nuestros éxitos militares en beneficios para nuestros principios, para prevenir los peligros de la victoria o para asegurar sus frutos? Vigilad la victoria, vigilad lo que ocurre en Bélgica. Os advierto que vuestro decreto contra los ingleses ha sido violado continuamente^[95]; que Inglaterra, tan maltratada por nuestros discursos, es tratada con todo miramiento por nuestras armas. Os advierto que las comedias filantrópicas interpretadas por Dumouriez en Bélgica se han repetido hoy; que se divierten plantando estériles árboles de la libertad en suelo enemigo en lugar de recoger los frutos de la victoria; y que los esclavos vencidos están siendo favorecidos a expensas de la República victoriosa. Nuestros enemigos se retiran y nos dejan con nuestros contrastes internos. Pensad en llevar a buen término la campaña, temed la facciones internas; ¡temed las intrigas favorecidas por el alejamiento en una tierra extranjera!

Se ha sembrado la división entre los generales^[96], la aristocracia militar está protegida; los generales fieles son perseguidos; la administración militar se envuelve con una autoridad sospechosa, han sido violados vuestros decretos para sacudir el yugo de una vigilancia necesaria. Estas verdades bien valen algunas precisiones.

Nuestra situación interna es más crítica todavía. Todavía está por crear un sistema financiero razonable. Quien manda hoy es mezquino, pródigo, embrollador, voraz y, de hecho, absolutamente independiente de vuestra suprema vigilancia. Las relaciones exteriores se han descuidado por completo. Casi todos los funcionarios destacados cerca de potencias extranjeras —desacreditados por su espíritu antipatriótico— han traicionado

abiertamente a la República, con una audacia que todavía hoy no ha sido castigada.

El gobierno revolucionario merece toda vuestra atención: si dejáis que hoy sea destruido, mañana la libertad ya no existirá. No debéis calumniarlo, sino llamarlo a sus principios, simplificarlo, disminuir la innumerable multitud de sus funcionarios y, sobre todo, depurarlos: hay que devolver la seguridad al pueblo, pero no a sus enemigos.

No os propongo, ciertamente, que entorpezcáis la justicia del pueblo con nuevas formalidades; la ley penal necesariamente tiene que tener algo de vago, puesto que —al ser el disimulo y la hipocresía los caracteres principales de los conspiradores actuales— es necesario que la justicia pueda alcanzarles bajo todas las formas. Si se dejase impune una sola manera de conspirar, la seguridad de la patria se vería comprometida y sería ilusoria.

La garantía del patriotismo no reside, pues, ni en la lentitud ni en la debilidad de la justicia nacional, sino en los principios y en la integridad de aquéllos a quienes ha sido confiada, en la buena fe del gobierno, en la franca protección que concede a los patriotas y en la energía con que reprime a la aristocracia; en el espíritu cívico, en determinadas instituciones morales y políticas que, sin obstaculizar el camino de la justicia, ofrecen una salvaguardia a los buenos ciudadanos oprimiendo las pasiones perversas y su influencia sobre la opinión pública y sobre la dirección de la marcha revolucionaria, instituciones que os serán propuestas cuando las conspiraciones más inminentes permitan respirar un poco a los amigos de la libertad.

Guiemos, pues, la acción revolucionaria por medio de máximas sabias, mantenidas constantemente; castigemos severamente a los que abusan de los principios de la Revolución para vejar a los ciudadanos; convenzámonos realmente de que todos aquellos que se han encargado de la vigilancia nacional, desprovistos de todo espíritu partidista, desean el triunfo del patriotismo y el castigo de los culpables.

Que todo vuelva al orden; pero si se intuyese que alguna persona demasiado influyente desea en secreto la destrucción del gobierno revolucionario, que se indina más por la indulgencia que por la justicia; si

se empleasen funcionarios corrompidos, si calumniasen hoy a la única autoridad impuesta capaz de imponerla a los enemigos de la libertad y al día siguiente se retractasen para luego volver a intrigar; si, en lugar de restituir la libertad a los patriotas, la restituyesen indistintamente a los conspiradores, es que entonces todos los intrigantes se unen para calumniar a los patriotas y oprimirlos.

Hay que imputar los abusos a todas estas causas y no al gobierno revolucionario; porque no puede existir ningún abuso que —en las mismas circunstancias— no sea insoportable.

El gobierno revolucionario ha salvado a la patria; ahora es necesario salvarlo a él de todas sus dificultades: sería una mala conclusión el tener que destruirlo sólo por el hecho de que los enemigos del bien público lo hayan paralizado en sus principios y ahora se esfuercen en corromperlo. ¡Es una extraña manera de proteger a los patriotas, ésta de poner en libertad a los contrarrevolucionarios y favorecer el triunfo de los bribones! Solamente el terror hacia los criminales da seguridad a la inocencia.

Por lo demás, estoy muy lejos de imputar los abusos a la mayoría de aquéllos a quienes habéis dado vuestra confianza; esta misma mayoría ha sido paralizada y traicionada; la intriga y el extranjero triunfan.

Se oculta, se disimula y se engaña: así, pues, se conspira. Antes eran atrevidos, preparaban un gran acto de opresión; se rodeaban de fuerza para reprimir a la opinión pública después de haberla irritado. Ahora, por el contrario, intentan seducir a los funcionarios públicos cuya fidelidad se teme; persiguen a los amigos de la libertad: así, pues, se conspira.

Repentinamente se hacen dóciles, y luego aduladores; siembran secretamente peligrosas insinuaciones contra París; intentan adormecer a la opinión pública; calumnian al pueblo; consideran la solicitud cívica como un crimen; no rechazan a los desertores, a los prisioneros enemigos, contrarrevolucionarios de todo tipo que se reúnen en París, y, en cambio, alejan a los artilleros; desarman a los ciudadanos, intrigan en el ejército; intentan adueñarse de todo: así, pues, conspiran.

En estos últimos días se intentó engañaros *acerca* de las conspiraciones; hoy las niegan; creer en ellas es incluso un crimen. Se os asusta y se os tranquiliza alternativamente. ¡Ésta es la verdadera conspiración!

La contrarrevolución se esconde en la administración financiera.

Se apoya totalmente en un sistema de innovaciones contrarrevolucionarias, enmascaradas por el patriotismo. Sus objetivos son fomentar las especulaciones, quebrantar el crédito público deshonrando la lealtad francesa, favorecer a los acreedores ricos, arruinar y reducir a la desesperación a los pobres, multiplicar los descontentos, despojar al pueblo de los bienes nacionales y conducirlos insensiblemente hacia la ruina de la fortuna pública.

¿Quiénes son los supremos administradores de nuestras finanzas? Brissotinos, fuldenses, aristócratas y bribones conocidos: son los Cambon, los Mallarmé, los Ramel^[97]; son los compañeros y los sucesores de Chabot, de Fabre y de Julien (de Tolosa)^[98].

Para disimular sus criminales proyectos han procurado, en los últimos tiempos, actuar a través del Comité de Salud Pública, porque no dudaban de que el Comité, distraído por trabajos mucho más importantes, adoptarla con total confianza, como quizás ha sucedido, todos los proyectos de Cambon. Es una nueva estratagema para multiplicar los enemigos del Comité, cuya ruina constituye el principal objetivo de todas las conspiraciones.

La Tesorería Nacional, dirigida por un hipócrita contrarrevolucionario llamado l'Hermina, secunda perfectamente sus puntos de vista adoptando el plan de poner obstáculos a todos los gastos urgentes, con el pretexto de respetar escrupulosamente los trámites; de no pagar a nadie, excepto a los aristócratas; y de vejar a los ciudadanos pobres con negativas, con retrasos y a menudo con odiosas provocaciones.

La contrarrevolución está en todos los sectores de la economía pública. Los conspiradores nos han obligado, a pesar nuestro, a tomar medidas enérgicas, que sólo sus crímenes han hecho necesarias, y han reducido a la República a la más tremenda carestía, que la habría matado de hambre de no ser por el concurso de los más inesperados acontecimientos...

El pueblo se indignará, pero se dirá que es obra de una facción; la facción criminal continuará exasperándolo: intentará separar al pueblo de la Convención Nacional. A fuerza de atentados, se espera conseguir los tumultos, en los que los conjurados harán intervenir a la aristocracia y a

todos sus cómplices para matar a los patriotas y restablecer la tiranía. Ésta es una parte del plan de la conspiración.

¿A quién hay que imputar estos males? A nosotros mismos, a nuestra cobarde debilidad hacia el crimen y a nuestro culpable abandono de los principios que nosotros hemos proclamado.

No nos engañemos; fundar una inmensa República sobre las bases de la razón y de la igualdad, tener atadas con un vigoroso vínculo a todas las partes de este imperio, no es una empresa que pueda ser llevada a cabo con ligereza: es la obra maestra de la virtud y de la razón humana.

Del seno de una gran revolución siempre nacen multitud de facciones. ¿Cómo reprimirlas sino sometiendo incesantemente todas las pasiones a la justicia? Para garantizar la libertad contáis solamente con la observación rigurosa de los principios y de la moral universal, que habéis proclamado. Si no reina la razón, reinarán, sin duda, el crimen y la ambición. Sin la razón, la victoria no es más que un instrumento de ambición y un peligro para la misma libertad: un fatal pretexto del que abusa la intriga para adormecer al patriotismo a los bordes del precipicio. Sin la razón, ¿qué importancia tiene la victoria? La victoria no hace más que dar armas a la ambición, adormecer al patriotismo, despertar el orgullo y cavar con sus resplandecientes manos la tumba de la República. ¿Qué importa que nuestros ejércitos rechacen a los esbirros del rey si retrocedemos ante los vicios destructores de la libertad pública? ¿Qué nos importa vencer a los reyes si después somos vencidos por los vicios que conducen a la tiranía? Ahora bien, ¿qué hemos hecho contra ellos, de un tiempo a esta parte? Solamente hemos fijado precios elevados.

¿Qué no se ha hecho, por el contrario, entre nosotros para protegerlos? ¿Qué hemos hecho para destruirlos? Nada, puesto que levantan insolentemente la cabeza y amenazan impunemente a la virtud. Nada, puesto que el gobierno ha retrocedido ante las facciones, y éstas encuentran protectores entre los depositarios de la autoridad pública. Aguardemos, pues, todos los males, desde el momento en que les hemos abandonado a su libre gobierno.

En el camino en que nos hallamos, detenerse antes de llegar al final significa perecer; y nosotros hemos retrocedido vergonzosamente. Habéis

ordenado el castigo de algunos malvados, autores de todos los males; pero éstos se atreven a poner resistencia a la justicia nacional y así, se les sacrifican los destinos de la patria y de la humanidad.

Esperemos, pues, todas las calamidades que puedan ocasionar las facciones que se agitan libremente. En medio de pasiones tan violentas y de un imperio tan vasto, los tiranos —cuyos ejércitos se han dado a la fuga, pero todavía no han sido cercados ni exterminados— se retiran para dejarnos expuestos a los contrastes que ellos mismos suscitan y a un ejército de agentes criminales que ni siquiera sabéis reconocer.

Dejad, pues, por un momento, las riendas de la Revolución, y veréis cómo el despotismo militar se adueña de ellas y al jefe de las facciones destruyendo la representación nacional envilecida.

Un siglo de guerras civiles y de calamidades asolará nuestra patria y nosotros pereceremos por no haber querido atrapar un momento señalado de la Historia para fundar la libertad; entregaremos nuestra patria a un siglo de calamidades y las maldiciones del pueblo se dirigirán a nuestra memoria, que debería ser respetada por el género humano.

... Pueblo, acuérdate de que si la justicia no reina en la República con un dominio absoluto y si esta palabra no significa amor a la igualdad y a la patria, entonces la libertad será un nombre vano. Pueblo, tú que eres temido, adulado y despreciado; tú, soberano reconocido a quien se trata siempre como a un esclavo, recuerda que, en donde no reina la justicia, reinarán solamente las pasiones de los magistrados; ¡y que el pueblo ha cambiado de cadenas, pero no de destino!

Recuerda que existe en tu seno una liga de traidores que lucha contra la virtud pública; que tiene más influencia que tú sobre tus propios asuntos, que te teme y te adula cuando estás en masa, pero te proscribe individualmente en la persona de todos los buenos ciudadanos.

Recuerda que, lejos de sacrificar este puñado de bribones en tu bien, tus enemigos quieren sacrificarte a ti a este puñado de bribones, que son los autores de todos nuestros males y los únicos obstáculos para la prosperidad pública.

Debes saber que todo hombre que se levante para defender la causa y la moral pública, se verá abrumado por los insultos y proscrito por los

bribones. Debes saber que todo amigo de la libertad será colocado siempre entre un deber y una calumnia; y que quien no pueda ser acusado de traición será acusado de ambición; que la influencia de la probidad y de los principios será puesta en tela de juicio por la fuerza de la tiranía y por la violencia de las facciones; que tu confianza y tu estima serán títulos de proscripción para tus amigos; que el grito del patriotismo oprimido será llamado grito de sedición y que, no osando atacarte en masa, se te proscribe en privado en la persona de todos los buenos ciudadanos, hasta que los ambiciosos hayan organizado su tiranía. Tal es, en efecto, el poder de los tiranos armados contra nosotros, tal es la influencia de su liga con todos los hombres corrompidos, siempre dispuestos a servirles.

Así pues, los infames nos imponen la ley de traicionar al pueblo, bajo pena de ser llamados traidores. ¿Nos adheriremos a esta ley? No: defenderemos al pueblo, aún a riesgo de ser considerados como tales. Que ellos suban al patíbulo por el camino del crimen y nosotros por el de la virtud.

¿Diremos que todo va bien? ¿Continuaremos alabando, por costumbre o por práctica, lo que está mal? Actuando así arrumaremos a la patria.

¿O bien revelaremos los abusos ocultos? ¿Denunciaremos a los traidores? Entonces nos dirán que quebrantamos la autoridad constituida; que queremos adquirir una influencia personal a sus expensas.

¿Qué haremos, pues? Cumpliremos con nuestro deber. ¿Qué se le puede objetar a aquel que quiere decir la verdad y que está dispuesto a morir por ella?

Digamos, pues, que existe una conspiración contra la libertad pública; que ésta debe su fuerza a una coalición criminal que intriga incluso en el seno de la Convención; que esta coalición tiene cómplices en el Comité de Seguridad General y en las oficinas de este Comité, que estos cómplices dominan; que los enemigos de la República han opuesto este Comité al Comité de Salud Pública y, de esta manera, han constituido dos gobiernos; que incluso algunos miembros del Comité de Salud Pública entran en este complot; y que dicha coalición intenta arruinar a los patriotas y a la patria.

¿Cuál es el remedio a este mal? Castigar a los traidores, renovar las oficinas del Comité de Seguridad General, depurar el propio Comité y

subordinarlo al Comité de Salud Pública; depurar el mismo Comité de Salud Pública; constituir la unidad del gobierno bajo la autoridad de la Convención Nacional, que es él centro y el juez, y aplastar, así, con el peso de la autoridad nacional, todas las facciones, para levantar de sus ruinas el poder de la justicia y de la libertad.

Éstos son los principios. Si es imposible invocarlos sin pasar por ambicioso, sacaría en conclusión que los principios están proscritos y que la tiranía reina entre nosotros, pero no que yo deba acallarlos: pues, ¿qué se le puede objetar a un hombre que tiene razón y que sabe morir por su país?

Estoy hecho para combatir el crimen, no para gobernarlo. Aún no ha llegado la hora en que los hombres honestos podrán servir impunemente a la patria. Los defensores de la libertad serán siempre proscritos mientras domine la horda de traidores.

ÍNDICE BIOGRÁFICO

BAILLY (Jean Sylvain), nació en 1736 y murió guillotinado en 1793. En 1783 entró en la Academia francesa por sus estudios de astronomía y al estallar la Revolución ya gozaba de una relevante reputación política. En 1789 fue elegido alcalde de París, pero perdió totalmente el apoyo del pueblo el 17 de julio de 1791 al ordenar disparar contra la multitud en el Campo de Marte; el 12 de noviembre del mismo año abandonó la alcaldía. Dos años más tarde compareció ante el Tribunal Revolucionario y fue condenado a muerte.

BIRON (Armand Louis de Gontaud, duque de), nació en Paris en 1747. Después de pasar por diversas graduaciones en el ejército francés fue elegido diputado por la nobleza de Quercy en 1789. En 1792 era lugarteniente general y comandante del ejército del Rin, y en 1793 comandante del ejército del Oeste. Fue detenido en julio de 1793 y guillotinado.

BOUILLÉ (François Claude, marqués de), nació en Cluzel-Saint-Elbe en 1739 y murió en Londres en 1800. A los 14 años entró en el ejército y en 1761 ya era coronel, siendo nombrado en 1768 gobernador de la isla de Guadalupe y en 1777 gobernador de las islas du Vent. Lugarteniente general en 1782; en 1789 fue designado para el mando militar de Trois-Evéques, al que se unió el mando de Alsacia, del Franco Condado y de Lorena. En 1790 fue nombrado general en jefe del ejército del Meuse, Sarre y Mosela. En 1791 contribuyó a organizar la huida del rey. El 22 de junio pasó la frontera con varios oficiales y el ejército rebelde le ofreció diferentes mandos, los

cuales rechazó. Más tarde entró al servicio de Gustavo III, en Suecia, y posteriormente se incorporó al ejército de Condé.

BRISOT (Jacques Pierre, llamado Brisot de Warville), nació en Chartres en 1754 y fue guillotinado en París en 1793. Periodista y panfletista; fue encerrado en la Bastilla en 1784 a causa de un libelo contra la reina; no obstante, cuatro meses después, ocupó un puesto en las oficinas del duque de Orleans con el que tramó un complot que le obligó a refugiarse en América, donde estudió los medios para la emancipación de los negros. De regreso a París fue elegido diputado en la Asamblea Legislativa, en donde proclamó la igualdad de derechos para los hombres de color. En 1788 fundó la Sociedad de los Amigos de los Negros. Votó por la guerra, «cruzada de la libertad universal», contando con que los pueblos se levantarían en contra de la opresión de los reyes lo cual, por otra parte, era una garantía para la Revolución. Fue diputado de Eure-et-Loire en la Convención, y uno de los jefes de los girondinos. Votó la muerte de Luis XVI con la condición de que fuera ratificada por el pueblo. En 1793 publicó un folleto contra la Montaña al cual contestó Desmoulins acusándolo de concusionario y decretándose, con tal motivo, su detención y condena a muerte.

BRUNSWICK (Charles, duque de), nació en Wolfenbüttel en 1735 y murió en Ottensen en 1806. Hijo del Duque Carlos, de la dinastía Brunswick; hizo sus primeras armas al lado de su tío Federico el Grande de Prusia. Participó en la Guerra de los Siete Años al servicio de Prusia. Fue considerado como uno de los mejores generales europeos y estuvo al frente de las tropas que invadieron Francia en 1792. Lanzó un ultimátum a los franceses en nombre de las potencias aliadas: el llamado manifiesto de Brunswick, en el que amenazaba con llevar a París «una ejecución militar y una subversión total» en caso de nacerse el mínimo ultraje a la familia real. Este manifiesto irritó a los parisienses y a la Asamblea Legislativa y culminó con la caída del trono el 10 de agosto de 1792. Inició negociaciones secretas con Danton, pero su ejército se vio diezmado por la disentería y se retiró después del ataque de Valmy llevado a cabo por Dumouriez. En 1793 recobró Maguncia, pero fue vencido por Hoche en Geisberg y, al no ponerse de

acuerdo con el general austríaco Wurmser, dimitió de su cargo que no reemprendió hasta 1806, poco antes de morir.

CAMBON (Joseph), nace en Montpellier en 1756 y muere cerca de Bruselas, en 1820. En su ciudad natal fue comerciante, siendo elegido diputado de Hérault en la Asamblea Legislativa y más tarde en la Convención. Fue miembro del primer Comité de Salud Pública (abril-julio de 1793), y presidente del Comité de Finanzas hasta abril de 1795. Se aplicó a controlar los mercados de abastecimientos, aceleró la venta de los bienes nacionales pero no pudo evitar la inflación. Su nombre va unido a dos medidas de capital importancia: el decreto del 15 de diciembre de 1792 que transformó la guerra de liberación en guerra de conquista y organizó la explotación financiera de los países anexionados; la institución del *grand livre de la dette publique* el 24 de agosto de 1793. Unido a la política de la Montaña se opuso, no obstante, a la creación del Tribunal Revolucionario y a la proscripción de los girondinos. El 8 de termidor, en la Convención, provocó el primer voto hostil a Robespierre. Siendo perseguido, se ocultó hasta la amnistía del año IV.

CARNOT (Lazare), nació en Nolay en 1753 y murió en Magdebourg en 1823. En 1773 comienza la carrera militar y escribe sobre la técnica y otras cuestiones más amplias. Su nombramiento en Arras le permite demostrar sus cualidades de hombre de sociedad. Debido a sus comienzos difíciles a causa de su modesta extracción, apoya a la Revolución por indignación contra la injusticia. Encarna los méritos y las pretensiones de la burguesía con talento; es elegido en la Asamblea Legislativa, en donde es miembro del Comité de Instrucción Pública. La guerra le ofrece de nuevo ocasión para demostrar sus cualidades: organiza y administra el ejército del Mediodía. Su gran triunfo es la victoria de Wattignies, el 16 de octubre de 1793. Su inmensa autoridad reposa en la del Comité de Salud Pública, pero acaba por separarse de Robespierre y Saint-Just, siendo uno de los autores del 9 de termidor.

CLAVIÈRE (Étienne), nació en Génova en 1735 y murió en París en 1793. Financiero de origen helvético, banquero en Ginebra, se expatrió después de la Revolución Aristocrática de 1782 y se instaló en París, en donde se

ocupó de las finanzas. Aliado de Mirabeau, atacó vivamente a Necker y fue elegido en la Asamblea Legislativa; durante el primer ministerio girondino (marzo-junio de 1792) fue llamado al Ministerio de Finanzas. En 1793 fue acusado junto con los girondinos y escapó de la guillotina suicidándose.

CLOOTS (Jean-Baptiste du Val de Grâce, barón de), llamado Anacharsis Cloots; nació en Gnadenthal en 1755 y murió en París en 1794. Vivió en París desde 1776 y participó en el movimiento enciclopedista. A partir de 1789 destacó por su ímpetu revolucionario en el Club Jacobino. Se declaraba «ciudadano de la humanidad» y en 1792 preconizó una cruzada para establecer una república universal. Fue uno de los jefes de la facción hebertista y participó en la descristianización. Murió guillotinado, acusado de haber participado en la conjura hebertista.

CONDÉ (Louis Joseph, príncipe de), nació y murió en París en 1736 y 1818. Se distinguió como hombre de armas en la Guerra de los Siete Años. Se denominó liberal y protestó contra la política de Maupeou hacia los parlamentos; votó las reformas de la Asamblea de los Notables de 1787. Fue gobernador de Borgoña y realizó muchas mejoras en el país en materia de vías de comunicación. No obstante, fue de los primeros en rechazar la Revolución y al ser tomada la Bastilla emigró a los Países Bajos. En 1792, al estallar la guerra, organizó el «ejército de Condé», que se convirtió en el símbolo contrarrevolucionario.

CONDORCET (Marie Jean Antoine de Caritat, marqués de), nació en Ribemont en 1743 y murió en Bourg-la-Reine en 1794. Filósofo, matemático y político, entró en la Academia de Ciencias por sus trabajos matemáticos y en 1773 se convirtió en secretario de esta institución. Colaboró en la Enciclopedia junto a Voltaire y en 1782 entró a formar parte de la Academia Francesa. En 1789 fue reconocido heredero de los pensadores del siglo XVII y jefe del «partido filosófico». Siendo diputado en la Asamblea Legislativa y en la Convención, elaboró un plan de organización de la instrucción pública y un proyecto de constitución. Amigo de los girondinos, sin pertenecer al partido, fue acusado en julio de 1793, siendo detenido en Clamait y encerrado en la prisión de Bourg-

l'Égalité (Bourg-la-Reine), en donde escribió sobre temas filosóficos hasta que puso fin a su vida envenenándose.

CUSTINE (Adam Philippe, conde de), nació en Metz en 1740 y murió en París en 1793. En 1762 fue coronel del Regimiento de Dragones el cual estaba a su cargo; en 1780, su actuación en la guerra de América le valió el ascenso a mariscal de campo. Adoptó las ideas revolucionarias y en 1789 fue elegido diputado en los Estados Generales. En 1792 defendió Landau, tomó Espira, Worms y ocupó Maguncia, de la que tuvo que retirarse dejando allí a veinte mil hombres. Sometió al Comité de Salud Pública un plan diplomático-militar y fue nombrado general en jefe del ejército del Norte el 13 de mayo de 1793. Se le imputó la rendición de Condé y la pérdida de Maguncia y fue condenado a muerte como culpable de inteligencia con el enemigo.

CHABOT (François), nació en Saint-Geniez-d'Olt en 1756 y murió en París en 1794. Capuchino, más tarde vicario de Gregoria y después obispo constitucional de Blois, participó en la Asamblea Legislativa situado a la extrema izquierda y se distinguió por su animosidad contra la corte. Fue reelegido en la Convención y se dedicó a los negocios, después de casarse con la hermana del banquero austríaco Junius Frey. Comprometido en el escándalo de la Compañía de las Indias, se denunció a sí mismo al Comité de Salud Pública y se consideró prisionero. Fue juzgado y condenado al mismo tiempo que Danton y Desmoulins.

CHAUMETTE (Pierre Gaspard), nació en Nevers en 1763 y murió en París en 1794. En 1790 era uno de los más fogosos oradores del Club de los Cordeliers. Fue miembro de la Comuna del 10 de agosto de 1792 y reemplazó a Manuel en el cargo de procurador síndico. Desempeñó un papel decisivo, junto a Hébert, en la organización de las jornadas revolucionarias que impusieron a la Convención la proscripción de los girondinos y la institución del Terror. Se destacó por su anticatolicismo: mandó cerrar todas las iglesias y en Notre-Dame organizó la fiesta a la Razón. Era el jefe de la facción hebertista que amenazaba a Robespierre. Murió guillotinado.

DANTON (Georges Jacques), nació en Arcis-sur-Aube en 1759 y murió en París en 1794. Fue abogado del consejo del rey desde 1785 hasta 1791. En 1789 fue elegido presidente del distrito de los Cordeliers y en 1790 fundó el Club del mismo nombre. En 1790 era miembro de la Comuna y en enero de 1791 pertenecía al Directorio de París. Fue la cabeza de la agitación republicana que condujo a los fusilamientos del Campo de Marte. Cuando se produjo la invasión prusiana envió comisarios a provincias para exaltar el patriotismo y organizar levallas. Detuvo a tres mil sospechosos en París y negoció la neutralidad con Inglaterra. Fue elegido diputado de París en la Convención y se convirtió en uno de los jefes de la Montaña. Se pasó a la izquierda a causa de la hostilidad de los girondinos y, no obstante, prometió impedir el juicio del rey. Instigó el levantamiento de trescientos mil hombres, la creación del Tribunal Revolucionario, la institución del Comité de Salud Pública del que fue jefe hasta el 10 de julio de 1793. En el interior intentó una política de conciliación y en el exterior quiso desmembrar la coalición negociando en Londres, Berlín y Turin, renunciando a las fronteras naturales y haciendo proclamar a la Convención que la República «no se inmiscuiría en el gobierno de otras potencias». Como Robespierre, que le sustituyó en el Comité de Salud Pública en julio de 1793, se opuso a la descristianización de los hebertistas, pero se enfrentó a éste como jefe de la facción de los indulgentes que reclamaba el final del Terror. Para conseguir sus propósitos negoció con el exterior por lo que fue acusado, según un informe de Saint-Just, el 29 de marzo de 1794 y condenado a la guillotina el 5 de abril del mismo año.

DESMOULINS (Camille), nació en Guise en 1760 y fue ejecutado en París en 1794. Fue compañero de Robespierre en el Colegio Louis-le-Grand. En 1788 anunció la Revolución en un escrito titulado *Philosophie du peuple français*; en junio de 1789 escribió *La France libre*, violenta requisitoria contra el *Ancien Régime*. El 2 de julio del mismo año llamó a las armas a la multitud, ejerció gran influencia sobre la opinión revolucionaria por medio de sus discursos en el Club de los Cordeliers y, en especial, con sus publicaciones. Fue secretario de Danton y diputado de París en la Convención. En una campaña de prensa, en 1793, atacó a los girondinos

presentándolos como agentes de un complot anglo-prusiano para dividir a Francia en veinte o treinta repúblicas federadas. Cuando su periódico, «Le vieux Cordelier», apoyó a Danton y a los indulgentes, excitó la desconfianza de Robespierre y fue condenado, junto con los dantonistas, por el Tribunal Revolucionario.

DIETRICH (Philippe Frédéric, barón de), nació en Estrasburgo en 1748 y murió en París en 1793. Fue alcalde de su ciudad natal en 1790 y fue en su casa donde se cantó la «Marsellesa» por vez primera. Después del 10 de agosto emigró y a su regreso fue detenido y condenado a muerte.

DUMORIEZ (Charles François du Périer, llamado), nació en Cambray en 1739 y murió en Oxforshire en 1823. Formó parte del Servicio Diplomático Secreto de Luis XV y fue encargado de diversas misiones en España, Portugal, Hungría, Suecia, etc. En 1789 era jefe de la Guardia Nacional de Cherbourg; se inscribió en el Club de los Jacobinos en 1790 junto con Mirabeau, La Fayette y el duque de Orleáns. El 10 de marzo de 1792 fue nombrado ministro de Asuntos Exteriores y tuvo que dimitir el 16 de julio a causa del despido de tres ministros girondinos. Fue comandante en jefe del ejército del Norte y consiguió la retirada de los prusianos. Fue relevado de su cargo por la derrota de Neerwinden y se pasó a las filas austríacas al verse imposibilitado de atacar a la Asamblea. Deambuló por Europa aconsejando a las potencias y a los emigrados; en 1814 no fue admitido en Francia por los borbones.

FABRE D'ÉGLANTINE (Philippe Fabre, llamado), nació en Carcasona en 1750 y murió en París en 1794. Actor, poeta y hombre político, adoptó este nombre a raíz de una eglantina ganada en los juegos florales de Toulouse. Llegó a París en 1787 y adquirió buena reputación de autor dramático gracias a algunas comedias de actualidad política. Amigo de Danton y Desmoulins, orador en el Club de los Cordeliers, participó en la Comuna del 10 de agosto. Diputado de París en la Convención, participó en la creación del calendario republicano. Se vio comprometido en el escándalo de la Compañía de las Indias, que él mismo había denunciado, y fue acusado de corrupción. Se le condenó y guillotiné junto con los dantonistas.

FOUCHÉ (Joseph Fouché, duque de Otrante), nació en Pellerin, cerca de Nantes en 1759 y murió en Trieste en 1820. Fue alumno y cofrade del Oratorio, profesor en Niort, Arras y Nantes. Al dispersarse el Oratorio, tomó partido por la Revolución y se inscribió en los clubs. Elegido en la Convención en 1792, votó la muerte del rey y se situó en la Montaña. Se destacó por su celo en la descristianización y en Lyon dirigió, junto a Collot d'Herbois, masivas y sangrientas represalias contra los católicos. Llamado a Pans sospechoso de excesos y malversaciones, participó en la conspiración termidorista. Fue detenido en agosto de 1795, amnistiado después, y durante el Directorio se convierte en ministro de la policía.

GENSONNÉ (Armand), nació en Burdeos en 1758 y murió en París en 1793. Era abogado del Parlamento de Burdeos cuando fue elegido en la Asamblea Legislativa. Siendo informador del Comité Diplomático, hizo votar el decreto de acusación contra los hermanos del rey y la declaración de guerra al rey de Bohemia y Hungría. En la Convención, junto con Vergniaud y Guadet, entabló una lucha contra la Montaña. En el proceso a Luis XVI votó su muerte; propuso la ratificación del pueblo. Acusado de pacto con Dumouriez y con la familia real, fue detenido el 2 de junio de 1793 junto con otros jefes girondinos y ejecutado el 31 de octubre.

GORRAS (Antoine Joseph), nacido en Limoges en 1752 y ajusticiado en París en 1793. Fue autor de panfletos y en 1781 estuvo encarcelado en la Bastilla. En 1789 fundó el «Courrier de Versailles», que más tarde fue el «Courrier des 83 départements», hojas pintorescas en las que las masacres de septiembre fueron consideradas «necesarias». Siendo diputado en la Convención fue acusado, así mismo con los girondinos. Se le juzgó y ejecutó el 7 de octubre.

GUADET (Marguerite Elie), nació en Saint-Emilion en 1758 y murió en Burdeos en 1794. Fue diputado de la Gironda en la Asamblea Legislativa en 1791; junto con Vergniaud y Gensonné escribió a Luis XVI para pedir el regreso (después del 20 de junio) de los ministros girondinos. En la Convención votó por la muerte del rey con sobreseimiento y con la apelación al pueblo. En 1793 fue designado como uno de los veintidós

enemigos de la Revolución y acusado junto con los jefes girondinos. Huyó a Caen, en donde participó con el ejército federalista. Fue descubierto en Saint-Emilion y ejecutado en Burdeos.

HÉBERT (Jacques), nació en Alençon en 1757 y murió en París en 1794. En 1790 fundó «Le Père Duchesne», que fue el órgano principal de la Revolución extremista después del asesinato de Marat y la desaparición de «L'Ami du Peuple». Desde 1791 fue miembro influyente del Club de los Cordeliers y formó parte de la Comuna insurreccional del 10 de agosto. En 1792 sustituyó al procurador de la Comuna de París y luchó encarnizadamente contra los girondinos. En mayo de 1793 fue detenido por orden de la Comisión de los Doce y liberado a continuación de una amenazadora marcha de la Comuna hacia la Convención. Se convirtió en jefe de la facción ultrarrevolucionaria del partido de la Montaña, facción que tomó su nombre. Los hebertistas eran los dueños de la Comuna junto con el procurador síndico Chaumette y el alcalde de París Pache. Ocupaban el Ministerio de la Guerra y contaban entre ellos al poeta Ronsin, comandante del «ejército revolucionario», encargado de asegurar la ejecución de las leyes sobre las subsistencias; a Rossignol, general en jefe del ejército del Oeste; a refugiados extranjeros como Cloots; y a Hanriot, jefe de la guardia nacional de París. Los hebertistas, émulos y colaboradores de los *Enragés*, se convirtieron en sus herederos después de la eliminación de Jacques. Roux, reclamando la taxación, denunciando a los acaparadores, pregonando la socialización del comercio, la lucha de la gente pobre contra los ricos y la política del Terror. Organizaron las persecuciones anticatólicas e instituyeron el culto a la Razón. Hébert acusaba a Robespierre de moderado, minando su influencia en el interior del Club de los Jacobinos. Proyectaba una nueva insurrección en marzo de 1794 cuando Robespierre le hizo detener junto con Ronsin y otros. Acusados delante de la Convención por Saint-Just, fueron juzgados con Chaumette, Cloots, etcétera, y ejecutados el 24 de marzo. Su ejército quedó disuelto el 27 del mismo mes y el Club de los Cordeliers dejó de reunirse.

HÉRAULT de Séchelles (Marie Jean). París 1759-1794. Abogado en el Parlamento de París; participó en la toma de la Bastilla y fue diputado en la

Asamblea Legislativa, y más tarde en la Convención. El 2 de junio de 1793 tomó la presidencia de la Asamblea e intentó resistir las presiones para detener a los diputados girondinos, pero tuvo que ceder ante las amenazas de Hanriot. A partir de entonces se pronunció contra la Gironda y redactó sin convicción la Constitución de 1793. Miembro del Comité de Salud Pública, se hizo sospechoso a sus colegas y fue condenado al mismo tiempo que Danton.

HOCHE (Lazare), nació en Versalles en 1768 y murió en Prusia en 1797. Fue palafrenero en los establos reales y en 1784 se enroló en la Guardia Francesa. En 1785 era granadero, en 1789 caporal y en 1792 capitán. Presentó una memoria sobre la situación militar al Comité de Salud Pública y Carnot le nombró jefe de batallón en el ejército del Norte. En 1793 era general de división y comandante en jefe del ejército de Mosela. Al frente de los ejércitos del Mosela y del Rin vence a los prusianos mandados por Brunswick y a los austríacos, dirigidos por Würmser. Denunciado como sospechoso, es encarcelado hasta el 9 de termidor y luego recibe la misión de reducir la Vandea.

HOUCARD (Jean Nicolas), nació en Forbach en 1738 y murió en París en 1793. Se alistó en 1775 e hizo la Guerra de los Siete Años. En agosto de 1793, siendo comandante en jefe del ejército del Norte, venció al ejército inglés en Hondschoote pero no persiguió al adversario y fue acusado de tener tratos con el enemigo. Fue condenado por el Tribunal Revolucionario y guillotinado.

LA FAYETTE (Marie Joseph Paul Yves Foch Gilbert Motier, marqués de), nació en Chavaniac en 1757 y murió en París en 1834. Después de varios viajes y de participar en la guerra de América, contribuye a oficializar el apoyo a los insurgentes americanos. En 1787 es llamado a la Asamblea de los Notables. Francmasón, campeón de las nuevas ideas, frecuenta los salones de los banqueros, la sociedad de los Treinta y de los Amigos de los Negros y, habiendo propuesto una declaración europea de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, en 1789 se coloca a la cabeza de la Guardia Nacional de París y da orden de demoler la Bastilla. Llegado a Versalles el 5 de octubre calma el furor popular y aconseja la venida a París de la

familia real. En 1790, junto con Bailly, funda la Sociedad de 1789 e intenta conciliar la realeza con la Revolución, pero choca con los celos de Mirabeau y la desconfianza de la reina. Desaprueba la huida del rey, pero, como lugarteniente general, manda disparar contra los manifestantes del Campo de Marte. Siendo comandante del ejército del Centro, interrumpe sus operaciones para ir a protestar delante de la Asamblea contra las humillaciones infligidas al rey el 20 de junio de 1792. Se declara contra la suspensión del rey y al ser acusado se pasa al enemigo. Reside en Austria, Alemania y Holanda pero entra de nuevo en Francia después del 18 de Brumario.

LANOUE (René-Joseph de), nació en 1740 y murió en París, guillotinado, en 1793. Entró muy joven en el servicio de las armas y llegó a teniente general antes de la Revolución. Llevado ante la justicia por no haber ido en ayuda de Lille, fue absuelto y puesto al mando de una división del ejército de Dumouriez. El 1 de marzo de 1793 fue vencido en el Roer; acusado por el Tribunal Revolucionario, fue ejecutado.

LA PÉROUSE (Jean François de Galaup, conde de), nació en 1741 y murió en 1788. Ingresó muy joven en la marina y en 1779 participó en la batalla de las Antillas, en la guerra de la Independencia Americana. Llegada la paz, recibió de Luis XVI el mando de una expedición de dos fragatas, la Boussole y la Astrolabe, con un equipo de sabios y artistas. Descubre la isla Necker, rectifica la posición de las islas Hawai, etc. En 1788 se pierden noticias de La Pérouse y su tripulación, que se supone fueron exterminados por los indígenas de Vanikoro.

LEBRUN (Charles François, duque de Plaisance), nació en Normandía en 1739 y murió en Seine-et-Mame en 1824. Fue secretario de Maupeou, y le siguió en su desgracia. Diputado de Dour dan en la Constituyente, encarcelado en agosto de 1792, fue liberado el 9 de termidor. Bonaparte le eligió tercer cónsul como representante de la tendencia real.

LESSART (Claude Antoine Nicolas Waldec, de), nació en 1741 y murió en Versalles en 1792. En 1790, Necker le nombró controlador general de finanzas, después fue ministro de contribuciones y rentas públicas y

reemplazó a Montmorin en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Acusado de traición por los brissotinos, pereció en las matanzas de setiembre de 1792.

MANUEL (Louis Pierre), nació en Montargis en 1751 y murió en París en 1793. Autor de libelos; fue procurador de la Comuna de París, de la que fue destituido por su participación en el 20 de junio de 1792. Desempeñó un papel activo en la preparación del 10 de agosto. Convencional y republicano, combatió la ejecución del rey. Fue arrestado y ejecutado en agosto de 1793.

MARAT (Jean-Paul), nació en Boudry en 1743 y murió en París en 1793. Estudió medicina en Burdeos y París y más tarde residió en Gran Bretaña. El 12 de setiembre de 1789 comenzó la publicación de «Le Publiciste Parisien», que el 16 se convertiría en «L'Ami du Peuple». Pertenecía al Club de los Cordeliers y desde su periódico denunciaba la debilidad de la Constitución. El 8 de octubre fue encarcelado hasta el 5 de noviembre de 1789. Debido a sus ataques contra Necker tuvo que refugiarse en Londres; de regreso a Francia ataca a La Fayette, a quien acusa la complicidad con los enemigos de la nación. Después de la huida del rey y de la matanza del Campo de Marte, solicita una dictadura; «L'Ami du Peuple» es suspendido y Marat parte nuevamente a Inglaterra en donde reside desde diciembre de 1791 hasta mayo de 1792. A su regreso reanuda la publicación del periódico insistiendo en la necesidad de una férrea dictadura. Es rechazado por los girondinos e incluso por los jacobinos. El 25 de setiembre de 1792 «L'Ami du Peuple» se convierte en «Le Journal de la République Française». Su voto es decisivo en la ejecución del rey; los girondinos firman su acta de acusación pero el Tribunal Revolucionario le absuelve entre aclamaciones populares. El 2 de junio de 1793 toma parte activa en la caída de los girondinos junto a Robespierre. Charlotte Corday, admiradora de los girondinos, lo asesinó el 13 de junio del mismo año.

MONTMORIN (Armand-Marc, conde de), nació en 1745 y murió en París en 1792. Camarero del rey, embajador en Madrid; en 1787 ocupó el cargo de ministro del exterior. En 1789 se alió con Necker y se interpuso entre la Corte y Mirabeau. Se inscribió en el Club de los Jacobinos y tuvo que rendir cuentas a la Asamblea Legislativa de las respuestas que Luis XVI

recibió de las potencias extranjeras después de que se les notificara la aceptación de la Constitución en 1791. Después de defenderse dimitió y continuó siendo consejero secreto del rey. En julio de 1792 fue denunciado y encarcelado en la Abbaye; murió en las matanzas que tuvieron lugar en el mes de setiembre en las prisiones.

NARBONNE (Louis Marie Jacques Amalric, conde de), nació en Colomo en 1755 y murió en Torgau en 1813. A partir de 1771 fue oficial francés. Substituyó a Duportail como secretario de guerra. Era partidario de la guerra con Austria y el rey le destituyó. Emigró en agosto de 1792 y no regresó a Francia hasta 1800; fue embajador y ayuda de campo de Napoleón.

NECKER (Jacques), nació en Ginebra en 1732 y murió en Coppet en 1804. Director general del tesoro real (1776); director de fianzas (1777); en 1781 publicó *Compte rendu au roi* en el que, al hacer balance de los gastos de Estado, ponía de manifiesto las sumas distribuidas entre los cortesanos. El libro tuvo un gran éxito pero redobló el fervor de la oposición. Abandonado por el rey, Necker tuvo que renunciar a su cargo y se retiró (19 de mayo de 1781). El rey, después de la reunión de los Estados Generales y de la bancarrota (16 de agosto de 1788), llamó a Necker, que gozaba de gran popularidad. Fue nombrado ministro de Estado. Sus primeras medidas parecieron restablecer la situación: la calma volvió a París. Necker prestó dinero de su fortuna personal al rey. En los Estados Generales creyó encontrar una asamblea dispuesta a votar impuestos y no reformas. Decepcionó al Tercer Estado, pero como había sido él quien había aconsejado la reunión de los Estados Generales y la doble representación del Tercer Estado, la corte le acusó de haber desencadenado la Revolución. El rey lo despidió (11 de julio de 1789), lo que provocó la caída de la bolsa, el furor popular y la toma de la Bastilla (14 de julio). Su regreso (16 de julio) fue más una victoria popular que un triunfo personal. Permaneció en el poder hasta setiembre de 1790. Después de su dimisión se retiró a Coppet, donde vivió con su hija Mme de Staël.

PACHB (Jean-Nicolas), nacido en París en 1746 y muerto en Las Ardenas en 1823. Empleado en el control de la casa del rey, a las órdenes de Necker, se

retiró más tarde a Suiza, donde colaboró con Roland y Servan, a quienes reemplazó en octubre de 1792. Se hizo miembro de la Montaña, oponiéndose a Dumouriez, a cuyos agentes denunció. Los girondinos lo destituyeron en febrero de 1793. Siendo alcalde de París (febrero de 1793-mayo de 1794) hizo gravar la divisa Libertad-Igualdad-Fraternidad en todos los monumentos. Se separó a tiempo de los hebertistas y aprovechó la amnistía general de octubre de 1795.

PÉTION DE VILLENEUVE (Jérôme), nació en Chartres en 1756 y murió en St. Émilion en 1794. Siendo abogado, fue diputado por el Tercer Estado en los Estados Generales. Miembro del Club de los Jacobinos y de la Sociedad de los Amigos de los Negros. Uno de los tres comisarios que detuvieron a la familia real en Varennes. En noviembre de 1791 se le nombró alcalde de París. Favoreció la manifestación del 20 de junio de 1792; fue destituido el 7 de julio y nombrado de nuevo gracias a la intervención de la Legislativa. Presidente de la Convención (20 de setiembre de 1792), fue miembro del primer Comité de Salud Pública. Sostuvo a los girondinos y fue acusado por Robespierre de complicidad con Dumouriez. Fue englobado en las proscripciones del 2 de junio de 1793. Con Buzot y Barbaroux intentó levantar la Normandía, en donde organizó un ejército. Después de la derrota de Vernon se refugió cerca de Burdeos y allí se suicidó.

PICHEGSU (Charles), nació en Les Planches-prés-Arbois en 1761 y murió en París en 1804. Fue presidente de los jacobinos en Besançon (1791), teniente coronel de voluntarios, general, comandante en jefe del ejército del Rin, y más tarde del del Norte y del de Las Ardenas.

PITT (William), ministro inglés; su vida transcurrió de 1783 a 1801. Estuvo frente a la Revolución Francesa. Al principio Pitt adoptó con respecto a la Revolución Francesa una actitud de neutralidad simpática, viendo cómo caía el absolutismo de una monarquía rival. Pero pronto el expansionismo francés le inquietó, tanto más, en cuanto que las ideas francesas promovían disturbios en la población británica. La ruptura con Francia en enero-febrero de 1793 significó el principio de una interminable guerra psicológica contra los jacobinos y de carácter nacional contra la Bélgica

francesa. Pitt fue el autor de todas las coaliciones europeas que sucesivamente se lanzaron contra Francia.

RABAUT (Jean-Paul), nació en Nîmes en 1743 y murió en París en 1793. Pastor protestante de Nîmes, junto con su padre, Paul Rabaut, también pastor, obtuvo de Turgot, Malesherbes y monseñor de Luzerne el edicto de tolerancia de noviembre de 1787 que restituía el estado civil a los protestantes. Diputado en 1789, intervino para que se inscribiera la libertad de conciencia en la Declaración de los Derechos Humanos. Diputado en la Convención (1792), perteneció a la Comisión de los Doce. Fue declarado fuera de la ley en 1793, pero logró huir, aunque más tarde, traicionado, fue arrestado, juzgado y ejecutado.

RAMEL (Jean-Pierre), nació en Cahors en 1768 y murió en Toulouse en 1815. Comandante de un batallón en 1792, se distinguió a las órdenes de Moreau (1796). Llegó a comandante de la Guardia del Cuerpo Legislativo (1793) y fue deportado a la Guayana por oponerse al 18 de fructidor.

ROLAND DE LA PLATIERE (Jean-Marie), nació en Thizy en 1734 y murió en Beaudouin en 1793. Economista y erudito; vivía en Lyon cuando contrajo matrimonio con Manon Philipon (la célebre *Madame Roland*), veinte años más joven que él. Fue elegido notable del Consejo General de la Comuna. Fundó el Club Central Lionés. Se trasladó a París (febrero 1791) donde trabó relación con Brissot y gracias a las influencias de su mujer llega a ministro del interior en el gabinete de Dumouriez (marzo 1792). Fue elegido para la Convención, pero rechazó su mandato para seguir siendo ministro. Reclamó la formación de una tropa que protegiese a la Convención de la Comuna. Después de intentar salvar la vida del rey, abandonó su ministerio en enero de 1793. Fue declarado fuera de la ley junto con los girondinos. Al saber que su mujer había sido condenada a muerte se suicidó.

RONCIN (Charles Philippe), nació en Soissons en 1752 y murió en París en 1794. Oficial de la Guardia Nacional (1789), miembro del Club de los Cordeliers, comisario de guerras (1792), adjunto al Ministerio de la Guerra (1793), general. Combatió contra la Vandea. En diciembre de 1793 fue

arrestado, liberado acto seguido gracias a la intervención de Danton, pero que, perseguido nuevamente por los hebertistas, murió guillotinado.

SAINT-JUST (Louis Antoine Léon), nació en Decize en 1767 y murió en París en 1794. Surgido de una familia de la vieja burguesía rural, Saint-Just tuvo una juventud agitada y publicó, en el anonimato, un poema amoral y libertino titulado *Organt* (1789). Entusiasmado desde un principio por el movimiento revolucionario se mezcló en la vida política local y fue elegido coronel de la Guardia Nacional de Blérancourt. Por su juventud fue apartado de las elecciones de la Asamblea Legislativa. Fue elegido, en cambio, para la Convención; para entonces ya era conocido en París por su libro *L'Esprit de la Révolution et de la Constitution en France*. A finales de 1791 se reveló como «una de las mejores cabezas de la Convención». Fue partidario acérrimo de la muerte del rey («los hombres que juzgarán a Luis tienen que fundar una república»). Elegido para el primer Comité de Salud Pública el 30 de mayo de 1793, y reelegido el 10 de julio, se dedica junto a Robespierre y a Couthon a salvar la Revolución amenazada desde el exterior y desde el interior. Es el teórico y el promotor del Gobierno Revolucionario y del Terror. Encargado de misiones en el Ejército, se muestra como un gran hombre de acción. Organiza los ejércitos del Rin y del Norte, organización que da lugar a numerosas nuevas victorias. Su acción por el terror tiende a la democracia social, pero fracasa con la caída de Robespierre, que le arrastra a la muerte.

SERVAN DE GERBEY (Joseph), nació en el Dauphiné en 1741 y murió en París en 1808. Colaboró en la Enciclopedia y publicó *Le soldat citoyen* y *Projet de constitution pour l'armée française*. Fue mariscal de campo y llegó a ministro de la guerra en 1792. Ordenó una nueva leva de voluntarios; estuvo al mando del ejército de los Pirineos, pero fue detenido como cómplice de los girondinos e internado en Abbaye (1793-1795). Estuvo encargado del tratado de paz con España y se retiró en 1807.

SIEYÈS (Emmanuel Joseph), nació en Fréjus en 1748 y murió en París en 1836. Canónigo de Tréguier en 1775, vicario general de Chartres en 1787, diputado del Tercer Estado en París. Fue uno de los fundadores de los jacobinos y sostuvo la nacionalización de los bienes del clero; dejó a los

jacobinos por los *feuillants* en 1791. En marzo de 1795, entró en el Comité de Salud Pública y se ocupó de la diplomacia.

SILLERY (Charles Alexis Pierre Brulart, marqués de), nació y murió en París 1737-1793. Oficial de marina, mariscal de campo, casado con la condesa de Genlis. Se unió a la facción del duque de Orleáns. Diputado en 1789 y 1792, votó por la apelación al pueblo en el proceso del rey, proscrito junto a los girondinos, fue guillotinado.

SCHNEIDER (Eulogius), escritor alemán (1756-1794). En 1789 era profesor de filosofía en Ausburgo. Se inclinó por las doctrinas racionalistas y dejó la religión (profesó en 1780) en 1789. Fue alcalde de Hagenau y acusador público. Sus numerosos escritos están dirigidos contra la escolástica. Murió guillotinado en 1794.



Robespierre (1758-1794) nació en Arras y se licenció en derecho por la Sorbona. A los 31 años es elegido diputado por su ciudad natal en la Asamblea y se traslada a París. Su carrera política es rapidísima. Participa en la toma de la Bastilla y más tarde forma parte de la comisión que redactó el documento de la Declaración de los Derechos del Hombre. A partir de entonces, asiste a las reuniones de la Asamblea del Pueblo, donde destaca por sus furiosos ataques a los enemigos de la Revolución. El 2 de junio de 1793 tiene lugar la insurrección jacobina, y Robespierre sube al poder. Pero debido a una fuerte reacción de los moderados y realistas el pueblo queda dividido: Robespierre cae en desgracia y es condenado a muerte.

Notas

[1] Discurso leído en las Asambleas Populares y publicado en abril de 1791.

<<

[2] De la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano*, votada por la Asamblea Constituyente. <<

[3] Los ilotas eran la clase inferior en la Constitución espartana. <<

[4] Discurso pronunciado en el Club de los Jacobinos, la tarde del 21 de junio de 1791. <<

[5] Tal suma de pensión era fijada por la Constitución. <<

[6] Bailly le había quitado la palabra, sosteniendo la tesis del «rapto» del rey. <<

[7] Las Asambleas primarias designaban a los electores y éstos elegían después a los diputados. Robespierre recuerda la distinción en ciudadanos elegibles, activos y pasivos. <<

[8] El ejército de los emigrados dispuesto alrededor de Coblenza. <<

[9] Se trata de la proclama con que el rey al huir atacaba a La Revolución e incitaba a sus seguidores a restaurar en la práctica al *ancien régime*. <<

[10] Comandante de las tropas de Metz. <<

[¹¹] Se trata de Duportail, que se hizo cómplice de las emigraciones. <<

[12] Sucesor de Necker como ministro de finanzas. <<

[13] El síndico es Bailly. <<

[14] El general es Lafayette. <<

[15] Discurso pronunciado ante la Asamblea Nacional, en la sesión del 14 de julio de 1791. <<

[16] Mugnet. <<

[17] Discurso pronunciado en la Asamblea Nacional, el 24 de septiembre de 1791. <<

[18] Discurso pronunciado en la Asamblea Nacional, el 29 de septiembre de 1791. <<

[19] El discurso, pronunciado el 18 de diciembre de 1791, se titula: *Sobre la resolución que la Asamblea Nacional debe tomar en relación a la propuesta de guerra anunciada por el poder ejecutivo.* <<

[20] Se refiere al decreto del 5 de julio de 1791, que establece la proclamación del estado de asedio en caso de guerra. <<

[21] Alusión al decreto de amnistía del 14 de septiembre de 1791. <<

[22] Ministro de asuntos exteriores. <<

[23] Alusión a los decretos del 9 y del 11 de noviembre que prohibían al conde de Provenza (el futuro Luis XVIII) y a los emigrados regresar a Francia. A tales decretos el rey opuso el veto. <<

[24] Sacerdotes que —a diferencia de los «refractarios»— habían prestado juramento a la constitución civil del clero. <<

[25] Con un decreto del 11 de abril de 1791, el departamento de París había autorizado a los sacerdotes refractarios a decir misa en las iglesias parroquiales. <<

[26] En esta carta, Lessart, para sostener el veto del rey al decreto contra los emigrados, apelaba al pudrió contra la Asamblea Constituyente. <<

[27] La Sociedad del 1789 había sido constituida en 1790 por iniciativa de Lafayette, Sieyès, Condorcet y Bailly. Esta Sociedad, monárquica constitucional, reunía nobles liberales y grandes burgueses. <<

[28] Aquí Robespierre alude a la revisión constitucional de agosto-septiembre de 1791. <<

[29] Duportail. <<

[30] El 29 de noviembre, la Asamblea había invitado al rey a intervenir para invalidar las agrupaciones que los emigrados organizaban en Renania. El 14 de diciembre, Luis XVI había anunciado a la Asamblea el envío de un verdadero y real ultimátum a los príncipes electores de Renania. <<

[31] Se trata de delegaciones populares admitidas para sostener delante de la Asamblea sus *desiderata*. <<

[32] El «legislador patriota» es Brissot. <<

[33] Comandante del ejército inglés durante la guerra de la independencia americana (1775-1783). <<

[34] Rey de Inglaterra. <<

[35] Hijo de Tarquinio el Soberbio. <<

[36] Alude a las sistemáticas devastaciones llevadas a cabo en el Palatinado por los franceses, a finales del siglo xvii y organizadas por el ministro de la guerra de Luis XVI. <<

[37] Artículo aparecido en el primer número del diario «Le Défenseur de la Constitution», mayo de 1792. <<

[38] Artículo publicado en «Le Défenseur de la Constitution», en el número 10 de julio de 1792. <<

[39] Se refiere a Lafayette. <<

[40] Los dos magistrados del pueblo son: Pétion, síndico de París, y Manuel, procurador de la Comuna. <<

[41] Prefectos de departamento, órganos administrativos electivos. <<

[42] Discurso pronunciado en la Convención, el 3 de diciembre de 1792. <<

[43] María Estuardo, reina de Escocia, condenada a muerte en 1587. <<

[44] El girondino Roland, ministro de asuntos interiores, habla hecho venir a París parte del ejército que se había manifestado en contra de los jacobinos y contra el proceso al rey. <<

[45] Discurso pronunciado en la Convención el 10 de abril de 1793. <<

[46] Jefe del gobierno inglés y del partido Conservador. <<

[47] Ministros girondinos en junio de 1792. <<

[48] Ministro de asuntos exteriores a finales de 1792. <<

[49] Danton. <<

[50] Falta la fecha en el texto de «Le Moniteur». <<

[51] Alusión a las medidas de depuración de septiembre de 1792. <<

[52] Príncipes que en el Imperio germánico elegían al emperador. <<

[53] Dumouriez. <<

[54] Alusión a la sublevación de la Vandeia en marzo de 1793. <<

[55] Uno de los principales responsables del desastre sufrido en el Norte. <<

[56] Comandante de las tropas del Rin. <<

[57] Discurso pronunciado en la Convención Nacional el 24 de abril de 1793. El título completo del discurso es *Sobre la propiedad. Seguido del proyecto de Declaración de los Derechos del hombre y del ciudadano.* <<

[58] Cónsul romano, símbolo del magistrado incorruptible. <<

[59] Discurso pronunciado en la Asamblea Nacional, en la sesión del 10 de mayo de 1793. <<

[60] Es decir, el pueblo. <<

[61] Es decir, las asambleas populares que designaban a los electores de los diputados. <<

[62] Alusión al sistema de la elección indirecta y a las restricciones del derecho de voto. <<

[63] Informe presentado a la Convención en nombre del Comité de Salud Pública, el 25 de diciembre de 1793. <<

[64] Tolón había sido ganada a los ingleses el 19 de diciembre de 1793. <<

[65] La Convención había decidido que la Constitución de 1793 se aplicarla al término de la guerra. <<

[66] Alusión a la rebeldía federalista de algunos departamentos girondinos y a la predicación hebertista de la guerra de liberación universal. <<

[67] El propio Robespierre había definido a Cloots como «ultrarrevolucionario»; le reprochaba la campaña de descristianización. <<

[68] El título completo de este discurso del 18 lluvioso, año II (5 de febrero de 1794), presentado en la sesión del 17 lluvioso, es: *Sobre los principios de moral política que deben guiar a la Convención Nacional en la administración interna de la República.* <<

[69] Rey de Esparta del siglo IV, que intentó restaurar las antiguas leyes de Licurgo. <<

[70] La persona a que se refiere es probablemente Danton. <<

[71] Se trata de Cloots. <<

[72] El ataque está dirigido contra Hebert y su propaganda de descristianización. <<

[73] El acusador del Tribunal Penal de Estrasburgo, a quien Robespierre se refiere, es Schneider. <<

[74] Se alude a Fabre d'Eglantine, cuya facción ya había sido acusada en la Convención Nacional. <<

[75] El discurso, pronunciado en la Convención del 18 floreal, año II (7 de mayo de 1794) se titula: *Sobre las relaciones de las ideas religiosas y morales con los principios republicanos y sobre las fiestas nacionales.* <<

[76] Navegante francés del siglo XVIII. <<

[77] Se trata del escritor Charles Stanhope, uno de los líderes de los *whigs*.

<<

[78] Ronsin era uno de los espontáneos del Club de los Cordeliers y general del ejército revolucionario. <<

[79] Chaumette fue uno de los mis encendidos propagandistas de la descristianización. Fue procurador general, síndico, y después representante nacional en la Comuna de París. <<

[80] Se trata del periódico de Hébert. <<

[81] Alude a Jean-Jacques Rousseau, del cual Robespierre se consideraba discípulo. <<

[82] Condorcet, ya amigo de los girondinos, había preparado un primer proyecto de Constitución antes del 2 de junio de 1793. <<

[83] Bajo los últimos merovingios, los mayordomos de palacio se adueñaron del poder. <<

[84] El joven fue asesinado por los insurgentes de la Vanda. Hecho prisionero, se le obligó a gritar «viva el rey»; pero él gritó «viva la República». <<

[85] Se trata de Agricol Viala: su cuerpo fue lanzado por los realistas al Durance. Después fue honrado en todas las escuelas de la República. <<

[86] Sigue aquí el proyecto del decreto relativo al culto del Ser supremo y a las fiestas nacionales. <<

[87] Discurso pronunciado en la Convención Nacional, el 26 de julio de 1794. Es el último discurso de Robespierre. <<

[88] Alusión al día de la gran fiesta del Ser supremo. <<

[89] En el día de la fiesta del Ser supremo empezó a ponerse en movimiento la conjura antirrobespierrista de los termidorianos. <<

[90] Catherine Théot desacreditaba a Robespierre narrando acerca de él anécdotas de delirios místicos y acusándole de ambiciones dictatoriales. <<

[91] Pache, síndico de París, después de haber sido el hombre de confianza de Danton, se alió con Hébert. Dejó su puesto el 10 de mayo de 1794 y fue sustituido por Lescot-Fleuriot. <<

[92] En efecto, Robespierre había dejado de participar en los trabajos del comité desde hacía muchas semanas. <<

[93] Chaumette y Fouché, al inaugurar la propaganda de descristianización en el Nièvre, habían hecho poner sobre la entrada del cementerio de Nevera esta inscripción: «La muerte es un sueño eterno». <<

[94] Esta parte del discurso se dirige esencialmente a Carnot, y más especialmente a Barrère, que después responderá al discurso de Robespierre. <<

[95] Se trata del decreto del otoño de 1793, que ordenaba la confiscación de todos los bienes que los ingleses poseían en Francia. <<

[96] Alusión a la rivalidad existente entre el general Pichegru, sostenido por Saint-Just, y el general Hoche, sostenido por Carnot. <<

[97] Este fragmento se refiere a Cambon, quien después contestará. Ramel será ministro de finanzas en el Directorio; proclamará la famosa «bancarrotta de dos tercios». <<

[98] Tres de los convencionales más comprometidos en el escándalo de la Compañía de las Indias, a finales de 1793. <<